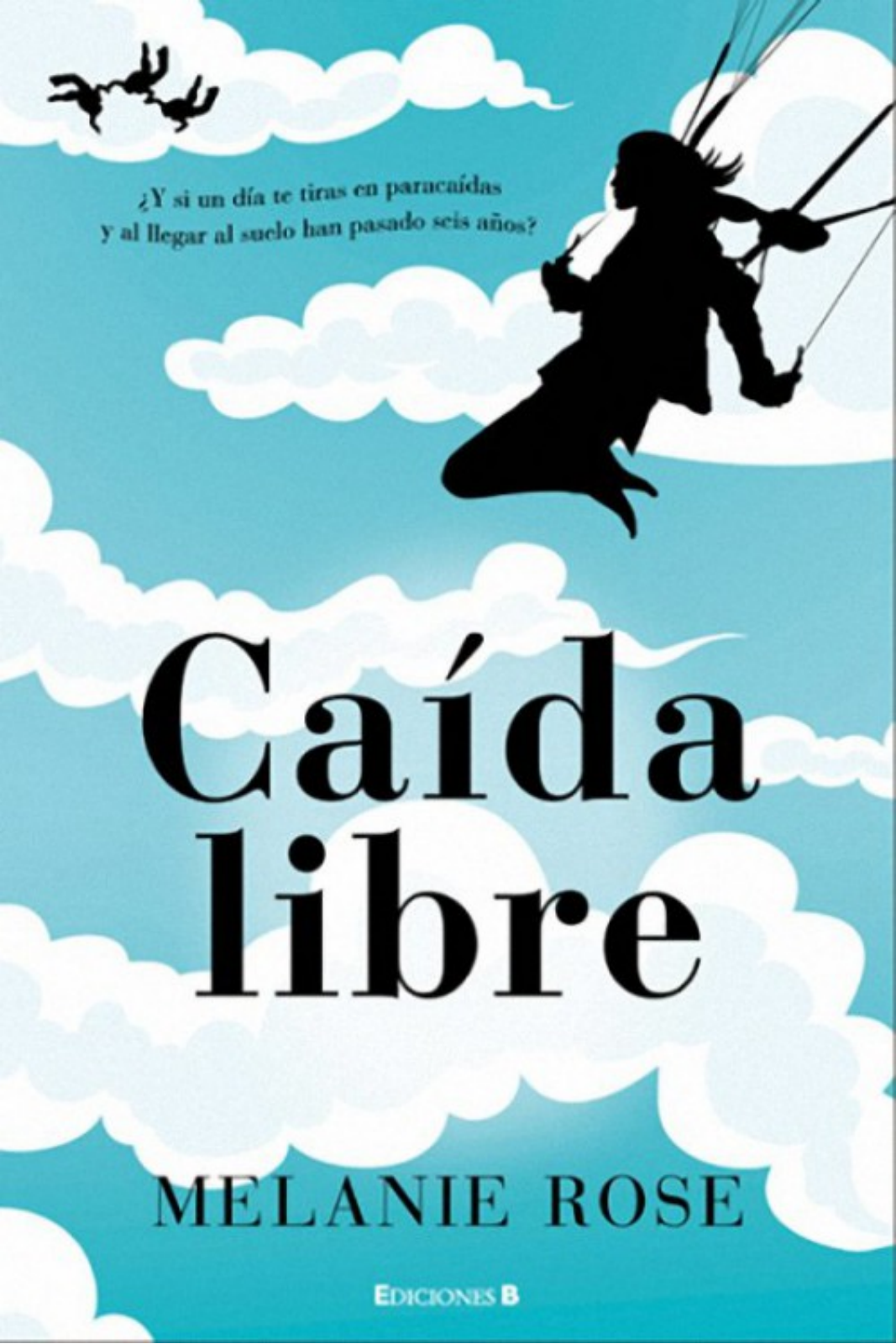
¿Y si un día te tiras en paracaídas
y al llegar al suelo han pasado seis años?
Caída libre
MELANIE ROSE
EDICIONES B

Melanie Rose

Caída libre

Título Original: *Down to Earth*
Traductor: Guerrero Gimeno, Javier
Autor: Rose, Melanie
©2010, Ediciones B, S.A.
ISBN: 9788466648639
Generado con: QualityEPUB v0.30

Este libro es para mi inteligente, elegante, artística
y muy querida mamá,
que me enseñó a ponerme en la piel de otros
y a ver las cosas desde su perspectiva.
Te echo de menos todos los días.

Mi agradecimiento a los siguientes sitios web a los que recurrí durante mi investigación para escribir este libro:
Sobre el número 52:
www.wisdomportal.com/Numbers/ 52.html
Sobre los distintos tipos de hierba que se encuentran en las praderas del Reino Unido:
www.farm-direct.co.uk/farming/stockcrop/grass/grassdet.html
Cancer Help UK:
www.cancerhelp.org.uk

Capítulo 1

Abril de 2002

Me latía la sangre en las sienes y pensé que iba a marearme en cualquier momento. Notaba el paracaídas sorprendentemente pesado en mi espalda al cruzar detrás de Ingrid las puertas del hangar y encontrarme con un radiante día de primavera. Ingrid, que no había parado de bromear y contar chistes durante la sesión de entrenamiento de seis horas, se había sumido en un silencio alarmante cuando seguíamos al instructor de salto hacia la avioneta que nos aguardaba en la pista de hierba.

—Quizá deberíamos haber esperado que más gente del grupo pudiera hacerlo. —Tragué saliva con nerviosismo, deseando estar en cualquier otro momento y lugar—. Se apuntó toda la oficina y ahora sólo estamos cuatro.

Uno de los dichos favoritos de mi madre destelló en mi mente: «Ten cuidado con lo que deseas, porque a veces el cosmos te escucha.»

Desterré la idea, no sin cierto temblor de inquietud, y miré por encima del hombro, frenando el paso para dejar que nos diera alcance Graham, el gerente de cara colorada y un tanto rechoncho. Me pregunté por un momento si habría mentido en su «declaración de aptitud física». Si no era así, rozaría el límite de 95 kilos para hacer un salto en paracaídas de apertura automática en solitario. Siguiendo la estela de Graham iba el desmañado Kevin, la última incorporación a nuestro grupo y también el más joven. La compañía de seguros Wayfarers lo había contratado hacía sólo unas semanas como técnico de soporte en tecnología de la información y había mostrado muchas ganas de apuntarse en lo que el jefe había anunciado como un «salto en paracaídas para recaudar fondos con

fines benéficos y cohesionar el grupo». Al verle la cara tan pálida me pregunté si se estaba replanteando su decisión.

Kevin parecía tan aprensivo como yo, sin lugar a dudas, pero antes de poder compadecerme de él me di cuenta de que tenía la mirada clavada en la rubísima melena de Ingrid. Mi mejor amiga, fiel a su estilo más genuino, estaba pegada al instructor y, cuando se volvió y se atusó el cabello sedoso, detecté un brillo de interés en sus pupilas azules.

—Está nerviosa, nada más. —Logré esbozar un amago de sonrisa cuando Kevin bajó los ojos al suelo como si fuera incapaz de observar un momento más el flirteo de la compañera de oficina de la que estaba enamorado.

—Sí, claro —murmuró entre dientes.

Matt, nuestro instructor y monitor de salto, estaba ayudando a Ingrid a subir al avión. Cuando mi amiga desapareció en el interior del pequeño fuselaje blanco, él volvió sus ojos grises hacia mí y me tendió la mano. Se me aceleró el pulso un poco más cuando puse mi mano en la suya. Me recordaba ligeramente al futbolista francés David Ginola, pero más joven, entre los veinte y los veinticinco años, más o menos mi edad. Había sido amable pero sumamente profesional al ponernos a prueba durante toda la mañana. Me apretó la mano con suavidad.

—No pongas esa cara, Michaela, no te pasará nada. La primera vez da miedo, pero te prometo que te encantará.

«Sí, claro», pensé otra vez, pero al mirarlo a los ojos descubrí que le creía.

—Sólo recuerda el vídeo didáctico y tu técnica de rodar al aterrizar. Y haz todo lo que te diga cuando te lo diga. Has de confiar en mí, ¿vale?

Sacó una hoja de papel arrugado del bolsillo y la metió en el bolsillo del pecho de mi mono.

—Mi teléfono —susurró en un tono de complicidad—. A lo mejor te apetece tomar una copa algún día.

Pensé fugazmente en mi novio, Calum, el amor de mi vida, que esperaba en casa, pero asentí de todos modos; no había nada malo en tomar una copa como amigos.

—Tal vez, si sobrevivo.

Subí por la escotilla y me rocé el lateral de la mano con algo

afilado al entrar en el avión. Me coloqué en el asiento de al lado de Ingrid, que se estaba ajustando el casco.

Me sonrió con nerviosismo.

—Es guapo, ¿eh?

Asentí de nuevo, apoyando las manos en mi regazo para impedir que me temblaran. Al hacerlo reparé en un hilillo de sangre que manaba de un pequeño corte en el lateral de la mano.

—Supongo que sí.

Graham y Kevin ya se estaban aupando a la avioneta y, en cuanto estuvimos todos sentados, el piloto arrancó el motor y el aparato cobró vida.

—¿En qué demonios estaba pensando? —dije en voz más alta de lo que pretendía, y cerré los ojos al tiempo que el avión se sacudía y botaba sobre la hierba baja—. No puedo creer que esté haciendo esto.

—¡No te pasará nada! —gritó Matt por encima del rugido del motor—. ¡Será la experiencia de tu vida!

Abrí un ojo con cautela para mirar a través de la escotilla abierta y atisbé el cielo azul surcado de nubes menudas y blancas. El motor del aparato rugió ruidosamente en mis oídos y ya no estaba segura de si mi cuerpo estaba temblando por las vibraciones del avión o a causa de mi corazón, que latía con fuerza en mi pecho.

El piloto llamó a Matt. El personal de tierra acababa de informar de que el viento y nuestra posición eran adecuados. Estábamos sobre la zona de salto; era el momento de la verdad.

Me fijé en que Graham, a pesar de sus anteriores bravuconadas, parecía estar rezando en silencio y concluí que, dadas las circunstancias, rezar no era tan mala idea. Cerré los ojos, dejé de lado el hecho de que no había pensado en Dios durante mucho tiempo y supliqué al Todopoderoso que me perdonara por semejante locura, rogando por salir ilesa del salto.

O bien sus súplicas silenciosas a Dios le habían dado fuerzas o bien era un líder valiente, la cuestión es que Graham se acercó a la puerta haciendo un desenfadado gesto con los pulgares hacia arriba y, en cuanto Matt contó hasta tres, saltó despreocupadamente al espacio.

Observé que el viento le hinchaba el mono al saltar, y antes de

perderlo de vista atisbé por un instante sus brazos y piernas bien separados, tal y como nos habían enseñado. Sin tiempo a que registrara nada más, Matt estaba guiando a Ingrid al umbral, donde mi amiga se entretuvo agarrándose al borde de la escotilla con el cuerpo rígido de miedo.

—¡Tres, dos, uno, ya! —gritó Matt.

Ingrid saltó detrás de Graham con un chillido de terror que resonó en mis oídos e hizo que el estómago me diera vueltas como una lavadora.

Matt me estaba haciendo señas, pero yo negué con la cabeza.

—No, ni hablar.

—Iré yo. —Kevin pasó a mi lado, se equilibró en el umbral y al cabo de un momento también él había saltado.

Matt me estaba mirando.

—No puedo hacerlo —dije temblando—, de verdad que no puedo.

—El piloto va a hacer otra pasada —gritó Matt imponiéndose al aullido del viento y el rumor del avión, que giraba—. Has hecho todos los ejercicios prácticos, sabes lo que tienes que hacer... —Se estiró y me tocó suavemente el brazo—. Si no quieres, no tienes que hacerlo, pero te aseguro que luego te sentirás decepcionada contigo misma si no lo haces.

La intuición me decía que tomara su mano reconfortante y que me aferrara a ella como si me fuera la vida, pero sabía que el instructor tenía razón. Si no saltaba estaría decepcionando a mis patrocinadores. Por no mencionar a la fundación del corazón que estaba esperando mi contribución.

Mis colegas ya habrían completado sus saltos y en ese momento estarían en el suelo.

—Por favor, Dios —susurré al levantarme para ir hacia la puerta —, si existes, no me dejes morir.

—¡Ahora! —gritó Matt.

Tomé aire con fuerza y salté al vacío.

Capítulo 2

Caí a plomo a una velocidad asombrosa y me quedé sin aliento al tratar de extender brazos y piernas en la posición de caída libre que me habían enseñado. Mi cerebro aterrorizado continuaba atenazado por el pánico. ¿Por qué no se había abierto el paracaídas? ¿Algo había ido terriblemente mal? Sin embargo, el mecanismo automático se activó enseguida y sentí que algo tiraba de mí hacia arriba al tiempo que el paracaídas se desplegaba de manera milagrosa por encima de mi cabeza.

Abrí los ojos y examiné la campiña que se extendía como una manta de retazos hasta donde alcanzaba la vista. Por debajo de mí cuadrados de color verde brillante de la joven primavera embestían contra campos marrones perfectamente arados. En la distancia, se avistaban las características líneas grises de asfalto de una autopista, salpicadas de coches en miniatura que se movían como hormigas de colores brillantes.

La experiencia era de una belleza extraordinaria. Mi corazón estaba recuperando su ritmo regular y me entusiasmaba la sensación de estar casi literalmente en la cima del mundo.

Y en ese momento, de repente, me arrastró una ráfaga de viento.

De pronto noté que el paracaídas se sacudía y giraba. No se trataba de un simple viento borrascoso, sino más bien de un tornado que me aplastaba desde arriba, que me envolvía mientras yo flotaba impotente en el cielo. Me tragaron unas nubes oscuras, de manera que ya no podía ver el suelo.

Permanecía colgada allí, suspendida en la ola gigante, zarandeada a un lado y a otro, sintiéndome sin aliento y aterrorizada. Continué descendiendo en espiral, completamente desorientada, hacia una tierra que ya no veía. Desde luego el vídeo de entrenamiento no había mencionado esta eventualidad y yo no

tenía ni la menor idea de qué hacer.

Y de repente, justo cuando pensaba que iba a morirme de miedo, el tornado me arrojó al suelo, donde me quedé jadeando y boqueando para tomar aire como un pez en la arena.

Permanecí un momento inmóvil, tratando de calmar mi pulso acelerado, pero el viento tiraba del paracaídas y amenazaba con arrastrarme por la larga y húmeda hierba sobre la que había aterrizado. Recordando de modo borroso el ejercicio, solté las correas del paracaídas y me senté, mirando a mi alrededor, confundida. Parecía que estaba en el aeródromo, pero estaba tan oscuro que no podía distinguir el hangar ni los edificios anexos.

Me subí la manga del mono y miré mi reloj digital a través de la penumbra. Las nueve y media. Pero ¿cómo era posible? Había salido del hangar a las tres de la tarde. Aun contando con la pequeña espera antes de despegar y la segunda pasada que había hecho el avión después de que saltaran los otros, no podía haber pasado más de media hora. Di unos golpecitos en el reloj y concluí que tenía que haberse estropeado en el aterrizaje.

Sentí una punzada de preocupación al tratar de ponerme en pie. Aunque mi reloj se hubiera roto, ¿por qué estaba tan oscuro? ¿Y dónde estaba el personal del aeródromo que se suponía que tenía que llevarme de vuelta al hangar?

«Cálmate», me advertí al levantarme temblando en la oscuridad.

El viento brusco probablemente me había desviado y tal vez ni siquiera estaba en el aeródromo. Quizás el terror del salto me había confundido o quizá me había golpeado en la cabeza y había yacido allí durante horas mientras la empresa de paracaidismo me buscaba en los bosques y campos de los alrededores. Poco a poco me di cuenta de que si no podían localizarme tendría que encontrar el camino al aeródromo por mí misma.

Respiré hondo y me volví para recoger los pliegues sedosos del paracaídas. Encontré una depresión en la tierra blanda y metí allí el paracaídas y mi casco. Lo cubrí todo con piedras para que no se volara. Tomé aire otra vez para calmarme, me fijé en la silueta de los árboles a mi derecha y partí en la que esperaba que fuera la dirección correcta.

Entre diez y quince minutos más tarde, un edificio se alzó ante mí, y vi lo suficiente para reconocer el hangar del aeropuerto y las

edificaciones de una planta que albergaban la pequeña oficina, los lavabos y el comedor donde había almorzado varias horas antes.

Decidí mirar primero en el comedor, pero cuando fui a abrir la puerta me encontré con que estaba cerrada con llave. Froté la sucia ventana rota con el puño del mono para mirar al oscuro interior. Antes no me había fijado en que la ventana estuviera tan sucia, y estaba casi segura de que tampoco estaba rota, pero cualquier cosa podía haber ocurrido en mi ausencia. Pasé al siguiente edificio y localicé el lavabo de mujeres. La puerta se mecía levemente en sus goznes en la brisa del atardecer. Al abrirla, vi que habían destrozado la grifería y que el asiento del inodoro colgaba a un lado. También habían arrancado de la pared el lavabo, que yacía quebrado en el suelo de cemento.

Arrugando la nariz con desagrado, decidí usarlo de todos modos. Ese mismo inodoro había estado limpio y ordenado sólo unas horas antes, con cortinas de colores brillantes en la ventana que ahora habían desaparecido de manera misteriosa.

Subiéndome la cremallera del mono, me levanté temblando a la luz de la luna, sin saber qué hacer a continuación. El hangar parecía sumido en la más completa oscuridad, pero por un momento me pregunté si se trataba de algún tipo de broma. Quizás Ingrid, Graham y Kevin estaban escondidos entre las sombras, esperando para saltarme encima, gritarme «inocente» y rociarme de champán por todas partes mientras el personal del aeropuerto se mantenía al margen, riendo de buena gana.

Caminé hacia el hangar sólo para descubrir que la puerta no se movía. Cuando mis ojos se adaptaron a la oscuridad me fijé en que habían dado una patada a la puerta en una esquina, dejando un agujero irregular cerca del suelo. Tras mirar a mi alrededor con precaución para asegurarme de que no había nadie cerca, me tumbé para poder espiar el interior a través del agujero.

El hangar estaba vacío. Todo lo que había allí antes —la pantalla de televisión donde habíamos visto el vídeo informativo, las colchonetas que habíamos usado para practicar las caídas rodando, las sillas de plástico, hasta los paracaídas; por no mencionar los dos armarios, los bancos de trabajo y las herramientas— simplemente había desaparecido.

Completamente desconcertada, me incorporé para ponerme de

rodillas y finalmente me senté. Apoyando la espalda contra la fría pared del hangar, llevé las rodillas al pecho y miré al vacío opresivo con los ojos como platos por el terror. Por segunda vez en el día, me encontré a mí misma musitando una súplica desesperada al Dios de mi infancia mientras escrutaba la oscuridad como un alma perdida y solitaria.

Capítulo 3

Tardé un buen rato en darme cuenta de que, aunque la cazadora de borreguillo y el bolso (incluido mi teléfono móvil) probablemente habían desaparecido junto con el armario, todavía no había buscado el coche en el aparcamiento.

Me incorporé con cautela, traté de contener las lágrimas y poco a poco caminé la corta distancia que me separaba del aparcamiento con los brazos cruzados y los hombros caídos. En realidad no quería mirar. La idea de no encontrar mi coche esperándome me resultaba tan aterradora que no levanté la cabeza para mirar como es debido hasta el último momento.

Fue peor de lo que había esperado. No sólo habían desaparecido los coches que allí había, alrededor de una docena contando mi jeep Suzuki Vitara, sino que también había desaparecido la superficie de gravilla. Había un tractor oxidado en el rincón de un campo desierto, pero lo mismo podía haber sido una nave espacial considerando el sentido que tenían las cosas en ese momento.

En pocas ocasiones de mi vida me había sentido completamente perdida. Una vez, en la escuela, cuando tenía unos diez años, me habían pedido que me levantara en clase y recitara un poema. La cabeza me daba vueltas igual que en el momento presente y tenía la garganta seca hasta el punto de que apenas podía tragar. Pero hacía calor en aquella aula y el profesor había acudido a mi rescate llevándome de nuevo a mi silla y diciéndome amablemente que podía volver a intentarlo más tarde.

En el aeródromo hacía frío y estaba sola. Un viento gélido azotó mi cabello rubio oscuro en torno a los hombros y temblé, ciñéndome el mono al cuerpo, contenta de tener esa capa extra de calor encima de los tejanos y la camiseta fina. Me pregunté si era probable que alguien acudiera en mi ayuda en ese momento. Pensé

que era muy improbable. Si iba a producirse alguna clase de rescate, tendría que procurármelo yo misma. Fuera lo que fuese que había ocurrido, mi único recurso era tratar de encontrar algún refugio, algo de comida y algo de calor, un lugar donde recuperarme y planear cómo iba a llegar a casa.

Recordé que había pasado un pueblo de camino al aeródromo esa mañana. Tal vez encontraría ayuda allí. Caminé por la carretera oscura durante lo que me parecieron horas mientras el viento aullaba inmisericorde y levantaba hojas secas caídas de los árboles, haciéndome saltar con cada crujido. Cuando por fin vi las luces de un bar estuve a punto de gritar de alivio. Al empujar la puerta de entrada, parpadeé por el repentino resplandor e hice una pausa para evaluar la situación.

Ardía un fuego en la chimenea de la pared del fondo, una larga barra de madera ocupaba la mayor parte del espacio a mi izquierda y había unas quince personas de todas las edades sentadas a las mesas. Pasando junto a ellos hacia el fuego, me sorprendió la ausencia total de humo de cigarrillo. Siempre había odiado la forma en que el humo flotaba en el aire provocándome picor en los ojos y en la garganta y haciendo que la ropa y el pelo apestaran después durante horas.

Cuando me senté a medio camino entre la barra y el fuego, me fijé en la pareja que tenía sentada al lado en sendos taburetes y me pregunté cómo iba a pedir ayuda. No llevaba dinero encima ni ningún medio de identificación. ¿Quién me iba a tomar en serio?

—¿Te sirvo algo, guapa?

Levanté la cabeza y me encontré al camarero mirándome desde detrás de la barra.

—Eh, ¿tienes un teléfono público? —le dije.

Señaló con la cabeza hacia el fondo del bar.

—Hay un teléfono al lado del lavabo, pero te hace falta una tarjeta.

—¿Puedo llamar a cobro revertido?

Se me quedó mirando fijamente.

—¿Estás bien, guapa?

Sentí que me ruborizaba bajo su escrutinio. La pareja de la barra me estaba observando y varios clientes más habían dejado de hablar para mirar hacia mí. Supongo que parecía un poco fuera de lugar

con un mono azul que me sentaba mal y la cara manchada de lágrimas, y sin ninguna pertenencia.

—He tenido un accidente en la carretera. —No era una gran mentira, pensé—. He de llamar a alguien para que venga a recogerme.

—Estás un poco pálida, ¿estás herida? ¿Necesitas una ambulancia?

—No. —Negué con la cabeza—. Si puedo usar tu teléfono, puedo pedirle a mi novio que me venga a buscar.

—¿Dónde está tu coche? ¿Está bloqueando la carretera?

—No.

—¿Y no hay nadie más implicado? —El camarero había salido de detrás de la barra para mirarme mejor. Llevaba un vaso de agua en la mano—. Toma, bébete esto.

Observó mientras yo me bebía agradecida el líquido frío. No me había dado cuenta de la sed que tenía.

—Me resultas conocida. —Me miró de cerca—. ¿Eres de por aquí?

Negué con la cabeza otra vez.

—He venido en coche desde Surrey esta mañana.

Pareció tomar una decisión.

—Da la vuelta y puedes usar el teléfono de casa.

—No puedo pagarte; he perdido el bolso en el... accidente.

—No te preocupes por eso, guapa. Ven.

Me levanté y lo seguí en torno a la barra hasta un pasillo donde había un teléfono colgado en una pared decorada con sencillez. Los clientes observaron un momento y luego volvieron a sus bebidas. Oí al amable camarero regresar a la barra cuando cogí el auricular y marqué el número de la casa que compartía con Calum.

Me había ido a vivir con Calum seis meses antes, tras un idilio arrollador. Él era varios años mayor que yo y tenía una hija de diez años llamada Abbey. La madre de Abbey había muerto en un accidente de automóvil dieciocho meses antes de que yo los conociera y, aunque durante los primeros meses la relación entre la niña resentida y yo había sido difícil, poco a poco habíamos empezado a cuajar en algo parecido a una unidad familiar.

Mientras esperaba que él cogiera el teléfono pensé en la reacción horrorizada de Calum la primera vez que le había hablado del salto

en paracaídas.

—¿Estás loca? —me había preguntado cuando le había enseñado los formularios de patrocinio—. ¿No te das cuenta de lo peligroso que es?

—La gente salta en paracaídas todos los días —dije para tranquilizarlo—. No me pasará nada.

A lo largo de las semanas siguientes, mientras recogía dinero de patrocinio, Calum se había dado cuenta de que no iba a echarme atrás y, aunque a regañadientes, había añadido su nombre a la lista de mis patrocinadores.

—Creo que no te das cuenta de que eres una de las personas más importantes de mi vida —susurró una noche cuando estábamos en la cama—. No podría soportar perderte, Kaela. Prométeme que tendrás cuidado.

Sabía que le aterrorizaba la posibilidad de que se repitiera la historia y que pudiera perderme como había perdido a su esposa. Sus reservas eran comprensibles y traté de calmarlo lo mejor que pude. Habíamos hecho el amor con una intensidad inflamada por el miedo y después me había quedado tendida escuchando su respiración constante, pensando en lo mucho que me importaba, mientras que al mismo tiempo anhelaba esta última oportunidad de libertad.

Las responsabilidades que había aceptado de buen grado a los veinticinco años suponían un desafío mayor del que esperaba. Todavía estaba tratando de amoldarme a mi trabajo como secretaria personal de Graham y aprendiz en ciernes. Había sido un paso inteligente en lo profesional cuando era soltera e independiente, pero ahora además tenía que correr al cole cada mañana, ayudar a Abbey con los deberes, comprar y cocinar para los tres. En los últimos seis meses, más de una vez había temido que mis padres tuvieran razón cuando me habían avisado de las consecuencias de unirme a un hombre de treinta y cuatro años y su hija.

—¿Estás segura de que no está buscando sólo una nueva madre para su hija? —me había advertido mi padre—. ¿De verdad es esto lo que quieres hacer en la vida?

—Él está recuperándose —añadió mi madre—. Su mujer sólo lleva muerta un año y medio; es demasiado pronto.

Pero el enamoramiento lo había conquistado todo. Calum me

había agasajado y me parecía mucho más maduro y sofisticado que los chicos con los que había salido antes. Era amable y considerado y, en lugar de pasar la noche fuera bebiendo y bailando en bares y clubes, habíamos compartido picnics y largas caminatas a orillas del río para discutir toda clase de cuestiones intelectuales.

Después de que me fuera a vivir con él habíamos tratado de mantener viva cierta vida social, pero las presiones de nuestros trabajos y el hecho de ser padres a tiempo completo significaba que apenas salíamos ya de noche.

Considerando mi promesa de un compromiso duradero, el salto en paracaídas había significado un soplo de aire fresco, una aventura en ciernes, y nada que Calum pudiera haber dicho me habría disuadido de participar. Cuando en ese momento nadie contestó el teléfono, me pregunté si me estaba castigando.

«Habrá salido», pensé, aunque me había dicho que estaría en casa cuando llegara. Y el día siguiente era lectivo, así que Abbey tendría que estar en casa haciendo los deberes. Tal vez Calum había salido con Abbey a buscar una pizza.

Colgué el teléfono y me froté la cara. No podía quedarme ahí, eso seguro. Por tolerante que fuera el camarero, no me imaginaba que pudiera dejarme pasar la noche.

Tomé una decisión y marqué el teléfono de la casa de mis padres. Querrían saber por qué Calum no había venido a buscarme, por supuesto, y ya esperaba que contestaran con sentimientos encontrados. Sin embargo, el teléfono también sonó y sonó interminablemente allí. ¿Dónde se había metido todo el mundo? Por lo general mis padres cenaban delante de la televisión; era raro que salieran salvo en ocasiones especiales. Por costumbre miré otra vez el reloj, olvidando que podría estar roto. Las diez y media. Tal vez se habían ido a dormir.

Estaba a punto de colgar cuando lo cogieron.

—¿Sí? —dijo una voz de mujer.

—¿Mamá? —No sonaba como mi madre, pero no podía imaginar quién más podía ser.

—¿Quién es? —preguntó la voz.

—Soy Michaela. ¿Eres tú, mamá?

—Lo siento, se equivoca.

Repetí el número que había marcado y la mujer confirmó que

era correcto.

—Soy Michaela Anderson, ¿está segura de que mis padres no están ahí?

—Muy gracioso —soltó la voz, mordaz.

Me habían colgado. Sabía que no era prudente insistir, pero no podía entender por qué una extraña había contestado el teléfono de mis padres. Me quedé allí clavada, con el teléfono en la mano hasta que alguien me tocó en el codo.

—¿Has hecho la llamada?

El camarero me estaba mirando de un modo extraño. Cogió el teléfono y lo colgó con suavidad.

—¿Estás bien, guapa? Parece que hayas visto un fantasma.

—No he podido comunicarme —murmuré, tratando de sacudirme la sensación de desasosiego que reptaba por mi cuerpo—. He de intentar llamar a alguien más.

—Adelante —dijo, alejándose—, avísame si necesitas algo.

A continuación probé con el número de Ingrid, pero su línea parecía fuera de servicio. Me recosté en la pared y traté de pensar. Estaba a más de una hora de viaje de casa y no tenía dinero para un taxi o el tren; ni siquiera para un autobús, si es que pasaba alguno a esa hora de la noche, lo cual dudaba. Una sensación de miedo me oprimía el pecho, que notaba cada vez más hueco y vacío. Por un momento pensé que iba a desmayarme.

Apoyándome en la pared para no caerme, fui volviendo hacia la barra. Tenía que existir una explicación racional a todo eso. Tal vez estaba dormida y lo estaba soñando todo. Al acercarme despacio por el pasillo miré las paredes, cubiertas de suelo a techo con carteles que anunciaban conciertos de diversos grupos que nunca había oído, folletos y mensajes personales pegados uno encima de otro formando un enorme collage.

Hice una pausa cuando un folleto en particular captó mi atención. Había varias copias, algunas parcialmente cubiertas por pegatinas más recientes, otras con marcas de boli y garabatos que oscurecían el rostro. La frase en negrita preguntaba: «¿Has visto a esta chica?» Lo que me hizo parar en seco fue la cara en sí: mi propia cara era la que me estaba mirando desde una fotografía descolorida. Una foto que me había sacado sólo una semana antes y que ni siquiera sabía que la hubieran revelado.

Pero lo que me heló la sangre no fue sólo la enormidad de ver mi propia cara mirándome desde los folletos amarillentos, sino la fecha impresa debajo de la imagen: «Vista por última vez el 15 de abril de 2002.»

Porque estábamos a 15 de abril de 2002. Y yo no había desaparecido.

Capítulo 4

El lavabo del bar no era el lugar ideal para esconderse. Aparte de que la higiene dejaba que desear, las clientas que no paraban de venir a usarlo me encontraban alternativamente salpicándome agua fría en la cara y abofeteándome o pinchándome con la esperanza de despertarme de esa terrible pesadilla. La mayoría de las damas que entraban y salían rehuían mi mirada, aunque una o dos me miraron con compasión mientras se lavaban las manos o se retocaban el maquillaje.

Por fin el camarero, que resultó ser el dueño del bar, me llamó y me dijo que iba a cerrar.

—Ha de haber alguien a quien puedas llamar —dijo mientras recogía los vasos de las mesas.

Subida a un taburete de la barra observé que el hombre recogía un periódico local y lo echaba en una papelera de plástico azul.

—¡No lo tires! —exclamé, cogiendo el periódico y alisándolo.

—No iba a tirarlo, guapa, iba a reciclarlo. Mira, es la papelera de reciclaje.

Extendí el papel sobre la barra y miré la fecha. El hombre no me había parecido un tipo de los de salvar el planeta, pero no tenía tiempo para cuestionarme su idiosincrasia, porque estaba mirando la fecha impresa en la parte superior derecha del periódico: «Lunes, 20 de octubre de 2008.»

—¿De dónde ha salido este periódico? —pregunté temblorosa.

Se encogió de hombros.

—Uno de los clientes lo habrá traído.

—¿Es una broma o algo?

Se detuvo a media zancada, sujetando varios vasos con los dedos, y me miró con suspicacia.

—¿En qué sentido puede ser una broma?

—La fecha —susurré.

Algo en su expresión me impidió protestar más y me eché atrás con rapidez. Se me ocurrió una mentira plausible.

—Lo siento —continué—, he perdido las gafas de lectura en el accidente y me cuesta leer la letra pequeña. ¿Es el periódico de hoy, verdad?

Se acercó y me cogió el periódico de la mano.

—Por supuesto que sí. Mira, guapa, he de cerrar y no puedes quedarte aquí. No quiero echarte sin que tengas adónde ir, pero ¿qué esperas que haga contigo?

Nos quedamos mirando un instante, desconcertados. Decidí que ninguna oración podía ayudarme en ese momento. Los ojos se me llenaron de lágrimas y las contuve pestañeando furiosamente, metiendo la mano en el bolsillo en busca de un pañuelo, decidida a no llorar delante de ese desconocido. Pero no fue un pañuelo lo que encontraron mis dedos, sino un trozo de papel arrugado con un número de teléfono escrito a lápiz.

—Matt —dije entre dientes.

—¿Perdón?

—Hay alguien más a quien puedo llamar, si no te importa dejarme usar el teléfono otra vez.

Señaló con el brazo a la parte de atrás.

—Adelante, pero date prisa, ¿vale?

Marqué el número con dedos temblorosos. Matt me había dado el número hacía sólo un par de horas, pero me daba la sensación de que esas horas se habían convertido en media vida.

—Responde, por favor —rogué, cambiando el peso del cuerpo de un pie cansado al otro mientras el teléfono sonaba en la distancia—. Por favor, por favor, cógelo.

Y entonces sonó una voz al otro lado de la línea.

—¿Hola?

—¿Matt?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Michaela. Michaela Anderson. Me has dado tu número y me has pedido que te llamara...

El silencio al otro lado de la línea pareció extenderse eternamente. Por un momento pensé que se había perdido la conexión, pero entonces la voz de Matt sonó otra vez, vacilante

pero clara.

—¿De verdad eres tú, Michaela?

—Sí. Me has propuesto ir a tomar algo algún día, pero me ha ocurrido algo y no sé cómo volver a casa.

—¿Dónde estás?

—Estoy en un bar al lado del aeródromo... El Royal Oak, creo.

—Espera ahí. No te muevas, no hables con nadie. Dame diez minutos y pasaré a buscarte.

Colgó y al volverme me encontré con el amo mirándome.

—¿Alguien va a pasar a buscarte? —preguntó esperanzado.

—Dentro de diez minutos —contesté con el tenue inicio de una sonrisa—. Me marcharé en cuanto llegue si no te molesta dejarme esperar un poco más.

El dueño sonrió con alivio obvio, señalando una silla que había junto a la puerta.

—Ponte cómoda —dijo.

Pasaron casi quince minutos hasta que la puerta se abrió y sobresaltó al dueño, que estaba apoyado contra la pared, esperando llave en mano para cerrar e irse a dormir.

En cuanto la puerta se abrió hacia dentro, levanté la cabeza, que me había caído pesadamente en el pecho, y vi una figura que emergía del umbral. Me inundó un temor de algo indefinible.

—¿Matt? —La voz me salió como un graznido ronco—. Te... te has cortado el pelo.

Sabía que era una observación extraña, dadas las circunstancias, pero no tan extraño como el hecho de que aunque veía con claridad que se trataba de Matt, parecía más viejo, había cogido un poco de peso en su constitución delgada y parecía... diferente.

Y me estaba mirando como si yo fuera una aparición fantasmal.

—Dios mío, Michaela... eres tú de verdad.

Abrí la boca para hablar, pero la volví a cerrar, confundida.

Matt pareció decidirse y me tendió una mano.

—Vamos, salgamos de aquí.

Me levanté, lista para seguirlo a sólo Dios sabía dónde, pero de repente me asaltó una duda acuciante. ¿Qué estaba haciendo saliendo con alguien al que apenas conocía? Me volví hacia el dueño, pero estaba sosteniéndome la puerta y me di cuenta de que no tenía otra alternativa que irme con Matt.

—Gracias por dejarme esperar aquí, has sido muy amable.

—De nada. —Bostezó ampliamente—. Sólo lamento no poder recordar dónde te había visto antes.

Estuve a punto de decirle que tenía varios carteles de mi cara pegados en las paredes de atrás, pero Matt me había cogido del codo y me estaba guiando hacia la noche oscura. Me soltó en cuanto estuvimos fuera. Vi un coche negro aparcado y Matt caminó hacia él y me indicó que subiera.

En circunstancias normales, nunca me habría metido en el coche de un desconocido, pero la alternativa era continuar completamente perdida y sola, y eso era algo que no podía soportar ni un momento más, así que me deslicé en el acolchado asiento de piel del pasajero y me abroché el cinturón de seguridad. Matt abrió la puerta del conductor, subió, arrancó y dirigió el coche hacia la carretera.

—¿Adónde vamos?

—Voy a llevarte directamente a la comisaría.

Sentí un tirón en las entrañas.

—¿Por qué?

Se arriesgó a apartar los ojos de la carretera para mirarme.

—Michaela, acabas de aparecer de la nada después de todo este tiempo. Todo el mundo te ha estado buscando. Hemos de decirles que has vuelto para que puedan interrogarte.

Así que había caído en el lugar equivocado y habían estado buscándome todo el día y toda la tarde. Mi teoría de que me había dado un golpe en la cabeza y me había desorientado era cierta.

—¿No puede esperar hasta mañana? Estoy muy cansada y preferiría ir a casa.

—No estoy seguro de que eso sea una opción. Ha pasado mucho tiempo, las cosas han cambiado. —Negó con la cabeza y silbó entre dientes—. La prensa se va a poner las botas con tu reaparición.

Se me encogió el estómago al oír sus palabras y el terror que había sentido antes volvió a aflorar.

—Las cosas no pueden haberse puesto tan urgentes en un día, digo yo.

Matt frenó y paró en un apartadero donde dejó el motor en marcha y se volvió a mirarme. Su expresión era amable, pero su voz era firme.

—La gente va a querer saber dónde has estado. Todo el mundo

va a querer saber qué te ha ocurrido. Tu reaparición va a causar sensación. Michaela, no ha pasado un día. Has estado desaparecida sin el menor rastro durante unos largos seis años y medio.

Capítulo 5

—No te creo. —Y en el mismo momento de decirlo recordé el periódico del bar fechado en octubre de 2008; las octavillas desvaídas y los carteles de la pared.

—Pues es verdad. ¿No recuerdas nada de lo que ocurrió?

Matt examinó mi semblante inexpresivo con cara de alarma y al cabo de un momento volvió a meter el coche en la carretera.

Clavé la mirada en el carril que tenía delante, en el asfalto negro iluminado por los faros del coche, en la mancha desdibujada de los setos que bordeaban la carretera mientras circulábamos a toda velocidad.

—No ha pasado nada —insistí con suavidad—. He saltado de la avioneta esta tarde y cuando he aterrizado era de noche.

—He de comunicar a las autoridades que has aparecido. —Me miró con compasión y su voz era amable—. Te haya ocurrido lo que te haya ocurrido, necesitas apoyo profesional.

—¡No! —Me volví hacia él, suplicante.

Estaba empezando a sentirme exhausta y no sabía qué pensar. Las pruebas físicas parecían respaldar la afirmación de Matt, sin embargo, la sugerencia de que seis años y medio de mi vida se habían desvanecido desde esa misma tarde era ridícula.

—Por favor, ¿no podrías llevarme a casa? Mi novio estará preocupadísimo por mí ahora. Le dije que llegaría antes de anochecer.

—No va a ser tan sencillo. No vas a poder entrar en tu antigua vida como si nada después de todo este tiempo. Cuando vuelvas, será traumático: habrá mucha curiosidad, no sólo de la policía sino también de los medios. Va a ser un shock para todos, Michaela, sobre todo para tu novio. Ha pasado mucho tiempo.

Me quedé en silencio, tratando de permanecer alerta a pesar del

cansancio que me invadía. Me esforcé por mantener los ojos abiertos y miré a la carretera, pensando en lo que Matt acababa de decir. Había empezado a darme vueltas la cabeza y notaba la boca seca. Comencé a dudar que pudiera volver a Surrey sin ponerme enferma. Como un animal confundido y herido, no quería otra cosa que encontrar un lugar seguro donde pudiera hacerme un ovillo y esconderme.

—No quiero que me hagan preguntas; esta noche no. Si no quieres llevarme a mi casa, al menos podría quedarme en la tuya... sólo esta noche.

Matt suspiró.

—No creo que sea muy buena idea.

A pesar del hecho de que nada tenía sentido, detecté la duda en su voz y me aferré a ella con la desesperación de alguien que está a punto de ahogarse.

—Por favor, Matt, sólo una noche, hasta que me haga a la idea.

—Debería llevarte directamente a la policía.

—Por favor...

Puso los ojos en blanco y después de un segundo o dos de vacilación asintió con la cabeza, y sentí que el pánico retrocedía en mi interior. Fuera lo que fuese que había ocurrido, tendría una noche para descansar y prepararme para los horrores a los que tendría que enfrentarme a continuación.

—Gracias.

Apenas hablamos durante el resto del viaje hasta su casa, pero me dio la impresión de que al cabo de un momento estaba girando por el sendero de guijarros de lo que parecía ser una bonita vivienda no adosada. La casa estaba a oscuras salvo por una única luz en el porche. Se metió en un estrecho garaje antes de apagar el motor y volverse a mirarme otra vez.

—Has sido muy amable al venir a recogerme... —dije de manera poco convincente.

Él negó con la cabeza.

—Era lo mínimo que podía hacer. Sólo lamento haber dejado que me convencieras para llevarte a casa en lugar de a las autoridades. Tengo que estar loco.

—He tratado de llamar a mi novio, pero no respondía y una desconocida ha contestado en casa de mis padres; estoy segura de

que he marcado el número correcto.

—Sí, probablemente lo has hecho.

Levanté la cabeza para mirarlo a los ojos y planteé las preguntas que habían estado en primer plano de mis pensamientos toda la tarde.

—Pero ¿por qué? No puedo creer lo que has dicho de los seis años y medio, ¿qué le ha pasado a todo el mundo? ¿Cómo es que el aeródromo estaba desierto, mi coche ha desaparecido y un periódico del bar dice que es octubre de dos mil ocho?

—Recuerdas algo, ¿cualquier cosa de donde has estado?

—Recuerdo todo muy claramente y no he estado en ningún sitio. Por eso todo esto es tan desconcertante. Recuerdo la llamada de primera hora de la mañana de Graham diciendo que el salto iba adelante, el trayecto a Kent, los ejercicios y la charla, el salto en paracaídas... a ti diciéndome que me arrepentiría si no lo hacía, recuerdo hasta el último detalle.

Se estiró y pasó un dedo por la tela de mi mono como si no creyera que lo estuviera llevando.

—Entonces no recuerdas nada de lo que ha ocurrido desde entonces.

—No ha habido ningún desde entonces. Ha sido esta mañana cuando me has enseñado cómo rodar al caer. No quería saltar, ¿recuerdas? Pero lo he hecho y ha sido fantástico después de superar el terror de caer. Tenías razón, me ha encantado. Luego me ha zarandeado ese extraño viento y cuando he aterrizado estaba oscuro y todo el mundo había desaparecido.

Matt levantó las cejas y puso expresión escéptica, aunque tenía la extraña sensación de que sabía más de lo que aparentaba.

—Quizá Kevin siempre ha tenido razón —murmuró con una sonrisa.

—¿Kevin? Oh, así que existe, pues —contraataqué, pensando que se estaba burlando de mí—. Estaba empezando a pensar que toda mi vida había sido alguna clase de sueño extraño y que lo había imaginado a él y mi empleo y a mi familia y amigos.

—No, pero te ha ocurrido algo y si no recuerdas qué entonces yo no sé qué pensar, lo mismo que tú. —Abrió la puerta—. Mira, entra en casa y prepararé una taza de café.

Lo seguí a una cocina muy iluminada y moderna, aunque

bastante desordenada. Vacilando junto a la puerta, observé con cautela mientras Matt llenaba una tetera de plástico transparente y la encendía.

—Estás exactamente igual que la última vez que te vi —dijo, sacudiendo la cabeza en obvio ademán de incredulidad al tiempo que apartaba un taburete de la barra americana para que me sentara—. Es increíble.

—Bueno, me has visto hace un rato.

Estaba empezando a hartarme de la expresión de asombro en su rostro. Me subí al taburete, arrugando el entrecejo mientras asimilaba cada detalle de su aspecto.

—En cambio, tú pareces distinto —comenté cansada—. Quizás es el corte de pelo, pero, no sé, pareces un poco más mayor.

—Es que lo soy.

Se volvió a mirarme con esa mirada penetrante suya. Se sentó a mi lado y se frotó las palmas de las manos en las rodillas de los vaqueros.

—Mira, Michaela, no quiero asustarte, pero después de que saltaras en paracaídas en abril de dos mil dos, simplemente desapareciste sin dejar rastro. Has estado desaparecida todo este tiempo: fue como si te hubieran borrado por completo de la faz de la tierra.

—¡Basta! —Me levanté otra vez, y empecé a caminar arriba y abajo, con las botas de salto resonando en el suelo de baldosas. Finalmente me detuve y me volví hacia él—. ¿Cómo quieres que me crea eso?

Negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero lo creas o no, tu desaparición cambió muchas vidas, incluida la mía. Yo fui el último en verte; fui yo el que te dijo dónde y cuándo saltar. El misterio de tu desaparición me ha acechado desde entonces. En un momento la policía incluso me detuvo como sospechoso de tu posible asesinato.

—Pero yo no he desaparecido —protesté débilmente, con la rabia desvaneciéndose tan deprisa como apareció—. He estado aquí todo el tiempo.

Matt se acercó a la encimera y sirvió café instantáneo en tazas. Observé mientras vertía agua caliente en las tazas y añadía leche.

—Cuando no aterrizaste en el aeródromo, peinamos los campos

de alrededor y los bosques para buscarte.

Trajo las tazas a la barra americana y se sentó. Cogí una de las tazas humeantes mientras él continuaba.

—Supusimos que te habrías desviado y habrías aterrizado fuera del aeródromo, pero no había rastro de ti en ninguna parte. Después de varias horas de exploración infructuosa llamamos a la policía y se amplió la búsqueda a la tierra de labranza, los jardines traseros de la gente, cobertizos y edificaciones anexas... pero no estabas en ninguna parte. La búsqueda continuó durante meses, con interrogatorios puerta por puerta y llamamientos en televisión, pero no había pistas. Era como si te hubieras desvanecido. Tus padres se negaron a rendirse mucho después de que la policía archivara tu caso. Imprimieron folletos y los distribuyeron en la zona. Eso fue hace seis largos años, Michaela. Después de más o menos un año, todos salvo tus padres (y Kevin y yo) creímos que nunca volveríamos a verte.

Traté de llevarme la taza de café a los labios, pero me temblaban tanto las manos que apenas podía sostenerla. Dejándola otra vez en la barra, me agarré la cabeza con las manos y cerré los ojos.

—Has de recordar algo de donde has estado —insistió otra vez Matt.

—Te lo he dicho. —La voz me salió ahogada entre los codos y desde debajo del pelo largo—. Recuerdo todo muy claramente. Hoy es quince de abril. Es dos mil dos...

Matt se estiró hacia la encimera y me acercó un periódico doblado. Leí la fecha en la esquina superior. Cerré los ojos y gemí.

—No puede ser... No puede ser.

Porque ese periódico también proclamaba que era lunes 20 de octubre, y decididamente era el año 2008.

Capítulo 6

—Espera aquí.

Matt salió de la habitación y volvió al cabo de un momento con un gran sobre lleno de pilas de carteles, folletos y recortes de periódico. Ladeé la cabeza y observé mientras él los iba hojeando.

Los primeros artículos aparentemente habían copado las portadas. «Una joven desaparece en un salto en paracaídas» y «Mujer desaparecida en un misterioso salto benéfico», luego, «Los padres de la joven desaparecida en una súplica televisiva», y por último «Michaela, ¿abducida por extraterrestres?».

Leí los artículos con una creciente sensación de inquietud. Mis dedos se entretuvieron en una foto en blanco y negro de mis padres en la que aparecían demacrados y afligidos. ¿Qué infierno habían pasado si lo que Matt estaba diciendo era cierto?

—He de intentar llamar a Calum y a mis padres otra vez.

Me esforcé por ponerme en pie y me tambaleé peligrosamente. Me zumbaban los oídos con un horrible sonido de alta frecuencia y tenía náuseas otra vez.

El suelo, que me había parecido muy sólido sólo un momento antes, se inclinó hacia mí, y habría caído a plomo si Matt no me hubiera cogido y me hubiera ayudado a bajar lentamente al suelo frío. Me dolió el pequeño corte al rascar con la mano las baldosas de la cocina.

Matt se agachó de manera que su cabeza estuvo a sólo unos centímetros de la mía.

—¿Qué te has hecho en la mano?

—Me enganché en la puerta del avión cuando subimos antes de saltar —le dije.

Se quedó muy quieto.

—Me acuerdo de eso —murmuró en voz tan baja que pensé que

estaba hablando consigo mismo—. Pero no puede ser la misma herida... después de tanto tiempo.

—¿Qué me ha pasado? —pregunté con voz tenue al bajar la mirada a los cordones de mis botas.

—Eso —dijo firmemente— es lo que pretendo averiguar.

Decidí no tratar de llamar a nadie más esa noche. Sólo con que fuera verdad la mitad de lo que Matt me había contado, una noche más no haría daño después de seis años y medio. Le pedí que me llevara a casa de Calum o incluso a la de Ingrid, pero él repitió que probablemente era más sensato que tratara de retomar el control de mi vida por la mañana.

—Piensa en el shock que vas a causar a todos cuando vuelvas de entre los muertos —me recordó—. Si no quieres acudir todavía a las autoridades o decirle al mundo que has vuelto, entonces te sugiero que duermas bien e iremos mañana a primera hora. Nadie va a creer esto, hasta que te vean de pie delante de ellos en persona.

Después de seguir a Matt al piso de arriba, me aparté mientras él me aguantaba la puerta de una habitación de invitados de buen tamaño, agradablemente decorada en color azul marino y blanco, con una cama queen size en el centro. Se acercó a una cómoda, hurgó en ella y volvió con un par de camisetas blancas bien plegadas, una con un oso panda delante y la otra con la imagen de un delfín saltando.

—Toma, puedes dormir con una de éstas si quieres.

Cogí las camisetas y fui tras él al cuarto de baño, donde sacó una toalla limpia y un cepillo de dientes nuevo.

—Te dejaré que te prepares, pues —dijo.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, desdoblé las camisetas y sostuve una delante de mí. Era lo bastante grande para cubrirme el trasero y decidí que sería un camisón suficientemente decente. Acercándome la tela a la cara inhalé el aroma, esperando detectar el aroma de perfume o alguna otra pista residual de la persona a la que habían pertenecido las camisetas, porque desde luego no eran de Matt. Al contemplar mi reflejo en el espejo del cuarto de baño no pude evitar preguntarme cuántas mujeres habrían pasado por su vida desde que me había invitado a una copa esa tarde.

Al menos fue un alivio quitarme el mono. Miré los tejanos y la camiseta que llevaba debajo, contenta de ver algo familiar que me

pertenecía y que milagrosamente no había desaparecido durante el día. Después de lavarme los dientes, salí al rellano sosteniendo el borde de la camiseta con timidez en torno a mis muslos. Matt estaba esperando al otro lado de la puerta del cuarto de baño.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

Asentí con la cabeza, pero cuando se volvió y se alejó tuve un momento de pánico.

¿Y si cerraba los ojos y desaparecía otra vez? ¿Y si al despertarme descubría que habían pasado otros seis años? Uno de los artículos de periódico flotó ante mis ojos; ¿y si de verdad me habían abducido extraterrestres y volvían a por mí por la noche?

Matt ya estaba a mitad del pasillo, pero lo llamé y se volvió hacia mí con expresión inquisitiva.

—¿Sí?

—Sé que esto va a sonar lamentable, pero no quiero que me dejes sola. Supongo que no puedo dormir en tu habitación, ¿no? —Sentí que me ruborizaba al ver que él ponía los ojos como platos por la sorpresa—. Es que no quiero estar sola... Con todo lo que ha pasado me sentiría más segura durmiendo con alguien ahí. Sólo como amigo, se entiende... nada raro.

Matt vaciló como si reflexionara.

—Sería estúpido si dijera que no a una oferta así. —Se rio de buena gana y me fijé en lo atractivo que era—. Sólo hay una cama en mi habitación, pero prometo ser un perfecto caballero, o puedo dormir en el suelo si quieres.

Recordé la innegable atracción que había sentido hacia él esa mañana, durante la preparación para el salto. Me había sentido sorprendida y halagada cuando me había dado a mí su número de teléfono en lugar de a Ingrid, aunque el terror del salto inminente y mis sentimientos por Calum habían aplastado cualquier idea de una posible aventura.

—No has de dormir en el suelo —murmuré con timidez.

Matt encendió las luces de su habitación y al ver las sábanas negras, edredón negro con ribete de oro y almohadas apiladas en su cama queen size casi cambié de opinión. Aparte de varias prendas de ropa sucia tiradas en el suelo, la habitación estaba razonablemente limpia. Pero por su aspecto, tuve la sensación de que Matt era un Casanova confirmado, y allí estaba yo rogando que

me dejara dormir con él.

Matt desapareció en el cuarto de baño de la suite y volvió al cabo de unos minutos vestido con un albornoz. Sentado al borde de la cama, se quitó la bata —regalándome así con la imagen de sus hombros anchos y musculosos que se estrechaban en la cintura— antes de deslizarse discretamente bajo las sábanas. Tenía la impresión de que todavía llevaba calzoncillos bóxer y respiré aliviada.

Avergonzada por mi necesidad, me apresuré a subir a la cama y enseguida le di la espalda. Oí el rumor de las sábanas cuando se estiró para apagar la luz y me quedé lo más quieta posible hasta que me preguntó si estaba bien.

—Sí, gracias, estoy bien —respondí con fría formalidad.

Tenía el edredón subido hasta la barbilla, las manos cruzadas protectoramente sobre el pecho. Matt murmuró un «buenas noches» y al cabo de unos segundos su respiración constante se convirtió en ronquidos. Esperé hasta que estuve absolutamente segura de que estaba dormido antes de mover el pie y apoyarlo con suavidad contra su pantorrilla.

Cuando el calor de la carne de Matt caló en mí, me sentí más tranquila al saber que estaba a salvo, anclada al mundo por otro ser humano vivo. Cerré los ojos y me permití relajarme por fin y sucumbir al sueño.

Capítulo 7

Me desperté con el olor seductor a beicon y huevos y me quedé con los ojos cerrados, preguntándome dónde estaba. Calum y yo nunca tomábamos un desayuno de sartén. Él era un hombre de fruta y muesli; Abbey normalmente tomaba cereales, y a mí me gustaban la fruta, el yogur y las tostadas. Abriendo los ojos, miré el espacio vacío a mi lado, la almohada todavía ligeramente hundida donde alguien había dormido recientemente y recordé con un sobresalto dónde estaba.

Al tiempo que me daba cuenta de que no estaba en mi cama, el resto del horror del día anterior levantó su espantosa cabeza y mi corazón palpitó de miedo. ¿De verdad me había catapultado seis años hacia el futuro? El día anterior los signos así lo indicaban claramente, pero ¿cómo era posible algo semejante?

A la escasa luz de la mañana, mientras yacía a gusto y temporalmente a salvo bajo las sábanas calientes, la idea me pareció absurda. Me descubrí pensando en todas las alternativas a lo imposible y lo inconcebible. La gente no desaparecía así como así durante seis años en un abrir y cerrar de ojos y volvía para descubrir que el mundo se había movido sin ella. Mi tarea, por consiguiente, se centraba en descubrir una explicación racional a los extraños sucesos del día anterior. De alguna manera, algo o alguien había alterado mi percepción de lo que había ocurrido después de que saltara de esa avioneta. Simplemente tenía que descubrir quién quería hacerme eso y por qué.

Cerré los ojos con fuerza para protegerme de la luz que se filtraba a través de las cortinas doradas y negras, me acurruqué y traté de pensar en al menos una respuesta verosímil para mi lista de preguntas.

Mi mente empezó a aferrarse con desesperación a diversos

escenarios. Por lo que había oído, algunos estafadores concebían elaborados trucos para sacar dinero a «objetivos» incautos. Aparte del aterrador hecho de que estaba oscuro cuando había aterrizado, alguien podría haber alterado superficialmente el estado del aeródromo y escondido mi coche para asegurarse de que caminaba hasta el refugio más cercano y único: el bar donde habían enganchado carteles y folletos de mí como «desaparecida» y habían dejado una copia de un periódico especialmente alterado en un lugar donde yo no podía dejar de verlo, con la fecha ficticia en él.

No era del todo imposible que alguien me hubiera drogado antes de que saltara para que estuviera tan confundida con los horarios. Quizá después de que Graham, Ingrid y Kevin hubieran saltado del aparato, el piloto había volado a otro lugar y había vuelto para soltarme sobre el aeródromo horas después para confundirme y desorientarme. Desde luego lo habían conseguido, pensé tristemente. La cuestión era por qué. Yo no tenía mucho que ofrecer aparte de mi cuenta al descubierto y mis facturas de tarjetas de crédito. Así que ¿por qué alguien iba a querer hacer algo así?

Claro que, si el piloto estaba involucrado, seguramente el monitor de salto también tenía que estarlo. Recordé el modo razonablemente fácil en que Matt había aceptado que era yo quien lo llamaba desde el bar. Si de verdad hubiera llevado desaparecida seis años, ¿no habría sido más suspicaz con una voz al otro lado de la línea que afirmaba que era yo? Y era Matt el que se había asegurado de que llevara su número de teléfono en el bolsillo; quien podría haber insistido en llevarme con Calum o con mis padres la noche anterior, pero no lo había hecho. Y era muy fácil cortarse el pelo para dar la sensación de que había envejecido...

Dando un pequeño gruñido de desesperación, me ovillé aún más, tirando de la ropa de cama para que me cubriera la cabeza. Quería ir a casa con Calum. Sabía que estaría más segura allí. Me echaría en sus brazos y él reiría y me diría que no fuera tonta, que estaba perfectamente y que nunca había desaparecido.

Agucé el oído por si oía algún ruido en la escalera y decidí que la forma de actuar más segura era levantarme y vestirme, simular con Matt que aún estaba absorbida en su extraño mundo de fantasía y echar a correr a la primera oportunidad que se me presentara. Balanceé las piernas para bajar de la cama y apoyé los pies

descalzos en una lujosa alfombra de lana antes de caminar por el suelo de roble pulido hasta el cuarto de baño.

Después de cerrar la puerta con llave, pasé varios minutos en la ducha, quitándome la suciedad del día anterior antes de envolverme en una gran toalla negra y salir del cuarto de baño.

Matt estaba en medio de la habitación con una taza de té en la mano. Yo di un pequeño grito de terror y casi se me cayó la toalla. La agarré justo a tiempo y me aferré a ella con fuerza, mirando a Matt con los ojos bien abiertos. Él sonrió de un modo apreciativo cuando me vio.

—Sintiéndote como en casa, veo.

Noté que me ponía lívida y traté de sonar normal.

—Espero que no te importe.

Él cruzó hasta la cama y dejó la taza en la mesita de noche.

—Me alegro de que ya estés levantada. Iba a despertarte. Hay alguien abajo al que creo que querrás ver.

—¿En serio? Creía que nadie sabía que estaba aquí. —Me senté al borde de la cama y sorbí el té caliente—. Gracias por esto, es justo lo que necesitaba.

—Me he tomado la libertad de llamar a Kevin.

—¿A Kevin?

Estaba genuinamente sorprendida. Si Matt se había tomado tantas molestias para atraerme hasta ahí, ¿por qué había llamado a alguien al que conocía? Sobre todo a alguien que había estado conmigo en el avión antes de que me drogaran y probablemente secuestraran. No tenía sentido.

—Mencionaste a Kevin anoche —dije—, pero la verdad es que no lo conozco bien. Sólo lleva unas semanas en la empresa y es muy reservado.

Lo observé por encima del borde de la taza, pensando. Matt no podía haber urdido un plan tan elaborado solo, había tenido que contar con ayuda. ¿Era posible que Kevin también estuviera implicado? Matt podía haber plantado al chico en la empresa de seguros Wayfarers donde trabajábamos, para asegurarse de que estaba conmigo en el salto en paracaídas con fines benéficos. En mi mente apareció un recuerdo del chico de diecinueve años lleno de granos que me entregaba con timidez una taza de café en el comedor alrededor de media hora antes de despegar. Ése habría

sido el momento adecuado para que una droga hiciera efecto. Casi me atraganté al bajar la mirada a la taza que tenía en la mano.

—Hace seis años puede que Kevin fuera un solitario, pero ahora somos buenos amigos —estaba diciendo Matt—. Tiene algunas ideas de bombero, pero es un buen tipo, y es un genio con los ordenadores y la tecnología.

Le devolví la taza de té, que no había terminado, y ofrecí una sonrisa tensa.

Matt me sonrió.

—Pero dejaré que te lo explique él. Baja cuando estés vestida y desayunaremos juntos.

Cuando Matt se fue, traté de acordarme de todos los detalles del día anterior. Recordé haber pensado en el aspecto tenso y ceniciento de Kevin, pero lo había achacado a los nervios antes del salto inminente y a su desesperado enamoramiento de Ingrid. ¿Los dos se habían inventado una extraña realidad alternativa para mí?

Sin quitarle ojo a la puerta, abrí el cajón de arriba de la cómoda de Matt. A primera vista no parecía haber ninguna pista oculta entre los escasos elementos personales, pero entonces me fijé en que en el rincón había un trozo de cartulina del tamaño de un sobre que me miraba de un modo seductor. Al no oír nada fuera, estiré el brazo y saqué el objeto. Le di la vuelta en mi mano.

Una foto mía en blanco y negro me devolvió la sonrisa. Se me cerró el pecho inmediatamente y se me hizo un nudo en la garganta. Era una copia del retrato que Calum me había hecho la semana anterior; el que habían usado en los carteles que había visto en el bar. Con manos temblorosas, volví a dejar el objeto ofensivo en el cajón y cerré éste apresuradamente, como si volver a encerrar la foto en su sitio mitigara el impacto de lo que sugería.

Me di cuenta de que no podía quedarme ahí eternamente, tenía que lograr que Matt y Kevin pensaran que me había creído su plan, fuera cual fuese.

Mirando con aversión el mono azul, me vestí con los vaqueros y la camiseta del día anterior, dándome cuenta de que no tenía muchas más opciones que volver a ponérmelos. Era eso o bajar la escalera en plan tentador con la camiseta del delfín. Me estremecí al pensar en la facilidad con la que el escenario que habían inventado me había hecho saltar a la cama del instructor de paracaidismo.

—Idiota —murmuré entre dientes.

En último momento se me ocurrió volver a ponerme el mono; me lo enfundé sobre los vaqueros y me subí la cremallera hasta el cuello.

Una vez vestida bajé por la escalera y encontré a Matt ante una pila de papeles que había en la encimera de la cocina, dándome la espalda. Un hombre fornido de aproximadamente mi edad estaba sentado a la barra americana, inclinado sobre un desayuno frito. Mi mirada pasó sobre él y se detuvo en la nuca de Matt. Me fijé en la forma en que el pelo se le curvaba en el cuello, tocándole apenas los hombros, pero enseguida aparté la mirada de mala gana, recordándome que él formaba parte de todo aquello... fuera lo que fuese. Y Calum estaba en casa, probablemente esperando ansioso mi retorno.

Cambiando mi atención al hombre que definitivamente no era el Kevin que recordaba, observé cómo cogía yema de huevo con la cucharita y la colocaba sobre la tostada para llevarse ésta a la boca con indisimulado placer. Tenía el mismo pelo rojizo y rizado de Kevin y la misma cara pálida, nariz afilada y pecas, pero ahí terminaba la similitud.

Me adentré un poco más en la cocina y me quedé allí plantada, sin saber qué decir. Cambié el peso del cuerpo de un pie al otro y logré decir lo que esperaba que sonara como un brillante:

—Hola.

No podría haber causado una reacción más dramática si hubiera sacado la anilla de seguridad de una granada de mano y la hubiera lanzado al centro de la cocina. El hombre que pasaba por Kevin levantó la vista y me miró de pies a cabeza. Por un par de segundos sus ojos se quedaron fijos en los míos y entonces, como a cámara lenta, dejó su tenedor ruidosamente en el plato, salpicando gotas de huevo en la encimera. Se levantó de un salto abriendo desmesuradamente la boca y los ojos y se apartó como si temiera que yo fuera a explotar en mil pedazos.

Capítulo 8

Kevin estaba allí de pie, listo para salir corriendo, entrecerrando los ojos como un miope sin gafas. Parecía estar asimilando cada detalle de mi apariencia: mi cara, pelo, el mono, hasta mis pies descalzos. Finalmente se limpió la boca con el dorso de la mano y tragó saliva.

—Michaela, ¿de verdad eres tú?

Era un buen actor, eso tenía que concedérselo. Su reacción me había sorprendido casi tanto como yo parecía haberle sorprendido a él. Después de haber retrocedido varios pasos cuando él se levantó de un salto, me quedé quieta al pie de la escalera y correspondí a su escrutinio, asimilando sus rasgos y comparándolos con los del Kevin que conocía. Una corta barba en mejillas y barbilla servía para suavizarle un poco la mandíbula estrecha y angulosa. El peso extra en la cara y el cuerpo le daba una apariencia más fornida y más sólida. Era una muy buena imagen del aspecto que un adolescente que no se cuida puede tener a los veinticinco.

Muy inteligente.

Kevin se acercó despacio, con un brillo de excitación en las pupilas.

—Eres tú, ¿verdad? Pero ¿dónde has estado? ¿Qué te han hecho? ¿Te han mantenido en alguna clase de estasis? ¿Cómo escapaste?

Miré a Matt, y fue entonces cuando vi lo que estaba escrito encima de la pila de papeles que tenía delante. Parecían documentos impresos de sitios web, y las palabras que captaron mi atención, haciendo que se me revolviera otra vez el estómago, eran «Abducciones inexplicadas» y «Personas que han desaparecido».

Sinceramente, esperaba que Matt y Kevin no fueran a intentar convencerme de que me habían abducido extraterrestres.

Kevin todavía me estaba mirando con cara de asombro.

—Te lo dije. —Se volvió hacia Matt con una sonrisa de triunfo —. Todo el mundo me tomó por un bicho raro, pero tenía razón desde el principio.

—No todo el mundo te tomó por un bicho raro —le corrigió Matt—. Todavía hay bastantes que defienden la teoría de la abducción y los periódicos desde luego se aferraron a la idea durante un tiempo.

—Pero ¿por qué no me habías dicho que había vuelto? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Sólo desde anoche. —Matt me miró con aire de disculpa—. Michaela me llamó desde el Royal Oak y la traje aquí para que pudiera dormir bien. No quería que la llevara a la comisaría y pensé que necesitaría tiempo antes de anunciar su regreso.

Kevin se agarró la cabeza.

—Tío, ¿me estás diciendo que todavía no lo sabe nadie?

Matt negó con la cabeza.

—Sólo tú y yo, y el dueño del bar, pero no creo que adivinara quién es.

Miré del uno al otro, preguntándome cómo esperaban que creyera semejante absurdo. Me aclaré la garganta.

—Disculpad, pero ahora me gustaría mucho ir a casa, si no os importa.

—¿No vas a decirnos qué te ha ocurrido? —Kevin había vuelto a sentarse en el taburete y estaba recogiendo las hojas impresas. Agitó dos de ellas hacia mí—. Hemos esperado seis años y medio preguntándonos cómo demonios habías desaparecido tan completamente.

—No tengo ni idea de lo que estáis hablando —dije de mal humor—. Ayer salté de una avioneta y cuando aterricé descubrí que el aeródromo estaba desierto y en aparente estado de abandono. Pero eso ya lo sabéis, ¿no?

Kevin miró a Matt y éste negó con la cabeza. Volviéndose hacia mí, Kevin alzó las cejas y su voz salió como un chillido.

—¿Quieres decir que no tienes ni idea de dónde has estado?

Torcí el gesto, molesta conmigo misma por caer en la trampa de olvidar seguir la corriente de sus extrañas historias.

—Mira, una broma es una broma, pero de verdad quiero ir a

casa.

Una expresión de preocupación apareció en el rostro de Matt y acercó un taburete.

—Ven y siéntate, Michaela. Al menos desayuna algo, has de estar muerta de hambre.

Me senté, en parte porque me temblaban las piernas y en parte porque me di cuenta de que sí tenía hambre. No había probado bocado desde mi paso por el comedor del aeródromo el día anterior.

—¿Qué quieres? ¿Fruta, yogur?

¿Cómo sabía lo que me gustaba desayunar normalmente? Mi mirada vagó hasta el beicon y los huevos. Matt se rio y, volviéndose hacia la sartén, echó unas lonchas de beicon que empezaron a chisporrotear. Se me hizo la boca agua.

Kevin aprovechó la oportunidad para poner la hoja titulada «Personas que han desaparecido» bajo mis narices.

—No eres la única persona que se ha evaporado sin dejar rastro a lo largo de los años. —Pasó un dedo regordete por la larga lista—. Mira, la gente lleva siglos desapareciendo.

Sentí que mis ojos se iban hacia la lista. Empezaba con un relato de la desaparición de Nefertiti, la mujer del faraón Ajenatón del Antiguo Egipto, en 1336 a. C., y continuaba con una página tras otra de desapariciones inexplicadas hasta octubre de 2008. Pasando las páginas encontré un relato de mi propia desaparición en 2002.

—Bueno, ahora van a tener que actualizar la lista. —Negué con la cabeza y eché la barbilla hacia delante—. Tanto si creían que había desaparecido cuando hicieron esta lista como si no, ahora desde luego no lo estoy.

—¡Es extraordinario! —dijo Kevin entre dientes, levantándose y mirándome desde todos los ángulos.

Buscó en su bolsillo y sacó un teléfono móvil.

—¿Te importa que te saque unas fotos y un vídeo corto de cómo estás ahora?

Estaba desconcertada.

—¿Dónde está la cámara de vídeo?

Kevin rio.

—Esto es la cámara. También es mi móvil y puedo consultar el correo electrónico. —Tocó unos botones y me enseñó cómo funcionaba.

Fruncí el entrecejo. ¿Cómo disponía de una tecnología así? Y era muy pequeño, no como el voluminoso móvil que había dejado en mi bolso. Antes de que pudiera protestar, Matt puso un plato de comida delante de mí y yo cogí el cuchillo y el tenedor tratando de no hacer caso de las dudas que me acosaban. No sólo Matt y Kevin habían envejecido visiblemente, sino que parecía que también la tecnología había avanzado. Por más que intentara negarlo, todo señalaba en la dirección de que algo terrible e inexplicable había ocurrido.

Kevin sostenía su minúsculo móvil enfocado hacia mí, pero yo levanté la mano.

—No, por favor.

—Basta, Kevin. —La voz de Matt sonó autoritaria—. Michaela tiene mucho que asimilar. Puedes recoger pruebas después. Déjala comer en paz.

Terminé la comida en un abrir y cerrar de ojos. Por famélica que estuviera, no dejaba de pensar en Calum y Abbey, y en mi madre y mi padre. Tanto si había algo de verdad en lo que Matt y Kevin me estaban diciendo como si no, como mínimo mi familia estaría preocupada por el hecho de que no hubiera vuelto a casa esa noche. Miré otra vez el reloj e imaginé a Calum tratando de preparar a Abbey para llevarla a la escuela; tendría que prepararle la bolsa del almuerzo él mismo y probablemente estaría despotricando por mi ausencia. Me pregunté también por qué mis padres no habían contestado el teléfono la noche anterior: imaginé a papá preparándose para su jornada en el banco, donde era director desde hacía diez años; a mamá, apresurándose a su alrededor, preparando el desayuno para poder compartirlo antes de que él tuviera que irse a la estación. Seguramente hablarían de mí, se preguntarían por qué no había llamado para contarles cómo había ido el salto benéfico.

Aparté el plato vacío con un suspiro.

—He de llamar a Calum y a mis padres y contarles que estoy bien.

—¿Tus padres? ¿Matt no te ha dicho...? —empezó Kevin.

Se interrumpió abruptamente.

Levanté la cabeza de golpe.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no me has contado?

—Nada —dijo Matt de manera apresurada—, mira, te llevaré a

casa de Calum y así hablaremos por el camino.

Decidiendo que podría decirme lo que quisiera a su debido tiempo, terminé la comida con una tostada con mermelada y otra taza de té.

—Me sorprende que todo lo que me he comido no esté prohibido en este mundo nuevo de dos mil ocho —murmuré con sarcasmo al echarme atrás en la silla, repleta.

—Lo miran mal, desde luego —coincidió Matt—, pero sabía que con la promesa de un buen desayuno frito a la vieja usanza rico en colesterol lograría que Kevin viniera sin hacer preguntas.

Casi me reí, pero duró poco.

—Mira, de verdad he de llamar a casa.

—Estarás allí enseguida.

Recordando la lista de llamadas frustradas de la noche anterior casi capitulé.

—Es probable que tengas razón, pero he de intentarlo otra vez. ¿Me dejas usar tu teléfono?

Kevin echó una mirada a Matt.

—Adelante. —Matt me tendió su móvil.

Marqué el número de Calum y escuché que el teléfono sonaba y sonaba sin que respondieran. El número de mis padres produjo el mismo efecto y empecé a sentir otra vez la misma inquietud. Me dije a mí misma que llamaría al trabajo y, si todo parecía normal allí, reconsideraría intentar llamar a Calum o a mis padres otra vez al cabo de un rato.

La llamada a Wayfarers confirmó mis peores temores. Una chica joven respondió la llamada, pero aseguró que nunca había oído hablar de mí. Respondió mis preguntas ansiosas a regañadientes. Al parecer, llevaba dos años en la compañía de seguros y en ese tiempo había cambiado la mayor parte del personal. Graham se había jubilado por enfermedad varios años antes, me dijo. Y nunca había oído hablar de nadie que se llamara Ingrid Peters.

Colgué y le pasé el teléfono a Matt, en silencio.

Salimos de la casa media hora después. Me senté en el asiento del pasajero del coche de Matt, ahora con el mono doblado y apoyado en mi regazo. Quería acurrucarme otra vez y llorar. El día anterior había sido una radiante jornada primaveral, vibrante con la promesa del verano, pero de pronto parecía otoño, hasta olía a

otoño. Me di cuenta de que Matt y Kevin tendrían que haber sido unos asombrosos ilusionistas para cambiar las estaciones. Y si no eran estafadores, ¿entonces qué? Me resultó extrañamente agradable tocar mi cepillo de dientes prestado, la única posesión tangible que tenía a mi nombre.

Permanecimos casi en completo silencio mientras el coche quemaba kilómetros hacia la casa de Calum. De cuando en cuando miraba el perfil de Matt y absorbía sus rasgos agradables: su nariz prominente, su barba de tres días. Había programado una especie de artefacto de navegación con la dirección y el código postal de la casa de Calum antes de salir. El chisme, incorporado al coche, tenía una pantalla que mostraba el mapa de la ruta. De vez en cuando una voz robótica de mujer daba instrucciones y Matt giraba a derecha o izquierda según las indicaciones. Había oído hablar de la posibilidad de esos artefactos de navegación por satélite; ya habían usado GPS en el mar, pero nunca había visto uno en un coche antes. Era inquietante. Por fin, Kevin, que estaba en el asiento de atrás, se inclinó hacia delante y rompió el silencio.

—¿Estás segura de que no recuerdas nada de nada? ¿Ni siquiera un destello chiquitito de una nave espacial o una extraña figura gris?

—El salpicadero de este coche sí que me parece una nave espacial; pero no, has leído demasiadas historias de abducciones —le dije reprendiéndole en tono de broma. Volviéndome en mi asiento lo miré a los ojos—. No se me han llevado los extraterrestres, Kevin. Esas historias de abducciones se las inventaron los militares de Estados Unidos para tapar su investigación de nuevas armas y aeronaves en los años cincuenta.

—¡Cuéntaselo a los miles de abducidos que juran que los han raptado y han experimentado con ellos!

—Probablemente esos relatos están causados por la histeria de masas que ven demasiadas películas de ciencia ficción —le dije con firmeza.

—¿Y las desapariciones que se produjeron mucho antes de que se descubriera América? Según esta lista, la gente ha estado desapareciendo desde que el mudo es mundo. —Kevin se inclinó aún más hacia delante—. Si no se te llevaron, ¿tenías alguna buena razón para desaparecer, Michaela?

—He de cargar biodiésel —dijo Matt de repente al pasar el cartel indicador de una estación de servicio.

—Ni siquiera voy a preguntar qué es eso.

Cerré los ojos, doblé los brazos y me deslicé en el asiento, tratando de hacerme invisible mientras él giraba por la vía de servicio y se detenía junto a un surtidor. Oí que se abría y se cerraba la puerta del conductor y Matt salía. Kevin dijo en voz baja:

—Puedes burlarte de eso, pero la teoría de la abducción es lo que finalmente salvó a Matt de un linchamiento de la prensa por tu asesinato.

Capítulo 9

Abrí los ojos de nuevo y me volví para mirar a Kevin, consternada.

—¿De verdad sospecharon que me había matado?

—La explicación más popular de tu desaparición es que Matt te mató en esa avioneta después de que Graham, Ingrid y yo saltáramos. —Me fijé en que mantenía un ojo vigilante en Matt mientras éste se movía fuera del coche—. La teoría que circulaba entonces era que trató de agredirte una vez que saltamos en paracaídas y te tuvo para él solo. Tú lo rechazaste. —A Kevin parecía gustarle el tono dramático de su historia—, así que te mató y arrojó tu cadáver al mar. Desde el punto de vista de los demás, ¿qué otro escenario posible había? La última vez que te vieron fue en ese avión con él. No había signo de que hubieras aterrizado en ninguna parte, y nunca se te volvió a ver ni se supo nada de ti. Hasta ahora.

Por un momento olvidé que todavía estaba tratando de negarme a creer ni una palabra de lo que Matt o él me estaban diciendo. Tenía la cara pálida al pensar en las acusaciones que Matt había sufrido.

—Lo siento mucho.

—En cuanto los periódicos se enteraron de que la policía lo había citado para que colaborara en sus investigaciones, los medios lo acosaron durante meses. A todos nos interrogaron a fondo, por supuesto, pero mi coartada y las de Graham e Ingrid eran a prueba de bombas. Estuvimos visiblemente en el aire hasta que aterrizamos, y una vez en el suelo nos rodeó el personal del aeródromo. Todos juramos que estabas bien cuando saltamos del avión. Durante un tiempo, cada vez que salía de casa me disparaban los flashes en la cara y había periodistas que me ponían el

micrófono debajo de la nariz. Pero para Matt fue mucho peor. La policía no tenía pruebas de ningún crimen y el piloto negó que hubiera pasado nada dentro del avión, pero la prensa juzgó a Matt en público y lo declaró culpable. Su reputación se vio afectada, Michaela. Le retiraron la licencia de instructor y perdió el trabajo. Fue una mala temporada hasta que yo contacté con los periódicos y les ofrecí otra teoría en la que hincar el diente.

Lo miré.

—La teoría de la abducción, supongo.

—Exacto. Los extraterrestres sirven para algo, pequeña.

Casi me reí por el peculiar lenguaje de Kevin, pero me daba cuenta por su falta de diplomacia de que seguía siendo tan inepto en las relaciones sociales como cuando era un adolescente desgarbado.

Sin darme cuenta miré a Matt. Se dirigía a la caja, pero hizo una pausa para coger un periódico del expositor antes de entrar. Me pregunté por la extraña amistad entre aquellos dos hombres. Uno era atractivo y seguro de sí mismo; el otro, que me estaba haciendo tragar vapores de beicon rancio que se me metían en la garganta, era tan inquieto que daba la sensación de no estar a gusto en su propia piel.

—Me sorprende que no te llevara a la comisaría más próxima para limpiar su nombre y reparar su reputación arruinada —comenzó a decir Kevin mientras Matt se acercaba a nosotros—. En su lugar, yo no te habría llevado a casa, y lo pasado, pasado. Te habría querido ver en un podio con centenares de periodistas, haciendo una declaración y gritando al mundo mi inocencia.

Matt volvió a subir al coche y arrojó el periódico en mi regazo; Kevin se quedó en silencio mientras yo lo cogía y miraba la fecha. No había duda al respecto, era auténtico. La fecha era martes 21 de octubre de 2008. Mirando inexpresiva hacia delante, crucé los brazos y me recosté en el asiento mientras Matt giraba la llave de contacto y volvía a incorporarse a la autopista.

Sólo después de que Matt aparcara delante de la casa de Calum, me puse nerviosa de verdad. Al mirar la conocida casa adosada, con su jardín delantero estrecho ensombrecido por zarzas y matorrales, sentí una repentina reticencia a abandonar la seguridad del coche. El descuido del jardín me tocó una fibra sensible. Ni Calum ni yo

éramos buenos jardineros, pero manteníamos la casa en buenas condiciones entre los dos. La semana anterior habíamos cortado el césped por primera vez en la temporada. Ahora había un cacharro con la pintura desconchada aparcado en medio de un césped alto y enredado, y cubierto de malas hierbas.

—¿Calum está bien? No le ha pasado nada terrible, ¿no?

—No que sepamos. —Matt me estaba mirando—. De verdad creo que sería mejor que fuéramos a comisaría antes de decirle a tu novio que has vuelto. Hemos de informar a las autoridades de que estás bien.

—Quiero ver a Calum. Quiero oírle decir a él que he estado desaparecida seis años y medio.

Ya hacía rato que había echado el mono y el cepillo de dientes en el asiento de atrás y estaba sentada con las manos apretadas sobre el regazo, insegura de repente de si podría enfrentarme a Calum después de todo. Al menos era martes, me recordé, y Abbey estaría en la escuela, así que tendría a Calum para mí sola durante unas cuantas horas. Él me mantendría a salvo en sus brazos y todo volvería a la normalidad.

—Debo entrar a verlo —intenté otra vez, en este caso con un poco más de convicción.

—Te doy dos horas —dijo Matt con firmeza—. Después llamaremos a la policía.

—¿Hay que implicar a la policía? —supliqué—. Sólo quiero ir a casa y que me dejen en paz. Seguramente tengo derecho a eso.

—Matt sólo quiere limpiar su reputación —repuso Kevin—. Después de lo que ha pasado, seguramente tiene derecho a eso.

—Déjalo, Kevin. —Matt le lanzó una mirada severa, y Kevin se quedó en silencio.

—Vale, dos horas. —Suspiré profundamente y apoyé la mano en la manija de la puerta.

Mi cuerpo protestó ante la perspectiva de ver a Calum otra vez. Deseaba verlo con todo mi corazón, pero ese mismo corazón latía con temor. Ése era el momento de la verdad, el momento en que descubriría si las últimas horas habían sido una elaborada trampa o si había ocurrido algo verdaderamente inconcebible.

El cierre de la cancela seguía siendo tan rígido como lo recordaba y se abrió con un clic familiar. Al menos algo no había

cambiado, pensé, mordiéndome una risa levemente histérica. Cuando llegué a la casa y subí los dos peldaños que conducían a la puerta, tenía los puños cerrados y húmedos, pegados a los costados. Miré por encima del hombro al oír el coche de Matt, que se alejaba, y su partida me dejó con una sensación inexplicable de abandono. Tragué saliva y miré impotente a la puerta. Oí que el timbre sonaba dentro de la casa y esperé con ansiedad. La oficina de Calum estaba en el piso de arriba y podía tardar un buen rato en bajar. Cuando por fin oí pisadas en el pasillo y que se descorría el cerrojo, me quedé sin respiración por la expectativa.

La puerta se abrió y al principio pensé que el hombre que estaba de pie ante mí era un completo desconocido. El Calum al que había dejado la mañana anterior tenía el cabello oscuro desordenado y ojos azules, una cara atractiva. Siempre se había vestido con esmero, e incluso cuando trabajaba en casa era un fanático de la limpieza y el orden; siempre me burlaba de él diciéndole que eso era consecuencia de su estricta educación escocesa.

El Calum que se alzaba ante mí tenía círculos oscuros bajo los ojos, y el cabello —que había sido brillante—, apagado y deslucido. Parecía un fantasma pálido. Me miró con aspecto cansado y de repente sus ojos se ensancharon y se fijaron en mí, anonadados. Se aferró al marco de la puerta para no caerse de espaldas.

—¿Michaela? Oh, Dios mío. ¿De verdad eres tú?

Su reacción fue tan violenta a su propia manera como lo había sido la de Kevin. Hizo que mis últimas esperanzas cayeran en picado hasta las profundidades de mi estómago revuelto.

—Soy yo —confirmé, petrificada.

Ese hombre era un extraño; no me sentía a gusto con él en absoluto. No sólo parecía demacrado, sino que hasta exhalaba un tenue olor rancio, como si acabara de levantarse de la cama. El oscuro interior de la casa que se adivinaba a su espalda no tenía un aspecto mucho mejor.

Me miró durante unos instantes hasta que pareció recobrar la compostura. Su boca adoptó una expresión desalentadora al dar un paso atrás y hacerme pasar.

—Será mejor que pases.

Después de una última mirada por encima del hombro a la calle vacía, seguí al hombre con el que había vivido a una casa que había

sido mi hogar. Era irreconocible.

Lo que era el cómodo sofá de la sala —donde Abbey y yo nos habíamos sentado hacía sólo un par de días enfrascadas en sus deberes, donde Calum y yo nos habíamos acurrucado para ver la tele juntos— estaba cubierto de una capa de suciedad; parecía que alguien había derramado salsa de tomate y migas de nachos sobre él y nadie se había molestado en limpiarlo. En la mesita de café había pizza a medio comer en cajas grasientas y había varias latas de cerveza y coca-cola en el suelo. Localicé un par de botellas de whisky vacías detrás del televisor. Permanecí de pie y Calum me rodeó con lo que me pareció una mezcla de rabia y confusión.

—No sé si abrazarte o echarte de casa. Pensaba que estabas muerta.

Se frotó la garganta donde se abría el botón superior de una camisa azul a cuadros. Movió la cabeza a un lado y a otro, muy despacio. De repente se sentó en el sofá, como si sus piernas no pudieran sostenerlo, y se quedó mirándome con una expresión de incredulidad en su rostro cansado.

—Bueno, ¿dónde demonios te has metido todo este tiempo?

—No he estado en ninguna parte.

Desplacé mi peso de un pie al otro con torpeza, mirando a Calum con una sensación de incomodidad, pero sin decidirme a sentarme.

—No sé cómo explicar esto, pero acabo de volver del aeródromo.

Calum me miró en silencio y sentí que sus pupilas me examinaban airadamente de la cabeza a los pies.

—¿Qué quieres?

—No quiero nada... Al menos no sé lo que quiero, salvo llegar a casa. Quería verte, nada más.

—¿Querías verme? ¿Después de todo este tiempo? ¿Después de dejar que te buscáramos infructuosamente durante meses y meses, después de que pusiéramos nuestras vidas en un compás de espera mientras rezábamos por que aparecieras viva, sin querer renunciar a la esperanza de volver a verte? ¿Dejando que lloráramos por ti...? —Se levantó de golpe con sorprendente velocidad y puso su cara casi pegada a la mía—. ¿Tienes idea de lo que nos has hecho pasar?

Di un paso atrás.

—Estoy empezando a darme cuenta, sí.

—De verdad eres otra. —Empezó a pasear delante de mí—. Creo que te prefería muerta.

—Mira, lo siento, Calum. No quería dejarte ni a ti ni a Abigail. Si me escuchas, trataré de explicarme.

Dejó de pasear y me miró, esperando. El dolor en sus ojos me llegó al alma.

—Será mejor que valga la pena.

Capítulo 10

Junté las manos y las retorcí, deseando que Calum se sentara para poder hundirme yo también en aquel sucio sofá. No estaba segura de que mis piernas pudieran sostenerme mucho rato más. Tragué saliva y me aclaré la garganta.

—Algo raro ocurrió durante el salto. Hubo un viento extraño, más como un tornado en realidad. Fue como si me envolviera, y cuando aterricé en el aeródromo estaba oscuro y no había nadie allí.

Me callé de repente al darme cuenta de que Calum no creía ni una palabra de lo que estaba diciéndole. Respiré hondo y continué.

—Eso fue ayer. Sé que suena extraño, pero sólo ocurrió ayer. Por lo que a mí respecta, no he estado ausente. Acaban de traerme aquí desde un bar que hay cerca del aeródromo y los periódicos dicen que es el dos mil ocho y estoy tan confundida... —Mi voz se apagó lánguidamente—. Sólo quería llegar a casa contigo y con Abigail.

Calum estiró el brazo tímidamente y puso su mano en mi brazo. Me di cuenta de que parte de la rabia se había esfumado y sus hombros se estaban hundiendo por el cansancio.

—No sé lo que te ha pasado, Michaela, pero si de verdad crees lo que acabas de contarme, necesitas ayuda.

—No estoy loca, si es eso lo que piensas. Matt y Kevin me creen.

—¿Matt? ¿Estás hablando de ese maldito instructor de paracaidismo? —Dejó caer la mano como si yo la estuviera contaminando de algún modo—. Sabía que tenía algo que ver con tu desaparición. Tus padres también estaban convencidos, pero la policía no pudo acusarlo de nada. ¿Has estado con él todo este tiempo?

—¡No! No ha pasado nada de eso.

—¿Te ha estado reteniendo en alguna parte contra tu voluntad?

—¡No! Ocurrió como te lo he contado. Matt sólo me ha traído hasta aquí, pero no estuvo implicado.

—¿Dónde está ahora?

Me encogí de hombros, casi como un niño malo al que confronta un padre enfadado.

—Supongo que ha vuelto a su casa.

—¿Y por casualidad sabes dónde está la casa de este señor Inocente?

—La verdad es que no.

—Vamos, Michaela. No puedes esperar que crea eso. ¿Se ha cansado de ti? ¿Por eso has vuelto a rastras?

—¡No he estado con él! —insistí, ruborizándome por el recuerdo de la noche anterior y por haberle rogado a Matt que me dejara quedar en su habitación—. Mira, siento mucho todo lo que has pasado, siento que pensaras que estaba muerta, pero desde mi perspectiva, me marché ayer por la mañana. —Bajé la voz, tratando de recuperar cierto semblante de control—. Traté de llamarte ayer desde el bar para pedirte que me vinieras a buscar, pero nadie respondió. El número de Matt estaba en el bolsillo de mi mono, así que lo llamé y él me trajo aquí.

Decidí no mencionar que había dormido en la cama de Matt; eso había sido un error estúpido de todos modos.

—¿Dónde estuviste cuando te necesité?

Calum se hundió de nuevo en el cojín, esta vez negando con la cabeza. Decidí arriesgarme a sentarme en el brazo del sofá a su lado. Nos quedamos unos segundos sentados en silencio, y entonces él se volvió y me miró más de cerca.

—No pareces mayor.

—Eso es porque me viste ayer.

—Ayer —dijo con amargura—, ayer estuve en el hospital con mi hija, a la que un chico encontró comatosa en el parque y la llevó a la sala de urgencias de Guilford, donde le hicieron un lavado de estómago.

—Oh, Calum, lo siento. ¿Abbey se va a poner bien?

Se pasó una mano por los ojos con cansancio y comprendí por qué parecía tan cansado y demacrado.

—Abbey anda con malas compañías. Se llaman emos o algo por el estilo. Les gusta mucho la música alta, el alcohol, fumar,

autolesionarse, lo que tú quieras. Parece que yo soy el enemigo número uno y no sé cómo ayudarla.

Imaginé a la niña brillante y descarada a la que había dicho adiós y sentí una punzada de reproche por no haber estado cerca de ella.

—Por favor, dime que no es culpa mía.

Calum negó con la cabeza otra vez.

—No ayudó que la abandonaras después de que ella perdiera a su madre natural, pero no te voy a echar la culpa. La he estado buscando durante los últimos seis años; si hay algún culpable probablemente soy yo. —Miró en torno a la habitación sucia y se encogió de hombros—. Siempre la animaba a que trajera a sus amigos aquí (pensaba que era mejor saber dónde estaba y con quién iba), pero usan la casa como un albergue. Supongo que debería contratar a alguien que limpie porque Abbey se niega a hacerlo, pero ahora mismo andamos justos de dinero.

—¿Abbey y sus amigos han hecho esto? —Miré el caos que nos rodeaba con nuevos ojos—. ¿No la supervisas en absoluto?

Se encogió de hombros.

—Ya no es una niña. Cuando se molesta en levantarse por la mañana se va al instituto, y supongo que he de dejarla vivir su vida. Nadie me supervisó a mí cuando tenía esa edad. De todos modos he de trabajar para que podamos tener un techo.

Me llevé una mano a la cabeza. Por supuesto, el cumpleaños de Abbey era a finales de octubre. Sólo tenía diez años y medio en el mes de abril, cuando yo había hecho el salto, lo cual significaba que ya tendría dieciséis, casi diecisiete.

Me pasé una mano por la cara.

—Oh, Calum...

—No se te ocurra juzgarme después de dejarnos como nos dejaste.

Noté que la rabia aumentaba en su voz otra vez.

—No te estoy juzgando. Parece que has hecho todo lo que has podido.

Nos quedamos una vez más en silencio, pero al menos no me estaba echando a la calle.

—Mira, sólo he venido a decirte que he vuelto antes de que lo averigües por la policía o por los periódicos.

—¿Esperas que lo crea?

Me encogí de hombros.

—Es la verdad. Y lo siento mucho. No quería dejarte, Calum. Y el salto en paracaídas no fue tan peligroso de todos modos. Sobreviví.

—Eso parece.

—Mira, será mejor que me vaya. —Me levanté—. ¿Puedo usar tu teléfono para llamar a mamá? Ella o papá pasarán a recogerme.

Él se estiró de manera inesperada y me cogió la mano.

—¿De verdad no sabes nada de tus padres?

Mi corazón latió cuando lo miré. De repente recordé el comentario de Kevin en la casa de Matt.

—¿Qué pasa?

—No hay una forma fácil de decir esto. Tu padre murió hace cuatro años; dos años después de tu desaparición.

Lo miré al comprender el significado de lo que Calum acababa de decir. Di un grito ahogado y me tapé la cara.

—¡No!

Papá no podía estar muerto, ¿cómo era posible? Siempre había estado tan lleno de vida, siempre había sido una parte constante de mi existencia. Pensé en el hombre atractivo de mediana edad que había sido el centro de mi universo mientras crecía.

—Al principio, él y tu madre se negaron de plano a creer que estabas muerta. —Calum estaba continuando como si el suelo de mi mundo no se hubiera derrumbado de repente—. Después de que la investigación policial se enfriara, ellos aún se pasaban las horas pegando carteles y folletos, preguntando a la gente si te había visto. El corazón de tu padre cedió de repente un día, mientras estaba fuera por enésima vez, preguntando a gente que vivía en los aledaños del aeródromo. Lo llevaron al hospital, pero cuando llegó ya había muerto. Tu madre pensó que no se había resistido mucho, porque estaba preparado para morir y reunirse contigo. —Era una acusación—. Creo que hasta él se rindió al final.

Las lágrimas que había estado conteniendo rodaron ahora por mis mejillas y estaban goteando desde mi barbilla.

—He de ir a ver a mamá.

Calum bajó los ojos y apartó la mirada, con la cara tensa.

—¿Qué? —grité alarmada, al ver la inquietud en su expresión—.

¿Qué más ha pasado?

—Tu madre nunca se recuperó después de perderte. Cuando tu padre murió, fue demasiado para ella y se retiró a un mundo interior. Sufre depresión clínica y está en una residencia psiquiátrica, Kaela. La casa de tus padres se vendió para pagar sus cuidados.

Registré el uso de mi apodo, el nombre que usaban mi familia y mis mejores amigos.

Levanté la mirada, con la cara surcada de lágrimas, y me di cuenta de que Calum me estaba observando con compasión, desaparecida la anterior hostilidad, o al menos aparcada.

—¿Dónde está el psiquiátrico? ¿Tienes la dirección?

—No puedes ir directamente, Kaela. Tal vez deberías sentarte un rato para recuperarte del shock.

—Pensaba que querías que me fuera. —Ahora estaba enfadada, y la cabeza me daba vueltas con sus revelaciones.

Calum se apretó la frente con las yemas de los dedos y negó con la cabeza.

—Nunca quise que te fueras, Kaela. Hubo un tiempo en que habría dado cualquier cosa por recuperarte, por volver a sentir tu cuerpo contra el mío. Es sólo que no puedo pasar por alto el hecho de que has estado ahí viva y bien durante todo este tiempo; que tus padres siempre tuvieron razón.

—No os dejé a ninguno de vosotros a propósito. —Estaba sorbiendo las lágrimas furiosamente—. Te quería, Calum. Te adoré desde el primer momento en que te vi. —Bajé la voz una octava—. ¿Recuerdas que llevabas ese extraño chaleco bajo la chaqueta como Colin Firth en El Diario de Bridget Jones? Aún me siento así contigo. Por lo que a mí respecta, dejé tu cama ayer por la mañana. No sé adónde han ido a parar los últimos seis años. —Suspiré con impotencia—. Y voy a tener problemas para asimilar todo lo que me has dicho. —Miré al espacio, abatida, sintiéndome entumecida casi por completo.

Calum bajó las manos y volvió a mirarme, como si tratara de decidir si era posible que yo estuviera diciendo la verdad. Le devolví la mirada con la mayor calma posible, aunque todavía resbalaban lágrimas por mi cara.

—Si de verdad crees eso, entonces, como te he dicho antes, has

de ir a ver a alguien, Kaela. Y hay que informar a la policía de que estás viva y bien.

Descubrí que apenas podía pensar, pero hice un supremo esfuerzo para contenerme.

—Matt y Kevin me han dado dos horas antes de llamar a la policía. He insistido en verte antes.

Calum volvió a encogerse ante la mención de Matt, pero luego pareció ceder.

—Y yo no he sido muy hospitalario. Creo que todavía estoy en estado de shock. ¿Quieres ver a Abbey antes de irte?

Traté de apartar de mis pensamientos el drama de mis padres y concentrarme.

—¿Qué pensará Abbey de que haya vuelto?

—En este momento no está en condiciones de decir nada. Aún está durmiendo bajo los efectos de anoche.

—¿Y cuando se despierte?

—Probablemente te odiará —dijo con el atisbo de una sonrisa de compasión—. Parece que odia a todo el mundo en este momento, pero en el fondo te echa de menos de verdad. Creo que piensa que te fuiste por su comportamiento hacia ti.

—¿La has llevado a ver a alguien? ¿Has buscado apoyo profesional?

Calum me miró con cara inexpresiva y supuse que no lo había hecho. Esa pobre niña, pensé. Primero había perdido a su madre real y luego habían dejado que creyera que yo la había abandonado por algo que ella había hecho.

En ese momento se abrió la puerta de la sala y hubo una extraña aparición en el umbral. La criatura iba vestida con una falda larga negra de borde irregular que terminaba por encima de los tobillos y dejaba entrever lo que parecían unas botas militares. Tenía el torso cubierto por un top negro y púrpura. El cabello, parte del cual se apilaba en su cabeza en un alborotado peinado de colmena estilo años cincuenta, estaba teñido de negro azabache con mechones violeta. Pero no era tanto el cabello o el maquillaje espectral y los piercings en las cejas y en la nariz lo que me quedé mirando, sino las terribles cicatrices autoinfligidas y los tatuajes que llevaba en ambos brazos.

—¿Abbey?

Sus ojos se posaron en los míos bajo la gruesa línea de kohl y sus pupilas se ensancharon de asombro. La piel ya blanca como la tiza se puso todavía más pálida y, llevándose una mano a la boca y la otra al estómago, Abbey vomitó en toda la moqueta.

Capítulo 11

La fregona y el cubo estaban exactamente donde los había dejado cuando vivía allí el día anterior (o hacía seis años).

Después de ayudar a Calum a poner en pie a Abigail y llevarla al sofá, donde se quedó mirándome en un pasmado silencio, me puse a limpiar el suelo. Presumiblemente debido a que ya le habían vaciado el estómago a la fuerza en el hospital, no pasó mucho tiempo hasta que la última prueba de su vómito no fue más que una mancha de humedad bastante brillante en la por lo demás sucia moqueta.

Una vez que me lavé las manos en el fregadero de la cocina, me acerqué a la chica y me arrodillé a su lado, que estaba tendida en el sofá con las piernas en el pecho.

—¿Abigail? —me aventuré.

Ella apartó la cabeza, sin hacerme caso.

—Quiero que sepas que no quería dejarte —dije—. Era feliz viviendo aquí contigo y con tu padre. Nunca te habría hecho eso a propósito...

Con manos temblorosas, Abbey cogió el mando a distancia, encendió la tele y zapeó por los canales de día, poniendo el volumen a tope.

Suspiré al darme cuenta de que intentar razonar con ella era una batalla perdida.

—¡Abbey! —Calum se acercó a su hija y trató de quitarle el mando, pero ella lo esquivó con habilidad.

Lo intentó una vez más y se volvió hacia mí, derrotado, y se encogió de hombros en un ademán de impotencia.

—¿Vamos a la cocina? —dijo sobreponiéndose al sonido de la televisión.

La breve conversación me bastó para comprender que Calum

había perdido definitivamente la batalla por controlar a su hija. Al seguir a Calum a la cocina, me di cuenta de que la que había sido mi familia ya no era asunto mío. En el espacio de un día mi figura de héroe maduro se había convertido en un extraño. Su hija, que había sido mi Némesis, estaba en trance de suicidarse. Hice una pausa en el pasillo y me fijé en la puerta de la calle. Lo único que tenía que hacer era abrirla y desaparecer de sus vidas para siempre.

Al mirar a través de la puerta abierta de la sala al lugar donde Abbey estaba arrebujada en el sofá, vi que ella me observaba. En cuanto se dio cuenta de que la había visto, sus ojos volvieron a fijarse en la televisión, pero no antes de que viera el pozo de desesperación en sus pupilas.

Pensé en que el día anterior la había despertado con un vaso de zumo de naranja y le había dicho que su padre la llevaría a la escuela porque yo tenía que irme temprano a Kent; recordé su indiferencia fingida al encogerse de hombros y darse la vuelta para volver a dormirse. Sin embargo, minutos antes de que me subiera al jeep, ella había reaparecido a mi lado en el sendero de entrada con la agenda escolar en la mano.

—¿Me lo firmas, Kaela?

Había estado nerviosa con el salto y un poco cortante con ella al echar el bolso y la cazadora en el asiento del pasajero.

—¿No puede hacerlo tu padre?

Abbey se había encogido de hombros.

—A mis amigas siempre se lo firma su mamá.

Entrecerré los ojos al examinar su expresión, que era fresca e inocente tras el sueño, y sus palabras me llenaron el corazón de esperanza. ¿Me había aceptado por fin? Pero el tiempo y la promesa de aventura apremiaban.

Le sonreí al garabatear mi firma, pensando que quizá por fin teníamos los cimientos sobre los que construir una relación.

—Te veo luego, ve a prepararte o llegarás tarde al cole.

Ella se había quedado un momento allí parada, mirando mi coche alejándose por el sendero largo y estrecho. Y al cabo de un momento, yo estaba entre el tráfico, olvidándome de todo menos de la aventura que tenía por delante, sin pensar en ningún momento en volver a ningún lugar que no fuera ahí, con las dos personas con las que quería pasar el resto de mi vida.

Era increíble que papá hubiera muerto y que mamá languideciera en algún centro. En cuanto Calum y yo ventiláse mos lo que aún quedara entre nosotros iría a verla, aunque no sabía qué iba a decirle.

Resultó que Calum y yo no tuvimos ocasión de continuar donde lo habíamos dejado. Me paró en seco una llamada urgente a la puerta de la calle cuando estaba en medio del pasillo. El ruido superó incluso al escándalo que Abbey estaba escuchando en la sala. Clavada en el sitio, observé que Calum se apresuraba a pasar a mi lado y abría la puerta para revelar a dos agentes de policía corpulentos, con los puños levantados en el escalón delantero.

—¿Señor Calum Sinclair?

Observé que Calum daba involuntariamente un paso atrás.

—Sí.

Una mujer rubia y delgada que llevaba un vestido gris pasó junto a los dos agentes blandiendo una tarjeta de identificación.

—Inspectora detective Sandra Smith —anunció—. Tenemos razones para creer que retiene a una mujer joven en esta casa... —Se detuvo a media frase y me miró a través del pasillo en penumbra con una nota de sorpresa abriéndose paso en su voz—. ¿Michaela Anderson?

Asentí y la mujer pestañeó tras un par de gafas sin montura, como si tuviera que valorar de nuevo la situación. Torció el gesto y extendió las manos en un ademán de pedir calma, con las palmas hacia abajo, con los dedos perfectamente manicurados separados.

—No temas, Michaela. Hemos venido a ayudarte.

—¿Cómo sabían que estaba aquí?

—La policía de Kent recibió un aviso de un ciudadano esta mañana temprano. Como tu desaparición fue originalmente manejada en conjunto por los dos cuerpos y ahora se considera un caso sin resolver, nos encargaron esta parte.

Imaginé al amistoso camarero despertándose y recordando de repente dónde me había visto antes.

—Tardamos un rato en autentificar el informe y mirar tu expediente, pero yo misma decidí que, después de todo este tiempo, no podía tratarse de un falso avistamiento. —Bajó la voz, presumiblemente para hacerla menos intimidante—. Ahora estás a salvo. Necesitamos que nos acompañes, Michaela.

Los dos agentes uniformados entraron en el pasillo y confrontaron a Calum, que permanecía de pie y con la boca ligeramente abierta.

—Nos gustaría que nos acompañara a la comisaría, por favor, señor.

—¿Qué? —Calum estaba resoplando, y a pesar de todo sentí una gran lástima por él.

Los últimos seis años no habían sido amables para él. Era obvio que había dormido muy poco la noche anterior con Abbey en el hospital, luego había sufrido el shock de mi reaparición y de pronto parecía que estaba detenido.

—Él no tiene nada que ver con esto —le dije a la detective. No tenía idea de qué quería decir exactamente «esto», pero sabía que no quería que culparan a Calum—. Sólo llevo aquí una hora. Esto no tiene que ver con él.

—Te tomaremos declaración después, Michaela —dijo la detective, cogiéndome del brazo—. Ahora no te preocupes.

La detective me guio hacia la puerta. Los dos agentes de policía ya estaban sacando a Calum de la casa.

Él estaba protestando, tratando de zafarse del agarre del agente de policía.

—¡Espere! No puedo dejar a Abbey, es mi hija. Tiene sólo dieciséis años y no está bien.

La puerta de la sala se abrió y Abbey apareció en el umbral, apoyándose en el dintel para buscar apoyo.

—¿Qué está pasando?

La detective hizo una pausa, asimilando la cara pálida de la niña, los múltiples piercings y tatuajes.

—¿Quién eres tú?

—Soy Abigail Sinclair. ¡Él es mi padre! ¿Qué le hacen?

—Necesitamos que tu padre nos ayude con nuestras investigaciones sobre la desaparición de la señorita Anderson —dijo la detective, cortante—. Vamos a llevarlo a comisaría para interrogarlo.

Abbey se volvió hacia su padre con los ojos como platos.

—¿Papá?

—No pasa nada, Abbey —dijo Calum, aunque desde luego en ese momento, flanqueado por dos policías, no parecía muy confiado—.

Volveré enseguida.

—¿Hay alguien que pueda quedarse con la señorita Sinclair? —preguntó la detective Smith al cautivo Calum.

—No, sólo estamos ella y yo. —Me lanzó una mirada acusadora —. Sólo me tiene a mí.

—Muy bien. —La detective se volvió hacia Abbey—. Será mejor que nos acompañes.

Una mujer policía estaba esperando fuera, junto a dos coches patrulla aparcados al otro lado del sendero. Dos agentes varones metieron a Calum en la parte de atrás del primero, mientras que a Abbey y a mí nos ayudaron a entrar en el asiento trasero del segundo. La detective Smith subió por el lado del pasajero, la mujer policía se puso al volante y los dos coches patrulla se alejaron del bordillo al unísono y se incorporaron al tráfico.

Durante todo el camino a comisaría, Abbey miró fijamente por la ventana, dándome la espalda. Yo percibía la tensión que emanaba de su cuerpo delgado. Su pelo y su ropa retenían un residuo de olor mareantemente dulce a humo rancio de marihuana, y me pregunté si la detective Smith lo notaría. Cuando los coches se detuvieron junto a un feo edificio rectangular, tanto Abbey como yo nos tambaleamos al salir al frío aire otoñal.

Noté el temblor de Abbey y estiré el brazo para tocarla, pero ella me lanzó una mirada asesina y se alejó de mi alcance. La detective me tomó del brazo y me guio hacia el cubículo de cristal que servía de entrada. Una vez en el cubículo, la detective pulsó un timbre y se abrió una puerta. Cuando ésta se cerró detrás de nosotras tuve la ominosa sensación de ser una prisionera.

Nos condujeron por un largo pasillo iluminado por fluorescentes con puertas a ambos lados. Al pasar junto a una que estaba entornada, eché un vistazo y casi se me escapó una exclamación de reconocimiento, porque en ese fugaz instante vi a Matt sentado ante una mesa de interrogatorios con la cabeza entre las manos. Hice una pausa a media zancada, pero la mujer policía me hizo pasar deprisa y oí que la puerta se cerraba de golpe detrás de mí.

El sonido resonó en mis oídos como el portazo de una verja de prisión y noté un nudo de inquietud en el estómago. Quizá si cerraba los ojos, pensé, todo desaparecería. Me despertaría en mi propia cama, la cama de matrimonio que compartía con Calum, y

volvería a ser el día anterior por la mañana y decidiría no hacer ese estúpido salto en paracaídas. Llamaría diciendo que estaba enferma como habían hecho otros colegas y llevaría a Abbey a la escuela como una buena madrastra y luego pasaría el día con Calum o visitando a mis padres; un bonito día normal en el cual el mundo no se pondría patas arriba de repente de tal manera que no sabía qué era arriba y qué abajo.

Capítulo 12

Al cabo de una hora estaba sentada en el blando sofá de una sala engañosamente confortable, sosteniendo una colorida taza de té caliente y dulce. Me había sacado de la comisaría una segunda mujer policía para llevarme a lo que desde fuera parecía una casita residencial donde me habían dado un mono de usar y tirar mientras mandaban mi ropa al laboratorio forense para que la examinaran. Había una imagen de acuarela de un grupo de conchas en la pared, a la que no dejaba de mirar; espirales rosas y beis que se entrecruzaban y se solapaban. Recordé haber leído algo sobre la sucesión de Fibonacci y cómo todo en el planeta estaba diseñado según las especificaciones exactas de la regla áurea: fi o 1,6181. La forma de las semillas de girasol, las medidas de un delfín desde el morro hasta la cola y esas conchas en espiral eran sólo un minúsculo ejemplo. Estaba contenta de tener algo más que mi presente dilema con lo que ocupar la mente y me puse a pensar que, si había un diseñador global de ese patrón, ¿de qué más podía ser responsable?

Estaba convencida de que la pintura de conchas había sido diseñada específicamente para calmar a las mujeres traumatizadas por una violación que usaban la suite, pero mi mente distaba mucho de la calma. ¿Por qué gran plan podía haber perdido yo seis años de mi vida en el espacio de un día? Me pregunté si era un plan o un accidente.

Quería irme a casa, pero, sin mis padres y con Calum creyendo que lo había abandonado, no estaba segura de dónde estaría mi casa a partir de ese momento. Era una cosa más en la que pensar para añadir al resto de mis problemas, pero me negaba a permitir que éstos me sobrepasaran. Tenía que lograr mantener cierto semblante de control o me volvería loca.

Para evitar caer en la autocompasión, miré de nuevo las conchas y recordé las vacaciones que me había tomado con Calum el verano anterior, cuando habíamos empezado a salir. A él se le daba muy bien el bodyboarding y había querido que yo experimentara la inyección de adrenalina y la vigorosa sensación de conquistar el poder del mar. Me había encantado la idea y nos habíamos ido con Abbey a Cornualles. Habíamos mirado cómo construía castillos de arena en la playa mientras nosotros remábamos en nuestras tablas por el agua helada.

Las dos primeras veces había ido bien y habíamos vitoreado de alegría cuando nuestras tablas se deslizaban hacia la playa, al volvernos y apresurarnos a adentrarnos otra vez para coger la siguiente ola grande. Pero de repente el mar se había puesto picado. Algunas de las olas más grandes chocaron entre sí y me sentí atrapada en una de las resacas por las que el área es famosa. Cuanto más remaba, más fuerte era el mar. Pronto estuve tragando agua salada, boqueando y cansándome con rapidez en el agua, fría a pesar del traje de neopreno.

Y entonces Calum apareció a mi lado.

—Sólo mantén la cabeza a flote —me dijo mientras mis miembros empezaban a entumecerse de frío—. Has de luchar hasta que los socorristas vengan a rescatarnos.

Y me di cuenta de que había arriesgado su propia vida al venir en mi ayuda. Chapoteamos y escupimos sal, concentrándonos en mantener las cabezas por encima de las olas que rompían, mientras la corriente nos alejaba de la playa de manera irrevocable.

Por fin la lancha de rescate vino a buscarnos y dos socorristas fuertes nos subieron a bordo. Calum y yo estábamos temblando, exhaustos pero agradecidos de estar vivos. Cuando llegamos a la playa apenas podía tenerme en pie. Vi a la gente que se había congregado a mirar y que Abbey lloraba inconsolablemente.

Calum, Abbey y yo nos abrazamos temblorosamente. Mirando atrás, me pregunté si el hecho de casi haber muerto juntos era lo que había hecho cuajar nuestra relación incipiente en algo más sólido tan poco tiempo después de nuestra primera cita. Al cabo de dos meses me había mudado con Calum y nos habíamos convertido en pareja, pero nunca más habíamos vuelto a hacer bodyboarding; Calum y yo nunca más habíamos corrido ningún riesgo, hasta que

yo había hecho el salto en paracaídas. «Y mira adónde me ha llevado.»

La puerta se abrió y la detective Smith entró seguida de una mujer de origen asiático. Ésta iba vestida con una falda muy similar en diseño a la de la detective, pero en un color lila pálido que favorecía su tez oscura. Yo había tratado de mantenerme distante, sabiendo que nadie iba a creer lo que tenía que decir, pero cuando la detective me presentó a la doctora Soram Patel me cayó bien de inmediato, con sus ojos compasivos y sonrisa gentil.

La doctora Patel era una doctora de la policía y formaba parte de los Agentes Especializados en Agresiones Sexuales. No sabía por qué me estaban tratando como a una posible víctima de violación, cuando no había hecho ningún comentario en ese sentido ni había denunciado que me hubiera violado nadie. Había intentado decírselo varias veces a la detective Smith, pero ella se había limitado a sonreírme con paciencia y me había dicho que era mejor que me examinaran bien para saber con qué estaban tratando.

—Nos gustaría que nos contaras todo lo que recuerdas de los últimos seis años y medio —dijo la detective Smith, tajante.

—Cuando estés lista —añadió la doctora Patel con una sonrisa de ánimo.

Así que les conté todo lo que recordaba desde el momento en que había salido de la casa de Calum el día del salto hasta el momento en que la detective Smith había aporreado la puerta de esa misma casa, dejando de lado discretamente el detalle de que había pasado la noche en la cama de Matt.

—Así que ya ven, ni Matt ni Calum tienen nada que ver con ello —terminé, apoyándome en el mullido sofá, aliviada de haber contado mi historia, para bien o para mal.

—¿Cómo te hiciste el corte en la mano?

—Ya se lo he dicho, me pinché con algo cuando subí al avión poco antes de saltar.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada.

—¿Has oído hablar del síndrome de Estocolmo? —preguntó con suavidad la doctora Patel.

—¿Se refiere a cuando retienen a una persona contra su voluntad y se siente emocionalmente obsesionada por su secuestrador? —Sentí el primer tirón de una corriente subterránea.

Las dos mujeres asintieron al mismo tiempo.

—Para que eso ocurriera tendrían que haber secuestrado a alguien —repliqué, mirando a ambas con sospecha—. Acabo de decirles que no me secuestraron, que no me retuvieron contra mi voluntad ni me abdujeron en una nave espacial. No sé lo que me ha ocurrido.

—Hemos de considerar la posibilidad de que sus percepciones de sucesos recientes puedan estar alteradas —dijo, tajante, la detective Smith.

—La mente humana es compleja y funciona en otros niveles además del consciente —explicó Soram Patel con más amabilidad.

Olas heladas empezaron a pasarme por encima de la cabeza. ¿Adónde querían ir a parar?

—¿Quiere decir que podrían haberme lavado el cerebro?

—No lavado el cerebro. Aunque existe la posibilidad de una amnesia autoinducida causada por un trauma prolongado —replicó la doctora—. Con tu permiso, me gustaría hacerte algunos tests psicológicos. Podría ayudar a establecer tu estado mental y darte unas respuestas que necesitas mucho.

—¿Y si no le doy mi permiso? —Sentí que la corriente me arrastraba con fuerza mar adentro.

—Será mucho más fácil para nosotros y para ti si cooperas plenamente. —La detective Smith cruzó los brazos sobre el pecho y se reclinó en su silla.

Eché una mirada a la puerta, recordando que no me quedaba ningún lugar al que huir. Calum y Abigail obviamente no querían que volviera y, si Calum no me había mentido, el hogar de mi familia se había vendido para ingresar a mi madre en la institución.

—Ni siquiera he visto a mi madre todavía —dije en voz alta. Me estaba agarrando a un clavo ardiendo con la esperanza de ganarme su compasión—. Calum me ha dicho que mi padre murió hace cuatro años y que mi madre está en una especie de residencia psiquiátrica.

La doctora Patel asintió, tocando las notas que tenía delante.

—Me temo que es cierto.

—¿Puedo hablar con Calum?

Supuse que todavía lo estarían interrogando en comisaría y confiaba en que me llevaran con él. No importaba lo que pensara de

mí, con que estuviera a mi lado, con que se quedara conmigo aun a costa de su seguridad.

—Al señor Sinclair se le ha permitido marcharse —replicó la detective Smith—. No lo hemos acusado de nada, así que se ha ido con su hija.

Percibí en su expresión que eso había supuesto una decepción para ella. Era una gran decepción para mí; me había dejado sola para que nadara o me hundiera.

Recordé que Calum no había sido la única persona a la que habían llevado a comisaría por mi culpa.

—¿Y Matt? —pregunté con voz trémula.

—El señor Matthew Treguier todavía nos está ayudando en nuestras investigaciones.

Me di cuenta sobresaltada de que ni siquiera conocía el apellido de Matt. Matt Treguier... Mis labios juguetearon con el nombre. Entonces vi que la doctora Patel me miraba fijamente y cerré los ojos de golpe. Matt ya tenía bastantes problemas por mi culpa.

Pero era demasiado tarde. Como la inmensidad del océano, aquella institución era más grande e infinitamente más poderosa que yo.

La detective Smith entrecerró sus ojos claros detrás de aquellas gafas, con expresión resuelta. Recordé lo que había dicho de la dependencia del rehén y me di cuenta de que me habían arrastrado a sus garras.

—¿Puedes hablarnos de tus sentimientos por el señor Treguier? —preguntó la doctora Patel con esa voz engañosamente suave—. ¿Te sientes responsable de él, quizá quieres protegerle?

—Apenas lo conozco —repliqué.

—Entonces, ¿cómo explicas el hecho de que el mono que llevabas cuando desapareciste hace más de seis años se haya encontrado junto con un cepillo de dientes que ahora se están sometiendo a pruebas de ADN en la parte de atrás del coche del señor Treguier?

Me sentí como si una ola particularmente helada hubiera roto en mi cara. Había olvidado mencionar en mi declaración que me había llevado el mono desde Kent al narrar los sucesos increíbles del día anterior.

—Yo los puse allí. —Traté de recuperar cierta apariencia de

control—. Matt no ha hecho nada malo. Pregúntenselo a Kevin, estaba con nosotros.

—¿Te refieres al señor Kevin Wheeler?

—Sí.

La doctora Patel se inclinó hacia mí con expresión vehemente.

—¿Y qué puedes decirnos de tu relación con Kevin?

La detective sonrió triunfante al echarse hacia atrás mientras yo rebobinaba, asombrada por el hecho de que cada palabra que salía de mis labios parecía implicar a alguien más.

—Estábamos esperando que mencionaras al señor Wheeler. Hemos estado interesados en él desde hace tiempo. Creo que fue una de las últimas personas que te vio antes de que desaparecieras.

Asentí a mi pesar. Mi caso había quedado abierto y ahora veían una posibilidad de resolver un misterio de hacía seis años y mejorar la estadística de investigaciones resueltas al final del año.

—¿Puedes decirnos por qué el señor Wheeler podría estar en posesión de una inusual cantidad de documentación sobre tu desaparición?

—Supongo que estaba interesado en lo que me ocurrió. Parece que mi así llamada desaparición tuvo un gran impacto en su vida.

—Una cantidad obsesiva de documentación —declaró la detective Smith como si yo no hubiera hablado. Sus ojos me escrutaron en busca de una reacción—. Recortes de periódico, fotos tuyas, listados de ordenador de otras desapariciones; la clase de colección que podría acumular alguien con un interés enfermizo en tu caso. Tengo entendido que el señor Treguier y él son amigos.

—Creo que se han hecho amigos recientemente, después del salto. Nunca se habían visto antes de que... eso... ocurriera.

La detective se inclinó hacia delante con sus ojos clavados en mí.

—¿Te sorprendería saber que el señor Wheeler conocía al señor Treguier antes de que tú y el resto de tus colegas fuerais al aeródromo ese día?

Una imagen de nosotros cuatro —Graham, Kevin, Ingrid y yo— llegando al aeródromo y siendo presentados a nuestro instructor apareció ante mis ojos. Ni Matt ni Kevin dieron ninguna indicación de conocerse de antes.

—No lo creo.

—Tenemos registros que muestran que Kevin Wheeler ya había

saltado en paracaídas la semana anterior a que fuera contigo al aeródromo el día de tu desaparición. Según el libro de registro de la empresa de paracaidismo, el señor Treguier era su instructor.

Calum me había dicho que luchara, pero las olas no dejaban de pasarme por encima. No importaba lo que dijera, nadie iba a creerme. Habían decidido que Matt, Kevin o los dos me habían secuestrado. Tragué aire en un intento desesperado. ¿Acaso yo misma no había sospechado fugazmente de Matt y Kevin? Quizás era el momento de renunciar a la batalla y simplemente hundirme bajo las olas. Quizá la teoría de la detective Smith y la doctora Patel era correcta y Matt y Kevin me habían drogado y secuestrado y yo sencillamente no podía recordar nada al respecto. Al fin y al cabo, no es que yo tuviera una explicación mejor...

Capítulo 13

La sensación de derrota, de hundimiento, no duró más que un momento. Erguí la espalda, levanté la barbilla y miré a la detective Smith a los ojos. «Lucha», me había dicho Calum, el que había sido mi héroe. Tal vez él ya no estaba en mi rincón del cuadrilátero, pero eso no quería decir que yo tuviera que rendirme.

—Siempre me he enorgullecido de ser buena psicóloga —dije tercamente—. No creo que Matt ni Kevin tengan nada que ver con lo que fuera que me ocurrió durante el salto en paracaídas. Si Kevin tomó alguna clase a escondidas antes que el resto de nosotros nos lanzáramos, lo más probable es que no quisiera quedar mal delante de Ingrid.

—¿Ingrid?

—Ingrid Peters. Trabajamos... trabajábamos juntas. Creo que Kevin está... Oh, por el amor de Dios, creo que estaba enamorado de ella. Es probable que pensara que si ya había hecho un salto estaría un paso por delante del resto de nosotros.

—¿Crees que Kevin Wheeler tenía una fijación con Ingrid? —La doctora Patel estaba hojeando unas notas que supuse que habría tomado el agente que hubiera investigado el caso seis años antes—. Reservar y completar un salto en paracaídas sólo una semana antes del programado por el jefe de vuestra oficina supone tomarse muchas molestias. Algunas personas pueden obsesionarse con un miembro del sexo opuesto al que consideran inalcanzable. —Me miró por encima de la carpeta—. ¿Matt Treguier indicó en algún momento que había conocido (y de hecho entrenado) a Kevin Wheeler antes de ese día?

Negué con la cabeza.

—No. Pero probablemente estaba siendo amable con Kevin y guardando su secreto. —Recordé a Matt distanciándose de los

flirteos de Ingrid—. Quizá no quería pisarle el terreno a Kevin románticamente hablando. No soy psicóloga, pero creo que Kevin es completamente inofensivo.

—Como dices, no eres psicóloga. —La doctora Patel cerró la carpeta con un rumor de papeles y un ruido sordo—. Pero creo que confías demasiado en la gente, lo cual no siempre es una opción sabia o segura.

Pensé en que la opción sabia o segura no siempre tenía atractivo. Me había arriesgado al mudarme a vivir con Calum y su hija traumatizada seis meses antes, a pesar del consejo de mis padres. Me había encantado la sensación de aventura con la cual había abrazado la afición al bodyboarding de Calum, y la terquedad con que había perseguido mi objetivo de hacer el salto benéfico a pesar de los ruegos de Calum. Quizás había una vena osada en mí que me cegaba y me impedía ver la opción «segura», como lo había expresado la doctora Patel. Quería comodidad y seguridad, pero esa seguridad tenía que atemperarla con pequeñas dosis de aventura, o me volvería loca.

Decidí que ya había tenido bastante de las preguntas de la doctora y empecé a levantarme del acolchado sofá.

—¿Puedo marcharme ya?

La doctora Patel negó con la cabeza.

—Me gustaría hacerte una serie de tests psicológicos. Nos ayudarán a entender tu estado mental y nos darán pistas sobre si estás suprimiendo ciertos recuerdos.

Vacilé. No me gustaba mucho la idea de los tests, pero si iban a ayudarme de alguna manera a descubrir adónde habían ido a parar los últimos seis años y medio de mi vida, valía la pena. Asentí a regañadientes y la detective Smith se fue mientras yo seguía a la doctora Patel a una pequeña oficina. Me senté detrás de un escritorio al tiempo que ella abría una segunda carpeta. Sostuvo la primera de una serie de hojas impresas con dibujos abstractos.

Respiró hondo mientras yo me ponía lo más cómoda posible en la silla de respaldo recto.

—¿Qué ves cuando miras esto, Michaela?

Dos horas después, me recosté en la silla dura y me froté los ojos. En mi mente flotaban numerosas imágenes y todas ellas tenían una interpretación abierta. Al final de la sesión me había dado

cuenta de que nada de lo que me había enseñado la doctora Patel podía ayudarme en modo alguno.

—¿Puedo marcharme? —pregunté cuando la doctora terminó de anotar sus hallazgos.

—Será mejor que esperemos hasta que recibamos los resultados del laboratorio. —Me miró—. ¿Tienes algún sitio adonde ir?

Pensé en mis opciones una vez más. Las únicas cosas que me había llevado al aeródromo eran el coche que conducía, la cazadora y mi bolso, todo lo demás estaba en la casa de Calum en Leatherhead. En ese momento no tenía dinero ni ropa ni identificación, y ningún sitio al que ir.

—¿Qué pasó con las cosas que dejé en el aeródromo, mi jeep, por ejemplo?

La doctora torció el gesto y se apartó de la cara un mechón de cabello negro y sedoso.

—Los requisarían como pruebas. Como el caso seguía oficialmente abierto, probablemente continúan en posesión de la policía.

—¿Puedo recuperarlas?

—Dudo que te las devuelvan hasta que el caso esté cerrado.

—Pero ¡no se ha cometido ningún crimen! Estoy aquí ilesa. ¿Qué caso hay?

—Puede que estés físicamente ilesa...

—¿Han terminado al menos con mi camiseta y mis tejanos? —pregunté cortándola. Lo único que quería era salir de allí y recuperar mi vida.

—Veré qué puedo hacer.

—¿Puedo llamar por teléfono? He de hablar con Calum y averiguar dónde está el resto de mis cosas.

La doctora Patel asintió.

—Puedes usar el teléfono de aquí mientras yo voy a buscar tu ropa. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero hizo una pausa y se volvió a mirarme—. Sabes que estoy de tu lado, Michaela. Sé que piensas que esto es una pérdida de tiempo, pero te ha ocurrido algo tanto si quieres aceptarlo como si no, y nuestro trabajo consiste en descubrir exactamente qué es lo que te ha ocurrido.

En cuanto cerró la puerta tras de sí, marqué el número de Calum. Respondió al segundo tono y sentí que se me llenaban los

ojos de lágrimas al oír el sonido de su voz. Tragué saliva y traté de que mi voz sonara natural.

—Calum, soy yo, Michaela.

—¿Qué quieres? —Percibí el cansancio en su voz.

—Quería pedirte perdón por lo que ha ocurrido hoy. Les he dicho que no habías hecho nada malo.

—Bueno, ahora estamos aquí y Abbey está durmiendo. ¿Dónde estás tú?

—Todavía estoy en esta casa a la que me han traído. Me estaba preguntando qué hiciste con todas mis cosas. No tengo ropa ni nada.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea y por un momento pensé que se había cortado.

—¿Calum?

—Sí, estoy aquí. Lo empaqueté todo y lo llevé a casa de tus padres un año después de que desaparecieras... cuando era obvio que no ibas a volver.

—¿Todo?

—Sí.

Así que había renunciado a mí después de un año. Sentí un escalofrío. Cuando me había mudado a su casa seis meses antes, su mujer llevaba menos de dos años muerta, pero no había ninguna posesión suya allí, ni fotos ni recuerdos de ninguna clase, ni ropa olvidada escondida en el fondo del armario. Era como si hubiera borrado por completo el recuerdo de ella en su vida y en la de Abbey.

Nunca hablamos mucho de ella. Después de que inicialmente me dijera que era viudo, el nombre de Grace apenas se había vuelto a mencionar y me di cuenta de que yo lo había agradecido. Ahora de repente me pareció una traición. Era como si los años que habían pasado juntos no significaran nada para él, como si no merecieran siquiera un pensamiento ocasional. Comprendí con un escalofrío que para Calum era como si ella nunca hubiera existido. Ahora estaba haciendo lo mismo conmigo.

Me espabilé. No iba a salirse con la suya marginándome de esa manera.

—¿Sabes lo que pasó con mis cosas cuando mamá fue al psiquiátrico?

—Me temo que no.

—Muchas gracias, Calum.

—Bueno, ¿qué esperabas? —Su voz sonó enfadada de repente—. No estabas aquí, Michaela. No estabas aquí para ver crecer a Abbey, la dejaste triste y sin madre. ¡Y me dejaste para que me las arreglara solo!

Me pregunté si estaba enfadado conmigo, con Grace o con las dos.

—Ya te he dicho que no os dejé a propósito. No os habría hecho daño ni a ti ni a Abbey por nada del mundo.

—Eso es lo que dijo Grace durante las pocas horas que estuvo en urgencias después del accidente —dijo con amargura—. Dijo que no quería dejarnos, pero lo hizo. ¡Y tú también!

—Lo siento.

—Yo también, Michaela. Esperaba que envejeciéramos juntos, pero no pudo ser, ¿no? Mira, espero que encuentres tus cosas. Espero que todo te vaya bien, de verdad.

Era una despedida; no iba a ayudarme. Me sentí despojada. El día anterior por la mañana habíamos sido una pareja feliz que seguía con su vida cotidiana; de pronto éramos desconocidos.

—Al menos dime dónde está mi madre. En qué psiquiátrico.

Me dio la dirección y la anoté en una libreta del escritorio de la doctora.

—Gracias. —Hice una pausa, pero él no dijo nada más—. Adiós, pues, Calum.

—Adiós, Michaela.

Pasó una hora entera más antes de que me dejaran salir de la casa de la policía. La doctora Patel me había devuelto mis botas y mi ropa — a excepción, por alguna razón, de los calcetines—, me había dado la dirección de una casa de acogida para mujeres donde podía quedarme y dinero suficiente para que cogiera un autobús y un tren a Leatherhead, donde mi madre aparentemente estaba instalada en una residencia psiquiátrica llamada Acorn Lodge.

Mientras esperaba en la parada del autobús, temblando a la luz apagada de una tarde fría de otoño, tuve la más extraña y fugaz sensación de libertad. Podría haberme asustado, allí plantada sin más ropa que la que llevaba puesta, sin bolso ni posesiones ni dinero o identificación y con los pies metidos en unas botas

marrones duras, sin calcetines. Los coches pasaban deprisa, con sus ocupantes pensando en el viaje que tenían por delante, como un cardumen en un interminable arroyo plateado. Me sentía extrañamente fuera de compás con todo, fuera de todo. Quería echar a correr por el terraplén de hierba y gritar mi frustración al cielo, pero tenía la extraña sensación de que nadie me vería si lo hacía.

Capítulo 14

Un coche negro se detuvo a mi lado junto a la parada de autobús y al levantar la mirada vi a Matt sentado en el asiento del conductor. Bajó la ventanilla y me sonrió.

—¿Quieres que te lleve?

Me descubrí devolviéndole la sonrisa.

—¿Todavía me hablas?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Me acerqué al coche y vi a Kevin observándome desde el asiento trasero.

—Por el pequeño detalle de haber estado encarcelado en una sala de interrogatorios durante casi todo el día, tal vez —sugerí.

—Como en los viejos tiempos —dijo a la ligera—. Me retrotrajo seis años. Sólo que han repintado las salas de interrogatorios y el café es mejor.

—Lo siento de verdad.

Lo sentía y al mismo tiempo no. El alivio que me causaba la aparición de Matt era palpable. La sensación de estar tan completamente sola y enfrentada al resto del planeta se había fundido en cuanto lo había visto. Me di cuenta de que había sentido lo mismo cuando había venido a buscarme al bar. Era el único, con la posible excepción de Kevin, que no me estaba tratando con hostilidad y sospecha. E igual que la noche anterior cuando había insistido en compartir su cama, sentí un sobrecogedor deseo de conectar físicamente con él, como si él fuera capaz de anclarme al mundo.

Kevin bajó la ventanilla y asomó la cabeza.

—¿Vas a entrar o qué?

Me di cuenta de que me habían estado esperando. Kevin aparentemente incluso había dejado vacío el asiento de delante, así

que rodeé el coche para entrar por el lado izquierdo y me deslicé en la tapicería de cuero de color crema.

—¿Adónde, milady?

—Iba a ir a ver a mi madre. Está en un psiquiátrico, pero ya lo sabes, ¿no?

Matt asintió.

—Pensaba que ya habías tenido que enfrentarte a bastantes cosas esta mañana, sin necesidad de que te habláramos de tus padres.

Leí la dirección de la residencia y me volví para ver su perfil al dirigirnos a Leatherhead.

—¿Cómo es que sabes tanto de mí y de mi familia? Entiendo que te vieras absorbido por esto en el caos de lo que me ocurrió hace todos estos años, pero mi padre murió dos años después y mi madre fue al psiquiátrico aún más tarde. ¿Por qué no lo olvidaste en cuanto la policía te dejó en paz?

—Te lo dije. Me sentía responsable por ti. Lo que te ocurrió parecía mi culpa. Yo te convencí para que saltaras, te pedí que confiaras en mí y te prometí que no te pasaría nada. Cuando te desvaneciste así, sentí que te había fallado. Kevin y yo hemos considerado todos los escenarios posibles de tu desaparición, incluso vigilar lo que estaba ocurriendo con las personas de tu vida.

Tenía sentido. Pero la voz de la detective Smith resonó en mi cabeza.

«Un interés enfermizo, una cantidad obsesiva de documentación...»

—Todavía no entiendo por qué.

Matt suspiró.

—No todos los días ocurre algo inexplicable. Quizá sólo necesitaba una explicación de cómo y por qué desapareciste, para que mereciera la pena vivir mi propia vida. Me parecía un escándalo que tuvieras toda la vida por delante y que la policía renunciara a la investigación.

—El problema con la policía —intervino Kevin desde detrás de mí— es que no tiene imaginación. Tratan con el aquí y ahora y con lo que tienen delante de sus narices. El pensamiento lateral les supera.

Vi el imponente Box Hill que se alzaba contra la silueta

oscurecida de nuestra derecha, y me acomodé más en mi asiento. Los dos hombres hablaban como si estuvieran completamente chiflados, pero, por desquiciado que fuera, me sentía cada vez más relajada en su compañía. Con el pretexto de observar el paisaje, estudié el perfil de Matt y tuve que resistirme al impulso de estirarme y pasar mis dedos por su mentón. Al mirar al espejo me di cuenta de que mientras yo había estado mirando a Matt, Kevin había estado observándome a mí. «¿Qué pasa con estos dos?», me pregunté.

El psiquiátrico estaba en una vieja casa que se alzaba en la esquina de un gran solar, detrás de una iglesia. Matt detuvo el coche y apagó el motor.

—Te esperaremos aquí.

Hice una pausa al bajar del coche, tratando de que la duda no se trasluciera en mi voz.

—No os estoy impidiendo trabajar, ¿no?

Matt se encogió de hombros.

—Yo no tengo un vuelo hasta dentro de unos días y Kevin está entre trabajos de reparación.

Vacilando con un pie en la acera y el otro en el coche, lo miré sorprendida.

—¿Volar? ¿Reparación? ¿Qué hacéis?

—Kevin es experto freelance en tecnología de la información y yo soy piloto.

Abrí más los ojos.

—¿Piloto?

Me sonrió.

—Me gano la vida pilotando aviones de mercancía, y te aseguro que hacer volar esos trastos es definitivamente mejor que convencer a gente aterrorizada para que salte de ellos.

Parte de mí quería volver al coche y escuchar cómo Matt se había convertido en piloto, pero había sido un día largo y traumático, y habían transcurrido casi veinticuatro horas desde que había aterrizado en el aeródromo y había descubierto que mi mundo se había hecho pedazos. Negué con la cabeza, había demasiadas cosas que quería averiguar. Pero primero tenía que ver a mi madre.

El psiquiátrico estaba en penumbra cuando toqué el timbre

desde el ancho escalón de piedra. Pasaron varios minutos antes de que oyera pisadas suaves y se abriera la puerta delantera, revelando a una joven de aproximadamente mi edad vestida con uniforme de enfermera, con el pelo negro a lo afro recogido en un moño.

Me miró de pies a cabeza.

—¿Puedo ayudarla?

—Soy Michaela Anderson. He venido a ver a mi madre, Susan Anderson.

Miró su reloj.

—Es un poco tarde. Ya hemos empezado a preparar a los pacientes para que se acuesten. ¿Puede volver mañana?

—La verdad es que necesito verla ahora.

Ella frunció los labios, pero se apartó para dejarme pasar.

—Tendré que hablar con ella antes. Muchos de nuestros residentes se inquietan cuando se altera su rutina.

Entré en un amplio vestíbulo, iluminado de un modo tenue por una luz amarilla, con una ancha escalinata central. Podría haber parecido una mansión cualquiera, salvo por la oficina de aspecto esterilizado que se abría a un lado y el tenue olor a orina rancia y antiséptico en el aire.

—Tendrá que firmar en el libro de visitas. —Me condujo a la oficina y giró hacia mí un tomo pesado para que añadiera mi nombre a la lista de visitantes diarios. Me miró como sopesándome —. No llevo aquí mucho tiempo, pero no recuerdo haberla visto antes.

—He estado fuera —dije con vaguedad, siguiéndola cuando dobló la esquina, donde se detuvo junto a la puerta del ascensor—. No estará esperándome.

Ya en el ascensor, subimos en silencio al segundo piso.

—Espere aquí, mientras voy a hablar con ella. —La enfermera se volvió para enfilar el pasillo enmoquetado, pero la cogí del brazo.

La enfermera me miró y leí el nombre en su placa a la luz apagada.

—Por favor, Zenelle. Significaría mucho para mí poder decirle yo misma que estoy aquí.

La enfermera parecía dubitativa.

—¿Cómo está? —pregunté—. ¿Está muy deprimida?

—Tiene días buenos y días malos. Hoy ha estado muy calmada.

Sería una lástima sobreexcitarla tan cerca de la hora de acostarse. —Zenelle miró mis ojos suplicantes y pareció retroceder—. Muy bien, puede venir conmigo mientras hablo con ella, pero si no quiere hablar con usted, tendrá que volver mañana cuando haya más personal trabajando.

Asentí y la seguí hasta una puerta que, sorprendentemente, estaba entornada. Me di cuenta de que me sentía inexplicablemente nerviosa de ver a mi madre en ese entorno extraño. No sé lo que había esperado: habitaciones cerradas y puertas con cerrojos o algo así. Al fin y al cabo, Calum había dicho que mi madre estaba en un psiquiátrico. Miré al interior y vi a una mujer delgada con el cabello corto y castaño sentada arrebujada en el borde de una cama individual, mirando al vacío. Parecía apática y cansada, con los hombros echados hacia delante como si incluso mantener la espalda recta fuera una molestia demasiado grande. Zenelle se acercó y le habló con voz suave, y la mujer levantó la mirada.

Sentí un nudo en el estómago que se había hecho demasiado común en las últimas veinticuatro horas. La mujer parecía una desconocida y aun así era desgarradoramente familiar. Mi madre había sido todo curvas elegantes, mientras que esa mujer era dolorosamente flaca. La madre que había visto la semana anterior no había cumplido los cincuenta, en cambio, esa persona tenía que tener unos cincuenta y cinco.

Me acerqué a ella, rogando por que mis piernas me obedecieran, y reparé en la expresión agitada de su rostro al mirarme con incredulidad. Era una pálida imitación de la mujer a la que había acudido con mis problemas, la presidenta del Instituto de la Mujer, la encantadora anfitriona de los colegas de mi padre y la esposa detrás del hombre poderoso y dinámico que había sido su marido.

—¿Mamá?

—No eres tú —dijo en un débil gemido de aflicción—. No puede ser. Dicen que mi hija está muerta.

Empezó a acunarse adelante y atrás en la cama, paseando los ojos por la habitación como si buscara una vía de escape de algo que no comprendía.

—No eres real. Me dicen que nunca eres real, que sólo eres una ilusión que evoco yo misma.

Me acerqué a ella y apoyé mi mano en su hombro, pero ella se

sacudió.

—Mamá, soy yo. Soy Michaela.

Traté de cogerle la mano, pero ella se envolvió protectoramente el cuerpo con los dos brazos, con las manos firmemente metidas bajo las axilas mientras continuaba acunándose, con las pupilas rojas evitando mirarme a la cara.

—Duele —se quejó—. Me duele todo y tú lo estás empeorando. Vete y déjame sola... Sé que no estás aquí de verdad.

Capítulo 15

Al parecer, mi madre pasaba la mayor parte de su tiempo en el psiquiátrico tratando de suicidarse y por ello estaba bajo vigilancia constante.

Me senté temblorosa en la oficina mientras Zenelle preparaba una taza de té y me la pasaba. No creo que se diera cuenta de que yo era la causa del dolor de mi madre.

—A Susan no se le permite llevar cordones en las zapatillas deportivas ni cinturón en los pantalones. Donde usted o yo veríamos una viga vieja o un árbol inofensivo, ella sólo piensa en ahorcarse. Puede que veamos un simple vaso de agua o un espejo, pero para su madre son medios para cortarse las venas.

—Seguramente pueden darle antidepresivos o algo para ayudarla.

—Susan ha tomado una variedad de medicaciones diferentes, pero sufre los efectos secundarios. Mire —dijo Zenelle con amabilidad—, si quiere saber más sobre el tratamiento de su madre debería volver mañana y hablar con el doctor.

—No puedo dejarla así —le dije a la enfermera, dejando el té en la esquina del escritorio. Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas por la desesperación—. Ha de haber algo que pueda hacer.

—Recibe el mejor cuidado posible —me aseguró Zenelle—. Y no podría llevársela a casa ni aunque quisiera. Susan está aquí bajo la ley de salud mental.

—¿Puedo verla una vez más antes de irme?

Zenelle frunció los labios y estaba segura de que iba a decirme que no, pero asintió brevemente.

—Puede entrar y decirle buenas noches y que volverá mañana, si quiere. Pero le advierto que puede que no reciba una respuesta positiva.

Me quedé en el umbral de la habitación de mi madre durante varios minutos, observando cómo se acunaba adelante y atrás y se tiraba del cabello, cortado muy corto. Quería dar esos pasos hacia ella por la moqueta, echarle los brazos al cuello e inhalar el reconfortante olor de la madre de mi infancia, pero estaba segura de que se apartaría de mí.

—Volveré a verte mañana, mamá —le prometí con mi voz quebrándose por la emoción.

—No volverás —susurró mi madre—. Te he visto antes y ellos sólo me dan más pastillas para que te vayas otra vez. Siempre te vas, y ellos me dicen que estás muerta.

—No se inquiete, Susan. Michaela ha venido a visitarla —le contó Zenelle—. ¿Por qué no se quedan las dos sentadas un rato aquí y yo voy a ver a Ethel a la habitación de al lado?

Mamá miró a la enfermera y un destello de esperanza le iluminó el rostro.

—¿No me vais a dar más pastillas?

—Las próximas pastillas ha de tomarlas dentro de una hora —le contó Zenelle, mirando el reloj—. Disfrute de su hija mientras está aquí.

Crucé la habitación despacio, temiendo que mamá se asustara de mí, pero cuando me acerqué lo suficiente, ella se estiró y me agarró los dedos tan fuerte que hasta me hizo daño. Dejando mi mano en la suya, puse el otro brazo en torno a sus hombros y me hundí en la cama a su lado.

—¿De verdad eres tú? —preguntó con voz trémula.

—Sí, mamá.

—¿No te estoy imaginando?

—No, soy yo de verdad.

Se volvió hacia mí con los ojos llorosos.

—¿Y no volverás a dejarme?

Pensé fugazmente en la acusación de Calum de que tanto Grace como yo los habíamos abandonado a él y a Abigail y en el dolor que había sufrido. Mi madre me había perdido primero a mí y luego a mi padre y resultaba obvio que nunca se había recuperado del shock.

—No te dejaré, mamá, he vuelto —dije—. Estoy aquí contigo.

Mi madre bajó la mirada a su regazo y evitó el contacto visual

conmigo durante cierto tiempo. Tenía ganas de mantener una conversación educada sobre el psiquiátrico, de preguntarle qué hacía durante el día y cómo era la comida. Al cabo de un rato ella pareció relajarse y dejó de apretarme tanto la mano. Su mirada vagó por mi rostro y sonrió con precaución, como si fuera reticente a creer lo que le decían sus propios ojos.

Me apartó un mechón de pelo de la cara.

—Me dijeron que habías desaparecido, pero sabíamos que no estabas muerta. Leonard y yo te buscamos, ¿sabes? Nunca nos rendimos...

Le devolví la sonrisa, extasiada de que aparentemente creyera que se trataba de mí en realidad. Era como si se hubiera abierto un resquicio en su mente embotada de fármacos. Las palabras me salieron embrolladas, sabiendo que tenía que decirlas rápido antes de que el resquicio se cerrara otra vez.

—No sé lo que ha ocurrido, mamá. Estaba haciendo ese salto en paracaídas y sopló un viento muy fuerte. Cuando aterricé pensé que me había desviado, porque el aeródromo estaba completamente vacío. Caminé hasta el bar más cercano y vi los carteles que tú y papá habíais hecho. Nunca quise causar tanto dolor; no sé adónde han ido a parar los últimos seis años.

Ella negó con la cabeza y me di cuenta de que mi excitación era prematura. Mamá todavía estaba muy confundida.

—No dejo de decírselo; yo tampoco sé adónde han ido los últimos seis años. —Empezó a acariciarme el pelo como había hecho tantas veces cuando era niña—. Mi niña —murmuró—. ¿Sólo fue la semana pasada que te vi?

Y entonces las puertas parecieron cerrarse otra vez y ella estaba pugnando por ponerse de pie y caminar hacia la ventana firmemente cerrada. Se tapó las orejas con las manos, cerró los ojos y empezó a gemir: un sonido largo y lastimero concebido para apagar la ilusión que creía que era yo.

Al mirar impotente su cuerpo delgado vestido con un pantalón de chándal gris suelto y una camiseta ancha, no pude evitar recordar a la mujer elegante que había sido, y esa imagen me desgarró el corazón. A mamá le había encantado comprar y siempre iba engalanada a la última moda, y allí estaba, una mera sombra de su antiguo yo en un evidente estado de tormento mental.

Traté de abrazarla, pero ella se sacudió y me quedé a unos pasos, tratando de tragarme las lágrimas mientras intentaba aplacarla.

—Todo irá bien, mamá. Te compraré ropa cuando estés mejor —le prometí—. Iremos a comprar juntas como antes, ¡todo un vestuario nuevo!

Sin previo aviso se dejó caer y se quedó agachada con la cabeza entre las manos.

—Queremos que sea como antes —gimió, mientras se acunaba adelante y atrás sobre los talones de sus pies descalzos. Le corrían lágrimas por las mejillas—. Quiero a Leonard, quiero a Michaela. Quiero a mi niña.

Arrodillándome a su lado, apoyé el brazo en torno a sus hombros temblorosos.

—No llores, mamá, todo irá bien.

Sonaron pisadas en la moqueta y levanté la mirada para ver a Zenelle apresurándose hacia nosotras.

—Vamos, Susan. Vamos a llevarla a la silla, ¿eh?

Sollozando, mi madre trató de apartarla.

—Mi hija está muerta y a nadie le importa.

Yo contemplé horrorizada cómo daba un manotazo a ciegas, pero Zenelle se hizo a un lado con gran agilidad, agarrando las manos que aleteaban y sujetándolas entre las suyas.

Me levanté y observé impotente cómo Zenelle expertamente ayudaba a mi madre a ponerse en pie y la acompañaba a la silla de al lado de la cama.

—Casi es hora de que tome sus pastillas. Pasará una buena noche de descanso y su hija la visitará otra vez por la mañana. —Zenelle me miró con sus ojos castaños—. Creo que será mejor que se vaya.

Asentí sin decir palabra, conteniendo las lágrimas, y salí de la habitación.

Matt y Kevin me estaban esperando donde los había dejado y subí cansada al asiento del pasajero, sintiéndome igual que la anciana en que se había convertido mi madre.

—¿Mal? —preguntó Kevin.

Asentí, todavía al borde de las lágrimas.

Matt estiró el brazo y me dio una palmadita en la rodilla del

pantalón tejano.

—¿Adónde quieres ir?

Como mi madre, quería ir a casa. Pero si Calum no me quería y se había vendido la casa de mi madre, un lugar así ya no existía para mí.

—Quería preguntarle a mamá dónde estaban mis cosas —dije—. Apenas tengo dinero, pero puedo ir al refugio para mujeres que me ha buscado la doctora Patel.

Los dos hombres intercambiaron miradas y supe que habían estado discutiendo en mi ausencia.

—Puedes venir conmigo si quieres —dijo Matt.

—Eso daría que pensar a la detective Smith —dije con una tenue sonrisa—. No es la más sensata de las ideas.

—No estoy seguro de que haya otras opciones viables —comentó Kevin—. Supongo que no quieres ir a un refugio para mujeres. Parece que la comisaría de Kent ya ha registrado la casa de Matt mientras supuestamente estábamos ayudando a la policía con sus pesquisas de hoy.

—Oh, no, lo siento.

—Probablemente han encontrado tu ADN en todo mi dormitorio —dijo Matt con un ronquido—. Podría haberles ahorrado el problema si me lo hubieran preguntado. La policía de Surrey nos ha detenido a Kevin y a mí a escasa distancia de la casa de tu novio y les he dicho que habías dormido en mi cama cuando a la detective Smith (que aparentemente lleva el caso) se le ha ocurrido por fin plantearme esa pregunta.

—Oh.

Estaba avergonzada, no sólo por el hecho de que él les hubiera dicho que había estado en su habitación y yo no, sino por el hecho de haber estado en su cama.

—No puedes quedarte en mi casa —intervino Kevin, casi alegre —. Está llena de componentes informáticos. Estoy construyendo un ordenador con partes sueltas y las tengo esparcidas por todo el piso.

Me senté y crucé las manos sobre el regazo. Kevin tenía razón; no me quedaban muchas opciones más. Estaba Ingrid, por supuesto, pero no tenía ni idea de si aún vivía en la misma dirección. No había podido conectar con su número de teléfono cuando lo había intentado desde el bar.

—Podría quedarme con Ingrid. —Miré a Kevin como disculpándome al recordar sus sentimientos hacia ella—. ¿Sabes si aún vive en el mismo sitio?

—No lo creo. —La respuesta llegó un poco demasiado deprisa—. Dejó su empleo en Wayfarers poco después que yo y al parecer se mudó. Pensé en preguntar hace un par de años, pero decidí que, si no le había dicho a nadie adónde iba, probablemente no quería que la encontraran.

—Oh. —Volví a mirar a Matt—. Creo que podría aceptar tu oferta. Lamento hacerte pasar por todo esto.

Matt sonrió e hizo girar la llave de contacto. Se incorporó a la calle y se dirigió hacia la M25. Por fortuna apenas había tráfico en las carreteras oscuras y llegamos a la casa de Matt en Kent en sólo una hora y media. Pasamos la mayor parte del viaje en silencio; los dos hombres aparentemente comprendían que necesitaba tiempo para asimilar todo lo que había ocurrido durante el día. Me senté arrebujada en el asiento, pensando en mamá, papá, Calum, Abbey y el malhadado salto. Cuando el coche de Matt enfiló el sendero de su casa y se abrieron las puertas del garaje sentí cierta dosis de alivio al llegar a una especie de santuario. Era casi como llegar a casa.

Kevin se marchó subiéndose a una abollada furgoneta blanca que había dejado aparcada en el sendero esa mañana, y yo, después de seguir a Matt a su cocina, me subí a uno de los taburetes y apoyé los codos en la encimera. Habían pasado doce horas desde que me había sentado allí y había desayunado huevos con beicon. Sin embargo, habían ocurrido tantas cosas que se me antojaba toda una vida.

—Tendrás hambre. —Matt reapareció a mi lado—. Estaba pensando en saltear algo en el wok. ¿Te apetece?

Asentí.

—¿Necesitas ayuda?

—No hace falta. Siéntate y habla conmigo, no tardaré mucho.

Observé que Matt sacaba un par de paquetes de pechuga de pollo ya troceada y uno de verduras y los echaba en un gran wok con un poco de aceite de oliva. Removió el contenido con una espumadera, con movimientos diestros y seguros. Permití que mi mirada se entretuviera en su cara, observando el lugar donde el cabello se le rizaba ligeramente en el cogote.

—¿Cómo te hiciste piloto? —pregunté, tratando de no pensar en sus bien tonificados bíceps ni en cómo resaltaban su trasero aquellos tejanos ajustados.

—Después de tu desaparición me pidieron que dejara mi trabajo de instructor de paracaidismo. La mala publicidad prácticamente había obligado a la empresa a cerrar. Nadie quería saltar con una empresa que había perdido a uno de sus clientes, pese a que nunca se presentaron cargos contra ella. —Echó alguna salsa al wok y continuó removiendo—. Siempre había querido ser piloto, así que después de unos meses de probar esto y aquello decidí tomar clases de vuelo.

—¿La mala publicidad no impidió que consiguieras trabajo?

Se encogió de hombros. Era un gesto típicamente galo y me descubrí preguntándome por el sonido francés de su apellido.

—El estigma de estar relacionado con tu caso me persiguió. Quería pilotar aviones de pasajeros, pero por supuesto ninguna de las aerolíneas grandes quiso contratarme. Al final encontré una pequeña compañía especializada en vuelos de carga que buscaba un buen piloto. Me contrataron y llevo con ellos desde entonces.

Así que mi desaparición no había arruinado su vida por completo, pensé. Aunque la había cambiado. Pensé en la foto mía que había visto en su mesita de noche. No parecía normal que tuviera una foto de alguien a quien apenas conocía. Parecía que estaba colgado de mí, pero había algo más, algo acerca de él y Kevin y lo que me había ocurrido que no podía determinar.

Y a pesar de todo, estaba decidida a llegar al fondo del asunto.

Capítulo 16

—¿Y te mantuviste en contacto con Kevin? —pregunté como si tal cosa.

Me miró de soslayo y asintió.

—Kevin también perdió su trabajo unos meses después de tu desaparición. Supongo que podríamos decir que también estaba un poco obsesionado con lo que te había ocurrido y pasaba más tiempo concentrado en tu caso que en su trabajo. La compañía de seguros para la que trabajabais todos lo despidió por faltas de asistencia y concentró sus aptitudes en lo que hace mejor. Ahora trabaja de freelance, arreglando ordenadores, pero su principal pasión es un sitio web que montó sobre ti y tu desaparición. Se transformó en casi un culto poco después de que lo lanzara. Kevin me convenció para que me convirtiera en una especie de celebridad por ser la última persona que te vio antes de que desaparecieras. ¿Puedes traerme dos platos de ese aparador?

Bajé del taburete, me acerqué al aparador que me había indicado y le pasé los platos. Con la espumadera en una mano, Matt vino a coger los platos, pero hizo una pausa. Sus ojos se entretuvieron momentáneamente en mi cara y mi cuello, y sentí que me ruborizaba bajo su mirada. El hambre en sus pupilas no tenía nada que ver con la comida que estaba preparando y yo le di los platos y me volví a subir al taburete, temiendo que mis piernas ya no me sostuvieran.

—La detective Smith piensa que tú y Kevin estáis enfermizamente obsesionados con mi desaparición —dije casi sin aliento, tratando de mantenerme concentrada mientras él se volvía rápidamente hacia la cocina.

Su cercanía era desconcertante. Era casi como si se hubiera encendido una chispa subyacente de deseo y estuviera ardiendo en

un rescoldo en el pequeño espacio que había entre nosotros.

Cuando se volvió con los platos de comida, noté que le temblaban tanto las manos que tuvo que dejar los platos rápidamente en el mostrador para que no se le cayeran. Me miró y luego suspiró profundamente y apartó la mirada cuando se sentó a mi lado.

Hizo una pausa. El suspiro había sido casi un gemido. Me pregunté qué ocurriría si estiraba el brazo y le tocaba la mano. Él negó con la cabeza y pensé por un momento que me había leído la mente.

—Supongo que podrías decir que los dos nos obsesionamos un poco. —Respiró hondo, tratando de serenarse—. Tu desaparición cambió nuestras vidas drásticamente, pero no fue sólo eso. Para Kevin era el desafío de descubrir qué te había ocurrido. Para mí era otra cosa... —Me miró de reojo—. Es difícil de explicar sin sonar cursi y patético, pero sentí una conexión inmediata contigo ese día en el aeródromo.

—Apuesto a que les dices lo mismo a todas las chicas.

Sonrió levemente, pero volvió a negar con la cabeza.

—No, no, de verdad que no. Es difícil expresarlo con palabras, pero me he convencido de que lo que sentía por ti era más que una simple atracción física, era casi como si te conociera; como si te hubiera reconocido a un nivel inconsciente como alguien que tenía que significar algo para mí.

Lo observé mientras jugueteaba con los cubiertos que había puesto, haciendo girar un tenedor entre los dedos una y otra vez hasta que yo quise cogérselo y salió volando.

Giró de repente en el taburete de manera que se quedó mirándome directamente.

—¿Crees en el amor a primera vista?

En realidad nunca lo había pensado, pero si tenía que juzgar por la sensación efervescente que me invadió el estómago y la opresión en el pecho, estaba preparada para considerarlo en serio en ese momento, a pesar de mis reservas anteriores. Quizá simplemente era su tema de conversación favorito, aunque a juzgar por la expresión de su rostro no lo creía. Aun así me mostré cauta.

—¿Cómo puedes saber lo que es amor y lo que es simplemente atracción sexual?

—Quizás empieza con una atracción física básica. —Respiró, con la voz ronca—. Durante el día de entrenamiento pensé que era sólo eso, pero cuando estabas en ese avión conmigo y tan asustada, descubrí que quería abrazarte para que nada volviera a asustarte nunca más…

Sonaron señales de advertencia en mi cabeza, recordándome que estaba tratando de descubrir sus verdaderas intenciones. Si la detective Smith estaba buscando a alguien obsesionado conmigo, sin duda Matt encajaba en el perfil. Si yo no hubiera estado sintiéndome exactamente igual, supongo que me habría levantado y me habría ido de su casa en ese mismo momento. El refugio para mujeres tenía que ser más seguro. Sin embargo, no me levanté para irme. Antes de que me diera la espalda, Calum nunca había verbalizado sus sentimientos como lo estaba haciendo ese virtual desconocido. Además de la obvia atracción sexual, la franqueza de Matt me resultaba completamente irresistible.

—Pero entonces me desvanecí —dije para animarlo a seguir—. Y tú sentiste que era culpa tuya.

—Completamente. Debería haberte llevado de vuelta al aeródromo y podríamos haber hecho un salto en tándem o nada. No ha pasado un sola día sin que me reprendiera por mi estupidez.

Me pregunté si sus inmerecidos sentimientos de culpa habían nublado su juicio a lo largo de los años. Quizá lo que había empezado como un deseo físico había escalado a otra cosa de un modo desproporcionado.

Con el corazón en la garganta, me estiré para tocarle el brazo. Noté el calor de su cuerpo incluso a través de la tela de su camisa. Sentí que me quemaban las yemas de los dedos por el levísimo contacto.

—No fue culpa tuya. Yo podría haberme negado a saltar. —Igual que podía negarme a seguir adelante en ese momento, pensé—. Al final, fue mi propia decisión.

Me miró a los ojos intensamente y puso su mano sobre la mía. Una corriente pasó entre nosotros y de repente supe que, loco o no, lo deseaba más que nada que hubiera deseado nunca en mi vida. Nos miramos el uno al otro, y el tiempo, que había cobrado vida propia, pareció frenar hasta detenerse. Acercó su cara a la mía y yo respiré su aroma, olvidándome de la comida. Levantando el mentón

en anticipación de ese primer contacto con sus labios, nuestras bocas se encontraron y de repente no hubo nadie más que él en el mundo.

Era extraña, pensé varias horas después mientras yacía enlazada a él, entre sus brazos, en la cama negra y dorada, la forma en que en las películas los amantes se besaban una vez y terminaban casi de inmediato haciendo el amor frenéticamente. Matt y yo nos habíamos contentado con besarnos hasta que nos dolieron los labios, los dos reticentes a pasar a la siguiente etapa. Habíamos explorado cada uno el cuerpo del otro con deleite sensual y cuando al fin me había llevado a su dormitorio y me había desnudado por completo, me pregunté cómo había podido existir como persona sin él a mi lado.

Me desperté al alba, con el sonido del canto de los pájaros y el suave ronquido de Matt a mi lado. El sueño nos había vencido por fin y nos habíamos quedado dormidos en un lío de miembros, con nuestros cuerpos bañados en sudor, y demasiado agotados para movernos.

Soltándome de sus brazos, me apoyé en un codo y paseé la mirada por su forma durmiente, asombrándome de la manera en que su pecho subía y bajaba con cada respiración, de cómo eran sus ojos cuando estaban cerrados y sus rasgos se relajaban en el sueño. Resistiendo el impulso de besarlo otra vez y arriesgarme a despertarlo, deslicé mis pies a la alfombra y crucé el suelo frío hasta el cuarto de baño.

De pie bajo la ducha caí en la cuenta de tres cosas. Una, me había enamorado perdidamente de Matt. Dos, en un registro más práctico, no podía volver a ponerme la misma ropa sucia otra vez. Y tres, estaba absolutamente famélica. La cena de la noche anterior se había congelado en los platos; nuestro apetito se había fundido a la vez que nuestra pasión se intensificaba. En ese momento, en cambio, me rugía el estómago. En cuanto terminé de ducharme, recogí mi ropa sucia, me agencié el albornoz de Matt y bajé por la escalera a la cocina, donde busqué en vano su lavadora para programar un lavado rápido mientras me preparaba el desayuno.

Hice una pausa con el fardo de ropa en la mano y miré a mi alrededor en la cocina. Sin duda tenía que haber una lavadora. Después de deambular un momento, me fijé en la puerta de debajo

de la escalera. Quizá su lavadora estaba escondida allí. Probé a girar el pomo y vi que la puerta no estaba cerrada con llave. Había un interruptor a un lado y, al encenderlo, vi un tramo de peldaños empinados que conducían al sótano. La luz la proporcionaba una única bombilla mortecina que colgaba en el centro del cuarto, pero bastaba para ver que el sótano tenía un suelo de piedra, y paredes de cemento. A un lado había una estantería para botellas de vino, y junto a la otra pared, una lavadora y una secadora, todo muy limpio, ordenado y minimalista. Encontré una caja de jabón en polvo y puse mi ropa a lavar. Me até el albornoz más fuerte en torno a la cintura y me encaminé hacia la escalera.

Haciendo una pausa con un pie en el escalón de abajo, miré a través de las rendijas de los peldaños y vi que debajo de la escalera había una acumulación de cachivaches, cajas de herramientas, una aspiradora vieja y una escoba, un cubo y una caja de cartón llena con una especie de tela con una pila de papeles encima. Había algo en la tela que sobresalía de la pila de papeles que me resultaba extrañamente familiar. Retrocediendo, repté en torno a la escalera y miré en la caja. Los papeles de encima eran un fajo de los folletos que mis padres habían hecho y que preguntaban «¿Has visto a esta chica?».

Apartando los folletos a un lado, miré el objeto que estaba parcialmente oculto debajo de ellos; algo azul marino con un motivo bordado que proclamaba «Surf's up». Sentí un escalofrío en la columna al sacar de la caja la cazadora, curiosamente sin polvo, y sostenerla delante de mí. Era mi cazadora, sin lugar a dudas, la que había comprado en Cornualles cuando Calum y yo habíamos hecho nuestras vacaciones surferas y había notado el frío que hacía en la playa.

Me la acerqué a la cara y me toqué la mejilla con la tela suave. Era la cazadora que me había llevado el día del salto por si acaso el día primaveral se tornaba frío. La había dejado con mi bolso en la taquilla del aeródromo y había supuesto que continuaría en posesión de la policía, igual que el resto de mis pertenencias.

Sonaron pisadas en lo alto de la escalera y la voz de Matt llenó el sótano.

—¿Michaela? ¿Estás ahí abajo?

Volví a meter la cazadora en la caja con manos temblorosas, me

até más fuerte el albornoz y empecé a subir los escalones. Matt me tendió el brazo en cuanto puse los pies en la cocina, abrazándome y sosteniéndome contra su pecho desnudo.

—¿Qué estabas haciendo ahí abajo? —Las palabras sonaron ahogadas, amortiguadas por mi pelo.

—Quería... quería lavar mi ropa.

—Oh... —Hubo un momento de vacilación—. Y lo has encontrado todo, ¿no?

Asentí contra su pecho, sintiéndome mareada. Sin duda había encontrado algo, pero no sabía qué significaba exactamente.

Capítulo 17

Me aparté de Matt con la excusa de que tenía que preparar el desayuno.

—Espero que no te moleste que me adueñe de tu cocina —dije con ligereza, tratando de sacudirme las preguntas que se agolpaban en mi cabeza.

—Adelante.

Matt sólo llevaba unos tejanos y había cruzado los brazos protectoramente sobre el pecho cuando me había apartado, observándome con expresión de perplejidad. Sólo media hora antes estábamos arrebujados satisfechos uno en brazos del otro; ahora yo estaba tratando de que mi voz no trasluciera dolor mientras le preguntaba dónde guardaba la sartén para las tortillas y pensaba en cómo demonios había terminado mi cazadora en su posesión.

Mientras batía los huevos, me descubrí vigilándolo subrepticiamente. Las advertencias de la detective Smith resonaron en mi cerebro. La doctora Patel había sugerido amnesia causada por un prolongado trauma emocional. Yo lo había negado vehementemente, pero seis años y medio habían ido a parar a alguna parte, ¿no? Me di cuenta de que estaba batiendo los huevos tan fuerte que las burbujas estaban salpicando del cuenco y formando charquitos amarillos en la encimera. Matt, que había estado rallando queso con semblante serio, paró y me dedicó una mirada dura.

—¿Qué pasa, Michaela?

Me di cuenta de que no podía mirarlo cuando iba al fregadero a buscar un trapo para limpiar las salpicaduras. Matt soltó el rallador de metal ruidosamente y rodeó la barra de desayuno, me puso las manos en los hombros y me sacudió ligeramente.

—Habla conmigo, maldita sea.

Me miré los pies.

—He encontrado mi cazadora en tu sótano.

—Maldita sea. —Dejó caer las manos a los costados y se quedó de pie mordiéndose el labio—. No es lo que piensas.

Levantando los ojos temerosos hacia él, descubrí que apenas me salía la voz.

—Entonces, ¿qué? —murmuré—. ¿Qué razón podría haber para que la tengas ahí? Estaba en la taquilla del aeródromo.

Tras cogerme el trapo y soltarlo en el mostrador, me condujo a través de la cocina hasta la pequeña sala que estaba decorada en negro y colores crema, con muebles de caoba oscura. Se acomodó en un sofá de color crema, me sentó a su lado y se volvió a mirarme.

—Guardaban una llave maestra de las taquillas en la oficina del aeródromo. Cuando no pudimos localizarte después del salto, todo el mundo empezó a buscar pistas desesperadamente. Kevin sugirió revisar tu taquilla; eso fue antes de que nos diéramos cuenta de que las cosas estaban fuera de nuestro control. Kevin pensó que tal vez habías aterrizado sin que nadie se fijara en ti y se le ocurrió comprobar si aún tenías las cosas ahí.

—En cuanto viste que mis cosas estaban allí deberías haberlas llevado a la policía.

—Lo sé. Pero es fácil decirlo a posteriori. Kevin había sacado todas tus cosas y cayeron al suelo. La cazadora fue lo último que recogí y todavía la tenía en la mano cuando entró mi jefe y Kevin cerró la taquilla antes de que pudiera ver que habíamos estado husmeando. Era demasiado tarde para volver a poner la chaqueta sin parecer culpable como Judas. Así que la metí en mi propia taquilla y listo.

—¿Por qué la trajiste aquí?

—Cuando me echaron del trabajo, me traje todas mis pertenencias, incluida tu chaqueta. No quería tirarla.

—¿Por qué no la encontró ayer la policía durante su registro?

Se encogió de hombros.

—No la llevabas ese día en el aeródromo, así que la descripción de todo el mundo era que ibas vestida con camiseta y tejanos. Supongo que no la estaban buscando.

—¿Calum no les dijo que faltaba?

—Quizá no se fijó en que un elemento de tu armario había desaparecido; no era sorprendente considerando lo inquieto que estaba por tu desaparición. ¿Vio que te ibas con ella?

Pensé y recordé que al irme, Calum todavía estaba en la ducha. Ni siquiera Abbey la había visto, porque la había echado en el coche junto con mi bolso.

Torcí el gesto, fruncí los labios, suspiré y cerré los ojos.

—Esto es como una pesadilla. ¿Por qué no puede ser todo como antes?

Matt me apretó la mano más fuerte.

—¿Todo? ¿Estás segura?

Sabía que se estaba refiriendo a la noche que acabábamos de pasar juntos.

—Estoy muy confundida. Pensaba que amaba a Calum y que él me amaba a mí y ahora descubro que no quiere que vuelva. Se desprendió de todo lo que le recordaba a mí. ¿Cómo podría haber hecho eso si de verdad le importara?

—No lo sé. —La voz de Matt era suave—. Yo descubrí que no podía.

Su comentario me calmó. Estaba reprendiéndolo por lo mismo que me había inquietado de Calum. Me pregunté si la doctora Patel podía haber añadido el hecho de que guardara una prenda mía a su lista de posibles problemas psicológicos.

—Siento haber sacado conclusiones a la ligera.

—Yo siento que no confíes en mí.

Caímos en un silencio que interrumpió el repentino sonido de la puerta de la calle. Levantamos la cabeza.

—¿La policía? —susurré.

—No lo sé, será mejor que vaya a abrir.

Se levantó y me di cuenta de que aún iba vestida sólo con el albornoz. Si era la policía, llegarían a toda clase de desagradables conclusiones después de encontrarme en la casa de su sospechoso número uno sin ropa propia encima.

Matt volvió al cabo de unos segundos con Kevin tras sus talones. Mi antiguo compañero de oficina sostenía un trozo de papel y parecía bastante complacido consigo mismo.

—¿Llego a tiempo para desayunar?

Recordé los huevos en la cocina y me levanté, consciente al

hacerlo de que los ojos de Kevin me seguían con interés.

—La única ropa que tengo está en la lavadora —le dije cortante al pasar a su lado—. ¿Quieres una tortilla?

—No te diré que no.

Diez minutos después, los tres nos encontrábamos sentados en la cocina comiendo tortillas de queso. Kevin estaba teniendo problemas para apartar la mirada de mis piernas desnudas y yo me moví de manera incómoda, apretándome el cinturón del albornoz y tapándome los muslos al sentarme en uno de los taburetes altos.

—Ésta —dijo, triunfante, sosteniendo el trozo de papel— es la nueva dirección de Ingrid Peters.

—¿De verdad? —Estaba sorprendida y complacida de que se hubiera tomado la molestia de encontrarla para mí. Estiré la mano para coger el papel y leí la dirección con sorpresa—. ¿Brighton? ¿Qué estará haciendo allí?

Kevin se encogió de hombros.

—Regístrame, nena. He tardado bastante en localizarla. He tenido que hackear a saco para encontrar su número de la Seguridad Social y desde allí he encontrado su lugar de residencia más reciente.

—¿Hay también un número de teléfono?

Me dedicó una mirada lacónica.

—¿Qué quieres, su talla de vestido?

—Con su número de teléfono ya estaría bien —repliqué sin alterarme—, pero la dirección es genial. Gracias, Kevin.

Apartó la mirada, pero su cara y cuello pecosos se estaban poniendo colorados. Me di cuenta de que, por raro que fuera, parecía genuinamente agradecido de haber podido hacer algo por ayudarme.

Después de terminarme un vaso de zumo de naranja, dejé a los hombres hablando y comiendo tostadas mientras me aventuraba a bajar las escaleras para pasar mi ropa a la secadora. Descalza en el suelo frío del sótano, salté de un pie al otro para que no se me congelaran. La secadora contribuía a calentar un poco el aire, pero había un olor mustio en el ambiente. Me pregunté dónde había notado ese olor antes.

Me acerqué a la caja de debajo de la escalera, saqué mi chaqueta y me subí la cremallera hasta la barbilla. Pensé que podía

ponérmela. Al subir la escalera, me detuve para escuchar a Kevin y a Matt hablando en la cocina.

—Es asombroso. Parece que no se acuerda de nada de lo ocurrido —estaba diciendo en voz baja Matt.

—Quizás es mejor —replicó Kevin—. No queremos que recuerde de repente cosas que puedan desequilibrarla.

—¿Crees que los tests de la policía encontrarán drogas en su organismo?

Kevin musitó una respuesta, pero no conseguí entenderla. ¿Habían dicho algo que pudiera significar que habían estado implicados en mi desaparición? No estaba segura. Su conversación podía interpretarse en cualquier sentido.

Tosí para hacerles saber que estaba de nuevo en la cocina y Kevin dio un salto de culpabilidad al verme. Sus ojos se abrieron al ver la chaqueta que llevaba.

—Entonces, ¿lo sabe?

—¿Que hurgasteis en mi taquilla? Sí —dije al entrar en la cocina —. Tengo entendido que fue idea tuya.

—Hurgar en las taquillas es mi especialidad —dijo como si tal cosa—, lo hacía siempre en el instituto. Es asombroso lo que puedes descubrir de alguien por el contenido de su taquilla.

—La doctora Patel se pondría las botas contigo. —Volví a subirme a un taburete—. Me sorprende que te soltaran. ¿Alguno de los dos ha de ir a trabajar?

—Yo soy freelance —dijo Kevin—. Puedo hacer lo que quiera.

—Los hay con suerte —comentó secamente Matt—. Pero no, no he de trabajar hoy. No tengo ningún vuelo hasta dentro de un par de días. ¿Por qué?

—Me preguntaba si no os importaría llevarme a ver a mi madre otra vez esta mañana. Le prometí que volvería a verla.

—¿Se acordará de que fuiste a visitarla? Por lo que nos contaste parece bastante confundida.

—No puedo arriesgarme a que se acuerde y no aparecer. Lo siento; sé que es mucho pedir.

—Os seguiré en la furgoneta si no os importa parar en Redhill para que la deje en mi casa —dijo Kevin—. Es un incordio tener que volver aquí a buscarla.

—No hace falta que vengáis los dos.

—¿Qué? ¿Y perderte de vista? —exclamó Kevin—. Eres una persona famosa, una abducida retornada. Me encantaría filmarte si no tienes objeción ahora que ya te has situado un poco.

Hice una mueca rápida a Matt y él ocultó una sonrisa a su compañero bastante chiflado.

—Será mejor que vaya a ver si mi ropa está lista. —Bajé del taburete, ansiosa por alejarme un rato de ellos—. Desde luego no vas a filmarme así.

Me apresuré a bajar al sótano, con mi mente zumbando ansiosa. Una vez vestida, me quedé de pie y miré a mi alrededor en el pequeño cuarto subterráneo. ¿Era posible que hubiera permanecido encerrada allí durante seis años y medio y que no recordara nada? ¿Estaba dejando que mi imaginación se desbocara? Negué con la cabeza y me pasé la mano por los rizos alborotados. No, ni hablar. Matt y Kevin podían haber sido lo bastante estúpidos como para hurgar en mi taquilla, pero no eran secuestradores, o al menos eso esperaba sinceramente.

Capítulo 18

Dos horas después estaba en Acorn Lodge. A mi llegada, el doctor Stephen Hewitt me habló del estado de mi madre antes de permitirme verla.

—Sigue el ritmo de tu madre —me aconsejó—. No la apures y no esperes demasiado. Si se agita, has de dejar que se ocupe el personal médico.

Después de mi charla con el doctor Hewitt me llevaron a una espaciosa sala común. Mamá estaba inclinada ante un gran caballete con un lienzo lleno de salpicaduras abstractas de pintura acrílica y sostenía un pincel en el aire.

La observé desde el otro lado de la sala durante un rato, fijándome en que todavía conservaba una buena figura a pesar de los feos pantalones de chándal. Llevaba el cabello castaño más corto de lo habitual en ella, pero me fijé en que estaba cortado con estilo, no sólo esquilado, y esa mañana exudaba un aire de calma que me dio esperanza.

Me acerqué despacio a ella desde un lado, asimilando sus rasgos, que se parecían mucho a los míos. Estaba concentrándose, sosteniendo el pincel en el aire como si estuviera decidiendo dónde dar la siguiente pincelada.

—¿Qué estás pintando? —pregunté en voz baja mientras miraba los remolinos granates y marrones.

—Es mi hija. —Ni siquiera levantó la mirada al oír el sonido de mi voz—. Esto es lo que veo cuando pienso en ella.

Parecía que se había deslizado de nuevo a su otro mundo y me desanimé. No obstante, se la veía bastante feliz y la observé en silencio mientras guiaba el pincel sobre el lienzo.

—Michaela está aquí, mira.

Mirando al lienzo traté de ver algo de mí allí, pero no había

nada que recordara remotamente a una persona, y menos a mí.

—Aquí es donde vive Michaela —explicó, como si mi silencio fuera una crítica de su arte—. Éste es el mundo entre mundos. Un día me reuniré con ella allí y volveremos a estar juntas.

Volví a mirar la pintura y de nuevo a la expresión momentáneamente contenida de mi madre. Fuera lo que fuese el lugar que había dibujado, obviamente la aliviaba.

—¿Papá también está ahí? —La pregunta se deslizó de mis labios antes de que tuviera tiempo de pensar en las consecuencias.

Ella se volvió muy despacio y sus ojos escrutaron mi rostro. El pincel se le cayó de los dedos y se levantó abruptamente; el taburete cayó con un estruendo. Uno de los cuidadores que había estado supervisando la sesión de arte, se echó hacia delante y trató de sujetarla, pero mamá se lo sacudió y extendió los brazos hacia mí con tal angustia que me saltaron las lágrimas.

—¿Eres tú? —me preguntó con voz temblorosa—. ¿O estoy imaginando cosas otra vez? —Extendió un dedo tembloroso hacia mi cara.

—Soy yo, mamá —le dije.

Y ella dejó escapar un gemido antes de lanzar sus brazos en torno a mí y apretarme en un abrazo.

El cuidador, que se había apartado un poco pero todavía estaba al alcance, negó con la cabeza y yo me quedé en silencio, extasiada de que mamá pareciera dispuesta a creer que era yo de verdad. Finalmente me soltó y volvió a levantarse.

—Entonces de verdad estás aquí. Tengo miedo de creerlo. —Miró más allá de mí hacia la puerta—. ¿Y dónde está tu padre? —preguntó, aparentemente en respuesta a mi pregunta—. ¿También ha venido?

Mirando a mi alrededor en la habitación vi que varios pacientes habían dejado de pintar y nos estaban observando con curiosidad. Mamá también me estaba mirando, esperando una respuesta. Sin saber qué respuesta dar que no la propulsara en otra espiral descendente a su mundo de desesperación, señalé el cuadro con la cabeza.

—Está ahí —susurré con voz ronca—. Está esperándote en el mundo entre mundos.

Una sombra cruzó el rostro de mi madre, como si un recuerdo

no deseado se hubiera removido en su mente, pero lo apartó y asintió, aparentemente satisfecha con mi respuesta. Se inclinó para enderezar el taburete caído y recogió su pincel.

—Todo el mundo regresa ahí al final —dijo al darme la espalda —. La gente cree que el cielo está por encima de nosotros y el infierno debajo, pero sólo existe el lugar de más allá: es el lugar del que venimos y al que volvemos. —Mojó el pincel en una salpicadura de pintura granate e hizo un largo movimiento de barrido en el lienzo—. Pronto me convertiré en uno con todos los que han llegado antes y todos los que aún no han nacido. Y entonces... —dijo, y tras suspirar profundamente continuó—: Entonces estaré en casa con mi familia.

El doctor Stephen Hewitt se recostó en la silla acolchada de piel de su oficina, apretándose la barbilla con las yemas de los dedos. Las paredes estaban llenas de estanterías que gemían bajo el peso de revistas médicas y volúmenes de psiquiatría y psicología.

—Vamos a ver. —Se inclinó hacia delante y la incipiente calvicie dejó entrever su cuero cabelludo al tiempo que examinaba la pantalla de su ordenador—. Tu madre fue puesta bajo nuestro cuidado por instrucciones específicas en el testamento de tu padre. Parece que ya mostraba signos de depresión severa antes de que tu padre falleciera, probablemente provocados por la pena de perder a su única hija. —Me lanzó una mirada acusadora y continuó—: Aunque tu padre afirmaba que todo debía quedarle a tu madre si él fallecía antes que ella, añadió un codicilo. En el caso de que fuera diagnosticada de depresión clínica que pudiera requerir cuidados de larga duración, había que vender la casa familiar y usar los réditos de su patrimonio para brindarle un hogar permanente aquí. Los abogados de tu padre actuaron como depositarios y cumplieron con sus deseos al pie de la letra.

Así que mi padre había confiado plenamente en sus abogados. Se me ocurrió que tal vez yo debería seguir su ejemplo. Me incliné hacia delante.

—¿Tiene una dirección de esos abogados?

El doctor Hewitt examinó la pantalla.

—Sí, aquí está.

Escribió una dirección en el bloc de notas, arrancó la hoja y me la pasó.

Miré su clara caligrafía: «Armstrong y Brent, abogados. High Street, Putney.» No estaba demasiado lejos si contaba con el transporte adecuado. Lo guardé junto con la dirección de Ingrid y me levanté, con la esperanza de que Matt siguiera dispuesto a hacerme de chófer personal.

—Gracias por su tiempo, doctor.

Pero el doctor Hewitt ya no me estaba escuchando, estaba mirando a alguien o algo detrás de mí, y yo me volví para ver una aparición en el marco de la puerta. La visión llevaba el pelo teñido, que le colgaba en torno a una cara pálida, los ojos muy perfilados en negro, igual que cuando la había visto por última vez en la comisaría el día anterior. Mi mirada se fijó en las piernas envueltas en cuero que asomaban de una falda negra alarmantemente corta y una camiseta negra sin mangas que revelaba brazos tatuados y llenos de cicatrices. Antes de que pudiera abrir la boca, el doctor Hewitt sonrió y se puso en pie con la mano extendida para saludar.

—Abigail. Me alegro de verte otra vez. ¿Has venido a ver a Susan? —Sus ojos pasaron con incertidumbre hacia los míos—. Acaba de tener una visita y me temo que estará un poco cansada.

—No importa, doctor. —Abbey clavó sus ojos en mí—. Hoy no he venido a ver a mi abuela. He venido a ver a Michaela.

Abbey me guio, con la facilidad de alguien plenamente familiarizado con la distribución del edificio, hasta una salita donde había sillones de terciopelo rojo dispuestos en torno a mesas de café pulidas cubiertas de revistas en color. Nos sentamos en el sillón más cercano y yo traté de no mirar el aro de plata que le atravesaba la ceja izquierda ni la tachuela en un lado de la nariz, que se hinchaba cuando respiraba.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

Se encogió de hombros, convirtiéndolo en un gesto innecesariamente hosco, porque era ella la que había venido a buscarme.

—Pensaba que aparecerías por aquí tarde o temprano.

—¿Cómo has llegado aquí? ¿No deberías estar en la escuela?

—¿Qué es esto, la puta Inquisición española? Dios, eres igual que mi padre.

Me quedé callada, perpleja. ¿Por qué había venido a buscarme cuando aparentemente estaba tan enfadada conmigo?

—En bus.

—¿Perdón?

—He venido en el puto autobús, ¿qué creías?

—Mira... —Decidí retomar la conversación donde la habíamos dejado el día anterior, tratando de diluir su rabia—. Traté de explicártelo, Abbey, cuando te dije que no te dejé a propósito lo dije en serio.

Suspiré, sabiendo que no me creería dijera lo que dijese. Pero tenía que intentarlo.

—Por lo que a mí concierne, te dije adiós anteayer por la mañana. No sé adónde han ido a parar los últimos seis años y medio. Nunca te dejé, ni a ti ni a tu padre. Algo o alguien nos robó esos años.

Apartó los ojos de la ventana y me dedicó una mirada mesurada.

—Estás loca. Deberías estar aquí como paciente y no de visita.

Sus palabras fueron como un mazazo y sentí que el corazón me latía en el pecho. Mi mirada fue automáticamente hacia la puerta, que se había cerrado detrás de nosotras, y me pregunté cómo sería estar encerrada ahí contra mi voluntad. ¿Y si, pensé con el primer destello de miedo real, y si Abbey tenía razón?

Capítulo 19

—No estoy loca, Abbey. —Esperaba tener razón y que la enfermedad mental de mi madre no fuera hereditaria—. Me cuesta mucho creerlo a mí misma —insistí—. Si no fuera porque te tengo sentada delante de mí con aspecto de tener seis años y medio más, yo tampoco lo creería, pero es la verdad.

»¿Con qué frecuencia visitas a mi madre? —le pregunté al cabo de unos segundos de silencio—. Me sorprende que hayas mantenido el contacto después de todo este tiempo.

—Bueno, pensaba que iba a ser mi abuela postiza, ¿no?

La agresividad con la que respondió mi pregunta me pilló desprevenida, pero esperé a que continuara.

—Siempre me cayó bien tu mamá; fue amable conmigo después de que tú te escabulleras y nos dejaras. Creo que siente un poco de pena por mí, pero siempre insistió en que no te habías marchado a propósito. Pensaba que alguien te había secuestrado o algo.

Abbey levantó la mirada y vi en sus ojos que la hostilidad se había atemperado con un deje de pena.

—Yo no —continuó—. Quiero decir que no la creí. Esperaba que estuvieras muerta.

La miré, preguntándome cómo podía ser tan cruelmente sincera. Pero se había convencido de que estaba muerta porque eso significaría que al fin y al cabo no la habría dejado a propósito.

—Tuvo que ser un shock terrible cuando me presenté ayer. Lo siento mucho.

Ella volvió a encogerse de hombros. Era un gesto de desafío y de que le importaba un pimiento, pero yo sabía que le importaba, y mucho.

—¿Por qué has venido a buscarme, Abbey?

—Quería pedirte que vinieras a casa.

¿Quería irme con Abbey? Ya no estaba segura.

—No creo que a tu padre le hiciera mucha gracia. Ayer por teléfono me dejó muy claro que habíamos terminado.

Abbey me miró desde debajo de unas largas pestañas con una gruesa capa de rímel.

—Sólo estaba cansado y enfadado por que lo trataran todo el día como un delincuente, pero no quería decirte eso.

Pensé en Matt, que me esperaba fuera. Teniendo en cuenta la intensidad de mis sentimientos hacia él, no creía que fuera una buena idea contemplar volver con Calum. Negué con la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Es complicado, Abbey. Para tu padre han pasado más de seis años desde que estuvimos juntos. No podemos retomarlo donde lo dejamos y simular que no ha ocurrido nada.

—Ayer querías volver.

Suspiré. Esa niña era brillante, mayor y más sensata de lo que pensaba. Sacó un cojín de detrás de ella y lo abrazó contra su pecho.

—Creo que le pasa algo. Te necesita, Kaela.

—¿Le pasa algo? ¿En qué sentido?

—Hace ver que va a trabajar, pero cuando cree que estoy en la escuela, vuelve a casa y se tira en el sillón.

—Bueno, trabaja desde casa. No siempre está fuera en visitas comerciales.

—Cortaron el teléfono la semana pasada y él lo necesita para trabajar, ¿no? Consiguió que volvieran a ponerle la línea, pero me preocupa que no tengamos dinero para mantener la casa. —Su voz había subido con su ansiedad, y asentí para mostrarle que la comprendía.

—¿Cómo sabes qué hace tu padre durante el día? ¿Has estado saltándote clases?

Abbey bajó la cabeza.

—No podía contárselo a mi padre. Está muy enfadado conmigo.

—Es sólo tu primer trimestre ahí, ¿no? Apenas le has dado una oportunidad. ¿No te gusta el curso que estás haciendo?

Hubo un largo silencio y por fin Abbey apoyó el cojín en las rodillas y levantó la mirada con expresión tan desolada que me

pregunté qué demonios iba a decir.

—Le mentí. Nunca me ofrecieron una plaza en ese coñazo de escuela profesional. Mis notas en los exámenes finales de secundaria eran fatales y no me admitieron.

—Oh. —Junté los labios al asimilar la información—. Menudo secreto estás guardando. ¿Adónde demonios vas todos los días?

Volvió a encogerse de hombros.

—A veces vengo aquí a ver a tu madre, otras veces quedo con gente para hacer cosas. Pensaba que podría colarme en casa cuando papá saliera, pero ahora él también se pasa todo el día allí.

—Ha de ser difícil vivir una mentira. Tienes que decírselo, y lo sabes.

Me dedicó una mirada de súplica, convertida otra vez en una niña.

—Esperaba que lo hicieras tú.

—Oh, Abbey, me parece que él ya no me escucha.

Nos miramos la una a la otra en silencio hasta que ella lanzó el cojín a un lado enfadada y se levantó de un salto.

—Dices que no nos dejaste a propósito, pero ahora nos estás dejando, ¿no? No te importo yo ni papá, sólo te preocupas por ti.

—Eso no es verdad.

—¿No? Entonces ven a casa conmigo y habla con papá. Yo no puedo enfrentarme a él otra vez a menos que lo hagas tú.

Traté de no fijarme en la desesperación de su voz, en la velada amenaza de que podría hacerse daño a sí misma.

—No puedo, Abbey. Me preocupo por ti, pero he de irme y encontrar al abogado de mi madre. Tengo que hacer algunas preguntas, averiguar algunas cosas.

Abbey me miró, y se rascó una de las cicatrices del brazo con sus largas uñas.

—Bueno, si no vas a venir a casa y de verdad te importo como dices, llévame contigo.

Miré atrás hacia la carretera y me pregunté qué dirían Matt y Kevin si aparecía con la malhumorada y agresiva Abbey detrás de mí. Entonces miré otra vez, vi las cicatrices en sus brazos y me di cuenta de que la herida autoinfligida que se estaba rascando era una palabra... No, una palabra no, unas cifras: 666.

Antes de que tuviera tiempo de entretenerme en el significado

siniestro, Abbey lanzó un chillido de temor.

—Oh, Dios mío, Kaela, hemos de salir de aquí.

—¿Qué? —Miré a través de la puerta preguntándome qué la había agitado tanto.

—Es papá, está aquí. Mira, allí, mira entre esos arbustos de la carretera, lo verás saliendo del coche.

Seguí su mirada a través de la ventana y vi una figura agachándose para cerrar con llave un viejo Volvo. Recordaba bien ese Volvo; Calum lo conducía cuando nos habíamos conocido y ya entonces no era nuevo.

Mirando alrededor con ansiedad, dejé escapar un suspiro de alivio por el hecho de que Matt y Kevin hubieran aparcado en la calle lateral, donde Calum no podía verlos. No sabía por qué me preocupaba si los localizaba o no, salvo por la sensación de culpa de haberle traicionado en cierto modo. Me di cuenta de que en ese momento no quería encontrarme cara a cara con Calum más que Abbey.

Abbey estaba pálida y con los ojos como platos.

—No puede verme aquí, cree que estoy en la escuela. Si no vas a decírselo por mí, he de salir de aquí.

—¿Qué demonios puede estar haciendo aquí? —pregunté a nadie en particular.

—Venir a buscarte, espero. Es el único lugar al que sabe que vendrías, igual que yo. —Abbey se llevó la mano a la boca y yo me pregunté si iba a vomitar otra vez.

—Mira, si de verdad no quieres enfrentarte a él, esperaremos a que entre en la oficina y saldremos por la puerta delantera; presumiblemente tendrá que parar y hablar con el doctor Hewitt.

—¡No habrá tiempo! ¡Nos verá!

—¿Hay alguna salida por detrás?

Abbey pensó un momento y asintió.

—Podemos salir por la cocina. Dejan la puerta cerrada por si acaso alguno de los pacientes trata de escapar, pero conozco a Tommy, el cocinero; nos dejará salir si se lo pido.

Sintiéndome como una fugitiva, seguí a Abbey por el corredor justo cuando sonó el timbre de la puerta. El sonido pareció reverberar en la habitación de techo alto y me di cuenta de que estaba sudando.

—¡Deprisa! —chilló Abbey mientras se dirigía por un pasillo que había al lado del ascensor y la escalera.

Corrimos por él como un par de conejos asustados y seguí a Abbey cuando ella abrió una puerta de madera pulida situada al fondo. Un hombre joven de rostro delgado —vestido con pantalones a cuadros blancos y negros y delantal blanco— levantó la mirada de la mesa de trabajo, sorprendido.

—¿Qué dem...? Oh, eres tú, Abbey. ¿A qué viene tanta prisa?

—Es mi padre. —Abbey estaba jadeando y mirando por encima del hombro—. Acaba de llegar y no puede encontrarme aquí.

—Buscas una salida de emergencia, ¿eh?

—Sí. —Me miró por encima del hombro—. Y ella también, no es paciente ni nada, pero tampoco quiere ver a mi padre ahora.

—Está bien, por ti cualquier cosa, Abbs. Vamos a sacarte por la puerta de atrás. —Nos condujo por la cocina de muebles de acero inoxidable hasta una puerta lateral, que abrió con una tarjeta—. No le digas a nadie que he hecho esto —dijo con una sonrisa cuando pasábamos a su lado—. La próxima vez que vengas puedes leerme las cartas gratis y estaremos en paz.

—Claro, Tommy, y gracias.

Abbey y yo salimos por aquella puerta y caminamos hacia la tranquila calle lateral.

—Ahí está el coche de Matt —le dije—. Le preguntaré si puede dejarte en la parada del autobús.

Ella se paró en seco y me lanzó una mirada acusadora.

—¿Matt? ¿El que creen que te mató? ¿Has estado todo el tiempo con él?

Recordé a Calum preguntándome lo mismo el día anterior.

—No, Abbey. Vino a recogerme cuando lo llamé, nada más.

Vi la indecisión en su rostro. Quería creerme, pero le costaba trabajo.

—No quiero coger el autobús a casa, quiero ir contigo. —Cruzó los brazos con fuerza ante su pecho como para protegerse de otro rechazo—. Por favor, Kaela.

Miré sus ojos suplicantes y sentí que mi resolución de dejarla atrás se debilitaba.

—Bueno, está bien, pero tendré que preguntarle a Matt si le importa.

Matt y Kevin estaban repantigados en el asiento delantero del coche, escuchando música que no reconocí. Matt levantó la mirada cuando di unos golpecitos en la ventana y enseguida abrió la puerta del conductor.

—Hola. ¿Cómo estaba tu madre?

—Confundida —contesté con un suspiro—. No sabe si creer si soy yo de verdad o sólo otra alucinación.

Pero él ya estaba mirando a mi espalda al lugar donde se había parado Abbey.

—No estás sola, pues.

—No, mira, necesito ir a ver al abogado de mi madre en Putney. Espero que tenga alguna idea de lo que ocurrió con cosas como mi partida de nacimiento, pasaporte, carné de conducir y cuenta bancaria. ¿Te importa seguir llevándome?

Asintió.

—Por supuesto que no.

—¿Y Abbey puede acompañarnos?

Pareció dubitativo.

—¿Es quien yo creo que es?

—Es la hija de Calum, Abigail, sí.

—¿Esto es una buena idea? No creo que a tu novio le haga gracia que esté con nosotros.

Estuve a punto de decir ex novio cuando me di cuenta de lo que eso habría significado para Abbey, así que me limité a encogerme de hombros.

—Su padre cree que está en la escuela; y un poco más y nos chocamos con él. Por alguna razón ha aparecido en la residencia.

Matt miró por encima del hombro, presumiblemente con la esperanza de evitar la confrontación.

Pareció llegar a una decisión.

—Vamos, pues, será mejor que subáis.

Capítulo 20

Subí al asiento de atrás y me apresuré a colocarme del lado del pasajero, detrás de Kevin. Abbey se sentó a mi lado y cerró la puerta con innecesaria fuerza. Hice las presentaciones mientras Matt giraba la llave de contacto y el coche arrancaba.

Kevin metió el brazo por el hueco entre los asientos delanteros y tendió una mano para que Abbey se la estrechara. Ella la tomó con cautela, pero él apretó con fuerza en cuanto tuvo la mano de la chica entre la suya, torciéndole el brazo para poder ver de más cerca sus heridas autoinfligidas.

—Seis, seis, seis, es el número del diablo. ¿Por qué llevas esto en el brazo?

Ella apartó el brazo.

—Por nada que te importe una puta mierda.

—Bonito lenguaje, tesoro —entonó Kevin con una sonrisa—. Veo que vamos a llevarnos divinamente. —Entrecerró los ojos al fijarse en uno de los tatuajes visibles en la parte superior de su brazo—. ¿Qué es eso, una estrella de cinco puntas en un círculo? Un pentagrama de bruja, ¿eh? No es muy imaginativo, ¿no crees?

Noté que Abbey se tensaba a mi lado.

—Vete al infierno —le dijo, cortante.

—Es un destino más probable para ti, por lo visto —repuso.

Abbey se calló y Kevin se repantigó en el asiento delantero, mientras yo miraba hacia el retrovisor y veía el brillo de los ojos de Matt. Vi que estaba tratando de suprimir una sonrisa de exasperación por las excentricidades de nuestros compañeros de viaje.

—¿Tienes la dirección exacta de ese abogado? —preguntó con voz neutra.

Leí la dirección que me había dado el doctor Hewitt y Matt

asintió. Descubrí que me atraían sus ojos en el espejo y no podía dejar de mirarlo.

—En realidad, seis seis seis es un número muy significativo —dijo de repente Abbey—. Incluso olvidando por un momento el elemento de adoración al diablo.

—No es un número tan importante —replicó Kevin—. Hay otros números mucho más interesantes.

—Los tres seises representan el símbolo secreto de los antiguos misterios paganos, supongo que lo sabes. En el alfabeto griego está representado por una ese, lo que convierte seis seis seis en ese ese ese, que es el símbolo de la diosa Isis.

—En mi opinión no es tan interesante como el número cincuenta y dos —replicó Kevin, todavía mirando vagamente por la ventana —. Eso sí que es un número.

—Pensaba que el cuarenta y dos significaba la vida —murmuró secamente Matt.

—¿Te refieres a la Guía del autoestopista galáctico? —Sonreí—. ¿A la búsqueda de la cuestión última?

Matt asintió, pero Abbey no iba a permitir que dejaran de lado su tesis por los caprichos de un programa de televisión.

—Seis seis seis está relacionado con la regla áurea —contraatacó Abbey, enfadada, como si Matt no hubiera hablado—. No puedes encontrar nada más importante que la sucesión de Fibonacci, por el amor de Dios. La regla áurea o fi es la ecuación que forma los cimientos del universo.

—Todos hemos leído el Código da Vinci, tesoro. Pero eso no significa que tengamos que grabarnos una relación menor de fi en la piel —señaló Kevin.

—No me llames «tesoro» —chilló Abbey, echándose hacia delante y apretándose el cinturón mientras trataba de señalar su tesis—. ¿Qué demonios saben un par de chiflados? Probablemente vosotros dos os llevasteis a Kaela.

—Deberías ver mi web —replicó Kevin—. Entonces oirías todas las teorías sobre dónde ha estado Kaela en los últimos seis años y medio.

—Supongo que es como ese sitio raro al que me conecté de alguien llamado Perro Espacial —soltó Abbey.

—Exacto, cielo.

—No me abdujeron los alienígenas —protesté, pero mis palabras se perdieron entre los dos combatientes.

—¿Con qué frecuencia te has conectado a ese sitio? —preguntó Kevin.

—Unas cuantas veces, supongo. He de hacer algo para no volverme loca.

Kevin se volvió en su asiento y le sonrió.

—Perro Espacial te saluda.

—¿Qué?

—Yo soy Perro Espacial. Yo dirijo la web.

—¿Estás de broma?

—No te engaño, tesoro. Y para tu información, yo tampoco creo que la abdujeran los extraterrestres, pero eso salvó a Matt de la investigación hace seis años y aporta dinero. Vendemos camisetas, capuchas y brazaletes de Perro Espacial y toda clase de objetos de la teoría de la abducción.

—Mierda, yo tengo un colgante de Perro Espacial en casa. —Abbey se quedó en silencio y Kevin devolvió su mirada al parabrisas cuando pasamos Chessington y nos dirigimos hacia la A3.

Me ocupé mirando la espalda de Matt, deseando poder estirarme y tocarle.

—¿Qué es tan especial del número cincuenta y dos de todos modos? —dijo Abbey de repente, volviendo a arrojar el guante—. O sea, sé que es el número de semanas de un año solar y el número de naipes y el número de teclas blancas de un piano...

—Podría contarte un centenar de cosas interesantes sobre el número cincuenta y dos, empezando por la sucesión de Fibonacci que tanto te interesa.

—Adelante pues, Perro Espacial. Sorpréndeme, listillo.

—Cincuenta y dos es la suma de los números del cuatro al nueve de la sucesión de Fibonacci. Y en los Versos áureos de Pitágoras el verso cincuenta y dos dice: «También deberías saber que según la ley, la naturaleza de este universo está en todas las cosas por igual.»

Abbey hizo un ruido de ronquido, pero Kevin continuó:

—El cincuenta y dos es también el número atómico del telurio, el calendario maya recorre un ciclo completo cada cincuenta y dos años, la rosa Morden Blush y el loto Yin Hehuan tienen cada uno cincuenta y dos pétalos... —Respiró antes de continuar—. En

simbolismo, como obviamente te gustan esa clase de cosas, el cincuenta y dos significa ser capaz, decidido y un amante de las montañas, lo cual es interesante porque el capítulo cincuenta y dos del Corán se titula «La montaña», deberías leerlo, es muy esclarecedor.

Abbey se quedó en silencio a mi lado y supe que estaba escuchando.

—Y esto te gustaría: el número cincuenta y dos no sólo es el número de capítulos del libro de Jeremías en el Antiguo Testamento, sino que también es el número del conjunto de textos religiosos y políticos hallados escondidos en una jarra de barro entre los que estaban el evangelio de Tomás y los dichos secretos de Jesús.

—Todas esas cosas son historia antigua —señaló Abbey, retorciéndose en el asiento a mi lado—. Los números seis seis seis todavía son relevantes hoy. Supongo que sabes que el ordenador central que enlaza todos los ordenadores nacionales está alojado en Bruselas y es tan enorme que lo apodan la Bestia. Tiene un procesador de seis núcleos con sesenta bytes por palabra y seis bits por carácter; eso es seis, sesenta, seis.

—Si te hubieras molestado en leer la Biblia antes de decidir saltar en algún viaje satánico desinformado, te habrías ahorrado la indignidad de ir por ahí con esa porquería grabada en tu brazo durante el resto de tu vida. Apuesto a que no sabías que la palabra cincuenta y dos de la versión del Rey Jacobo del Antiguo Testamento es... Dios.

Yo escuchaba a medias a los dos, cansándome del duelo numérico mientras observaba a Matt navegando entre el tráfico, pero entonces Abbey, alzándose renovada en el duelo, anunció:

—Supongo que te has dado cuenta de que Kaela desapareció el catorce de abril de dos mil dos y apareció el veinte de octubre de dos mil ocho.

Kevin estaba asintiendo.

—Sí, por supuesto, ¿y qué?

—Eso son seis años, seis meses y seis días —anunció Abbey triunfante—. La desaparición de Kaela obviamente tiene algo de siniestro, porque ése es el número de la bestia: seis seis seis. Supera eso, listillo.

Capítulo 21

El señor Archibald Brent, de Armstrong y Brent Abogados, tuvo a bien concederme quince minutos de su precioso tiempo, de modo que Matt y yo dejamos a Kevin y a Abbey en el coche, todavía discutiendo sobre simbolismos numéricos, y subimos el corto tramo de escaleras que conducía a su oficina.

Después de las presentaciones de rigor, el hombre de mediana edad con el pelo peinado hacia delante para cubrir su calvicie nos indicó dos sillas de respaldo rígido, y él ocupó su cómodo sillón giratorio al otro lado de un escritorio repleto.

—Entonces, ¿lo que está preguntando es si sus padres dejaron en mi posesión algunos documentos legales que le pertenecen?

Asentí mientras mis ojos vagaban por la oficina desordenada, fijándome en una fila de estanterías antiguas en la pared del fondo y un ordenador medio oculto entre pilas de papeles en un estante largo.

—Mi novio, con el que estaba viviendo entonces, dice que envió todas mis cosas a mis padres. Con la muerte de mi padre...

Respiré hondo y traté de no pensar en la realidad de que no volvería a ver a papá. Era algo que había estado intentando bloquear desde que había conocido la noticia. En el ámbito práctico, necesitaba tratar con las consecuencias del hecho de que había muerto, pero en el ámbito emocional simplemente me resistía a creerlo.

—Y con mi madre en el psiquiátrico, he de saber dónde están mi partida de nacimiento, pasaporte y carné de conducir. Y he de saber si todavía tengo una cuenta bancaria que funcione.

—El problema que tenemos... —el señor Brent se inclinó hacia delante y me miró con seriedad desde debajo de sus pobladas cejas — es que para que yo pueda tratar con usted de este asunto, hemos

de probar su identidad. Cualquiera podría entrar por esa puerta y reclamar ser el pariente perdido hace mucho de uno de nuestros clientes. —Arrugó la nariz con desagrado—. No quiero ser rudo, querida, pero usted podría ser cualquier persona.

Sentí que mis hombros se hundían.

—No me diga que quiere ver una partida de nacimiento, pasaporte o carné de conducir.

El abogado asintió y sentí que Matt se erizaba a mi lado.

—Si tiene cualquiera de esos documentos podrá ver en la fotografía del pasaporte que ella es quien dice ser —insistió Matt—. Seguramente para eso ponen fotos en esos documentos.

—Cualquiera de complexión y forma de cara similares podría maquillarse para parecer quien no es. Tenemos con nuestros clientes el deber de proteger sus pertenencias. Si tomáramos su palabra de que esta joven es la hija perdida hace mucho tiempo de Leonard y Susan Anderson y resultara que no es esa persona, no hablaría bien de nuestra competencia como empresa, ¿no cree?

—La policía ha aceptado que soy Michaela Anderson. —Traté de reconciliar a ese hombre pedante y obstruccionista con la persona que había encontrado un lugar en el psiquiátrico para mi madre y que supervisaba su futuro con tanto cuidado—. Y Matt aquí presente ha confirmado que soy quien soy, así que ¿por qué no acepta su palabra al respecto?

Se recostó en la silla y me miró reflexivamente.

—Creo que el señor Treguier fue sospechoso de su secuestro para la policía. Por lo que sé, tiene una segunda intención para confirmar su identidad.

Suspiré al darme cuenta de que, por alguna razón, el abogado no iba a ponérmelo fácil. Contemplé traer a Kevin o Abigail para que me identificaran, pero Kevin también había sido sospechoso de estar involucrado en mi desaparición y probablemente al abogado le bastaría con echar una mirada a Abbey para confirmar sus sospechas de que éramos un grupo de chalados.

—¿Por qué no llama a la detective Smith y se lo pregunta?

—Podría hacerlo, de hecho es una idea espléndida. Si le pide una cita a mi secretaria, trataré de volver a verla la semana que viene.

—¿La semana que viene? ¿Cómo se supone que voy a sobrevivir

hasta entonces? Sin medios para identificarme ni acceso a mi cuenta bancaria no tengo forma de sobrevivir sin confiar en la caridad de mis amigos.

Los ojos del abogado se entrecerraron, dándome un breve atisbo del funcionamiento de la mente de aquel hombre debajo de la fachada profesional.

—Tiene suerte de tener esos amigos, joven. Conocía al padre de la señorita Anderson por negocios y era colega mío. Tuve que estar a su lado y observé el tormento que vivió por la desaparición de su hija. Se convirtió en una mera sombra del hombre atractivo que había conocido en el mundo bancario, en un hombre desesperado y sumido en un profundo dolor emocional. La noticia de su muerte, aunque fue un shock, también fue en cierto modo una bendición. Espero y rezo por que sea usted una impostora, porque la alternativa, que eligió permanecer escondida mientras él sufría tanto, sería muy difícil de soportar.

Quizá los tres seises de Abbey tenían algún significado al fin y al cabo, pensé, quizá yo era alguna clase de monstruo. La sangre, que se me había subido a la cabeza en respuesta a sus palabras hirientes, se retiró igual de deprisa. Por si hubiera poco con haber perdido seis años de mi vida, mi supuesta desaparición era causa directa de la muerte de mi padre, del declive de mi madre, de la soledad de Calum, de las inseguridades de Abigail y de la persecución de Matt. El zumbido en mi cabeza que había empezado dos días antes en el aeródromo desierto iba in crescendo. Una ola color sepia pareció arrasarme y caí de bruces a un profundo pozo de olor húmedo. Y sólo vi negrura y desesperación.

Me sacudí y encontré a Matt inclinado sobre mí. Alguien me puso un vaso de agua en la mano y yo lo cogí, tratando de recordar dónde estaba.

—¿Puedes aguantarte en pie?

Asentí y permití a Matt que me ayudara a incorporarme. Me quedé allí de pie, balanceándome peligrosamente. Estaba en la antesala de la oficina del abogado, pero al señor Brent no se lo veía por ninguna parte. Su secretaria, una mujer pequeña de cincuenta y tantos años y aspecto ratonil, vaciló un momento con inquietud, pero enseguida me cogió el vaso de agua mientras Matt me dirigía a una silla. Respiré hondo varias veces y traté de calmar los latidos de

mi corazón.

—He de pedir una cita para la semana que viene —susurré, al recuperar la memoria—, lo antes posible.

La secretaria volvió a su escritorio, donde pasó páginas en su diario antes de levantar la cabeza.

—¿Le irá bien el lunes a las once y media?

Asentí y, después de unas cuantas respiraciones profundas, me levanté. Bajamos por la empinada escalera hasta el nivel de calle, con Matt agarrándome por la cintura, y en cuanto estuvimos fuera tragué agradecida el aire frío y me apoyé un momento en él mientras recuperaba la compostura.

—Lo siento mucho. —Le dediqué una sonrisa de disculpa, pensando en que casi me había derrumbado en su casa la noche que me había recogido en el bar—. No tiendo a desmayarme, la verdad. Siempre pensaba que las mujeres que se desvanecían al primer signo de problemas eran criaturas patéticamente débiles.

Me dio un apretón de calma.

—Has pasado por mucho en los últimos dos días, creo que se te puede disculpar un poco de debilidad.

—No has de cargar conmigo —ofrecí débilmente—. Todavía puedo ir a la casa de acogida unos días hasta que el señor Brent esté satisfecho sobre mi identidad. Una vez que tenga algún medio de identificación puedo ocuparme de mí misma.

—Ni hablar de ir a la casa de acogida. —Habíamos empezado a caminar hacia el coche, con su mano dándome apoyo bajo el brazo —. Te he esperado más de seis años, Michaela, y no voy a dejar que te escurras tan fácilmente.

El coche estaba aparcado donde lo habíamos dejado y, sorprendentemente, Kevin y Abbey estaban sentados juntos en la parte de atrás, con las cabezas inclinadas en ademán de concentración sobre algo situado en el asiento entre ellos. Habíamos estado fuera casi una hora en total y medio esperaba encontrarlos tirándose el uno a por la garganta del otro. Kevin levantó la mirada cuando Matt abrió la puerta del pasajero y estaba sonriendo.

—¿Ya habéis vuelto?

—Nuestro amigo el señor Brent no era demasiado colaborador —dijo Matt al colocarse en el asiento del conductor—. No aceptará la palabra de Michaela (ni la mía para el caso) sobre quién es.

—Me está castigando. —Incliné la cabeza contra el respaldo y cerré los ojos—. Tenía relaciones laborales con mi padre. Me considera responsable de la muerte de papá y no puedo decir que lo culpe, dadas las circunstancias.

—Bueno, según estas cartas de Abbey, hay muchas más dificultades por venir —anunció Kevin, casi con regocijo—. Te esperan juicios y tribulaciones que mantendrán a los fans de mi web muertos de curiosidad durante semanas.

Abrí los ojos y miré a la parte de atrás, donde había un conjunto de cartas distribuidas en forma de cruz en el asiento de piel. Reconocí inmediatamente que se trataba de cartas del tarot y mi mente volvió al cocinero de la residencia psiquiátrica de mi madre. «Puedes leerme las cartas gratis...»

—¿No me digas que crees en eso? —solté con un gruñido.

—Es bastante fascinante —me dijo Kevin con una sonrisa—. Abbs desde luego tiene talento con las cartas.

—Es una tontería —protesté, mirando con desagrado las cartas que había en el asiento entre ellos—. E incluso suponiendo por un momento que las cartas predijeran el futuro, seguro que estaríamos mejor sin conocer lo que nos depara. Yo al menos no quiero saberlo.

Matt estiró una mano y la apoyó suavemente en mi rodilla.

—Una vez me leyeron las cartas en una feria, sólo en plan de broma, y la cartomante me dijo que iba a encontrar a la mujer de mis sueños; que la perdería, pero que todo lo que tenía que hacer era esperar con paciencia y ella volvería conmigo un día. En su momento pensé que era una tontería.

—Creo que la gente que va a que le lean las cartas está predispuesta a la sugestión y simplemente interpreta lo que les ocurre en términos de lo que se predijo.

Me volví en mi asiento, pero no antes de ver la expresión de los ojos de Abbey. Estaba segura de que no estaba simplemente ofendida por mi desdén de sus habilidades leyendo el tarot; no se le había pasado por alto el significado de las palabras de Matt ni la familiaridad al tocarme. Aparté mi pierna de él, en parte para calmar a Abbey y en parte porque estaba decepcionada no sólo por el hecho de que Matt hubiera pedido que le leyeran las cartas, sino porque había confiado en lo que le habían dicho.

—¿Podemos irnos de aquí?

Matt suspiró y puso en marcha el motor.

—¿Adónde?

—Deberíamos ir a casa —anunció Abbey con voz tensa—. Según las cartas vas a volver con papá de todos modos, así que será mejor que te acostumbres.

—No voy a dejar que un mazo de naipes dicte la dirección de mi vida. —Miré deliberadamente por la ventana mientras Matt vacilaba con el coche en punto muerto.

Se instaló un extraño silencio entre nosotros al tiempo que Abbey murmuraba entre dientes algo ininteligible, recogía las cartas y las volvía a guardar en el paquete. Kevin puso los ojos en blanco y miró al techo como si se preguntara en silencio por los caprichos de las mujeres, pero por una vez se quedó callado. Consideré las opciones de que disponía, lamentando que las cosas no pudieran volver a ser como antes del condenado salto. Una casa de acogida para mujeres, el psiquiátrico de mi madre, la pequeña Abbey jugando con cartas de tarot, el rechazo de Calum, el desconcertante Kevin, los sentimientos por Matt que tenía que ocultar a Abbey, por no mencionar la desaparición de seis años y mi falta de identidad contrastada, eran problemas que se disputaban la precedencia. Y de repente, como si el aluvión de terror y desilusión hubiera llegado a un punto crítico, el dique reventó. La presión que había ido incrementándose detrás de mis ojos se alivió y todo me pareció terrible, agotadoramente cómico.

Hice un ruido de resoplido al tratar de suprimir una expresión de alborozo, pero era demasiado tarde; la risa salió a borbotones de mi garganta. Riendo tontamente, hurgué en el bolsillo de la cazadora en busca de un pañuelo con el que taparme la boca. Matt me estaba sonriendo con nerviosismo, pero tanto Abbey como Kevin se quedaron en silencio, aparentemente desconcertados por mi repentino cambio de humor.

—Oh, lo siento. —Estaba tratando de coger aire, casi incapaz de hablar, todavía buscando un pañuelo—. Es que es todo tan terrible... y tan... divertido.

Al buscar a tientas el pañuelo, mi mano encontró un papel. Pese a las lágrimas que nublaban mis ojos, distinguí un nombre y una dirección, y yo, que nunca había confiado en presagios ni en premoniciones de ningún tipo, me encontré con una respuesta a la

pregunta de Matt escrita en la caligrafía angular de Kevin. Ingrid.

Secándome los ojos con el dorso de la mano, me incliné y giré el cuello para ver a los otros dos a través de una neblina de lágrimas.

—¿A alguien le apetece un viaje a Brighton?

Capítulo 22

Al final tardamos más de dos horas en llegar a Brighton y cuando Matt metió el coche en un aparcamiento de varios pisos eran casi las tres de la tarde. Después de haber comprado varios sándwiches en la estación de servicio, estábamos preparados para buscar inmediatamente el piso de Ingrid, aunque me preocupaba que Abbey no llamara a su padre para que supiera que estaba a salvo y llegaría tarde a casa.

—¿A qué hora cree que termina tu horario escolar? —pregunté cuando Matt cerró el coche y se dirigió por una calle lateral entre edificios altos y grises.

Abbey se rodeó el cuerpo con los brazos y tembló.

—No le importa a qué hora vuelvo —dijo entre dientes.

Sentí una preocupación maternal por el hecho de que Abbey hubiera salido de casa sin abrigo.

—Estoy segura de que se preocupa por ti más de lo que crees. Si quieres quedarte con nosotros, preferiría que lo llamaras.

—Toma. —Kevin se quitó la cazadora y la echó sobre los hombros desnudos de Abbey al tiempo que ella buscaba el móvil en su bolso—. Hace frío aquí.

Abbey llamó a Calum y le dijo que se iría con una amiga después de la escuela y que no se preocupara si llegaba tarde a casa. Yo le dediqué una sonrisa de aprobación al cruzar la calle y empezar a caminar en paralelo a la costa, con las cabezas inclinadas contra el viento. Inhalé el aire marino, probando su gusto salado en mis labios y me maravillé de cómo las olas marrones rompían constante y rítmicamente en la playa de guijarros que quedaba a nuestros pies.

El viento fue amainando a medida que nos alejábamos de la costa y al pasarme los dedos por el cabello lo noté pegajoso por la

sal. Abigail todavía tenía la piel azulada por el frío, pese a que llevaba la chaqueta de Kevin subida hasta la barbilla. Sus tobillos blancos asomaban de las mallas, tenía los pies metidos en unos zapatos planos y la falda corta resultaba completamente invisible bajo la chaqueta. Matt había estado caminando con la cabeza baja y las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta, y sólo Kevin, con su cabello pelirrojo corto e hirsuto y vestido con una camiseta ancha con el nombre de un grupo de música del que no había oído hablar, parecía relativamente a salvo del viento y tranquilo.

—Regent Gardens —leí en voz alta—. Creo que hemos de seguir un poco más en esta dirección.

Después de preguntar dos veces por la calle nos encontramos al pie de una escalinata de piedra que conducía a una larga fila de casas de terrazo estilo Regencia. La puerta delantera pintada de negro estaba descolorida y astillada y la hilera de timbres ya había perdido hacía tiempo las etiquetas con los nombres.

—Piso ocho, número veinticuatro, Regent Gardens —entoné—. Éste es.

Subimos los escalones y Matt pulsó el timbre. Después de una breve pausa sonó un zumbido y nos dejaron entrar en un pasillo oscuro. Aunque no era un día particularmente luminoso, nos quedamos pestañeando en el oscuro pasillo, fijándonos en lo gastada que estaba la moqueta del escalón y el pasillo; el papel pintado que había sido elegante se veía pelado y punteado con pintadas.

Había cuatro puertas que partían de la planta baja, marcadas con los números del uno al cuatro, así que enfilé las escaleras al primer piso.

Matt vaciló.

—Creo que deberíamos esperarte aquí, a tu amiga no le va a gustar que la inundemos todos a la vez. —Se sentó en el tercer escalón y buscó su móvil en el bolsillo—. De todos modos he de hacer unas llamadas.

Abbey se acomodó en el escalón de más abajo, pero Kevin sonrió con malicia y los rodeó.

—A mí por lo menos me gustaría volver a ver a la encantadora Ingrid.

—Vamos, pues. —Puse los ojos en blanco mientras él subía por

delante de mí.

Cuando encontramos el número ocho, Kevin dio un paso atrás y yo miré la puerta pintada de gris antes de pulsar el timbre.

Pasaron unos segundos, mientras alguien escrutaba a través de la mirilla, luego la puerta se abrió todo lo que permitía la cadena de seguridad.

—¿Ingrid?

—¿Quién la llama?

—Soy yo, Michaela. He vuelto, y tengo que hablar contigo.

—No seas ridícula, Michaela está muerta. ¿Quién eres?

—Soy yo de verdad, Ing. —Pasé el peso del cuerpo de un pie a otro, esperando que no me diera con la puerta en las narices—. ¿Vas a dejarme pasar?

Hubo una larga pausa y entonces retiraron la cadena de seguridad y la puerta se abrió para revelar a una mujer delgada de treinta y tantos, con un pelo grasiento y decolorado en rubio que mostraba raíces de color castaño desvaído en el centro. No llevaba maquillaje y tenía un aspecto gris y demacrado, con profundas arrugas en torno a los ojos y la boca. Llevaba una minifalda tejana con una camiseta de cuello bajo que mostraba un profundo escote. En cuanto me vio, se quedó con la boca abierta y se llevó una mano a la garganta como para protegerse del shock.

—Dios mío, eres tú.

—¿Puedo pasar?

Miró a mi espalda, donde Kevin permanecía en las sombras, y su expresión se puso alerta. Vi que estaba indecisa, librando alguna clase de batalla interior, pero de pronto bajó un poco los hombros e hizo un minúsculo movimiento de cabeza.

—Sólo tú, él que se largue —dijo con rudeza.

Me volví excusándome hacia Kevin.

—¿Te importa? ¿Nos vemos todos en el coche después?

—Vale. —Kevin sonó decepcionado—. Supongo que podemos ir a tomarnos una taza de té en el café de enfrente. —Empezó a volverse, pero enseguida se detuvo y me pasó su móvil—. El número de Matt está en la agenda, llámanos cuando estés lista, ¿vale?

—Gracias.

Vi que Kevin se volvía hacia las escaleras y seguí a Ingrid al

interior del piso. Ella cerró de un portazo detrás de mí y volvió a pasar la cadena de seguridad.

—Las precauciones nunca están de más —comentó al volverse para mirarme—. Dios, no has envejecido nada. ¿Cómo lo has hecho? ¿Dónde demonios has estado? Todos te dábamos por muerta.

Estábamos de pie en un cuarto desvencijado y escasamente amueblado. Ingrid pasó a mi lado, calzada con un par de zapatillas mullidas rosas que abofetearon la moqueta vieja al ir a recoger un par de revistas hechas jirones de un sofá manchado. La casa de Calum me había parecido muy desatendida, pero lo que tenía delante era algo completamente distinto. Mientras que la casa de Calum podía adecentarse aireándola bien y con una buen limpieza, el piso de Ingrid era húmedo, con la pintura y el papel decorativo desconchados. Las paredes de techo alto estilo Regencia estaban impregnadas de olor a moho y descomposición.

Ingrid se dejó caer en el sofá y destapó una botella de vodka.

—¿Bebes?

—Yo no, gracias, Ing. —Miré a mi alrededor en busca de un sitio donde sentarme, pero no había otros muebles en la sala, así que me senté en el sofá a su lado—. ¿Por qué te has mudado? ¿Qué te ha ocurrido? ¿Has conseguido otro empleo?

Sus ojos destellaron y asintió abruptamente, con la botella en el aire.

—Se podría decir que me trajeron aquí circunstancias que escapan a mi control, y sí, trabajo. ¿Y tú? No puedes limitarte a aparecer aquí sin ninguna explicación. ¿Qué demonios te ha pasado? —Se sirvió una medida de vodka en un vaso que parecía encajado en un lado del sofá y echó un trago.

Barajé por un momento la idea de inventar algo, pero descubrí que no podía mentirle. Ingrid había sido mi mejor amiga desde que nos conocimos en Wayfarers unos años atrás; al menos unos años desde mi perspectiva, y habíamos compartido las horas del almuerzo y salidas nocturnas sólo para chicas en las que habíamos hablado de todo, desde lo último en moda a lo último en hombres. Recordé sobresaltada que, cuando yo tenía en mente un ascenso y progresar en la empresa, el único objetivo de Ingrid era encontrar al hombre ideal y sentar cabeza. La persecución de ese objetivo había

implicado quedar con todos los hombres disponibles en la empresa y eso le había labrado una reputación no muy buena.

Respiré hondo y me lancé de cabeza.

—La cuestión es... que no he estado en ninguna parte, Ing. Por lo que a mí respecta el salto en paracaídas fue anteayer. Me siento como si te hubiera visto el otro día.

Ella me miró, escrutando mi rostro como si buscara una pista de algo en mi expresión.

—Estás diciendo tonterías. ¿Has tomado algo?

Negué con la cabeza.

—No. No sé lo que me ha pasado. Al principio pensé que era una broma de alguna clase, un truco, pero entonces me di cuenta de que nadie podía hacer que las estaciones cambiaran o que la gente que conozco hubiera envejecido. La policía piensa que me secuestraron y me retuvieron contra mi voluntad y que tengo algún tipo de bloqueo de memoria. —Sonreí a modo de disculpa—. Kevin piensa que me secuestraron los extraterrestres.

Ingrid resopló.

—Ya me había parecido que era él el del pasillo; siempre fue un imbécil.

El comentario burlón debería haber sonado ofensivo, pero Ingrid siempre había sido de las que juzgaban a primera vista y le gustaba rebajar a la gente con su humor lacónico.

Si no hubiera conocido sus circunstancias y cómo había sido su infancia podría haberme caído mal, como caía mal a muchas de sus colegas de sexo femenino. Pero Ingrid había bebido demasiado una tarde y me había confiado los detalles de una infancia deprimente. Demasiado guapa para su desgracia, uno de los novios de su madre había abusado de ella, y después otro. E incluso una vez que la llevaron a los servicios sociales, un miembro del personal se había aprovechado de su vulnerabilidad para violarla sistemáticamente.

Anonadada, y sintiéndome culpable porque mi propia infancia había sido idílica en comparación, me había propuesto entablar amistad con ella. Y la Ingrid a la que había conocido y querido podía ser indignantemente divertida cuando estaba de humor.

Sin embargo, la expresión de Ingrid era seria en ese momento, con la cabeza inclinada mientras me miraba.

—¿De verdad no te acuerdas de dónde has estado?

Negué con la cabeza, lamentando no tener ningún secreto que confiarle.

—¿Es posible que te secuestraran? No sé, ¿tendrás alguna idea de lo que podría haberte pasado?

—La verdad es que no. Los últimos seis años y medio son un vacío completo.

Hubo una chispa de interés en sus ojos; se había sobrepuesto a la sospecha y la desolación que habían estado allí un momento antes.

—¿Estás segura de que Kevin no estuvo implicado de ninguna manera? Siempre me pareció un listillo, si quieres saber mi opinión. Y es raro con las mujeres.

Recordé mi temor inicial de que Matt y Kevin hubieran estado involucrados en mi desaparición, pero lo deseché.

—Creo que es bastante inofensivo. No sabe cómo comportarse con el sexo opuesto a menos que pueda discutir de ordenadores o sobre alguna de esas extrañas teorías suyas. —Pensé en la discusión numérica con la que él y Abigail se habían regalado y decidí que era un buen ejemplo.

—Hummm. —No sonó convencida.

Nos quedamos sentadas en silencio unos segundos mientras ella echaba un trago y miraba a su alrededor en la habitación.

—¿Por qué te fuiste de Wayfarers? —pregunté al fin—. Parecías muy feliz allí.

Ingrid dio un profundo suspiro de corazón.

—Nada fue igual desde que desapareciste. Nos interrogó la policía y luego la prensa se aferró a tu evaporación repentina y nos hizo la vida imposible. No podía salir a la calle sin que me dispararan flashes en la cara. —Dio otro trago a su bebida—. Después de un par de años o así, todo pareció torcerse en mi vida al mismo tiempo. Tuve que dejar el empleo y no podía permitirme pagar el alquiler. No podía recurrir a nadie que me apoyara, así que me trasladé aquí para empezar de nuevo.

Miré las cortinas hechas jirones que colgaban de la ventana que daba a la calle y la basura que se apilaba en los rincones de la habitación. Ni siquiera se veía una televisión o un teléfono a la vista.

—¿Cómo vives?

—Voy tirando.

Volvimos a caer en un silencio incómodo. No quería dejarla, pero no estaba segura de si ella deseaba que me quedara. Después de todo, parecía que sin ser consciente de ello era culpa mía que Ingrid se hallara en aquellas circunstancias. El sentimiento demasiado familiar de culpa me inundó otra vez. Yo no había pedido que ocurriera lo que fuera que había ocurrido, pero aun así, los cambios radicales en las circunstancias de mi familia y amigos estaban de algún modo relacionados conmigo. Sentí que se me humedecían las manos y se me quedó la boca seca.

—¿Puedes darme un vaso de agua?

—Sírvete tú misma. —Hizo una señal hacia una de las dos puertas que teníamos a la derecha.

Me levanté y fui a la pequeña cocina, tratando de no estremecerme por la visión de platos sin lavar apilados en la fregadero y la suciedad general de los armarios y las superficies de trabajo. Había una jarra de plástico en un lado que parecía contener grosellas negras y un cazo en el hornillo que aún conservaba los restos de espaguetis secos. En un rincón de la cocina había varias mantas y un edredón que alguien había dejado allí apilados; daba la impresión de que alguien había acampado en el suelo.

Cogí un vaso medio limpio de una alacena y me serví un poco de agua. Estaba a punto de volver a la sala cuando la curiosidad me detuvo y miré más de cerca el montón de ropa de cama sucia. Había un par de zapatillas pequeñas viejas que sobresalían de una de las esquinas de la manta. Me agaché para recogerlas, desconcertada. Al hacerlo, oí un movimiento detrás de mí y vi a Ingrid enmarcada en el umbral de la cocina.

—Eres una cotilla, ¿eh? —dijo con frialdad.

Me volví a mirarla, irguiéndome de nuevo, pero Ingrid no estaba sola. Unos pasos por detrás de ella había un niño pequeño con la cara pálida y el pelo castaño claro despeinado. Tenía pinta de necesitar un buen baño, pero era un niño guapo. Me miró con suspicacia a través de unos ansiosos ojos azules. Había visto esos ojos antes; eran los ojos de Ingrid.

—Caray, Ing... —Traté de sobreponerme a la idea de que, a pesar de que la había visto sólo dos días antes, estaba con un niño con aspecto de tener cuatro o cinco años—. ¿Es tuyo?

Ella asintió abruptamente.

—Por supuesto que es mío. Es Tristan Matthew Peters, mi hijo.

Capítulo 23

Miré al niño, que tenía una mano en torno a la pierna de su madre, mientras con la otra se agarraba a una manta sucia y deshilachada.

—Y antes de que me lo preguntes, no estoy casada —anunció Ingrid, con el mismo tono defensivo—. Su padre ya no está por aquí.

De repente, una de las luchas de mi amiga quedó clara. Ese niño era probablemente la razón por la que Ingrid se había visto obligada a dejar su trabajo en la compañía de seguros.

El niño me estaba mirando con aspecto cansado y yo le sonreí con timidez. El crío bajó la mirada de inmediato, se agarró a la pierna de su madre y se escondió detrás de ella. Ingrid se impacientó y apartó la mano de su hijo antes de volver al salón y dejarse caer en el sofá. El niño la siguió y se quedó de pie a su lado.

Al acercarme, él retrocedió, asegurándose de que el sofá quedaba entre nosotros.

Ingrid le dio un manotazo no demasiado suave.

—No seas tonto, Tristan. Saluda a Kaela.

Tristan logró hacer un ruido que tomé por un saludo y yo me agaché para colocarme a su altura.

—Hola, Tristan. Soy Kaela. Soy amiga de tu mamá.

—Hace mucho tiempo, tal vez —me corrigió Ingrid, seca—. Tanto si te secuestraron como si no, no has sido una gran amiga en los últimos seis años. —Cogió la botella de vodka del suelo y se sirvió otro generoso trago—. ¿Dónde estabas cuando te necesitaba?

—Lo siento, Ingrid. No puedo hacer otra cosa que decir lo mucho que lo siento. ¿Hay algo que pueda hacer por ti ahora? ¿Quieres alguna cosa?

Recordé mis propias circunstancias y me pregunté qué podría

hacer por ella. No tenía dinero ni ropa ni un lugar en el que estar.

—No puedes resucitar nuestra amistad después de lo que ha pasado; no es posible. —Inclinó la cabeza para mirarme—. Cuando estaba a punto de dar a luz a Tris recé por que aparecieras y me sostuvieras la mano o me frotaras la espalda dolorida. Era la única madre de la sala que no tuvo visitas, ni tarjetas de felicitación, ni parientes que trajeran un ramo de flores. —Hizo una pausa y vi que se le humedecían ligeramente los ojos—. ¿Te acuerdas de la vez que Greg me plantó en la oficina? Pensaba que era mi hombre, el amor de mi vida, pero me plantó por esa vaca vieja de finanzas y tú te presentaste con una caja enorme de bombones y una botella de vino y nos pillamos una buena.

Asentí e intenté esbozar una sonrisa de esperanza.

—Podemos volver a ser amigas.

Ella apartó la mirada abruptamente y pugnó por coger la botella de vodka.

—Ahora es demasiado tarde, Kaela. —Echó un trago, sin preocuparse por servírselo en el vaso esta vez, a pesar de que su hijo la estaba observando con atención. Se rio con sarcasmo—. Yo siempre fui la chica mala, claro.

—No fue culpa tuya. Tuviste una infancia horrible, pero eras divertida.

—Tal vez era divertido para ti; para mí era una mierda. —Su cara adoptó una expresión adusta—. A veces te odiaba, ¿lo sabes? La señorita virtuosa, con sus padres respetables y una casa cómoda de clase media. Lista, organizada, guapa... Dios, Kaela, lo tenías todo. ¿Qué es lo que viste en mí?

—Tú eras mi amiga... Eres mi amiga. Estabas ahí para mí, igual que yo lo estaba para ti.

Ingrid negó con la cabeza.

—Yo iba colgada de tus faldones con la esperanza de que un trozo de ti se me pegara. Quería lo que tú tenías y... y me gustaba la forma en que parecías pensar que yo merecía la pena.

—Era recíproco, Ing. Nunca olvidaré mi primer día en Wayfarers. Estaba tratando de ocultar mis nervios cuando fui a la cafetería. Me temblaban tanto las manos que el roll y el zumo se me cayeron de la bandeja. —Le sonreí, tratando de que lo recordara—. Tuve la impresión de que todos me miraban y me sentí una idiota.

Y tú te acercaste y me cogiste la bandeja para que yo pudiera recoger lo que había caído al suelo y limpiar, y luego me invitaste a compartir tu mesa. Fuiste simpática y amable y yo me sentí muy agradecida contigo.

Di un paso hacia ella, pero Ingrid levantó una mano y me lanzó una mirada envenenada.

—Yo nunca fui tu amiga. Es mejor que lo sepas ahora, antes de que trates de recuperar algo que nunca existió.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Sólo estás deprimida y ofendida, pero siempre serás mi amiga, Ingrid.

—No abandonas a una amiga durante seis años sin decirle ni una palabra.

La conversación había descrito un círculo completo y me di cuenta de que no lograría nada allí. Ingrid se sentía sola y amargada y estaba bastante borracha: no parecía haber nada que pudiera decir para consolarla.

—Mira, será mejor que me vaya. Matt, Kevin y Abbey están esperándome.

Levantó la cabeza de golpe y entrecerró los ojos.

—¿Matt? ¿No querrás decir Matt Treguier?

Asentí.

—Después de encontrarme vagando por el aeródromo desierto, lo llamé. Él vino a recogerme.

—Oh, apuesto a que lo hizo. Siempre estaba hablando de ti: Michaela esto, la maldita Michaela lo otro...

—¿Volviste a verlo? ¿Después de mi desaparición? —la interrumpí.

Ella negó con la cabeza, como si se preguntara cómo podía ser tan estúpida.

—Por supuesto que lo vi. Nos juntaron a todos: a Graham, a Kevin, a Matt y a mí. Pasamos un infierno. Éramos las únicas personas que comprendían lo que fue perderte así y al mismo tiempo que nos consideraran sospechosos de tener algo que ver con tu desaparición. Eso nos unió.

Pensé en su abrupto rechazo de Kevin y me pregunté si su recuerdo de ese tiempo era muy diferente al de ellos.

Sus ojos se desviaron un momento hacia su hijo y luego se

asentaron en mi cara.

—¿Y has dicho Abbey? ¿Has vuelto con Calum, pues?

—No. Abbey quiere que vuelva, pero no creo que Calum me quiera después de tanto tiempo.

Ingrid bebió lo que quedaba de la botella y la dejó a su lado en el sofá. Miró al espacio vacío y por un momento pensé que se había olvidado de mi existencia. Tristan se levantó en silencio. Sus ojos pasearon de su madre a mí como si la hubiera visto así muchas veces antes y estuviera esperando un resultado inevitable. Y entonces Ingrid me dedicó una sonrisa amarga.

—Sólo recuerda una cosa: un consejo de tu vieja amiga... —Le entró hipo y se tapó la boca con el dorso de la mano, antes de estirar un dedo índice y agitarlo en mi dirección—. Todos los hombres, Kaela, y me refiero a todos los hombres... son unos desgraciados.

Matt, Kevin y Abbey estaban sentados en un café del paseo cuando finalmente los localicé. Abbey estaba envuelta con fuerza en la chaqueta de Kevin, pero una fuerte brisa marina hacía que el cabello se le volara a la cara, y parecía tener la piel azulada de frío. Sus manos estaban en torno a una taza de chocolate caliente de poliestireno. Matt y Kevin sostenían sendas cervezas. Matt se levantó de un salto en cuanto me vio y apartó una silla.

—¿Cómo ha ido?

No estaba segura de si estaba imaginando la expresión ansiosa en sus ojos cuando formuló la pregunta. ¿Qué pensaba que me había contado Ingrid? Sus palabras de despedida me inquietaron cuando me senté. Miré a una pareja cercana que se fundía en un abrazo y deseé que mi vida fuera tan simple como eso. ¿Por qué todo tenía que ser tan condenadamente complicado?

—Va por mal camino.

Kevin asintió sabiamente.

—He encontrado a un tipo cuando salía del edificio de Ingrid. Estaba subiendo por la escalera y me ha preguntado si venía de su piso. Cuando le he dicho que a lo mejor, me ha guiñado un ojo y me ha preguntado si era buena.

Lo miré, con los ojos muy abiertos por el asombro.

—¿No querrás decir...? ¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que estaba ocupada en ese momento. Ha dicho

que esperaría.

—Oh, pobre Ingrid. Ha dicho que trabajaba y me pregunté qué haría, pero nunca imaginé...

Recordé la ropa de cama del niño hecha un revoltijo en el rincón de la cocina. Si el piso sólo tenía una habitación y ella trabajaba allí, eso significaba que Tristan dormía en el suelo de la cocina. Cogí la cerveza de Matt y di un trago largo. Cuando me limpié la boca con el dorso de la mano, Matt y Kevin me estaban mirando en silencio.

Abbey levantó la mirada de su taza de chocolate caliente y sonrió.

—¿Qué...? ¿Esa amiga tuya es puta?

La miré horrorizada. Todavía estaba pensando en Abbey como la niña que había sido y la pregunta planteada de un modo tan natural me dejó descolocada. Negué con la cabeza, bastante mareada.

—No lo sé, pero tiene un hijo que mantener y las cosas desde luego son difíciles para ella.

—Aun así, meterse a puta es un poco drástico. O sea, todos esos hombres extraños, ag... —Abbey tragó lo que le quedaba de chocolate y tembló de manera sentida.

Negué con la cabeza. El mundo que había dejado sólo un par de días antes había cambiado de una manera tan radical que me sentí completamente perdida.

No tuve mucho tiempo para revolcarme en la autocompasión, porque Abbey se había levantado de un salto, había arrugado su taza de poliestireno y estaba mirándome de manera acusadora.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿No irás a marcharte con él a su casa? —Lanzó una mirada envenenada a Matt.

—Me parece que no tengo mucha elección.

—Has de venir a casa conmigo. Papá te necesita.

—Oh, Abbey, ya hemos hablado de esto. Te lo he dicho, tu padre dejó claro que nuestra relación había acabado.

Abbey se encaró conmigo. Bajó la cabeza, pero tenía los ojos clavados en los míos.

—¡No eres mejor que la zorra de tu amiga! Te he dicho que papá sólo estaba cansado y enfadado y tú lo estás usando como excusa para huir de nosotros.

—Abbey, eso no es verdad.

Pero hasta en el momento de decirlo me pregunté si no tenía razón. Había querido estar con Matt desde el momento en que había venido al bar. Sabía que el problema era que en el fondo todavía me importaba mucho Calum.

Abbey se aferró a mi momento de duda de inmediato.

—Vuelve conmigo, Kaela —rogó, agarrándome el brazo con sus dedos de uñas violetas—. Por favor.

Matt había dejado la cerveza y estaba escuchando la conversación con intensidad. Quería volverme y abrazarlo, pero el tacto frío de la mano de Abbey y la expresión de súplica en sus ojos estaban debilitando mi resolución.

—¿Y si te digo que al menos hablaré con tu padre? Cuando te dejemos, supongo que podría entrar y así podríamos tener una conversación como es debido. Si te parece, le hablaré del hecho de que en realidad no estás yendo al colegio.

Sentí que Matt se tensaba a mi lado y Kevin murmuró algo que no entendí del todo, pero los ojos de Abbey se habían llenado de esperanza y sabía que había tomado la decisión correcta. Estaba convencida de que Calum confirmaría que nuestra relación había acabado por completo. Abbey vería que había hecho un último esfuerzo por ella y me sentiría en cierto modo absuelta por haber huido de ellos desde el mismo momento de mi regreso.

Pero, al parecer, la vida no iba a ponérmelo fácil.

Capítulo 24

El viaje de regreso a Leatherhead se me hizo eterno, a pesar de que los kilómetros pasaban a toda prisa por la ventanilla. Como si mi extraña situación no fuera ya bastante mala, la profunda aflicción por la muerte de mi padre me mordía las entrañas por más que intentaba en vano aparcarla en la parte de atrás de mi mente. Me agarré al apoyabrazos, respiré hondo varias veces y me di cuenta de que estaba bastante mareada.

Bajé un par de dedos la ventanilla, apoyé la cara contra el cristal y sentí el viento frío del atardecer, tragando aire mientras la diferencia de presión en el coche resonaba en mis tímpanos. Traté de recordar cualquier ocasión a lo largo de los años que pudiera indicar por qué mi supuesta mejor amiga me profesaba semejante odio. ¿Era envidia o nunca la había comprendido? Pensé en lo que me había dicho sobre que tenía una vida familiar estable y eso me condujo a la zona oscura que había tratado de evitar: lo que mi desaparición de seis años había hecho a mis padres.

Traté de recordar lo que había dicho papá el fin de semana anterior, cuando yo me había presentado a charlar y les había contado a él y a mamá el inminente salto en paracaídas. ¿Qué palabras había elegido para nuestra última conversación en este mundo? ¿Por qué no le había dicho que le quería? ¿Le había dicho alguna vez esas palabras? Recordé los fines de semana en que se leía el periódico de principio a fin, repitiendo chismes de algún artículo tonto que luego discutíamos hasta que llegaba mamá para decirnos que no nos tomáramos las cosas tan en serio. Cuando habían invitado a gente a casa había sido el anfitrión perfecto; un buen narrador de anécdotas y un poco seductor. Tenía un aspecto muy saludable. No podía pasar por alto el hecho de que nunca podría volver a hacer esas cosas con él, que nunca volvería a verlo.

Se me escapó un sollozo que traté de convertir en una tos al darme cuenta de que todavía estaba sentada en el asiento de atrás del coche. Abbey, que estaba llamando imbécil a Kevin, hizo una pausa para examinarme detenidamente y torció el gesto.

—¿Estás bien?

Kevin, fiel a su estilo insensible habitual, continuaba hablando de manera deshilvanada.

—Las cartas del tarot son una estupidez, tesoro. Mira el simbolismo de una baraja normal.

—Calla —lo cortó Abbey con brío—. Algo le pasa a Kaela.

—Estoy bien —mentí—. Es sólo que todo ha cambiado mucho desde... la semana pasada. Es difícil de entender.

—No tan difícil como sus malditas cartas del tarot —murmuró Kevin—. Me refiero a...

—Calla, Kevin. —Matt me estaba mirando por el espejo.

Lamenté no haberme sentado delante con él otra vez.

—¿Es porque llamé puta a tu amiga? —preguntó Abbey.

Su voz todavía era de confrontación, pero me di cuenta de que estaba angustiada y me pregunté si pensaba que había cambiado de opinión respecto a ir a hablar con su padre.

—Si lo que tú, Matt y Kevin decís es cierto, entonces debes de sentirte muy rara, si no puedes recordar seis años y eso —concedió.

—Es raro. —Decidí no mencionar a mis padres—. Todos habéis tenido tiempo para acostumbraros a cómo son las cosas ahora. Ha sido un shock ver a Ingrid así. Y Tristan... El pobrecito no parece muy bien cuidado. Parecía muy callado y retraído, Dios sabe lo que ha visto si su madre de verdad es una... —Me fui apagando, sin querer decir las palabras.

—Al menos tiene madre. —Abbey había puesto un mohín en su labio inferior—. Es una mierda crecer sin madre.

La idea me frenó en seco. Abbey tenía diez años y medio cuando yo había desaparecido, pero era aún más pequeña (sólo un par de años mayor que Tristan) cuando había muerto su verdadera madre. No era de extrañar que la niña hubiera estado buscando algo con sus tatuajes y su estilo de vida desafiante.

Me estaba mirando de un modo extraño.

—Te odié la primera vez que mi padre te llevó a casa.

Sentí que se me revolvía el estómago. Era la segunda vez en el

día que alguien a quien quería me decía que me odiaba.

—No me di cuenta —dije tartamudeando.

—No fue culpa tuya, exactamente. Me habría caído mal cualquiera que tratara de ocupar el lugar de mamá.

—Yo nunca quise sustituirla. —Me estiré para tocarla, pero ella se echó atrás todo lo que permitían los confines del asiento. Volví a dejar caer la mano en mi regazo—. Nunca habría podido ocupar su lugar.

Abbey estaba mirando fijamente por la ventana oscura, presentándome una vista de la parte de atrás de su cabello teñido y despeinado.

—Después de que vinieses a vivir con nosotros, me di cuenta de que la estaba olvidando. Ahora ni siquiera recuerdo qué cara tenía mi propia madre, qué desleal, ¿no? Siento que la he decepcionado.

Estaba anonadada.

—¿Tendrás fotos, recuerdos de tu madre?

—¿Recuerdas haber visto alguno en la casa?

Negué con la cabeza, dándome cuenta de que había pensado en ello cuando había telefoneado a Calum desde la comisaría. No se me había ocurrido que ni siquiera había dejado que Abbey conservara nada que perteneciera a su madre.

—No tengo nada —dijo Abbey en voz tan baja que apenas la oí —. Ella no me dejó nada. Fue como si nunca hubiera existido. Siento que nunca me quiso.

—Te dio la vida —susurré, y las palabras salieron desatadas en mi mente, como si las hubiera plantado una mano invisible—. Y tuvo que amarte con todo su corazón. —Lamenté estar manteniendo esa conversación en la parte de atrás de un coche, con Matt y Kevin escuchándonos—. No te dejó a propósito al fin y al cabo, y estoy segura de que habría querido que fueras feliz.

Tuve un escalofrío, no sabía de dónde había sacado la certeza del amor de Grace por su hija.

Abbey no pareció notarlo.

—Leía historias de gente cuyas madres habían muerto. Dejaban cartas a sus hijos o relicarios o cajitas preciosas llenas de cosas cargadas de significado.

Se volvió hacia mí de repente y vi, a la luz parpadeante de las farolas que íbamos pasando, que un dolor rencoroso había

sustituido a la pena silenciosa.

—Mamá tenía que saber que se estaba muriendo, o sea, sé que tuvo ese accidente, pero no creo que muriera en el acto. Papá no iba a dejar que la viera, pero ella tuvo horas, días quizá para decirme adiós... y no lo hizo. —Abbey estaba llorando ahora y deseé que me dejara consolarla.

Traté de bloquear lo que Calum me había dicho sobre los momentos finales de Grace.

—Estoy segura de que, si hubiera podido verte una última vez, tu padre te habría llevado a verla. Y quizá después de que falleciera, tu padre no soportaba que algo le recordara a ella y lanzó todo en un arrebato de dolor. Mira, se lo preguntaremos. Quizá todavía tiene algunas de sus cosas escondidas en alguna parte.

—No tiene nada. Se lo pregunté hace unos años. Estaba tirando todas tus cosas y yo reuní el valor para preguntárselo entonces. Dijo que no me dejó nada en absoluto.

Le temblaba todo el cuerpo a consecuencia de los sollozos. Matt y Kevin permanecieron en silencio, ambos mirando con disimulo por el parabrisas al doblar la esquina de la calle de Abbey: mi calle sólo unos días antes.

—Quizá cometió un error. —Las palabras salían disparadas de mi boca como si estuvieran siendo dirigidas desde algún lugar situado fuera de mi cabeza—. Quizás haya algo que ella quería que tuvieras.

Abbey se había tragado las lágrimas y ahora se quedó en silencio, con la cara apretada contra la ventana. Lamenté que no hubiera nada que hacer, alguna forma de mostrarle lo mucho que tenía que haber significado para su madre, lo mucho que había empezado a significar para mí.

Matt había estacionado el coche delante de la casa y un silencio de asombro descendió sobre los cuatro. Matt apagó el contacto y el motor zumbó en silencio mientras se enfriaba. Pensé en el variopinto grupo que formábamos: el piloto atractivo de buen corazón, el fanático de los ordenadores, la adolescente gótica... y la mujer que había reaparecido de entre los muertos después de seis años. Miré la casa alta y estrecha que había considerado mi hogar y me di cuenta de que tenía un aire de espera; tal vez aguardaba los sucesos que se iban a desplegar, o a que la tierra girara una vez más

y nos dejara a todos cabeza abajo.

Respiré hondo y me preparé para afrontar la adversidad.

Porque me di cuenta de que lo que iba a ocurrir a continuación dependería de mí.

Capítulo 25

La puerta delantera se abrió antes de que Abbey tuviera tiempo de introducir la llave en la cerradura, y allí estaba Calum, recortado contra la única luz que se derramaba desde el pasillo.

—Te he estado esperando. —Metió a su hija adentro y se volvió hacia mí—. ¿Ha estado contigo?

Asentí con la cabeza.

—¿Quieres entrar?

—Quiero que entre —dijo Abbey, que se había vuelto para encararse a su padre en el pasillo.

Calum dedicó una mirada larga y dura a su hija, y luego se apartó para dejarme pasar. Pude oler su familiar aroma al pasar a su lado y sentí una punzada en las entrañas. ¿Todavía lo quería, o se trataba tan sólo de la comodidad de encontrar a alguien familiar de mi vida anterior? Abbey se volvió y se metió en la sala de estar. Yo la seguí, tratando de cimentar mis ideas, de impedir que el corazón me palpitara con tanta fuerza.

Abbey había hecho una pausa junto a la ventana y estaba dibujando líneas abstractas en el polvo del alféizar. Parecía insegura, paseando la mirada entre su padre y yo. Calum se volvió para mirarnos.

—¿Y bien?

Lo miré, sorprendida de descubrir que no me parecía tan viejo como cuando lo había visto el día anterior. Se había lavado el pelo y las ocasionales canas en torno a las sienes no parecían tan abundantes. Si acaso le hacían parecer más atractivo.

—Hemos ido a ver a Ingrid —dije.

Se quedó muy quieto.

—¿Y por qué tenías que llevar a mi hija?

—Yo quería ir, papá. Quería quedarme con Kaela.

—Deberías haber estado en la escuela, no dando vueltas por el campo con alguien que nos abandonó hace seis años.

—Yo no os abandoné. —Estábamos teniendo la misma conversación que ya habíamos tenido antes—. Sabes que la policía no cree eso.

Me fijé en que la sala parecía un poco más ordenada que la primera vez que había vuelto. Habían limpiado el vómito y habían acomodado el sofá, habían retirado las latas de cerveza y cajas de pizza y habían pasado la aspiradora por la moqueta.

Calum se pasó una mano por la cara en un gesto de cansancio.

—¿Quieres tomar algo?

Asentí.

—¿Tal vez una taza de té? Ha sido un día muy largo.

—Yo... yo podría hacerlo si quieres. —Parecía que Abbey necesitaba algo para ocupar sus manos.

Calum la miró con recelo.

—No sabía que supieras dónde está la tetera.

—No sabes mucho de mí, ¿verdad? —replicó Abbey.

La oferta de Abbey había sido conciliadora, pero Calum no la había entendido. La broma hecha a la ligera obviamente le había llegado al alma a su hija.

—No lo sabes porque te importa una mierda —soltó.

—Abbey. —Calum trató de calmarla, pero ella estaba lejos de callarse.

—Ni siquiera sabes lo que hago ni adónde voy cada día, porque nunca te has molestado en preguntar.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de que hace sólo dos días que ha vuelto Kaela y ya sabe más cosas de mí que mi propio padre.

Vi que un velo de incomprensión caía sobre el rostro de Calum. Parecía desconcertado. Se encogió de hombros en un gesto destinado a mí y se marchó de la sala.

—¡Nunca escuchas! —gritó Abbey a su espalda—. Nunca escuchas lo que te digo. ¡Te odio!

—Déjame hablar con él —le dije.

Me temblaban las manos. Desaprobaba sin reservas la confrontación, pero me daba cuenta de que alguien tenía que explicar los sentimientos de rabia y frustración de su hija hacia él.

Abbey se mordió el labio, se volvió y se fue corriendo de la sala.

Yo seguí a Calum a la cocina, donde estaba llenando de agua la tetera. Me dedicó una mirada pálida.

—Es muy difícil. No parece que pueda comunicarme con ella.

—Es una niña encantadora, sólo está un poco inquieta y enfadada en este momento.

Decidí no lanzarme de cabeza a acusarlo de que no había sido un buen padre. La diplomacia parecía el mejor camino por el momento.

Me señaló una silla de la cocina y yo me senté en medio de pilas de correo por abrir y una planta agonizante mientras él se ocupaba con las bolsitas de té y la leche.

—¿Cómo va el trabajo? —pregunté, tratando de mantenerme en terreno neutral.

Calum trajo dos tazas de té a la mesa con chapa de roble y al apartar una pila de periódicos viejos con el pie reveló un suelo sin lavar de baldosas amarillas.

—La industria farmacéutica ya no es lo que era. Los médicos y farmacéuticos ya no quieren concederme su tiempo. —Negó con la cabeza en ademán de derrota.

Recordé al luchador que había conocido, al hombre que probablemente me había salvado la vida al decirme que no sintiera pánico, que nunca me rindiera.

Resistiendo la urgencia de agarrarlo con fuerza y zarandearlo, busqué en sus ojos al Calum que había conocido y que tanto me importaba.

—¿Qué te ha pasado, Calum? Eras bueno vendiendo, te enorgullecías de tu aspecto, de la casa...

Sus ojos destellaron con rabia y vi de dónde había sacado Abbey su temperamento.

—No me juzgues, Michaela. Desapareciste sin decir palabra, dejándonos a mí, a Abigail y a tus padres pensando que estabas muerta. —Se levantó de un modo abrupto y pasó una mano por su mejilla mal afeitada—. Cuando llamé al aeródromo y me dijeron que habías desaparecido, no podía creerlo. Y luego llegaron el registro policial y las acusaciones, la agónica espera y la preocupación, y por fin el darme cuenta de que no ibas a volver... —La rabia desapareció de su voz, que sonó grave y cansada. El

dolor en sus ojos me llegó al alma—. Después de que Grace muriera pensé que no volvería a querer a nadie. Cuando te conocí, todo cambió. Durante aquellos seis meses que viviste aquí fui más feliz de lo que me habría atrevido a imaginar. —Calum se agarró con fuerza al escurreplatos—. ¿Cómo puedes hacernos esto?

Sentí que me ponía pálida. Entendía que Calum tenía derecho a estar herido y furioso. Pero nadie parecía comprender lo aterradora que era la situación para mí. Todavía sentía la intimidad de nuestra reciente relación, y pese a que me daba cuenta de que mis sentimientos por él tenían que ser más fuertes de lo que él podía sentir por mí después de seis años, yo también estaba herida. Me estaban acusando de arruinar las vidas de todo el mundo como si lo hubiera hecho a propósito. Eché mi silla hacia atrás y me levanté.

—Lo siento mucho, Calum. Quizá será mejor que me vaya.

Calum cruzó la cocina y se detuvo delante de mí. Bajó la voz a un susurro ronco.

—No te vayas, Kaela.

El mundo se detuvo, y pareció pasar una eternidad. La alta y familiar figura de Calum estaba a sólo unos centímetros de mí. Capté todos los detalles de ese rostro que había sido tan fuerte: los ojos azules, el mentón cuadrado, el cabello grueso y despeinado, la piel que olía a jabón... y a él. Lo quería como había sido antes. Y de repente estaba en sus brazos. Enterré la cabeza en su hombro y me di cuenta de que estaba llorando.

Él me abrazó y me acarició el pelo, diciéndome que me había echado mucho de menos, que todavía me quería y que Abigail me había querido mucho y al parecer no había dejado de hacerlo.

Cuando por fin levanté la cabeza, Calum señaló un dibujo clavado en el lateral del armario, junto a la nevera. Me separé de sus brazos y me acerqué a mirar el dibujo infantil amarillento de tres personas de pie delante de una casa. Pasé un dedo sobre las figuras bien coloreadas y las lágrimas manaron de nuevo.

—Abigail lo hizo en la escuela el día que desapareciste. —Calum se había acercado y estaba al lado de mi hombro—. Lo colgamos y esperamos que llegaras a casa para que ella pudiera enseñártelo. Era la primera vez que nos dibujaba como una familia y recuerdo que pensé que por fin te había aceptado. —Hizo una mueca—. Cuando no volviste quise romperlo y tirarlo, pero Abbey insistió en

que lo dejáramos ahí.

Estirándome, tracé las siluetas de nuestras figuras, recordando esa última mañana, cuando Abbey había estado en la calle con su agenda de deberes. Qué injusto que la misma mañana en que ella había decidido confiar en mí yo me hubiera separado de ella.

Levanté la mirada al rostro dolorosamente familiar del hombre al que había amado. Traté de no pensar en que Matt estaba fuera, sentado pacientemente en su coche.

—¿Todavía quieres que me vaya?

Sonrió lánguidamente.

—Cuando pienso en las noches que he estado en la oscuridad deseando que estuvieras a mi lado, cuando habría dado cualquier cosa por recuperarte, por tenerte en mis brazos una vez más, parece una locura dejarte escapar otra vez.

—¿Pero?

Se estiró y me tocó el pelo como para asegurarse de que de verdad estaba allí.

—Pero seis años es mucho tiempo. Las cosas han cambiado. Aunque creyera que no nos dejaste a propósito, las cosas nunca podrían ser exactamente como eran antes.

—Entonces, ¿estás diciendo que hemos terminado?

Traté de mantener mi voz neutra, pero era una pena teñida de esperanza. Le había prometido a Abbey que me aseguraría de que mi marcha era lo que su padre quería, pero mis pensamientos seguían desviándose hacia Matt.

—Eres buena con Abbey. Lo eras cuando era pequeña y veo que sigue muy apegada a ti. —Se mordió el labio y apartó la mirada como si tratara de tomar una decisión difícil—. Hay algo que debo decirte. No te gustará, pero necesito decirte la verdad.

Sentí un picor de aprensión, pero asentí débilmente.

—Adelante, pues.

—Hubo un tiempo hace seis años en que te odié, Michaela. Sé que suena infantil e inmaduro, pero estaba resentido contigo por lo que tu desaparición nos hizo. Me sentí completamente traicionado por las dos, por ti y por Grace. —Levantó la cabeza y me sostuvo la mirada—. Quiero que sepas que lo siento. Todavía te quiero y sé que Abbey también te quiere.

Era la tercera vez que alguien que pensaba que me había amado

confesaba odiarme o haberme odiado, y no era algo a lo que quería acostumbrarme. Pero lo compadecí de todos modos.

—Oh, Calum.

Había sufrido y era por lo que me había ocurrido a mí.

—Hay algo más.

Una imagen de Ingrid se abrió paso en el ojo de mi mente. ¿Iba a confesarme que había encontrado consuelo en otros brazos?

—No va a resultar fácil. No estoy seguro de que deba cargarte con esto...

Cerré los ojos y respiré hondo.

—Cuéntamelo.

Calum retrocedió, abrazándose el cuerpo como si se escondiera de lo que estaba a punto decir.

—Estoy enfermo, Kaela. Desde hace tiempo. Se lo he estado ocultando a Abbey, pero creo que me estoy muriendo.

Capítulo 26

Sentí que me daba un vuelco el corazón, que perdía el sentido.

—¿Enfermo? —repetí como un eco estúpido.

Recordé lo que había dicho Abbey de volver a casa y encontrar a su padre tirado en una silla, y él mismo me había contado que tenía problemas económicos.

—¿Qué es, Calum?

Gruñó y me miró durante varios segundos antes de decir en voz baja:

—Es cáncer de próstata, los médicos dicen que es grave.

Me quedé boquiabierta. De todas las cosas que había estado pensando, ésa no era una de ellas.

—¿No puede ser...? Quiero decir, ¿estás seguro?

—Eso me temo. Es lo que llaman un cáncer localizado de alto riesgo. Querían extirparme la próstata, pero no se lo permití; por Abigail. No quería anestesia general por si no sobrevivía y no quería que me operaran porque ella tendría que saberlo. —Levantó una mano para detener cualquier protesta en sentido contrario—. Nunca me han operado antes y simplemente no quería arriesgarme. Habría necesitado cuidados posoperatorios y además no había nadie que se ocupara de nosotros, no quería que Abbey se preocupara...

—Pero, si no les dejas que te operen, ¿cómo lo están tratando?

—Me han estado dando radioterapia y tratamiento hormonal. Creo que por eso estoy tan cansado y me cuesta tanto trabajar.

Todo ese tiempo había estado preocupado en secreto sin nadie con quien hablar, sufriendo en silencio para proteger a su hija del dolor. Crucé el espacio que nos separaba en dos zancadas y lo abracé fuerte.

—Lo siento mucho, Calum.

Sentí que su cuerpo se tensaba entre mis brazos y entonces se

relajó y bajó la cara a mi pelo. Oí que inhalaba profundamente y luego continuó.

—Cuando estoy en la cama por la noche, me preocupo por Abbey y por qué será de ella. Primero murió su madre, luego tú desapareciste y ahora esto. Es más de lo que una niña debería sufrir.

Estaba contenta de no haber encontrado la ocasión adecuada para contarle que su hija ni siquiera iba a la escuela como él creía. Habría sido el peor momento para decirle que su hija estaba vagando sin nada que hacer y juntándose con malas compañías.

—¿Hay algo que pueda hacer?

Él soltó sus brazos como si pensara que se había pasado de la raya.

—Puedes estar aquí por nosotros, si puedes soportarlo. Todavía te quiero, pero sé que es mucho pedirte.

Lo conduje hacia las sillas duras de la cocina y él me dejó que lo guiara. Nos sentamos uno enfrente del otro con las rodillas tocándose y las manos enlazadas. Calum se inclinó hacia delante y apoyó su frente en la mía. Cerré los ojos, sintiendo la calidez de su aliento, y supe que me importaba demasiado para dejar que sufriera eso solo. Nos quedamos así durante un rato. En realidad no había que tomar ninguna decisión. Fueran cuales fuesen los sentimientos que albergara por Matt —y él por mí— tendrían que ser sacrificados por lo que veía como el único camino a seguir. Quedarme con Calum era lo correcto, lo honrado y lo humano. Pero iba a ser la decisión más difícil de mi vida.

Le dije a Calum que necesitaba un día más para aclarar mi situación y que volvería al día siguiente para arreglar las cosas. Había asomado la cabeza en la habitación de Abigail antes de irme y me la había encontrado sentada en el alféizar, con la ventana abierta. Al olisquear el aire, noté que estaba fumando algo sospechoso, pero no parecía ni el sitio ni el lugar adecuado para amonestarla. Y me di cuenta de que tampoco tenía el derecho.

Ella no habló, aunque sabía que había percibido mi presencia, así que crucé a gatas por la cama y me coloqué a su lado, mirando por encima del jardín oscuro.

—Ha sido un día muy largo —le dije en voz baja.

Ella simplemente se encogió de hombros y dio una calada al porro, conteniendo el humo en los pulmones y luego soltándolo

lentamente en el aire nocturno.

—La verdad es que han sido dos días de locura, desde que volviste.

—Me alegro de que hayas estado con nosotros hoy.

—Corta el rollo, Kaela. ¿Le has dicho a papá que no iba a la escuela?

—Todavía no. Teníamos otras cosas que discutir.

Ella se volvió a mirarme y sus ojos parecían enormes, con las pupilas dilatadas por la droga.

—¿Vas a volver?

—No lo he decidido del todo, pero eso parece. ¿Quieres que vuelva?

—¿Mi opinión cuenta para algo?

—Por supuesto que sí.

—Al menos te has fijado en que estoy viva, que es más de lo que hace papá. No le importa lo que pienso. No creo que le importe una mierda.

—Le importas mucho, Abbey. Más de lo que te puedas imaginar. Sólo le resulta difícil mostrarlo, nada más.

Ella se encogió de hombros como si no creyera una palabra de lo que acababa de decirle y me tendió el porro.

—¿Quieres una calada?

Negué con la cabeza.

—He de mantener la cabeza despejada. Tengo cosas que hacer. Sólo me he asomado para decirte que voy a volver con Matt y Kevin esta noche, pero mañana estaré aquí, posiblemente para quedarme.

Pensó en ello un momento, luego asintió antes de volverse para mirar fijamente por la ventana una vez más. La discusión había terminado.

Vi el coche de Matt bajo la luz de una farola al caminar desde el sendero de entrada. Había pasado una hora y media con Calum y Abbey, y Matt todavía me estaba esperando pacientemente.

Estaba caminando hacia el hombre con el que había empezado algo asombroso: amor, pasión, un deseo desesperado —no estaba segura— para decirle que había terminado antes de que tuviéramos siquiera la ocasión de acostumbrarnos a la idea.

Maldición.

Matt se inclinó sobre el asiento y abrió la puerta del pasajero. Yo

me deslicé a su lado. Me sonrió.

—¿Todo bien?

—No exactamente.

—¿Abbey está bien? —Kevin estaba inclinado desde la parte de atrás con los codos apoyados en los lados de los asientos.

—La he dejado fumándose un porro en su dormitorio.

—Bien hecho, di que sí.

—Ni siquiera ha cumplido diecisiete —dije con más brusquedad de la que había pretendido.

Matt puso en marcha el motor.

—Supongo que vas a volver conmigo esta noche.

Esta vez fue su voz la que sonó tensa, como si se diera cuenta de que algo iba muy mal pero temiera escuchar decírmelo.

—Eso creo. —Respiré hondo y traté de infundir vivacidad a mi voz, aunque sentía que me estaba marchitando—. Necesito hablar contigo. Y siento haber tardado tanto ahí dentro. Gracias por esperarme.

—No hemos esperado, vamos, que no te hemos esperado todo el rato. —Kevin sacó una bolsa del asiento de atrás—. Hemos estado haciendo cosas pervertidillas, mirando ropa interior femenina y ropa de mujer...

—Hemos ido a comprarte ropa —explicó Matt, cortando a Kevin —. Pensaba que necesitarías algunas cosas, así que hemos hecho compras nocturnas. Espero que no te importe.

Contuve las lágrimas al mirar el contenido de la bolsa. Había pantalones, camisetas, un jersey, unos sujetadores, bragas e incluso un par de zapatos.

—Hemos encontrado a una vendedora que parecía de tu talla y le hemos preguntado qué creía que te haría falta para un par de días. Le hemos dejado escoger. —Matt estaba lanzando miradas como dagas a Kevin, mirando por el retrovisor—. No hemos pasado el rato babeando sobre ropa interior de mujer.

Me habría reído de la incomodidad de Matt si la situación no hubiera sido tan mala. Dadas las circunstancias, quería abrazarlo.

—Habéis sido muy amables. Os pagaré en cuanto tenga mis finanzas a punto.

Pasé el resto del viaje escuchando a Kevin charlando sobre su salida de compras soñada y cómo una vez había comprado una

muñeca hinchable vestida con un tanga en un sex shop por error. No estaba segura de cómo había podido cometer semejante error y estaba empezando a pensar que con Kevin todo era posible.

Lo dejamos delante de su piso y él se detuvo en el bordillo.

—No lo hagas, Kaela. Abbey y su padre se las arreglarán. No hagas algo que lamentarás el resto de tu vida, ¿vale?

Y en ese momento me di cuenta de que Kevin no era el bufón por el que lo había tomado.

Capítulo 27

Cuando Kevin desapareció, Matt se volvió a mirarme, con el motor en punto muerto.

—¿Querías hablar conmigo?

Sentí que me temblaban las manos. No quería hablar con él; quería sentir su cuerpo contra el mío, sus dedos enredados en mi pelo. Quería deslizar mis labios y mi lengua por su piel, probar su esencia última y perderme en su abrazo. Quería que me tomara en sus brazos y me dijera que todo iría bien.

Dejé escapar un largo suspiro.

—He... He de volver con Calum.

Permaneció en silencio varios segundos, luego levantó la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿Ahora? ¿Esta noche?

Hice un gesto de negación.

—Le he dicho que volvería para hablar con él de esto por la mañana, cuando los dos tuviéramos tiempo de pensar las cosas.

Matt arrancó de nuevo y volvimos a adentrarnos en la noche.

—No voy a conducir hasta mi casa —dijo cortante—. Conozco un hotelito cerca donde podemos pedir una habitación y hablar. ¿Te parece bien?

Asentí, aturdida, conteniendo las lágrimas mientras miraba por la ventanilla, deseando que la oscuridad me tragara por completo.

Quince minutos después, estábamos de pie en la pequeña zona de recepción enmoquetada de un hotel, al lado de Reigate. Una mujer mayor pasó la tarjeta de crédito de Matt y, mientras él firmaba el registro de huéspedes, me miró por encima de las gafas con un atisbo de desaprobación.

—¿Lleva equipaje, señor?

Cuando Matt negó con la cabeza, la recepcionista chascó

ligeramente la lengua.

—No le hagas caso —susurró Matt de un modo consolador.

Esperé mientras Matt abría la puerta a una pequeña pero cómoda habitación con vistas. Había una cama de matrimonio con sendas mesitas de noche y un armario que se alzaba tambaleante contra una pared.

—¡Como en casa! —dije en un intento de animar el sombrío clima que se había creado entre nosotros.

Matt se sentó al borde de la cama y se estiró para coger mis dos manos entre las suyas. ¿Por qué me sentía tan desolada por la idea de terminar las cosas con él cuando hacía tan poco tiempo que lo conocía? No tenía sentido.

—Me siento como si te conociera desde siempre —dijo, haciéndose eco de mis pensamientos—. Es como si hubiera estado esperándote toda mi vida, desde mucho antes de que te conociera en el aeródromo el día de tu salto. Y una vez que te conocí, fantaseé contigo y me preocupé y sufrí por ti, y sólo hemos pasado una noche juntos de verdad. Por favor, dime que no es todo lo que vamos a tener, Michaela.

Poniéndome de rodillas, enterré la cara contra su pecho. Se retiró y apretó un dedo bajo mi mentón, inclinando mi cara hacia él, luego bajó la cabeza, sus labios encontraron los míos y, por un momento, el resto del mundo se olvidó. Cuando al final salimos a la superficie, me subió a la cama a su lado, con las cejas unidas en ademán de perplejidad.

—No lo entiendo. Si es esto lo que sientes, ¿por qué demonios estás pensando siquiera en volver con Calum?

Cogí sus manos y traté de calmarme.

—Está enfermo. Calum tiene cáncer. Necesita una operación, pero está muy solo y asustado.

—Uf, es terrible. Lo siento. —La rabia que había empezado a aflorar remitió de nuevo cuando Matt escrutó mi rostro—. Sientes que tienes que estar a su lado, ¿es eso?

Asentí.

—No puedo dejar que afronte esto solo.

Matt se quedó un momento en silencio mientras yo le lanzaba miradas ansiosas. Por fin suspiró profundamente.

—Sé que significaba algo para ti, Michaela, pero ayer mismo

parecías convencida de que las cosas habían terminado. Seis años es mucho tiempo. ¿Estás segura de que todavía le debes eso?

—El problema es la cuestión del tiempo —expliqué—. Para mí no han pasado seis años. Por lo que a mí respecta estaba con Calum hace un par de días. —Respiré hondo—. Cuando me encontraste estaba confundida, me aproveché de las palabras rudas de Calum para asegurarme a mí misma que estar contigo estaba bien. Pero en el fondo, me sentía culpable, porque era como pasar directamente de su cama a la tuya.

—Así que vas a volver con él porque te sientes culpable.

Percibía que la rabia hervía de nuevo en Matt y traté de explicarlo.

—Haces que parezca algo malo, pero me preocupo por Calum. Dice que se conformaría con una amistad, pero sé que eso no funcionaría. He de tomar una decisión, Matt, y es lo más difícil que he tenido que hacer nunca.

—Ven aquí —me atrajo hacia sí y me abrazó fuerte antes de plantarme besos en las cejas, en la cara, en el cuello.

Yo respondí aferrándome con fuerza a él. Casi como la primera noche, cuando apoyé mi pie contra el suyo, me sentí atraída hacia él, deseando ser parte de él. No quería soltarlo, nunca.

—Si vas con Calum porque está enfermo, ¿qué harás cuando se mejore? —murmuró las palabras en mi pelo.

Yo pensé en Calum sosteniéndome y acariciándome el pelo esa misma tarde y me sentí desdichada.

—¿Volverías conmigo entonces?

—No lo sé. Parecería desleal dejarlo en cuanto ya no estuviera enfermo, sería como si nunca hubiera querido quedarme. Quizá soy una chica anticuada, pero siento que si me comprometo he de comprometerme del todo.

—Ojalá no fueras tan condenadamente leal... aunque tal vez eso es parte de lo que veo en ti. —Me mordisqueó el cuello y sentí que se me aceleraba el pulso.

—Matt, no puedo hacer esto. Ya he decidido a medias quedarme con Calum y no puedo acostarme contigo. Lo siento, pero no sería correcto.

Matt se apartó y, cuando me miró, me sorprendió no ver en sus ojos frustración ni ira, sino sólo una profunda tristeza.

—¿Pasarás la noche conmigo? Prometo que sólo te abrazaré.

Recordé la primera noche que había pasado en su cama, cuando me había prometido ser el perfecto caballero y había mantenido su palabra. Yo no estaba segura de confiar en mí misma con él, dado el modo en que me sentía, pero la idea de pasar una noche más en su compañía era más de lo que podía esperar. Asentí, conteniendo las lágrimas.

—¿Y qué te parece comer algo? —preguntó con una alegría forzada—. Puede que todavía sirvan cena.

Resultó que el horario de cena se había acabado, pero el propietario dijo que podían mandarnos sándwiches y una botella de vino a la habitación. Y así, sintiéndome como una reclusa en el corredor de la muerte, compartí la que podía ser mi última cena con Matt. Bebí el vino y vigilé todos sus movimientos, como si estuviera bebiéndolo a él y guardando en la memoria todo lo que hacía y decía.

Después de la cena nos desnudamos lentamente y nos metimos entre las sábanas limpias de la cama de matrimonio. Matt amoldó su cuerpo al mío y me abrazó, con mi cabeza acunada en su hombro, hasta que al final caí en un sueño inquieto.

Soñé que estaba en un lugar pequeño y oscuro. Las paredes daban vueltas y yo me agitaba como una brizna de hierba. Las caras se cernían en la oscuridad; la de Matt, la de Kevin e incluso la de Calum. Lloré y escuché que Matt me consolaba. Me estaba abrazando y yo no podía respirar. Me sentía como si estuviera nadando a través de aguas negras y salobres y notaba un olor rancio y húmedo en la boca y las fosas nasales que amenazaba con asfixiarme.

Abbey apareció sosteniendo las cartas del tarot abiertas en abanico. El viento arrastró las cartas por los aires y de repente estaban girando conmigo, atrapadas conmigo dentro del vórtice de un tornado, absorbiéndome a un lugar al que no quería ir. Y mientras ascendía en espiral vi que mi madre sonreía. Sostenía un pincel en la mano y me di cuenta de que ella estaba pintando toda esa escena y yo estaba atrapada en su interior, pero era incapaz de hacerle ver que se trataba de mí, de su única hija, que todavía estaba viva.

Me desperté sudando y me encontré a Matt inclinado sobre mí,

con su cara pálida en la penumbra.

—Es sólo un sueño —susurró cuando yo me aferré a él, temblando y boqueando—. Vuelve a dormir, todo irá bien.

Sentí que me plantaba un beso en la frente y cuando el sueño retrocedía me volví hacia él y lo abracé como si me fuera la vida en ello.

Por la mañana nos vestimos sin decirnos gran cosa el uno al otro. No había mucho más que decir. Tomamos un desayuno continental ligero en un comedor escasamente iluminado, Matt pagó la factura del hotel y nos dirigimos a su coche como un par de reos condenados caminando hacia el cadalso.

—Yo no voy a llevarte con Calum.

Lo miré medio asustada de que fuera a raptarme, medio esperanzada de que lo hiciera.

—Te dejaré en casa de Kevin y él te llevará a Leatherhead —dijo Matt cuando nos acercamos a su coche—. Lo he llamado mientras tú estabas en el cuarto de baño y me ha dicho que estará encantado de llevarte.

Asentí y subí al coche. Estuve mirando por la ventana, abatida, mientras Matt conducía de nuevo hasta Redhill. El sol iluminaba los árboles que parecían haber pasado del amarillo al naranja y luego al rojo y al dorado. Un hombre al que apenas conocía me había robado el corazón y su ausencia en mi vida iba a dejar mi mundo vacío y gris.

Hice una pausa y volví a mirar a Matt, con el corazón dolorido. Estaba sonriéndome; una sonrisa triste, pero una sonrisa al fin y al cabo.

—Sabes que siempre estaré a tu lado, Michaela; no importa lo que decidas.

—No deberías desperdiciar tu vida esperándome.

—Eso es lo que me dijeron mis amigos cuando desapareciste. Después de seis largos años estaba empezando a creerlo y entonces llamaste de repente y volviste.

—No sé cómo puedo dejarlo. No puedo abandonar a Calum.

—Y yo no te abandonaré a ti. Recuérdame a veces, ¿lo harás?

Asentí y bajé del coche justo a tiempo de ver a Kevin saludándome con la mano y tintineando un puñado de llaves.

Capítulo 28

—Buenas, nena. Tu taxi espera.

—Hola, Kevin.

Detrás de mí, el coche de Matt arrancó y se incorporó al tráfico. Me arriesgué a mirar una última vez por encima del hombro, pero era demasiado tarde: se había ido.

—La furgoneta está al otro lado, en mi aparcamiento —anunció Kevin con brío—. Vamos, llevemos a la doncella al sacrificio en la guarida del dragón.

Sentí que sus palabras me molestaban.

—¿Cómo puedes bromear con esto? ¡No sabes nada de Calum ni de mí!

—Eso es verdad. Pero sé de Matt y de ti, y está claro que estáis hechos el uno para el otro. —Me dedicó una sonrisa fugaz para mostrar que no había malos sentimientos, pero procedió a deshacer la disculpa parcial recitando todas las parejas célebres que se le ocurrieron—. Adán y Eva, Antonio y Cleopatra, Romeo y Julieta...

Kevin continuó con lo que consideraba parejas perfectas durante los veinte minutos que tardamos en llegar a Leatherhead, pero yo no estaba escuchando realmente y ya me iba bien que siguiera con el sonsonete. De cuando en cuando me lanzaba alguna mirada de preocupación, pero yo me contentaba con sentarme bien erguida y mirar el escenario que se desplegaba ante mí desde mi posición privilegiada en el asiento delantero de su furgoneta.

—¿Qué guardas atrás? —pregunté en un momento en que él tomó una curva demasiado deprisa y blasfemó cuando algo grande se golpeó en la parte de atrás de la furgoneta.

—Equipamiento electrónico, componentes electrónicos de toda clase.

—¿No temes que alguien te lo robe de la furgoneta?

—¿Quién va a abrir un cubo oxidado como éste?

Entendí lo que quería decir y casi me reí. Y entonces me di cuenta de que estábamos girando por la calle de Calum y mi estómago dio un vuelco de aprensión.

Me volví hacia Kevin y le dediqué una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias por todo, Kevin. ¿Estaremos en contacto? Cuéntame cómo...

Quería decir «cómo está Matt», pero simplemente terminé con:

—Bueno, cómo van las cosas, ya sabes.

—Claro, cielo. Esperaba que quisieras hacer una aparición estelar en mi web vía webcam. ¿Qué te parece?

Estaba a punto de decir que no estaba segura cuando alguien golpeó en la ventanilla de la furgoneta y me hizo dar un salto. Al mirar hacia fuera vi una cara fantasmal con el pelo alborotado y me di cuenta de que era Abbey.

Kevin salió a abrirme la puerta y le guiñó un ojo a Abbey.

—¿Cómo va el tarot, tesoro?

Abbey miró intensamente en mi dirección.

—La respuesta la tienes justo delante. Las cartas dijeron que ella volvería con papá, ¿no?

Kevin me miró pensativo.

—Supongo que sí.

Aparté la mirada de Abbey, sin querer decirle que todavía no estaba completamente segura y miré mi reloj; eran las nueve en punto.

—¿Aún no se ha levantado tu padre?

—Acaba de despertarme para que vaya a la escuela. —Abbey hizo una mueca teatral—. Se lo dirás, ¿verdad, Kaela? Mentirle era una cosa, pero mantener la farsa se está volviendo aburrido.

Tenía un aspecto belicoso con los piercings en nariz y ceja, pero al mismo tiempo el cabello oscuro le enmarcaba la cara pálida dándole una apariencia de fragilidad.

—Creo que deberías decírselo tú, pero quizá todavía no. Déjame hablar un poco con tu padre antes de que tengamos fuegos artificiales, ¿vale?

Abbey hizo una mueca, pero entonces se fijó en algo situado calle abajo. Seguí su mirada y vi a un hombre, vestido con chándal

y capucha, acechando en la esquina. Abbey estaba muy nerviosa de repente.

—Mira, tengo que irme.

Kevin estaba mirando por la calle, con los ojos entrecerrados.

—¿Quién es, tu camello?

Abbey se puso inmediatamente a la defensiva.

—Y si lo es, ¿qué?

—Pensaba que tenías más cabeza como para no mezclarte con tipos como él.

—¿Y tú qué sabes?

—He pasado por eso, tesoro, y puedo decirte que es una estupidez.

Abbey se quedó con la boca abierta, indecisa, luego la cerró brevemente.

—Ocúpate de tus asuntos —dijo con voz fuerte, caminando en dirección al tipo que acechaba.

—Ahí tienes parte de la razón por la que he vuelto. —Hice una mueca.

Kevin se volvió para mirarme y, por primera vez desde mi regreso, me estudió de verdad, a diferencia de los rápidos vistazos avergonzados que normalmente me dedicaba. Asintió brevemente y empezó a dirigirse a su furgoneta. Cuando abrió la puerta del otro lado, bajó su voz a un tono propio de Arnold Schwarzenegger y dijo:

—Volveré.

Caminé por el sendero tratando de no reír y todavía estaba sonriendo cuando Calum abrió la puerta al cabo de un momento. Iba vestido con unos pantalones cómodos y camisa blanca de cuello abierto. Tenía un aspecto encantador y recordé por qué me había enamorado de él. Sabía que podría sentirme perfectamente feliz de haber vuelto a casa con él, si no hubiera conocido a Matt.

Nos quedamos uno a cada lado de la puerta y de repente me sentí extraña. Al cabo de un momento, se retiró para dejarme pasar.

—Bienvenida, Kaela, no estaba seguro de que fueras a venir.

Calum preparó un té como había hecho la tarde anterior y nos sentamos en la cocina con la luz del otoño filtrándose en el interior a través de las ventanas sucias.

—Estás justo igual que como te recordaba —dijo con nostalgia.

—Me viste ayer.

—Me refiero a antes de que desaparecieras. No has cambiado nada.

Su comentario me recordó que no había avanzado nada en el proceso de descubrir lo que me había ocurrido. Habían pasado tantas cosas desde mi regreso que no había tenido tiempo para plantearme la pregunta más desconcertante de todas.

Me forcé a volver al presente y di un sorbo de té caliente.

—¿Cómo te sientes? Pareces mejor hoy.

Me dedicó una sonrisa rápida.

—Creo que es por la idea de que volverías. Cuando me he levantado esta mañana me he sentido mejor que en meses. Pensaba que después de que habláramos podía hacer unas cuantas llamadas de trabajo antes de mi cita en el hospital esta tarde.

—¿A qué hora tienes que estar en el hospital?

—Tengo cita para radioterapia a las tres y media.

—¿Quieres que te acompañe?

Calum negó con la cabeza. Apoyó la taza en la mesa y se inclinó hacia delante para mirarme.

—No es necesario. Pero me alegro de que hayas vuelto.

—Hemos de hablar de cómo vamos a hacer esto —dije, yendo al grano—. Espero que los abogados de mis padres solucionen mi situación económica, porque en este momento no tengo medios para mantenerme. Estoy segura de que, si pido que busquen en los viejos registros de personal, en Wayfarers encontrarán pruebas de haberme empleado, pero mi viejo trabajo obviamente ya no existe, así que parece que ahora mismo estoy en paro.

Calum deslizó la mano de debajo de la mía.

—Como te expliqué ayer, vamos justos de dinero, pero nos las arreglaremos durante un tiempo. El mayor problema es dónde dormirás si te quedas con nosotros.

Alcé las cejas y lo miré sorprendida. Había supuesto que si yo volvía Calum esperaría reanudar nuestra relación. Una chispa de esperanza se encendió en mi mente. ¿Le importaría que continuara una relación con Matt? El destello murió tan pronto como se encendió. Como le había dicho a Matt, una relación así no funcionaría y sabía que no podía vivir así.

Levanté la cabeza hacia Calum, pero él estaba mirando la mesa.

Tenía un aspecto decididamente extraño y, en cuanto vio que observaba sus puños cerrados, se relajó y empezó a tamborilear con los dedos en el sobre de la mesa.

—Creo que sería mejor, al menos por el momento, que tuvieras tu propio espacio. Nos hará falta tiempo para adaptarnos a estar juntos otra vez.

—Me parece una buena idea.

Me había preocupado por esa parte de nuestra relación más de lo que hubiera advertido. En el breve tiempo que había pasado con Matt, mi lealtad había pasado de Calum a él, en un sentido profundo que no alcanzaba a comprender. Estaba empezando a darme cuenta de que el hecho de que se tratara de una decisión tomada con la cabeza y el corazón no significaba que mi alma fuera a aceptarla de inmediato.

—¿Qué habías pensado?

—Ya sabes que convertí la mitad del loft de arriba en una oficina hace años. Anoche eché un vistazo a la otra mitad. Está un poco lleno de polvo y necesita una buena limpieza, pero hay una cama vieja que usaba cuando trabajaba hasta tarde y tenía que empezar temprano fuera de casa.

»Grace también usó la habitación para sus aficiones —continuó —. A veces se quedaba allí horas haciendo Dios sabe qué mientras la pequeña Abbey dormía en su cuna o, después, estaba en la escuela. Estoy seguro de que con un poco de trabajo servirá de habitación temporal para ti. ¿Quieres verla?

Pensé en Grace sentada en el desván, trabajando en la afición que disfrutaba, y me di cuenta de que sentía una asombrosa afinidad con la mujer fallecida de Calum. No sabía si la causa era que Calum había estado a punto de perderme a mí también, pero casi percibía la presencia de Grace a mi lado, alentándome a que tomara las decisiones correctas. Estaba a punto de decir que sí cuando oímos una llave en la puerta de la calle y el sonido de pisadas en el pasillo. Abbey entró corriendo en la cocina y se plantó delante de su padre, que se había levantado de golpe por el repentino ruido.

—¿Se lo has dicho?

Estaba mirando a su padre, aunque la pregunta iba dirigida a mí. Tenía una mirada desorbitada, su expresión era de

confrontación y me pregunté si se habría tomado algo. Le puse una mano en el brazo para frenarla, pero se sacudió.

—No, Abbey...

Ella me fulminó con una mirada acusadora.

—Dijiste que lo harías.

—Ahora no, no es un buen momento.

Calum miró de su hija a mí.

—¿Qué es lo que tienes que decirme? —Miró su reloj—. ¿No deberías estar en la escuela ahora?

—De eso se trata, papá. No voy al instituto, no he ido nunca. No me admitieron y tú nunca te molestaste en comprobarlo, ¿verdad? No podría importarte menos, igual que nunca te importó mamá.

Calum la miró, con la incredulidad claramente reflejada en su rostro.

—Dejaré de lado lo que has dicho sobre tu madre por el momento, pero ¿qué quiere decir con que no vas al instituto? ¿Adónde has estado yendo todos los días?

—Oh, callejeando, viendo chicos, bebiendo vino barato, drogándome...

Si la intención de Abbey había sido horrorizar a su padre había tenido un gran éxito. Calum se puso blanco y se derrumbó en la silla. Pareció quedarse sin energía y, por un momento, pensé que iba a desmayarse. Miré desde la enfadada adolescente al padre enfermo y me estaba preguntando dónde demonios me había metido cuando alguien tosió discretamente desde el umbral de la cocina.

La doctora Soram Patel estaba bajo el dintel.

—La puerta estaba abierta —explicó, mirándonos a todos con interés—. Espero no interrumpir nada.

Capítulo 29

Abbey fue la primera en reaccionar. Pasó corriendo junto a la doctora Patel y cerró la puerta con una violencia que hizo temblar las paredes de la vieja casa.

Yo saqué una silla de la cocina.

—¿Quiere sentarse?

La doctora Patel se sentó delicadamente en la silla de respaldo duro y colocó el maletín en la mesa, delante de ella.

—¿Quiere una taza de té? —Traté de mantener un tono de voz uniforme a pesar de los latidos acelerados de mi corazón.

—Eso sería muy amable, gracias. ¿Tienes limón?

Miré inquisitivamente a Calum, quien todavía parecía en estado de shock y negó con la cabeza imperceptiblemente.

—Me temo que no —traduje—, ¿quiere leche?

—Solo está bien, gracias.

Después de preparar un poco de té, traté de parecer relajada y despreocupada mientras la doctora Patel permanecía sentada en silencio, sin duda analizándonos a los dos para algún trabajo de investigación que estaría escribiendo sobre familias disfuncionales.

—He traído los resultados del test que pasaste en la casa de la policía —dijo al fin.

Esta información agudizó mi interés y me olvidé por un momento de Abbey y de adónde podría haber ido. Me senté más recta, ansiosa por descubrir al menos algo sobre mis desaparecidos seis años y medio. Observé que abría el maletín y sacaba varias hojas. Me pregunté si estaba preparada para estudiar mi reacción a lo que estaba a punto de decirme y me insté a mantener una expresión neutral dijera lo que dijese.

—Me temo que los tests son bastante inconcluyentes.

Sentí que me quedaba boquiabierta. Fin de la expresión

inescrutable. Pero la doctora Patel continuó hablando.

—Los tests de sangre y orina no revelan presencia de drogas en tu organismo. Tu muestra de pelo también está limpia; no hay señales de uso de drogas en los últimos meses. —Hojeó los papeles, pero vaciló y miró a Calum—. ¿Hay algún sitio privado donde podamos discutir las cosas con más detalle?

Todavía era una huésped allí, una desconocida en esa casa, en las condiciones presentes. Calum pareció captar mis sensaciones y registró por fin lo que estaba pasando.

—Yo de todos modos iba a ir a trabajar. Deme un minuto para coger mi maletín y me marcharé.

Salió de la habitación y la doctora Patel bajó la voz.

—Tu examen no muestra signos de actividad sexual reciente, ni forzada ni consentida, así que suponemos que no te han retenido como alguna clase de esclava sexual. —Se inclinó hacia delante y me dio un golpecito en la mano.

Traté de no pestañear, mientras pensaba en lo afortunado que había sido que Matt se quedara en su lado de la cama la noche que había ido a recogerme al bar.

Calum pasó junto a la cocina con su maletín y murmuró algo respecto a verme después. La doctora esperó hasta que la puerta delantera se cerró tras él antes de continuar.

—Tus tests psicológicos eran interesantes —continuó la doctora Patel en esa voz precisa suya. Su inglés era perfecto; casi demasiado perfecto, en la forma de alguien que lo había aprendido sin la jerga, con las sílabas recortadas y ligeramente acentuadas—. La detective Smith y yo creemos que nos estás contando la verdad cuando dices que no tienes ni idea de dónde has estado. Queremos volver a enviar un equipo de rastreo al aeródromo. Dices que enterraste el paracaídas y el casco en una pequeña depresión cuando llegaste al suelo y estamos ansiosos por localizarlo. Tanto si hiciste ese salto hace seis años como si hace sólo unos días, el paracaídas nunca se localizó.

Fue una inyección de esperanza. Si encontraban el paracaídas donde lo había dejado el lunes por la noche, quizá podrían efectuar tests que mostraran que no llevaba allí más de seis años.

—¿Me avisarán en cuanto lo encuentren?

—Por supuesto, pero tienes que entender que es una posibilidad

remota. El aeródromo fue rastreado muy a conciencia durante la investigación original en dos mil dos.

Caí en la cuenta de que estaba sonriéndole. El hecho de que creyera al menos parte de mi historia me hizo sentir reivindicada. Quizá los concienzudos tests psicológicos habían valido la pena al fin y al cabo. Me recosté en mi silla.

—Entonces, ¿cuál es el siguiente paso?

—Esperamos los resultados de la búsqueda. Si no encontramos nada, tendremos que pensar en cerrar el caso. Lo siento. Es muy arriesgado incluso aprobar esta segunda búsqueda con sólo una mínima cantidad de indicios significativos.

—¿Indicios significativos? —repetí—. Pensaba que todos mis tests eran negativos...

—Han aflorado un par de anormalidades —explicó—. La muestra que tomamos de debajo de tus uñas contenía un rastro de tierra. Los tests han revelado que coincide con la tierra del aeródromo y los alrededores.

Recordaba que el viento me había tirado al suelo cuando aterricé, así que no me sorprendió oírlo.

—Eso por supuesto podría haberse recogido en cualquier momento. Lo que más nos interesó era el polen que encontramos en tu ropa, en tus calcetines para ser exactos.

La miré, recordando que en el momento de dejarme marchar no me habían devuelto los calcetines con el resto de mi ropa. Esperé, deseando que continuara.

—El polen era todo un enigma; su presencia enseguida interesó a nuestro equipo forense. Al parecer, había un tipo de hierba en concreto que era endémica del área de Kent hasta dos mil cuatro. Hace varios años, un laboratorio financiado por la Asociación Británica contra la Fiebre del Heno cruzó ciertas hierbas en un intento de combatir las alergias. Según tengo entendido, el periodo de polinización de hierbas diferentes se solapa, de manera que quienes sufren alergia están expuestos a diversos pólenes. Pero los investigadores estaban intentando aislar y alterar la composición genética de una hierba sospechosa en concreto que germinaba muy al principio de la temporada. Al parecer hicieron un buen trabajo. Las especies modificadas genéticamente se cruzaron con mucha rapidez y en dos mil cuatro habían eliminado la variedad original.

La cuestión es que la variedad original, que según los estudios científicos se extinguió por completo hace cuatro años, se encontró en grandes cantidades en el tejido de tus calcetines.

Soram Patel sorbió un traguito de té, y yo observé mientras se lo pasaba por la lengua como si disfrutara del gusto. Pero enseguida me di cuenta de que no estaba saboreando tanto el té como el siguiente elemento de información.

—Lo más extraño y lo que ha mantenido excitados toda la noche a los miembros de nuestro equipo forense es que las muestras de ese polen supuestamente extinto estaban tan frescas como si las hubieran recogido hace sólo unos días. Michaela, en los últimos días has estado en algún sitio donde todavía existe una bolsa de la variedad original. Si podemos encontrarlo, no sólo encontraremos probablemente el lugar donde te retuvieron, sino que los científicos agrarios estarán tan encantados como un arqueólogo que encontrara un mamut vivo paseando por el bosque, perfectamente sano y lanudo.

Debí de poner expresión de incredulidad.

—¿Todavía estamos hablando de una brizna de hierba?

La doctora Patel puso los ojos en blanco y se le escapó una risita.

—Debo confesar que estaba pensando de manera muy similar hasta que me lo explicaron todo.

—Caray. —Tomé un sorbo de té y sopesé las posibilidades—. ¿Cómo va a reconocer alguien esa hierba si la encuentra? ¿Toda la hierba no parece igual?

—Para nosotros quizá. Pero se tomarán muestras aleatorias y se analizarán en el laboratorio.

—Eso suena caro y con mucho consumo de tiempo.

La doctora Patel asintió.

—A menos que podamos reducir la búsqueda, por supuesto, y por eso esperaba que pudieras ser más específica con el área en la que te encontraste vagando... o sea, en la que aterrizaste. —Me miró cargada de esperanza—. La doctora Smith y yo estamos seguras de que han tenido que retenerte en algún lugar cercano al aeródromo. Necesito que describas exactamente lo que recuerdas.

Volví a dejar mi taza otra vez en la mesa y traté de pensar. El aeródromo había estado bañado en oscuridad cuando aterricé.

—Había árboles —dije de repente—. Árboles a mi derecha y

detrás de mí en la distancia. Por eso tomé la dirección que tomé. Sabía que no había árboles junto a los hangares.

La doctora Patel estaba asintiendo y tomando notas.

—Echaremos un vistazo a la hierba y haremos otra batida en el bosque. —Levantó la mirada y sonrió para animarme—. Descubriremos quién te hizo esto, Michaela. Descubriremos quién se llevó seis años de tu vida y te traumatizó para que lo bloquearas.

Capítulo 30

Lavé las tazas y pasé las siguientes dos horas limpiando la cocina.

Un trabajo manual que no requería pensar era justo lo que necesitaba. Pese a que Calum había ordenado la casa desde el día anterior, una capa de grasa cubría las superficies delanteras de los armarios, las baldosas y las paredes. Froté hasta el último centímetro de la cocina, limpié la nevera y estaba considerando concederme un bien merecido descanso cuando oí una llave en la puerta de la calle.

Me volví y encontré a Abbey de pie en el umbral sujetando una bolsa de comida para llevar de Tesco.

—Hemos pensado que tendrías hambre —dijo al pasar a mi lado para dejar la bolsa en la mesa.

Miré hacia la puerta.

—¿Hemos?

Kevin apareció desde el pasillo con dos bolsas más.

—Tenemos burritos de pollo y de verdura, sándwiches, Pringles y smoothies de fruta. —Dejó las bolsas al lado de Abbey y empezó a hurgar—. Bonitas manzanas de cultivo local... y montones de chocolate.

Llené la tetera y vi que los dos vaciaban el contenido de las bolsas sobre la mesa.

—Supongo que teníais hambre cuando comprasteis todo esto...

—Estábamos famélicos. —Kevin se sentó y estiró las piernas en la cocina—. ¿Cómo va, muñeca?

—Sólo llevo aquí una mañana —dije con una sonrisa—. He tenido una visita de la doctora Patel, la psicóloga de la policía. Me ha contado cosas interesantes.

—¿Sí? —se sentó un poco más recto, con el sándwich a medio

comer en la mano—. Yo también tengo un material bastante aleatorio para contarte.

Supuse que el uso del término «aleatorio» significaba fascinante o inusual, y le sonreí.

—No puedo esperar. —Volviéndome hacia Abbey le dediqué una expresión inquisitiva—. ¿Puedo preguntarte dónde has estado y cómo te has encontrado con Kevin? Estaba preocupada por ti después de que te fueras de esa manera. —Tuve que pararme para no añadir «y has inquietado a tu padre, que tenía una cita en el hospital después».

—A nadie le he importado nada durante los últimos seis años —dijo con mordacidad al servirse un burrito de verduras y frijoles—. No tienes que simular ahora que te importa.

—Abbs me llamó —explicó Kevin—. Le di mi número de móvil y le dije que llamara cuando quisiera. Parece que cuando quisiera llegó antes de lo que esperaba. —Le lanzó a Abbey una mirada de disculpa—. Estaba bastante disgustada, así que me la llevé un rato a casa.

—Dios, su casa es un asco —dijo Abbey con la boca llena de comida—. Apenas hay por dónde pasar entre ordenadores y pantallas de televisión y chismes raros. Está llena de cables y enchufes por todos lados.

Kevin lanzó una selección de comida hacia mí.

—Coge lo que quieras.

Elegí un burrito de pollo y di un bocado. Tuve la impresión de que había pasado toda una vida desde el desayuno que había compartido con Matt en el hotel. Todos masticamos en silencio y durante unos minutos el único sonido en la cocina fue el ruido de envases de plástico y el que producía Kevin al sorber un smoothie de frambuesa y grosella negra. Yo cogí una botella de smoothie y leí los ingredientes.

—Esto está muy bueno. ¿Desde cuándo existe? Quizá no era muy aventurera, pero el único smoothie que había tomado antes era algo que hacía con leche en mi batidora.

Abbey me miró, anonadada.

—No sé si creerte o no. Dios, hablas como si hubieras estado seis años en otro planeta.

—No es la única que ha vuelto —dijo Kevin, salpicando la mesa

con gotas de crema agria y trozos de Pringles al hablar—. Eso es lo que quería contaros. He estado escuchando las noticias en la furgoneta, un tipo de la Real Sociedad Protectora de las Aves estaba diciendo que había aparecido una manada de golondrinas en Londres después de que su número declinara misteriosamente en dos mil dos. No es la época del año en que llegan, por supuesto, deberían dirigirse al sur para pasar el invierno.

Recordé inmediatamente la ventolera que me había impactado durante el salto. Todos los animales pequeños que hubieran estado en el aire en ese momento se habrían desviado mucho de dirección.

—Varias especies de abejas también han reaparecido, y eso que los expertos pensaban que su número había declinado misteriosamente. —Se metió otro puñado de Pringles en la boca y su voz salió ahogada mientras masticaba.

—Quizá los pilló el mismo viento extraño que encontré yo durante el salto —murmuré en voz alta, tratando de no hacer caso de su repugnante manera de comer—. Era como estar en el centro de un tornado.

—Hummm —murmuró Kevin—. El problema es que el clima era perfectamente apacible ese día y el aire estaba en calma. No sé por qué ibas a encontrarte nada más que una brisa ligera. Cuanto más me hablas de lo que experimentaste, más inclinado estoy a reafirmar la posibilidad de la teoría de una abducción extraterrestre.

Abbey resopló, pero entonces su rostro se iluminó visiblemente.

—Podría intentar preguntárselo a las cartas.

—¿Preguntarles qué, exactamente? —Kevin mordió una manzana y continuó con voz ahogada—: Si puedes descubrir dónde estuvo Michaela con un mazo de cartas, podrías haber preguntado por ella a tus amigos del tarot hace mucho.

—He de hacer una pregunta específica —explicó Abbey, dedicándole una mirada fulminante—, no puedo limitarme a decir: ¿dónde está Kaela? Las cartas sólo pueden mostrarte una respuesta planteada de manera adecuada. —Pensó un momento—. Antes de que nos metamos en la historia de Kaela de que no sabe dónde ha estado en los últimos seis años, podría hacer una tirada sobre su pasado, presente y futuro. —Me miró fijamente—. Las cartas son increíblemente precisas con esa clase de cosas.

Asentí, ansiosa por probarle a Abbey que estaba diciendo la verdad, pero miré el reloj. Eran las dos en punto. La cita de Calum no era hasta las tres y media, así que tardaría una eternidad en volver a casa. Abbey pareció leerme la mente. Las dos sabíamos que a su padre no le haría gracia la lectura del tarot.

—¿Adónde ha ido papá, por cierto?

—Ha dicho que tenía que hacer unos recados.

—Está trabajando.

—Sí, eso creo.

Dejó los restos de su burrito en un envoltorio de plástico transparente.

—Estaba muy cabreado esta mañana, ¿no?

—Más preocupado que cabreado —dije con suavidad—. Se preocupa por ti, Abbey. Sé que crees que no le importas, pero la verdad es que te quiere mucho, y tú no has tenido mucho tacto al darle la noticia de que no ibas a la escuela.

—Lo sé. Supongo que me he pasado un poco. —Se levantó para ir a por las cartas.

Las sacó de una bolsita de terciopelo negro y empezó a barajarlas mientras yo retiraba los residuos de nuestra comida. Cuando la mesa estuvo despejada, Abbey me dio el mazo y me pidió que cortara. Kevin y yo observamos cómo después ella extendía cuidadosamente las siete cartas superiores boca abajo, en forma de triángulo.

—Ésta es la tirada en herradura —nos contó con voz suave mientras se concentraba en las cartas. Tocó la carta de la parte inferior izquierda del triángulo—. Ésta es la carta número uno y representa tu pasado.

Descubrí que estaba conteniendo el aliento cuando le dio la vuelta. La carta tenía un dibujo de tres estrellas de cinco puntas encerradas dentro de circunferencias.

—¿Qué significa?

—Es el tres de pentáculos. Representa el uso de tu capacidad y tu talento para lograr una elevada posición en tu puesto de trabajo, y se atribuye a tu buena posición económica. Esta carta indica que tu éxito probablemente provocaba que tus compañeros de trabajo con menos talento tuvieran envidia de ti.

Pensé en mi carrera en Wayfarers y en cómo había tratado de

conseguir un ascenso mientras que Ingrid se desesperaba por la seguridad doméstica. El día anterior me había dicho que me odiaba y me pregunté si la envidia había tenido algo que ver con eso.

—Los pentáculos también son conocidos en ocasiones como discos o monedas y serían los oros de la baraja española o los diamantes en un mazo de naipes normal. Se relacionan con el elemento Tierra. Es un palo muy femenino, y eso es perfecto para ti, Kaela, porque muestra la influencia de los signos de tierra Tauro, Capricornio y Virgo. El tres de pentáculos también puede representar un traslado de casa, y eso fue lo que hiciste cuando te marchaste de casa de tus padres y viniste aquí con papá y conmigo.

Asentí.

—Considerando que podría haber salido cualquier carta, supongo que es una descripción bastante precisa de mi pasado.

Abbey puso la mano sobre la segunda carta, que estaba encima de la primera.

—Ésta es la carta que representa el presente. —Abbey giró la carta y respiró al mirarla.

—¿Qué? —descubrí que estaba muy ansiosa.

De alguna manera, sentada en la cocina observando la expresión seria y de absoluta concentración de Abbey descubrí que su mundo me había absorbido y estaba al borde de mi asiento.

—Éste es el as de espadas. Es una carta enérgica que indica el inicio de una fuerza imparable.

Pensé de inmediato en el extraño viento que me había empujado y me había hecho girar durante el salto. Sin duda la doctora Patel y la detective Smith dirían que la fuerza imparable había empezado cuando alguien me había secuestrado contra mi voluntad. Tragué saliva y traté de contener mi imaginación.

—¿Es tan mala?

Abbey apartó los ojos de la carta y me miró.

—Las espadas son un palo fuerte. En la baraja francesa serían picas, que es la palabra italiana. El palo se relaciona con el elemento aire y tiene que ver con conflictos, problemas y actividad mental.

—Astrológicamente, las espadas están bajo la influencia de Géminis, Acuario y Libra —intervino Kevin.

Abbey y yo lo miramos sorprendidos.

Kevin sonrió.

—Hice un poco de investigación sobre las cartas del tarot después de llegar a casa anoche.

—Entonces sabrás —continuó Abbey— que, igual que con todas las cartas de espadas, hay conflictos y batallas duras por librar. —Volvió su atención a mí—. No obstante, con el as significa que con tu coraje e intelecto, Kaela, nada se interpondrá en tu camino durante mucho tiempo.

—Así pues, es una buena carta —pregunté, exhalando un suspiro de alivio.

—Esta carta es tu presente, lo estás viviendo ahora. Sólo tú puedes decir si está bien o no.

En realidad no tenía mucha elección.

—Estoy aprendiendo a vivir con ello —admití—. Hasta ahora las cartas no han ido del todo mal.

—Eso es sin las influencias ocultas —me advirtió Abbey al girar la siguiente carta—. Esta tercera carta representa influencias escondidas que podrían impedir que alcanzaras tu objetivo.

Miré la imagen del naipe. Siete copas contra un fondo azul pálido en dos filas de tres con una sola copa abajo.

—Esto es el siete de copas. En un mazo francés el palo de copas son los corazones, asociados a las emociones. —Miró a Kevin como si esperara que él lo explicara.

—Las copas están gobernadas por el elemento Agua y están relacionadas con los signos astrológicos de Escorpio, Piscis y Cáncer —citó con una floritura.

Abbey le sonrió y yo deseé que continuara con la lectura. Estaba ansiosa por saber el resto.

—La clave aquí son las elecciones. El siete de copas indica que debes tomar una decisión importante.

Pensé inmediatamente en la decisión que estaba tomando al quedarme ahí con Abbey y Calum. Quizá no era demasiado tarde para cambiar de idea.

—¿Dice qué elección debería tomar?

Abbey negó con la cabeza.

—La elección depende de ti, pero las cartas te advierten que tomes la decisión con cuidado, porque no todo es como parece. Las influencias ocultas son los diferentes caminos que se te abren, pero

tienes que desarrollar la intuición para saber cuál tomar.

—Así que hay una fuerza imparable en marcha, pero sólo lograré el éxito si tomo la decisión adecuada.

Abbey asintió.

—Exactamente.

Señalé la cuarta carta, la que coronaba el vértice del triángulo.

—¿Qué significa?

—Ah. —Respiró Abbey—. Ésta es la carta que representa obstáculos que debes superar.

Abbey volvió la carta lentamente, casi de un modo reverencial, y me di cuenta de que yo estaba conteniendo el aliento. Se reveló una carta con la imagen de un hombre colgado boca abajo por un pie del cadalso. Al mirar sentí que un escalofrío me calaba los huesos.

Capítulo 31

—Esto no pinta muy bien —observó Kevin, casi con regocijo.

Abbey estaba arrugando el entrecejo.

—No es tan malo como parece. El hombre colgado representa una pausa temporal en tu vida. Significa que tienes que dejarte llevar, aprender con paciencia y aceptar los cambios que están ocurriendo. Tendrás que sacrificar algo para poder ganar otra cosa.

Dejé escapar el aire lentamente y pensé en Calum y en los cambios que tendría que hacer si volvía a vivir en esa casa de manera permanente, en el sacrificio de renunciar a Matt y al futuro que me ofrecía.

—La carta puede significar enfermedad, ¿no? —preguntó Kevin.

Sentí que mi corazón daba un vuelco, como si me hubieran pillado pensando en voz alta.

Abbey negó con la cabeza.

—Sólo en algunos casos. No veo enfermedad para Kaela, sólo una sensación de incertidumbre y de que está caminando por la cuerda floja por los sucesos que la rodean.

Sentí las palmas sudorosas y me las froté en los tejanos. Estaba empezando a sentirme incómoda con la forma en que se destapaban las cartas.

—No estoy segura de querer continuar con esto —susurré con voz ronca—. Hasta ahora hemos cubierto mucho de lo que ya ha ocurrido. No sé si quiero mirar más lejos. Quizá no es una buena idea saber lo que nos depara el futuro.

—¡Ahora no puedes parar! La siguiente carta describe las actitudes de personas que te rodean —gritó Abbey.

Recordé de repente que, aunque hasta el momento había estado leyéndome las cartas de una manera calmada y profesional, todavía era una adolescente con mucho temperamento y poca paciencia.

—Está aquí delante para que la mires —dijo—. ¿Quieres que la gire o qué?

Contemplé el dorso de la carta y a continuación las miradas expectantes de Abbey y Kevin.

—Oh, de acuerdo, supongo que no puede hacer ningún daño.

Sentí que me ruborizaba cuando Abbey le daba la vuelta; era otra vez una carta de espadas: el presagio de batallas y conflictos.

—Oh, no.

—No pasa nada —aseguró Abbey enseguida—. El dos de espadas está bien. Describe el equilibrio y la amistad en un momento de adversidad. El dos de espadas significa que tienes un aliado en el que puedes confiar. —Arrugó el entrecejo al concentrarse en la carta que tenía delante—. Esta carta hace hincapié en lo que las cartas anteriores ya nos han dicho; que has de tomar una decisión, pero no hay pistas de qué dirección tomar. El aspecto de equilibrio está entre dos oponentes iguales. Originalmente esto tendría el significado de un duelo de espadas.

Imaginé a Matt y a Calum librando un duelo en la calle. Una vez más, la precisión conmovedora de las cartas me estaba preocupando.

—¿Puedo girar la siguiente carta?

Ya no tenía sentido detenerme en ese momento.

—Adelante, pues.

—Esta carta es la que te dirá lo que deberías hacer.

«Por fin una ayuda», pensé. Observé mientras Abbey giraba la carta. La carta parecía mostrar un dibujo de una cerca de postes.

—Bastos —Abbey respiró al mirar la carta—, el nueve de bastos.

—Dime —yo estaba cada vez más impaciente—, ¿qué significa?

—Los bastos pertenecen al elemento Fuego y están relacionados con la creatividad, el trabajo, el crecimiento y la empresa. Los signos del zodiaco con los que están relacionados son Aries, Sagitario y Leo.

—Sí, sí, pero ¿qué significa en realidad?

—Significa resistencia. Es una carta tranquilizadora ahora, porque significa confianza en uno mismo, estabilidad y fuerza. Esta carta nos cuenta que tienes en tu interior todo lo que necesitas para que te vaya bien, Kaela. Te está diciendo que seas paciente y permanezcas alerta.

Gruñí.

—Es todo muy críptico. La lectura parecía tener sentido al principio, pero ahora sólo me está confundiendo. —Toqué la última carta con el dedo—. Miremos la última carta, pues.

—Oh, ésta es buena para terminar —dijo Abbey con alivio al girar la séptima carta—. Esta carta representa el resultado final de tu vida. Es el diez de copas. Es la carta del «y comieron perdices».

Recogió el mazo y me sonrió.

—Era la mejor carta que podía salirte.

Pero al levantar la baraja, una única carta escapó del mazo y cayó boca arriba encima de la afortunada tirada en herradura de Abbey. Kevin, Abbey y yo la miramos. La carta mostraba un esqueleto humano a lomos de un caballo, blandiendo en alto una guadaña. E impresa en claras letras debajo del jinete espectral había una única palabra: «Muerte.»

—Joder —murmuró, recogiendo rápidamente la carta como si fuera un niño malo que aparece cuando no es debido y guardándola de nuevo en medio del mazo—, esto sí que no es un buen augurio.

A juzgar por las expresiones en las caras de Abbey y Kevin, todos oímos al mismo tiempo que la puerta se abría y yo miré con sorpresa mi reloj de pulsera. ¿Cómo era posible que ya fueran las cinco?

Kevin se levantó apresuradamente al tiempo que Calum entraba en la sala con aspecto más cansado y agotado que el que había tenido esa misma mañana. Los dos hombres se miraron.

—Hola, Calum —dijo Kevin, demasiado inocentemente.

Miré con inquietud mientras los ojos de Calum se entrecerraban.

—¿Qué estás haciendo en mi casa?

—He traído a tu hija —explicó Kevin—. Estaba bastante nerviosa esta mañana.

—Pensaba que ya no iba a volver a veros ni a ti ni a tu amigo el instructor de paracaidismo. —Dio la espalda a Kevin como si no le interesara su presencia en la habitación y me miró acusadoramente —. Nunca me había fiado de esos amigos tuyos de Wayfarers. Junto con Matt Treguier fueron los últimos que te vieron hace seis años en circunstancias extrañas y ahora parece que, según la policía, el instructor fue el primero que te encontró otra vez. Hasta que sepamos a ciencia cierta lo que ocurrió, preferiría que no tuvieran

nada que ver contigo ni con mi hija.

—Dios mío, papá, sólo estaba tratando de ayudar —soltó Abbey —. Al menos estaba ahí cuando necesitaba hablar con alguien.

—¿De qué lo conoces?

Abbey me miró con incertidumbre.

—Matt y Kevin me recogieron de la comisaría —dije con rapidez —. Si lo recuerdas, me dijiste que no querías que volviera y no tenía adónde ir. Me llevaron a Brighton a ver a Ingrid; pensaba que podría quedarme con ella.

—Sí, pero ¿cómo se vio implicada mi hija?

—Fui a ver a Susan —explicó Abbey—. Sabía que Kaela aparecería antes o después a ver a su madre. Cuando lo hizo le rogué que me dejara ir con ellos a encontrar a la vieja amiga de Kaela.

Calum se hundió en la silla y se sujetó la cabeza con las manos.

—No se me ocurrió preguntar cómo tú y Abigail terminasteis ayer en Brighton. Nunca se me ocurrió que estuvierais con ellos...

—Creo que será mejor que me vaya. —Kevin ya se estaba dirigiendo a la puerta. Me miró de manera significativa—. Estaremos en contacto.

—Gracias, Kevin. Y gracias por la comida.

—Todo en un día de trabajo, cielo.

La cabeza de Calum se levantó al oír la familiaridad en las palabras de Kevin, pero éste ya estaba saliendo de la casa. Calum fijó sus ojos llorosos en Abbey.

—Creo que tenemos que hablar.

—Puede que tú necesites hablar, pero yo no quiero escucharlo.

Y dicho eso cogió su bolsa de terciopelo para los naipes y se marchó.

Estiré el brazo y puse mi mano sobre la de Calum.

—Debes decirle que estás enfermo. Ella no entiende...

—Me odia —dijo Calum con un gruñido—. Sólo quiero protegerla, pero no consigo comunicarme con ella.

—Dale tiempo. Hablaré con ella mañana. —Miré las líneas grabadas en su cara y sentí una punzada de preocupación—. ¿Cómo ha ido en el hospital?

—He visto al médico. Dice que el tumor no se está retrayendo tanto como le gustaría. Quiere que me extirpen la próstata mientras

el cáncer está localizado.

—¿Lo vas a considerar?

Calum levantó su otra mano y la puso sobre la mía, acariciándome suavemente la piel con el pulgar.

—¿Te vas a quedar definitivamente?

Pensé en las cartas del tarot y en cómo la elección seguía allí, esperando a que me decidiera. Miré a los ojos de Calum y me encontré asintiendo.

—Sí, me quedaré si estás seguro de que es eso lo que quieres.

Calum me apretó más fuerte la mano y exhaló un largo suspiro de alivio.

—Tú eres lo que quiero. ¿Cómo iba a querer nunca nada más? Kaela, creo que acabas de salvarme la vida.

El resto de la tarde pasó en un abrir y cerrar de ojos. Calum me enseñó el desván, que tenía aspecto de no haber visto la luz del día durante varios años. Estaba lleno de polvo y telarañas, pero la cama se veía sólida y Calum parecía exhausto, así que, después de coger una colcha y apresurarme a meter una sábana bajera, volví para preparar una cena con los restos que había en la nevera.

Abbey se negó a comer con nosotros, pero se llevó la comida a la sala en una bandeja. Se tumbó delante del televisor y me fijé en que sólo picoteaba de mala gana. Una vez que Calum se fue a dormir, me senté a ver un rato la tele en el pequeño aparato de la cocina recién limpiada. Estaba a punto de subir a ordenar el desván cuando sonó el timbre.

Me apresuré a ir a abrir antes de que el ruido molestara a Calum, y me encontré cara a cara con tres adolescentes: dos chicos y una chica. La chica se había teñido el pelo de un modo muy parecido al de Abbey y los dos jóvenes lucían numerosos piercings y tatuajes. Llevaban una abultada mochila y no pude evitar preguntarme qué contendría.

—¿Abbs está en casa?

—Iré a buscarla.

Al darme la vuelta me di cuenta de que el trío me había seguido al interior de la casa y tenía a los tres jóvenes pegados a mis talones en el pasillo. Tuve el instinto de encararme con ellos, pero Abbey me salvó de la posible confrontación al aparecer en el pequeño pasillo.

—Oh, hola, Cat. Oggs, Rumps... —Abbey se volvió hacia mí—. Ella es Catrina, mi mejor amiga. —Hizo un gesto para señalar a la chica—. Y ellos son Oggs y Rumps.

—Me alegro de conoceros a todos —dije de un modo más alegre de lo que pretendía. Me volví hacia Abbey—. No haréis mucho ruido, ¿eh? Tu padre se ha ido a acostar.

Abbey arrugó el entrecejo.

—Es un poco temprano, ¿no?

—No se encuentra bien.

—Oh. —Pareció digerir este elemento de información, luego se encogió de hombros y sonrió a sus amigos—. Estaremos callados como ratones, ¿a que sí?

Los otros rieron.

Durante las siguientes dos horas el ruido en la sala fue escalando gradualmente hasta hacerse insoportable. A las once y media, la tele y el ordenador parecían estar encendidos al mismo tiempo a todo volumen, atronando un ruido ininteligible que no se parecía a nada que hubiera oído en el pasado. Yo ya tenía la cabeza como un bombo. Me asomé al salón para pedirles que bajaran un poco el volumen y me encontré a Oggs de pie en el sofá, borracho, gritando y agitando una cerveza. Cat y Rumps estaban tirados en el suelo en un lío de miembros enredados. Abbey me miró con ojos nublados y pupilas dilatadas y me dijo con voz de borracha que me fuera a la mierda.

—No creo —le dije, enfureciéndome ligeramente y pensando en Calum, que estaba tratando de dormir en la habitación de arriba. Me mantuve firme—. Creo que deberías pedir a tus amigos que se vayan ahora.

Abbey me fulminó con la mirada.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer. No eres mi madre, joder.

—No, pero estoy aquí porque tú lo has querido. Tu padre no se encuentra bien y yo estoy cansada y quiero irme a la cama. No es un buen momento, Abbey, y te agradecería que acompañaras a tus amigos a la puerta ahora.

—Yo ya no soy una niña, haré lo que quiera...

Suspirando, me acerqué a la tele y la apagué. Hice lo mismo con el ordenador y me volví hacia Abbey.

—Tienes razón, ya no eres una niña, así que deja de comportarte como si lo fueras. Hay mucho en juego ahora y en ocasiones has de tener en consideración a otras personas. —Sonreí dulcemente a los tres jóvenes, que me miraban boquiabiertos en el silencio repentino —. Me alegro mucho de conoceros a todos, pero os agradecería que os fuerais ahora.

Los tres miraron a Abbey, que estaba mirándose los pies.

—Creo que es mejor que os vayáis —dijo con resentimiento.

Después de que se fueran, volví a la sala y me encontré a Abbey tumbada en el sofá, mirando al techo con aire taciturno. Me sorprendió lo diferente que era de la chica que de manera tan competente y coherente me había leído las cartas esa misma tarde.

—Me has hecho quedar como una idiota delante de mis amigos —se quejó.

—No, Abbey —repliqué cansada, al tiempo que me frotaba las sienes doloridas—. Eso lo has hecho tú sola.

»Apaga las luces antes de acostarte —dije por encima del hombro al subir las escaleras al desván.

Di un gran bostezo, levanté la gruesa colcha y me metí debajo de ella. Mi agotamiento se debía a la preocupación por la enfermedad de Calum, a la inquietud por la conducta de Abbey y a una duda inquietante sobre si había tomado la decisión correcta al convertirme en parte de esa familia.

Capítulo 32

Pensaba que el sueño me vencería en cuanto apoyara la cabeza en la almohada, pero la extrañeza del entorno impidió que mi cerebro desconectara durante un rato. En el desván flotaba un olor rancio y húmedo que se me antojaba extraño y familiar al mismo tiempo. Temblé bajo la colcha, preguntándome si era posible que Calum me hubiera mantenido prisionera en esa habitación sin que se enterara ni siquiera su hija. Había visto un par de cajas de embalaje antes de apagar la luz y en ese momento las imaginé llenas con todas las cosas que yo habría necesitado durante seis años y medio: ropa, artículos de aseo, quizás incluso algunos libros.

«Basta —me dije con fuerza al tiempo que ahuecaba la almohada y me acurrucaba de lado—. Primero sospechas de Matt y Kevin y ahora dejas que las teorías de la detective Smith y la doctora Patel campen a sus anchas en tu imaginación. Vete a dormir, Michaela Anderson, las cosas tendrán mejor aspecto por la mañana.»

Me desperté en plena noche. Había alguien conmigo en la habitación, estaba segura.

Exhalé una respiración somera, aguzando el oído, tratando de captar el sonido de una pisada ahogada en la moqueta raída. Escruté la oscuridad a través de unos ojos cargados de temor; mis dedos se aferraron al edredón acolchado en la noche gélida, como si las plumas suaves pudieran ofrecerme cierta protección.

La luna asomó desde detrás de una nube. Atisbé la tenue luz plateada que se filtraba a través de los bordes de la persiana del tragaluz, y en esa luz vi a una mujer vestida de gris y aparentemente observándome con tanta intensidad como yo la observaba a ella. La intrusa se movió hacia mí y ahogué un grito. Algo me decía que cualquier sonido la sobresaltaría y mi instinto

me alentó a mantenerme muy, muy callada.

Ella se movió hacia la cama y yo contuve el aliento, pero no iba a por mí. Mis pupilas la siguieron cuando se inclinó para pasar una mano titubeante sobre algo situado en el rincón del desván.

Me iban a estallar los pulmones, sabía que iba a tener que soltar aire en algún momento, y cuando espiré ella se volvió hacia mí otra vez y habló en voz tan baja que apenas pude oírla.

—Debes terminar esto por mí, Kaela... Debes terminarlo por nosotras.

¿Había dicho mi nombre o había sido el sonido de mi propia respiración escapando de mis labios? No estaba segura. Sin embargo, al mirar hacia el rincón del desván, me di cuenta de que ya no estaba allí, y envalentonada por su repentina partida me estiré con dedos temblorosos, palpé con cuidado la lámpara de la mesilla y la encendí deprisa. Miré a mi alrededor, parpadeando por el instantáneo brillo amarillo y esperando ver Dios sabe qué, pero en la estancia sólo había una pila de cajas de embalar polvorientas, una vieja máquina de coser, varios recipientes de plástico y un viejo caballito balancín con la crin rota.

—Idiota —me dije.

No había habido nadie allí, me lo había imaginado todo. Tomé un trago de agua del vaso que tenía junto a mi cama y eché un último vistazo al desván antes de apagar la luz y cubrirme la cabeza con la colcha. Quería que llegara el sueño o que rompiera el alba —lo que llegara antes— para rescatarme de mis demonios.

Con la mañana vino el inquietante recuerdo del sueño. Bostezando y estirándome, eché un vistazo a la pequeña estancia que iba a ser mi hogar en el futuro inmediato. Tenía sed y me había terminado el vaso de agua, pero en lo único en lo que podía pensar era en mi visitante nocturna. ¿Había sido un sueño, o alguien había estado en la habitación conmigo?

Bajé de la cama y caminé descalza por la moqueta raída, que parecía tan vieja como la casa misma. Subí la persiana y la luz del sol entró en oblicuo en la pequeña estancia, iluminando la vieja máquina de coser como una flecha que indica el camino. ¿Era eso lo que la figura había estado tocando? La capa de polvo que la coronaba estaba tal cual; ninguna mano humana la había tocado por la noche. ¿Qué más podía haber sido? Me reprendí por mi

estupidez y ya estaba a punto de volverme cuando vi que la caja de madera sobre la que se alzaba la máquina de coser se hallaba ligeramente abierta. Al mirar por el agujero vi lo que parecía un fardo de mantas.

Me recorrió un escalofrío. ¿Qué había en la caja? Respiré hondo y tiré con fuerza de la tela para sacarla. En mis brazos tenía lo que me pareció una colcha. La miré, en parte decepcionada y en parte intrigada. Más que nada me sentía aliviada de que la caja no contuviera una colección de mis posesiones desaparecidas.

Agité la colcha sobre la cama y extendí la delicada tela encima del edredón. Era hermosa. Triángulos, diamantes y hexágonos cuidadosamente trabajados de una miríada de telas creaban un patchwork de cuadrados cosidos con gran esmero para formar una colcha de retazos grande y de exquisita factura. Al pasar ligeramente los dedos por cada cuadrado me di cuenta de que reconocía algunos de los trozos de tela. Había un patrón que usaba fragmentos de un vestido que Abbey llevaba en una foto tomada cuando era un bebé; otro estaba hecho de su viejo uniforme escolar, y aún había otro hecho de una falda con motivos de flores que yo había encontrado en cierta ocasión en el fondo de su armario. La colcha era predominantemente rosa y crema, pero se habían cosido otras telas más coloridas al conjunto. A mi entender, todos y cada uno de los fragmentos habían sido guardados de diversas etapas de los primeros ocho años y medio de la vida de Abbey.

Pero no estaba acabada. Había bordes recortados que colgaban abiertos donde presumiblemente había que fijar nuevas piezas. Pasé los dedos por la colcha, preguntándome quién la había hecho.

Entonces recordé la voz en mi sueño: «Has de terminar esto por mí, Kaela; has de terminarlo por nosotras...»

Y entonces comprendí con súbita e inexplicable claridad que tenía que ser un regalo muy especial que Grace había estado preparando para Abbey. Quizá no había podido completarlo a causa del accidente. Y en ese momento, sentí que en cierto modo mi labor era acabarlo por ella... Esa colcha de retazos podía ser una oferta conjunta de amor de la madre de Abbey y de mí.

Por si todo no fuera ya bastante extraño, pensé con una sonrisa mientras cogía la colcha y me la acercaba a la mejilla, inhalando el perfume antiguo de una mujer muerta. Sabía que estaba siendo

extravagante al pensar que Grace me había pedido que hiciera eso por Abbey, pero gran parte de la vida a la que había regresado estaba hecha añicos por mi extraña ausencia. Tal vez me hallaba ante una oportunidad de reparar algún pequeño detalle.

Reí brevemente por la locura de todo ello. Bueno, si hacía falta eso para curar las heridas de Abbey, me dije, haría todo lo posible.

La casa estaba en silencio cuando bajé la escalera y recorrí el estrecho pasillo hasta el lavabo. Calum y Abbey obviamente estaban durmiendo, así que decidí aprovechar el interludio para darme una larga ducha caliente. Me quedé bajo el chorro tonificante de la ducha durante bastante rato, examinando en mi cabeza todo lo que había ocurrido, tratando de dar sentido a las piezas. Mi vida se había convertido en un puzle gigante y, mientras finas gotas de agua caían en mi cara inclinada hacia arriba, pensé que no era de extrañar que hubiera soñado con Grace. Imaginé la foto de la caja del puzle, en la que aparecía una imagen de mí misma rodeada por figuras sombrías: Calum, Matt, Kevin y Abbey, mi madre y mi padre, y una gris aparición con los rasgos oscurecidos. En torno a nuestras cabezas, en los bordes de la imagen, había pájaros que regresaban de una misteriosa ausencia de seis años y a nuestros pies un extraño círculo de hierbas que se suponía extinguidas. Todas las piezas estaban allí; las cartas de Abbey habían señalado mi capacidad para elegir la forma de montar el puzle y en el ojo de mi mente sostenía una colcha rosa y crema con un solo corazón bordado en el centro.

Estaba desayunando en la mesa de la cocina cuando Calum asomó la cabeza por la puerta, sonrió y se acercó para colocarse a mi lado.

—¿Qué tal has dormido?

—La verdad es que la cama era muy cómoda —le conté—. Creo que pasaré la aspiradora por el desván hoy.

—Buena idea, hay mucho polvo. Hace años que no duermo allí.

Miré las bolsas oscuras bajo sus ojos y me di cuenta de que, a pesar de su barniz de jovialidad, probablemente no se sentía bien.

—¿Cómo te encuentras?

Se encogió de hombros.

—La radioterapia me deja cansado, pero he estado despierto en la cama un buen rato, pensando... bueno, esas cosas que piensas en

plena noche.

—¿Has llegado a alguna conclusión?

—La verdad es que no. Estaba pensando sobre todo en lo feliz que soy de que hayas decidido volver con nosotros. —Me sonrió con timidez—. No sé cómo ni por qué ha ocurrido esto, Michaela, pero sé que parece que tu sitio está aquí con Abigail y conmigo.

Nos miramos durante un momento y me di cuenta de que estaba sonriéndole.

—Yo también me alegro de estar con vosotros, aunque no creo que Abbey me dé el premio de madrastra de la semana. Anoche pedí a sus amigos que se marcharan y no parecía complacida conmigo.

—Pensé que todo quedó gloriosamente en silencio bastante de repente —dijo, sirviéndose un poco de muesli.

Yo le pasé el cartón de leche y él se la echó en el cuenco.

—¿Sabes? —dijo—, me parece que tengo hambre de verdad por primera vez en varios meses.

—Parece que has perdido peso. Vamos a tener que engordarte. Creo que iré a comprar más tarde.

Calum asintió, obviamente complacido de que fuera a cuidar de él.

—Dejaré algo de dinero. —Inclinó la cabeza a un lado—. ¿Estás bien de ropa y eso?

—Tengo unas cuantas cosas para ir tirando —le dije, pensando con sentimiento de culpa en los tejanos y la camiseta nuevos que me había puesto esa mañana y en cómo había pasado las manos con nostalgia sobre las prendas que había elegido Matt antes de ponérmelas—. Y el lunes por la mañana voy a volver a visitar al abogado para ver si puedo acceder a mis cuentas de ahorro.

—Coge lo que necesites y lo arreglaremos la semana que viene. —Calum sacó varios billetes de la cartera y los dejó en la mesa al terminar su desayuno—. Voy a trabajar un par de horas esta mañana.

—¿Vas a continuar con la radioterapia después?

—Me han programado varias sesiones, pero le diré al médico que estoy listo para esa operación y a ver qué dice.

Asentí.

—Te veré más tarde entonces, espero que vaya bien.

Le di un beso de despedida a Calum en la puerta y nos imaginé como una vieja pareja casada al despedirlo. Abbey obviamente continuaba durmiendo y decidí no despertarla. Tenía muchas cosas en qué pensar: solucionar mi situación económica con el abogado, buscar un nuevo empleo y entretanto averiguar cómo continuar el trabajo que Grace había empezado con la colcha.

Estaba sacando trapos del polvo y aerosoles de limpieza de debajo del fregadero cuando sonó el timbre. Hice una pausa delante del armario abierto, preguntándome quién demonios sería. Seguramente no sería la policía otra vez. Me pregunté si habrían encontrado el paracaídas.

El timbre sonó de nuevo, esta vez de un modo más continuado e insistente, como si alguien hubiera dejado el dedo apretando el botón. Con una caja de abrillantador y un trapo todavía en la mano corrí a la puerta de la calle y la abrí.

Y allí delante estaba Ingrid.

Capítulo 33

La Ingrid que estaba de pie ante mí era todo cabello rubio alborotado y rasgos cansados, con la pequeña figura de su hijo a su lado. Me di cuenta de que la estaba mirando con asombro, preguntándome qué demonios estaba haciendo ahí.

Ingrid me sonrió con frialdad.

—Hola, Michaela. Esperaba encontrarte aquí. ¿Puedo entrar?

—¡Ingrid!

—Pensaba que podría encontrarte con Calum, jugando a la familia feliz —comentó Ingrid—. Bueno, ¿vas a dejarnos aquí plantados todo el día?

Para mi vergüenza, descubrí que quería cerrarle la puerta en las narices a Ingrid. Había cierto nerviosismo en ella, como si fuera heraldo de malas noticias.

El día, que hasta entonces había sido ligeramente soleado y agradable, se nubló, dejando caer un velo gris sobre todas las cosas. Miré al niño, que se abrazaba contra su madre en el momento en que una ráfaga de viento gélido le alborotaba el pelo castaño claro y levantaba la manta sucia que sostenía.

Forcé una sonrisa y me aparté para dejarles pasar.

—Adelante. Me temo que la casa está todavía un poco desordenada.

Ingrid pasó a mi lado con todo el aplomo de alguien familiarizado con el lugar. Me recordé que había estado allí muchas veces años atrás al seguirla más despacio, preguntándome a qué había venido.

Se sentó en el sofá, soltando una mochila pequeña en el suelo y dejando a Tristan de pie a su lado. La expresión del niño era cauta y vigilante.

Deposité los materiales de limpieza en el alféizar, detrás de mí, y

sonreí a Tristan.

—¿Te apetece un poco de naranjada o coca-cola?

—La cola lo pone hiperactivo —me advirtió Ingrid—. Prefiere grosella negra, pero la naranjada está bien.

—¿Quieres un café? —le pregunté.

Ingrid negó con la cabeza.

—No te preocupes por mí, no puedo quedarme mucho. Tengo que pedirte un favor.

Apoyé una mano encima del televisor y la miré con aprensión. Sólo veinticuatro horas antes había afirmado que nuestra amistad había concluido. De hecho, había llegado hasta el extremo de decir que nunca había sido amiga mía. Y allí estaba, en la sala de la casa de Calum, pidiéndome un favor. Decidí ir al grano.

—¿Qué quieres, Ing?

—He tenido una oferta de empleo, algo que podría cambiar mi vida. He de ir hoy a una entrevista de trabajo; podría tardar todo el día, y no puedo llevármelo conmigo.

Hizo un gesto hacia Tristan, que mantenía la mirada baja y no dejaba de toquetear el ribete de seda de la manta, buscando tranquilizarse.

—¿Me estás diciendo que quieres dejármelo? —No pude evitar que mi voz trasluciera sorpresa—. Pero si ni siquiera me conoce.

—Es sólo durante el día, y sé que se te dan bien los niños. No olvides que te vi con Abigail cuando era pequeña y sé que te las arreglas.

Pensé en mis planes de limpiar el desván e ir al pueblo vecino de Dorking más tarde a buscar un libro para hacer colchas.

—No lo sé, Ingrid.

Los ojos de Ingrid se estrecharon.

—¿Qué ha pasado con eso que dijiste de «siento no haber estado aquí para ti» y «hay algo que pueda hacer por ti ahora»? —se burló.

Noté que se me ponían las mejillas coloradas; Ingrid tenía razón, por supuesto. Haciendo un mohín levanté las manos en ademán de derrota y asentí con la cabeza.

—Vale. Si estás segura de que a Tristan no le importará...

Le dio un pequeño codazo al niño.

—Estarás bien con la tía Kaela, ¿verdad? —preguntó, y al ver que no respondía le dio otro codazo—. Tristan Matthew Peters, ¿me

estás escuchando?

Tristan asintió con timidez e Ingrid me sonrió.

—Eso. Estará bien.

Recibida mi respuesta, Ingrid se levantó con indecente prisa.

—Volveré a buscarlo antes de la hora de acostarlo.

—¿A qué hora es eso? —pregunté.

Ingrid se encogió de hombros.

—En algún momento de esta tarde, supongo. Normalmente se va a dormir cuando está lo bastante cansado, pero volveré antes de eso.

—¿Hay algún número donde pueda localizarte?

Ingrid garabateó un número en el dorso de un trozo de papel y me lo pasó.

—Si se porta mal, dale un cachete detrás de la oreja y enseguida te hará caso —dijo Ingrid mientras se dirigía a la puerta.

—¿Te importa que me lo lleve? Iba a salir a comprar más tarde.

—Puedes hacer lo que quieras con él. A él no le importa.

La seguí al pasillo justo a tiempo de ver que Abbey bajaba bostezando por la escalera. Llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta negra recortada con el dibujo de una calavera y tibias cruzadas sobre el pecho. La camiseta me recordó de repente la carta de la muerte y sentí un nudo en la boca del estómago. Abbey se detuvo sorprendida de ver a un visitante de pie en el salón. Me pregunté fugazmente por qué parecía tan distinta esa mañana, más joven, más fresca y más guapa; y entonces me di cuenta de que todavía no llevaba ese maquillaje oscuro de estilo gótico. Observé que las cejas limpias de Abbey se juntaban.

—Yo te conozco.

Ingrid se encogió de hombros y trató de retroceder en el pasillo, pero Abbey bajó el último par de peldaños y la miró.

—Venías por aquí después de que Kaela desapareciera.

—Hace mucho tiempo —dijo Ingrid—. Me sorprende que me recuerdes, eras sólo una niña.

—Cenabas con papá. —Abbey miró más allá de Ingrid para preguntarme—. ¿Quién es?

—Es Ingrid. Trabajábamos juntas.

Los ojos de Abbey se ensancharon con repentina comprensión.

—¿La de Brighton? La...

Me encogí, pensando que iba a decir «puta», pero dudó un momento antes de añadir «amiga del trabajo». Abbey logró que hasta esas dos palabras sonaran como algo desagradable, y no pude evitar preguntarme qué había estado haciendo Ingrid cenando con Calum en mi ausencia.

—Hasta luego, pues —dijo Ingrid mientras se apresuraba hacia la puerta de la calle para salir—, y ¿Kaela? —abrió la puerta y se volvió en el umbral—, gracias.

Abbey se acercó a mí cuando nuestra visitante cerró la puerta.

—¿Qué estaba haciendo aquí?

—Ha venido a pedirme un favor.

—¿Qué clase de favor?

Abbey me había seguido al salón y se paró de golpe al ver al niño pequeño que estaba de pie como una estatua junto al sofá. No parecía que hubiera movido un músculo desde que su madre había salido de allí. Abbey se volvió hacia mí con expresión de horrorizada incredulidad.

—Oh, Dios mío, ¿estás de broma?

—Me temo que no. Éste es Tristan y parece que estará con nosotras durante todo el día.

Una hora más tarde, Abbey, Tristan y yo nos estábamos llevando mejor de lo que habíamos podido desear. Al pensar en ponerme con la limpieza del desván, me había acordado del viejo caballito trotador de Abbey y había llevado a Tristan arriba.

Tras un momento de vacilación, Tristan había subido al balancín, había apoyado la cabeza contra el cuello del caballo sin soltar su manta y se había mecido con satisfacción desde entonces, mientras sus ojos seguían todos mis movimientos. Abbey, que aparentemente se había olvidado de que había echado a sus amigos la noche anterior, nos había seguido al desván, quejándose de que era increíblemente blanda por haber accedido a cuidar del niño y que merecía que me trataran como una idiota. Se instaló en mi cama y se sentó con las piernas cruzadas en postura de yoga, primero para pintarse de negro las uñas de los pies y luego simplemente a observar mientras yo arrastraba cajas de embalar y me enfrentaba a telarañas y gruesas capas de polvo.

No dejé de charlar mientras limpiaba, hablándoles a los dos de mi trabajo en Wayfarers. Les conté un par de historias de mi

infancia y me vine abajo de manera inesperada cuando recordé una historia en la que participaba mi padre. De repente, tuve que tragarme las lágrimas y le sugerí a Abbey que fuera a buscar unas bebidas. Ella se alejó con sorprendente amabilidad para cumplir con mi petición y apareció al cabo de un rato con tres vasos de naranjada y un paquete de galletas de chocolate.

Los ojos de Tristan se iluminaron al ver las galletas y, aunque al principio se mostró reticente a bajarse del caballo, se acercó y vino a sentarse entre Abbey y yo en el borde de la cama. Comimos galletas en amigable compañía, llenando de migas el suelo recién barrido.

Mirando de soslayo a mis compañeros, me pregunté si ellos también pensaban en ese interludio como una especie de tregua. Suspiré al ver a Tristan estirándose a por otra galleta y recordé sus ojos vigilantes al ver a su madre trajinándose el vodka. Parecía estar alerta y en silencio todo el tiempo, esperando que ocurriera algo.

—¿Qué hace aquí esta vieja máquina de coser? —preguntó de repente Abbey con la boca llena de galleta, interrumpiendo mis pensamientos.

—Creo que pertenecía a tu madre —le conté.

Abbey saltó de la cama y se acercó a pasar la mano con cuidado sobre la superficie negra y brillante de la máquina. Había escondido la colcha con la esperanza de terminarla para ella como me había indicado el sueño para ofrecérsela como regalo conjunto de su madre y mío.

Los dedos de Abbey trazaron la silueta de la máquina en silencio, y de repente sus hombros estaban temblando y me di cuenta de que estaba llorando. Me acerqué a ella y la rodeé con el brazo.

—Creo que tu madre debía de subir a coser aquí arriba —dije en voz baja.

Abbey asintió entre lágrimas.

—Me sentaba en el caballito y me mecía durante siglos mientras ella trabajaba con esta vieja máquina. Cantaba mientras trabajaba y yo trataba de acompañarla, aunque no me conocía las canciones. —Se volvió hacia mí, con los ojos como platos—. Dios, sólo tendría cuatro años cuando hacíamos eso, la misma edad que tiene ahora Tristan. Lo había olvidado todo hasta que he subido aquí.

Era extraño pensar en la pequeña Abbey sentada ahí con su madre antes de tener edad para ir a la escuela.

—Tenía que ser uno de sus sitios favoritos —coincidí, recordando otra vez el sueño—. Coser era sin duda una de sus pasiones.

—¿Crees que papá tiró todas las cosas que hizo?

—Quizá no todo —me permití una mirada culpable hacia la caja que contenía la colcha.

—¡No tenía derecho! —Abbey dio un pisotón y cerró los puños con los brazos a los costados—. No eran suyas. ¿Cómo pudo ser tan egoísta?

—Cuando alguien pierde a una persona que quiere, no siempre es fácil ver las cosas con claridad —traté de explicarle—. Si tu padre tiró algunas cosas, probablemente lo hizo porque estaba herido. Es humano, Abbey.

—Si al menos hubiera guardado algo, aunque sólo fuera una cosa —dijo Abbey mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—, podría haberle perdonado. Pero no queda nada y lo odio por eso.

Y en ese momento me di cuenta de que también yo estaba siendo egoísta. Había deseado complacer a Abbey, ser parte de la alegría de que ella descubriera que su madre no la había olvidado. Quería que fuera un regalo de las dos, pero en ese momento me di cuenta de que no tenía más derecho a quedarme la colcha de su madre que el que había tenido Calum para deshacerse de todo lo demás.

Al mirar de reojo a Tristan, me sorprendió descubrir que aún estaba comiendo galletas metódicamente. Había temido que el arrebato de Abbey lo inquietara, pero nos estaba observando con cierto desapego. Me pregunté con cuánta frecuencia habrían dejado al niño con desconocidos a lo largo de los años.

—Puede que haya encontrado algo que pertenecía a tu madre —le dije a Abbey, llevando a la chica hacia la cama y sentándola—. Esta noche he tenido un extraño sueño y esta mañana me he sentido atraída a mirar en la caja de debajo de la máquina de coser. Creo que tu madre quería darte lo que hay ahí dentro. Iba a intentar terminarlo para ti por ella, pero ahora me doy cuenta de que puede que ella quisiera que lo vieras exactamente como lo dejó.

Levanté la máquina de coser de la caja y la dejé con cuidado en

el suelo. Me sentía como un mago a punto de lograr un hito fantástico ante mi cautivado público.

—Creo que tu madre hizo esto para ti. —Saqué la colcha de la caja y caminé hacia Abbey, que estaba sentada muy rígida—. Creo que quería que fuera un recuerdo de tu vida, pero... —Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta—. Pero no tuvo tiempo de acabarlo.

Capítulo 34

Tristan y yo observamos cómo Abbey recogía la colcha en su regazo. Al cabo de unos momentos levantó hacia mí los ojos anegados en lágrimas y sonrió: una sonrisa profunda de tal felicidad que tuve que tragar con fuerza para no echarme a llorar.

—Huele a ella —susurró—. Había olvidado el olor de mamá, pero está aquí, atrapado en esta colcha. Gracias, Kaela.

—¿Cuándo va a venir a buscarme mamá?

Mi mirada pasó de Abbey a Tristan y miré mi reloj. Era casi mediodía.

—Dentro de unas horas —le contesté—. Dijo que vendría antes de la hora de irse a dormir. —Me enderecé y me froté las manos—. ¿Y si vamos al supermercado y compramos algo para comer?

—¿Kaela? —La voz de Abbey sonó tímida y me di cuenta de que todavía no estaba dispuesta a dejar que la animaran—. ¿De verdad ibas a intentar terminarla para mí?

Asentí con la cabeza.

—Aunque me alegro de no haber empezado. No soy una gran costurera y podría haber arruinado el bonito trabajo de tu madre.

—¿Cómo pensabas hacerlo entonces?

Me miré las manos. Abbey me estaba preguntando sobre detalles que en realidad no había considerado.

—Pensaba empezar yendo a la tienda de colchas de Dorking (si es que todavía existe después de seis años) y comprar un libro de costura de colchas.

—¿Podemos ir? —Se estaba pasando por los dedos uno de los bordes inacabados de la colcha, de una manera muy similar a como hacía Tristan con el borde de seda de su manta—. Me gustaría intentarlo.

—No estoy segura de que podamos hacerlo. Estaba pensando en

ir en autobús, pero no había contado con que tenemos a Tristan con nosotras. Puede que sea demasiado para él.

—Podríamos comer fuera —sugirió Abbey—. Pasar el día. He visto que papá te ha dejado algo de dinero.

Miré a Tristan, dudando que quisiera que lo arrastraran fuera cuando su madre lo había dejado.

—¿Todavía hay un bus que va a Dorking?

Abbey se encogió de hombros.

—Siempre puedo llamar a Kevin. Él nos llevaría.

Me sobresalté al pensar en ver a Kevin otra vez; su conexión con Matt hizo que se me agitara el pulso.

—No puedes usarlo de taxista —dije protestando sin muchas ganas.

Abbey sacó su teléfono móvil y marcó un número. Sonrió al ver que contestaban enseguida.

—Dentro de veinte minutos es perfecto —dijo al teléfono—. Estaremos listas.

—No sé por qué se molesta —dije entre dientes. Negué con la cabeza ante la juvenil aceptación de Abbey de que el mundo y todos estaban a su disposición—. ¿No tiene nada mejor que hacer?

Abbey sonrió.

—Hay un pero.

Gruñí. Siempre parecía haber un pero.

—¿Puedo preguntarte qué es lo que quiere?

—Me ha pedido que le haga otra lectura del tarot.

Un escalofrío me recorrió la espalda y me froté los brazos desnudos. Pensé en la anterior lectura del tarot y en la única carta que había caído. Abbey nunca había explicado el significado de esa carta y me di cuenta de que su aparición continuaba incordiándome. Sentí que una mano caliente me frotaba el brazo y abrí los ojos para ver a Abbey mirándome con ansiedad.

—¿Estás bien, Kaela?

Tanto ella como Tristan me estaban observando con cautela y yo me espabilé. Me acerqué al tragaluz y lo cerré con fuerza, haciendo desaparecer el cielo frío y gris.

—Estoy bien —les dije con forzada jovialidad—. Vamos a prepararnos para irnos, ¿eh?

Después de bajar la escalera, Abbey desapareció en su

habitación durante varios minutos y reapareció muy maquillada, con sombra de ojos oscura y una gruesa capa de rímel en las pestañas. Sus labios de color malva hicieron un mohín al examinar mi cara.

—No te iría mal un poco de pintalabios, al menos —me aconsejó.

Estaba pensando mi respuesta cuando sentí un tirón en mis vaqueros. Al bajar la mirada me encontré a Tristan colorado y bastante ansioso, pasando el peso del cuerpo de un pie al otro.

—Tengo que hacer pipí —susurró con incomodidad.

—Ah, eh, ven conmigo pues —guie a Tristan hacia el retrete de abajo, cerré la puerta tras él y me volví hacia Abbey—. No tengo maquillaje. Todo lo que tenía ha desaparecido.

Ella me miró con la cabeza ladeada.

—Puedes usar algo del mío si quieres.

Estaba a punto de decir que no creía que fuera demasiado de mi gusto, cuando me di cuenta de que estaba aguardando mi respuesta con una intensidad que no podía situar. Se me ocurrió que estaba tendiéndome la proverbial rama de olivo, igual que había intentado hacer con su padre la otra mañana cuando se había ofrecido a preparar el té. Asentí lentamente, temblando ante el aspecto que podría acabar teniendo.

—Es muy amable por tu parte, Abbey.

Tristan había salido del retrete con un aspecto mucho más feliz y nos siguió cuando Abbey me llevó a su dormitorio.

—Espera un minuto —me advirtió, haciendo señales hacia el niño—. He de guardar unas cosas.

Tristan y yo nos quedamos en el estrecho rellano, escuchando cajones que se abrían y se cerraban, y me pregunté qué estaría escondiendo a nuestro joven invitado.

—Vale, podéis pasar.

Había ordenado con notoria rapidez. Una rápida mirada reveló la típica habitación de adolescente con pósteres en las paredes y un tocador lleno de bisutería y cosméticos. Además había algunas prendas de ropa negra y violeta esparcidas sobre la mesa, pero por lo demás no había nada indecoroso.

—Mira —dijo sosteniendo un perfilador de ojos y un tubo de rímel—. Puedes usar éstos.

—Gracias.

Me apliqué una fina línea de perfilador y luego me puse un poco de rímel en las pestañas mientras Tristan observaba en silencio. Me pregunté cuántas veces habría visto a su madre preparándose para una noche de trabajo y qué habría visto ya en sus pocos años de vida. Aparté mis pensamientos de él e Ingrid y pestañeé a mi reflejo en el espejo.

—¿Tienes colorete o lápiz de labios?

Abbey sacó una caja que contenía un conjunto de cuatro tonos que iban de uno muy pálido a un rosa pardo rojizo. Me imaginé a la adolescente experimentando con los diferentes tonos de colorete y me decidí por el más oscuro de los que me ofrecía.

El lápiz de labios fue un problema, porque Abbey sólo contaba con rosas pálidos casi espectrales o tonos violentamente oscuros. Elegí el más claro y lo mezclé con un poco de colorete antes de aplicármelo a los labios. Me volví a sentar y contemplé el resultado con satisfacción. A Abbey no le faltaba razón; tenía mejor aspecto con un poco de color en la cara.

—Gracias, Abbey.

El reflejo de Abbey me sonrió desde el espejo y pensé en lo guapa que estaba cuando sonreía, tan diferente de la malhumorada adolescente de unos días antes.

Oímos el sonido del claxon de un coche en la calle y cogí a Tristan de la mano para bajar a abrir la puerta de la calle.

Kevin obviamente se había cansado de esperar en el coche y estaba caminando por el sendero hacia nosotros. Parecía no haber reparado en Tristan, que se escondía detrás de mí, y se fijó en algo que estaba a un lado de los escalones que conducían a la puerta.

—¿Qué es todo esto? —preguntó mientras Abbey y yo seguíamos su mirada hasta una zona parcialmente cubierta por una mata de maleza, al lado de los escalones—. ¿Alguien ha venido a quedarse?

Cuidadosamente metidas bajo el matorral, había una maleta ajada y una bolsa de plástico claro que contenía un edredón, una almohada y unos cuantos juguetes.

Sentí una punzada de alarma: aquellos objetos parecían las magras pertenencias de un niño de cuatro años.

¿Qué demonios tramaba Ingrid?

Capítulo 35

—¿Todas estas cosas son tuyas? —le pregunté a Tristan, que estaba acechando en silencio en el pasillo detrás de mí.

Bajó la cabeza.

Kevin pareció ver al niño por primera vez.

—¿Quién es?

—Es de Ingrid —respondí con voz débil—. Me pidió que lo cuidara.

Miró el equipaje y levantó una ceja burlón.

—¿Durante cuánto tiempo?

Me apreté la sien con una mano, sintiéndome como una completa estúpida.

—Dijo que era sólo por hoy, para que pudiera ir a una entrevista.

Kevin pasó a mi lado y entró en la casa.

—¿Lleva alguna cosa más? —preguntó.

Fue la segunda vez que me pregunté por lo sensato y normal que era en realidad Kevin bajo esa charada de excentricidad.

Señalé la mochila que Ingrid había dejado al lado del sofá.

—Sólo eso. Oh, y un teléfono móvil.

El recuerdo del número me dio una repentina esperanza y hurgué para sacar la hoja de papel.

—La voy a llamar y le preguntaré por qué ha traído tantas cosas.

Dejé a Kevin hurgando en la mochila y marqué el número con dedos temblorosos. La llamada fue directamente a un buzón de voz y dejé un breve mensaje.

Abbey me estaba mirando con nerviosismo.

—¿Lo ha abandonado?

—No, no. Sólo necesitará un poco más de tiempo y no habrá querido arriesgarse a que me negara a quedármelo. A lo mejor se ha

ido todo el fin de semana.

—Uh, eh... —La voz de Kevin llegó desde la sala de estar—. Será mejor que vengas a ver esto.

Sentí los pies pesados como plomo cuando caminé hacia la habitación y me lo encontré sosteniendo un sobre.

—Está dirigido a ti.

Cogí la carta y la giré en mi mano. Simplemente decía Michaela en la parte de delante en lo que reconocí como la caligrafía de Ingrid.

Sentada en el borde del sofá, abrí el sobre y leí la carta con rapidez, luego una segunda vez más despacio, tratando de registrar la enormidad de lo que ella había escrito.

Querida Michaela:

Espero que cuando leas esto yo esté a salvo en el avión, porque no soportaría enfrentarme a ti. Estarás pensando que soy una madre terrible al dejar a Tristan así, pero, créeme, si hubieras vivido como yo, sabrías que estoy haciendo lo mejor para él.

No es vida para un niño ver a todos sus «tíos» viniendo noche tras noche. No todos ellos eran amables con él. He intentado dejarlo durante mucho tiempo, pero no he encontrado una forma de hacerlo. Después de que te fueras ayer me puse a pensar que ibas a volver con Calum o que te irías a vivir con Matt y sé que eres buena con los niños. Te quedaste con Abbey, ¿no? Y entonces sólo era unos años mayor de lo que es ahora Tris. No quiero que vaya a un orfanato después de lo que me ocurrió a mí. Confío en que no harás eso. Fuiste mi amiga una vez, pero si no haces esto por mí, hazlo por él, por favor.

Quizás ayudaría que te cuente que de todos modos eres lo mejor después de una madre. Ahora está donde le corresponde por derecho.

Yo voy a vivir otra clase de vida de ahora en adelante, lejos de aquí. No trates de encontrarme. Gracias.

Ingrid

—Maldita sea —murmuré.

Me incliné en el sofá y cerré los ojos un momento. Cuando levanté la mirada, Kevin sostenía otro trozo de papel y un pequeño librito.

—Es la partida de nacimiento del niño y su carné de

vacunaciones.

Dejé la carta en mi regazo y lo miré cuando él hurgaba en la mochila y sacaba una segunda misiva, más corta. Yo la cogí con manos temblorosas sin apenas atreverme a leerla.

Doy permiso a Michaela Anderson para que actúe como madre y tutora de mi hijo Tristan Matthew Peters mientras yo esté fuera del país. Le cedo todos los derechos parentales hasta que yo vuelva.

Ingrid Peters

Me quedé sentada en pasmado silencio mientras Abbey me arrebataba la nota de la mano. La leyó con rapidez y se le pusieron unos ojos como platos.

—No puede hacer esto, ¿no? —preguntó horrorizada.

—Que pueda o no es insustancial —gruñó Kevin—. Lo ha hecho.

—Mierda —dijo Abbey.

Se volvió a mirar a Tristan, que estaba siguiendo lo que ocurría con atención. Parecía que estaba a punto de decir algo, pero cerró la boca y simplemente negó con la cabeza.

—Ponle la tele a Tristan —dije por encima de la cabeza del niño.

Abbey encendió el televisor y nos siguió a Kevin y a mí a través de la cocina.

—¿Qué puedo hacer? —le pregunté a Kevin.

—A mi modo de ver, tienes tres opciones: contactar con servicios sociales y pedirles que se hagan cargo de la situación, tratar de localizar a Ingrid y hacerla volver o cuidarlo tú hasta que ella se digne volver.

—¡No puedes llevarlo a servicios sociales! —gritó Abbey horrorizada—. ¿Podemos quedárnoslo, verdad Kaela?

—No es un muñeco —le dije indignada—. Y tu padre tendrá algo que decir de que le endilguen un niño pequeño.

Pensé en el críptico comentario respecto a que el niño estaba donde le correspondía y me pregunté qué quería decir con eso. La mención de Abbey de las continuadas visitas de Ingrid a Calum mucho después de mi desaparición resonó en mis oídos. ¿El niño podía ser de Calum?

Me hundí en una silla, sintiéndome como si mi cuerpo se estuviera disolviendo por las preocupaciones. Quería cerrar los ojos y desaparecer otra vez. Quizá, pensé, si cerraba los ojos muy fuerte, podría volver a mi vida anterior o al menos saltar otros seis años

hacia el futuro, donde todo ya se habría resuelto a la perfección sin mí.

Al hacer cálculos de años, me impactó darme cuenta con un sentimiento de culpa de que, cuando había empezado mi relación con Calum, su mujer Grace llevaba menos de dos años muerta; eso no me hacía mejor que Ingrid.

Sentí que una manita se apoyaba en la rodilla de mis vaqueros. Tristan nos había seguido a la cocina y me estaba mirando con su cara pálida y ojos azules y redondos cargados de una extraña esperanza.

Sabía que no podía entender lo que estaba pasando allí, así que le sonreí con amabilidad.

—¿Qué pasa, Tris?

—Tengo hambre —dijo en voz baja—. ¿Puedo comer algo?

La simple petición me devolvió de golpe a la tierra. Ya habría tiempo para recriminaciones después. Quizás Ingrid cambiaría de idea y volvería a buscarlo. En cualquier caso, no había mucho que pudiera hacer hasta que hablara con Calum. La comida era una preocupación más inmediata.

Miré a Kevin.

—¿Todavía te parece bien llevarnos a Dorking? Creo que a todos nos vendría bien comer algo.

—Claro, cielo, lo que tú quieras.

Me fijé en el retorno al uso desenvuelto del idioma por parte de Kevin y me pregunté fugazmente si no sería todo un intento de engañarme para que creyera que era inofensivo. Al llegar al coche, Abbey volvió a buscar la silla para el coche de Tristan entre sus pertenencias. Entretanto, Kevin se apoyó contra el coche y jugó con su teléfono móvil, mirándome de soslayo cuando pensaba que yo no estaba mirando.

—¿Qué pasa, Kevin?

Se guardó apresuradamente el móvil en el bolsillo.

—Sólo miraba un SMS, cielo.

Recordé lo que había dicho respecto a que quería grabarme en vídeo para su sitio web.

—¿No me estabas grabando, verdad?

—Tienes fans, Kaela. Todos quieren saber qué te pasó. Sólo estoy devolviendo un poco del interés de mis suscriptores.

—Perro Espacial —murmuré entre dientes cuando Abbey volvió cargando con el alzador—. Debería haber supuesto que no estabas en la zona por casualidad. ¿Me has estado vigilando?

—Digamos que te estaba buscando —dijo con una mueca—. Y acababa de llegar al barrio cuando llamó Abbey. Por eso no vi llegar a Ingrid. Podría haberla seguido si la hubiera visto.

—Lástima que no lo hicieras —susurré mientras ponía el cinturón en la silla de Tristan. Me volví a mirar a Kevin con una sonrisa compungida, y mantuve la voz baja para que el niño no me oyera—. Habríamos sabido adónde devolverlo.

Me subí a la parte de atrás del coche al lado de Tristan y esperé a que Abbey se pusiera el cinturón en el asiento delantero.

—¿Qué propones para comer?

—Podemos ir al molino reconvertido, en Gomshall —dijo Abbey. Se volvió para hablar conmigo—. A Tristan le encantará. ¿Recuerdas que me llevabas allí con mi padre cuando era pequeña?

—¡Qué buena idea! —dije sonriendo, viendo de nuevo a la niña pequeña emocionada a la que conocía mucho mejor que a esa adolescente—. ¿Todavía está el arroyo debajo del molino?

Abbey se encogió de hombros.

—Hace siglos que no voy, pero podemos ir a ver.

—Al molino, pues. —Kevin pisó a fondo el acelerador y pusimos rumbo a Dorking.

El molino fue un éxito colosal. Abbey llevó a Tristan a ver la ahora silenciosa rueda de molino y el arroyo a través de una ventana de cristal del restaurante mientras esperábamos a que nos sirvieran. Cuando llegó la comida, Tristan atacó sus salchichas con puré como si nunca hubiera visto comida antes y después pedimos budín de tofe para todos de postre. No pude evitar sonreír cuando Tristan y Kevin se engullían sus budines mientras Abbey y yo picábamos delicadamente de los nuestros. Debíamos de parecer una familia disfrutando de un día fuera. A nadie se le habría ocurrido pensar que no estábamos emparentados en absoluto. A menos, por supuesto, que resultara que los dos pequeños fueran hermanastros...

Deseché la inoportuna idea. Era algo que tendría que tratar con Calum después, y no tenía ni pizca de ganas de confrontación.

Capítulo 36

A pesar de mis protestas, Kevin pagó la cuenta de la comida al salir. Tristan parecía cansado y, claro, cuando llegamos a Dorking estaba dormido en la silla, con la boca abierta y la manta en la mano. Kevin se ofreció a quedarse en el coche y vigilarlo mientras Abbey y yo echábamos un vistazo rápido a la tienda de las colchas y comprábamos algunos víveres.

La tienda de las colchas era una cueva de Alí Babá de textura y color. Aunque nunca había tenido mucho interés en la costura, me daba cuenta de lo excitante que sería ese lugar para aquellos a quienes les gustaba. La tienda, sita en una calle de edificios viejos, tenía suelos irregulares y escalones desvencijados que llevaban al comprador a pequeñas salas repletas con todo lo que uno podría necesitar para el arte de hacer colchas. Sin hacer caso de las miradas de sospecha que se lanzaban en dirección de Abbey, me acerqué a las estanterías que se alineaban en la pared del fondo. Apenas podía culparles, pensé mientras miraba de reojo a la niña de pelo negro y violeta con la cara llena de piercings inclinada sobre uno de los libros.

—Mira esto, Kaela —dijo de repente.

Tenía en las manos un libro abierto y yo miré por encima de su hombro para ver la foto de un colorido patchwork.

—¿No es como el patrón que estaba usando mamá?

Me encogí de hombros y tuve que confesar que no lo sabía: no podía distinguir un patrón de otro.

—Estoy segura de que sí lo es —dijo ella, metiéndose el libro bajo el brazo—. Hasta han usado el mismo esquema de colores que usó ella para mí, sobre todo rosas y cremas, y mira cómo las piezas se abren desde el centro como en el de mamá.

Se apartó para mirar las telas y yo la seguí cuando ella pasó una

uña negra a lo largo de una selección multicolor de rollos de tela.

—Éstos combinarían, ¿no crees? —murmuró.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó una dependienta.

Estaba a punto de decirle que sólo estábamos mirando cuando Abbey se volvió hacia ella con los ojos brillantes y le preguntó cuánta tela se necesitaría para hacer una colcha como la del libro.

Me aparté para mirar un muestrario de botones de colores brillantes. Hube de confesarme que no tenía ni idea de lo que estaban hablando. Finalmente volví y oí que la empleada le decía a Abbey que lo miraría y le daría unos consejos sobre cómo proceder. Pagué el libro y unos patrones e hilos que Abbey había seleccionado y la arrastré hasta el supermercado, temerosa por el tiempo. Tristan podría haberse despertado y haberse enfurruñado al no recordar dónde estaba. Cuando Abbey y yo seguimos adelante con la compra, me pregunté en dónde me había metido.

Resultó que Tristan no se despertó hasta que Kevin paró el motor en la puerta de la casa. En ese momento el niño levantó su cabeza despeinada, miró a su alrededor con ojos vidriosos y se echó a llorar.

Mientras Kevin entraba la compra y Abbey trotaba delante de él con la llave, yo me ocupé de Tristan.

—Chsss, no pasa nada, Tris —le dije—. Vamos a entrar en casa, ¿eh?

Me di cuenta de que se le había caída la manta. La recogí del suelo del coche y se la di. Pese a que se calló de inmediato, sus hombros todavía estaban temblando cuando lo saqué y lo puse en la acera.

—Quiero ir con mamá.

—Lo sé, cariño. —Descubrí que no sabía qué más decir.

¿Debía mentirle y decirle que su madre volvería enseguida? Dudaba mucho que Ingrid fuera a cambiar de opinión y regresar pronto. Su plan obvio era un abandono de larga duración.

Después de sentar a Tristan en el sofá y encenderle la tele, volví a ayudar a Kevin con la última de las bolsas y a guardar las compras en la cocina.

Kevin miró su teléfono.

—Será mejor que me vaya. Dudo que a Calum le hiciera gracia volver a encontrarme aquí sentado. —Sonrió a Abbey—. Llama otra

vez si quieres algo, princesa. No estaré lejos con mi caballo blanco.

—Sí —replicó Abbey. Estaba sentada al lado de Tristan, mostrándole las fotos del libro de colchas y apenas levantó la mirada—. Nos vemos.

Yo estaba guardando el resto de la compra cuando oí la puerta de la calle. Mirando mi reloj me di cuenta de que eran casi las cinco en punto. Parecía que Kevin se había ido hacía sólo unos minutos y estaba esperando tomarme un respiro con una taza de té.

Respirando hondo, me volví hacia Calum cuando apareció en el umbral de la cocina sosteniendo un gran ramo de flores. Avanzó hacia mí y las puso en mis brazos.

—Para ti. —Sonrió—. Un regalo tardío de bienvenida a casa.

—Son preciosas —comenté, tratando de no preguntarme si le habría llevado a Ingrid flores como ésas.

Coloqué el ramo en la repisa de la cocina y empecé a buscar un jarrón, pero Calum se estiró y me agarró por la muñeca, girándome para ponerme delante de él.

—Déjalas por el momento —dijo. Estudió mi cara con sus ojos azules—. De verdad no pareces ni un día mayor. Es asombroso.

—Calum, yo...

—Chsss. Quiero mirarte, recordar lo preciosa que eres.

Trazó la silueta de mi cara con el dedo y se quedó en silencio. Quería inclinarme hacia él, cerrar los ojos y que las cosas volvieran a ser como antes. No quería sospechar que había tenido un lío con Ingrid o que había engendrado un hijo con ella. Sólo deseaba que las cosas volvieran a la normalidad.

—¿Cómo te ha ido en el hospital? —escuché que le preguntaba.

Él se retiró e hizo una mueca.

—El médico no puede verme hasta la semana que viene, pero entonces hablaremos de la operación. Mientras tanto he de continuar con las últimas sesiones de radioterapia.

—¿Es muy duro?

—Estoy un poco dolorido y constantemente cansado, pero no es terrible. Sólo estoy harto de todo. —Hizo una pausa y miró a su alrededor en la cocina—. No has empezado a cocinar, ¿verdad? Pensaba que podíamos salir a comer algo fuera.

—Calum, hay algo que he de...

Me interrumpí a media frase cuando Abbey apareció en el

umbral con Tristan a su lado. Los dos se pararon en seco al ver a Calum y me di cuenta de que no lo habían oído entrar debido al ruido del televisor.

—¿Papá? —Abbey lo estaba mirando con consternación, como si se hubiera olvidado de su existencia.

Pero Calum no pareció registrar la presencia de su hija. Estaba mirando sorprendido al niño pequeño que estaba a su lado. Se volvió hacia mí con expresión desconcertada.

—¿Quién es?

—Eso —dije con mis anteriores sentimientos de dolor e indignación aflorando de nuevo a la superficie— es lo que espero puedas explicarme.

Los cuatro nos quedamos en silencio. Yo tragué saliva, lamentando de inmediato haber desafiado a Calum delante de Abbey, pero cuando miré con expresión de disculpa hacia ella me di cuenta de que su expresión no revelaba sorpresa ni ninguna comprensión repentina de lo que mi pregunta implicaba. Ella también había leído la carta de Ingrid y las mismas ideas obviamente habían cruzado por su mente. Abbey había sido muy buena con Tristan durante el día, casi como una hermana mayor cuidaría de un hermano pequeño, comprendí.

—¿Bueno? —preguntó Abbey a su padre—. ¿Por qué nos lo ha traído Ingrid?

—¿Ingrid? —Calum parecía desconcertado.

Me fijé en que se agarraba con fuerza al respaldo de la silla.

—Mi supuesta amiga —le dije con voz grave—, que ha viajado desde Brighton esta mañana para dejar a su hijo donde le corresponde por derecho.

—No sé de qué estás hablando. —Calum apartó la silla y se hundió en ella con aspecto repentinamente exhausto—. ¿Por qué lo ha traído aquí? ¿Y cuándo va a venir a buscarlo?

Abbey y yo intercambiamos miradas. ¿De verdad no sabía de qué estábamos hablando? Quizá si Ingrid nunca le había dicho que estaba embarazada y esperando un hijo, no sabía de la existencia de Tristan.

Hice un gesto a Abbey para que se llevara de nuevo a Tristan a la sala, pero el niño protestó.

—Todavía no he tomado la leche —dijo, apartando su mano de

la de Abbey. Me miró directamente a mí—. ¿Cuándo va a volver mamá?

—No lo sé, Tristan —decidí inclinarme del lado de la verdad y la honestidad—. ¿Quieres grosella negra?

El niño asintió y yo pasé en torno al estupefacto Calum para servirle un vaso.

—Abbey te la llevará a la sala —le dije a Tristan—. Ve a ver si dan algo bueno en la tele.

Calum se volvió hacia mí en cuanto los dos salieron de la cocina.

—¿Qué está pasando, Kaela?

Suspirando, aparté la silla que estaba al lado de la suya y me volví a mirarlo.

—Ingrid ha llegado con el niño esta mañana. Me ha dicho que tenía que ir a una entrevista y que si podía cuidarlo durante el día. La he creído, Calum. Pensaba que volvería esta tarde a recogerlo.

—¿Pero...?

—Pero cuando hemos salido hemos encontrado las pertenencias del niño en un montón en la escalera de la entrada. He tratado de llamarla al móvil, pero no contesta. Cuando hemos mirado en la mochila de Tristan, hemos encontrado esto. —Me estiré sobre la mesa y le pasé las dos cartas.

Calum las leyó con atención y tocó la partida de nacimiento y el carné de vacunaciones como si estuviera sumido en profundos pensamientos. Cuando levantó la mirada había una expresión herida en su rostro.

—¿Crees que soy el padre del niño, es eso?

Lo miré.

—¿Lo eres?

—¡Por supuesto que no! A esa mujer le falta un tornillo, y en mi opinión siempre le ha faltado.

—Abbey dice que Ingrid venía mucho por aquí cuando yo desaparecí.

Calum se quedó muy quieto y me pregunté si lo había pillado.

—Nos veíamos bastante cuando tú desapareciste —admitió después de una pausa—. Ingrid estaba en estado de shock no sólo por la forma en que habías desaparecido, sino porque había perdido a su mejor amiga y confidente. Ella, Kevin y tu jefe Graham estaban siendo acosados por la prensa; el instructor también, por supuesto.

Los medios trataron de colgar tu desaparición a Matt y al piloto, y confieso que yo creía que tenían algo que ver con ello. —Me miró, implorando que lo creyera—. No sé, ¿qué otra cosa podía pensar? Ingrid me dijo que Matt había estado charlando contigo todo el tiempo cuando te estaba entrenando para el salto...

Fue bajando la voz al tiempo que yo dejaba escapar un resoplido por la nariz. Había pasado la mayor parte de ese día de entrenamiento viendo a Ingrid flirtear con Matt. ¿Se había puesto celosa cuando él la rechazó? Recordé la expresión de los ojos de Ingrid cuando Matt me había ayudado a subir al avión detrás de ella. Había cubierto su enfado con una sonrisa, pero debió de verlo hablando conmigo e incluso dándome su número de teléfono.

Y en mi ausencia había acudido a Calum y le había contado que los dos habíamos estado coqueteando. Sentí que el asco era seguido casi de inmediato por un rubor de culpa cuando recordé que no era totalmente inocente en cuanto a Matt se refería.

—Continúa.

—La pena común nos unió. Ella vino unas cuantas veces para preguntar si necesitaba algo; incluso cocinó varias veces durante el año siguiente o así, pero a pesar de su ansiedad por estar conmigo no parecía contar con Abbey. Salíamos alguna vez a tomar una copa, pero gradualmente se fue apagando. —Calum fijó sus ojos en los míos—. Nunca me acosté con ella, lo juro.

Capítulo 37

Nos miramos el uno al otro a través de la mesa de la cocina. Yo quería creer a Calum, pero descubrí que ya no estaba segura de nada. Pensé en las muchas veces que Ingrid se había obsesionado con alguien, y en que se las arreglaba muy bien para cazarlos. Nunca había comprendido que algunos hombres —sobre todo los casados— estaban fuera de su alcance o simplemente no la deseaban.

Calum arrugó los labios.

—La verdad es que lo intentó mucho. Cuando finalmente la rechacé se puso muy violenta. Me di cuenta de que estaba muy colgada y durante un tiempo temí por lo que pudiera hacer, pero para mi sorpresa sólo desapareció de mi vida. Fue un alivio, para ser sincero.

Aparté la mirada de Calum y suspiré. No podía condenarlo por haber encontrado consuelo con otra mujer después de pasar seis meses solo. ¿Acaso yo no había ido directamente a los brazos de Matt cuando Calum me había rechazado?

—¿Qué vamos a hacer con Tristan? —pregunté tímidamente—. No quiero abandonarlo a los servicios sociales.

Calum cogió la carta y la leyó una vez más.

—Parece que después de que la visitaras, Ingrid no estaba segura de si ibas a volver a vivir conmigo o ibas a juntarte con Matt Treguier. Si no te hubiera encontrado aquí es posible que hubiera ido a buscarte a su casa. —Levantó la mirada hacia mí y yo leí un destello de acusación en ella—. Eso sugiere que esta carta estaba concebida para que cualquiera de los dos pareciera la parte culpable. Y como no soy yo, sugiero que contactes con tu amigo Matt y veas si quiere que su hijo se quede con él.

Mi mente pasó a la pulla final de Ingrid cuando la dejé en su

piso el día anterior: «una advertencia, todos los hombres, y me refiero a todos los hombres, son unos desgraciados».

Recordé la camiseta de mujer que Matt me había prestado en mi primera noche en su casa y en la facilidad con la que había aceptado que habría tenido muchas amantes a lo largo de los años. Si una de esas amantes había sido Ingrid, ¿qué importancia tenía? Si había ocurrido, había ocurrido mucho antes de que pasara nada entre Matt y yo. Así pues, ¿por qué me molestaba la idea de que pudiera ser el padre de Tristan?

Miré mi reloj.

—Es demasiado tarde para trasladar al niño hoy —señalé—. Voy a tratar de llamar otra vez a Ingrid, y si no puedo localizarla, al menos Tristan puede quedarse esta noche. Podemos contactar con Matt por la mañana.

—Haz lo que consideres mejor. —Calum estaba tirado en la silla y parecía haber consumido las últimas reservas de su energía—. No quiero discutir contigo, Michaela, pero no tengo ni idea de dónde puede dormir el niño.

Marqué el número de móvil por enésima vez, y no me molesté en dejar otro mensaje.

—Tristan puede usar mi cama. —Levantamos la mirada para ver a Abbey en el umbral de la cocina—. Yo dormiré en el sofá.

—¿Por qué quieres hacer eso? —le preguntó Calum, cansado—. No tiene nada que ver con nosotros.

Me pregunté qué parte de nuestra conversación habría oído y si todavía sospechaba que Calum era el padre del niño, pero Abbey me sorprendió una vez más.

—No me importa quién es. Es sólo un niño pequeño al que su madre ha abandonado. —Me miró—. Sé lo que es estar sin una mamá.

—Oh, por el amor de Dios, puede quedarse si es eso lo que las dos queréis —capituló abruptamente Calum.

Vi que estaba sufriendo e hice una señal con la cabeza a Abbey.

—¿Por qué no subes sus cosas a tu habitación y le enseñas a Tristan dónde va a pasar la noche?

En cuanto se hubo ido centré mi atención en Calum.

—Sé que es lo último que necesitas ahora y lamento que Ingrid nos haya cargado con esto. Pareces agotado. ¿Todavía quieres cenar

o prefieres ir a acostarte?

—Creo que iré a acostarme un rato. —Me cogió por la muñeca cuando empecé a levantarme de la silla—. Yo también lo siento, Kaela. Todo ha ocurrido muy de repente, pero quiero que sepas que me alegro de que hayas elegido volver con Abbey y conmigo.

—Me alegro de ser servicial —bromeé.

Calum tenía un aspecto cadavérico.

—Vamos —dije—, te acompañaré a tu habitación y prepararé la cena. Podemos salir otra noche, cuando no estés tan agotado.

Descubrí que disfrutaba de estar otra vez en mi cocina. Ahora que la tenía limpia y ordenada, era casi como si no hubieran pasado seis años desde que había cortado y pelado verdura allí y había cocinado en aquel horno. A las siete menos cuarto, los cuatro estábamos sentados a la mesa de la cocina comiendo pollo rebozado con patatas asadas y verdura.

—Está buenísimo —comentó Calum al tiempo que limpiaba el plato y se sentaba, repleto—. Había olvidado lo buena cocinera que eres.

Abbey y Tristan todavía seguían comiendo. Si Tristan estaba desolado por el abandono de su madre parecía haberlo olvidado un momento y me pregunté si había tenido hambre de un modo permanente al cuidado de Ingrid.

Al cabo de una hora preparé una bañera para Tristan, que ni parecía ni olía a limpio cuando había llegado por la mañana. Cuando le dije a Tristan que su bañera estaba lista, se echó atrás con aspecto atemorizado.

—Vamos, Tris —lo animé—. Seguro que te gusta la hora del baño, es muy divertido. Mira —continué mientras Abbey dejaba caer una bola efervescente en la bañera y se apartaba para que pudiéramos ver las burbujas azules en el agua—. ¿No te gustaría entrar y jugar antes de que desaparezca?

—No quiero.

—Bueno, vamos a terminar de desnudarte al menos. —Empecé a sacarle la camiseta por encima de la cabeza, pero me detuve cuando hizo una mueca de dolor—. ¿Qué pasa, Tris?

Miró el suelo de moqueta fina mientras yo le inspeccionaba la cabeza y el cuello. Tenía un moratón violeta detrás de una oreja y los restos verde amarillentos de una más antigua en la clavícula.

—¿Cómo te has hecho esto?

Mientras le hacía la pregunta recordé que Ingrid me había dicho que le diera un cachete detrás de la oreja si su hijo se portaba mal. ¿Su madre le había hecho eso?

—Parece un poco irritado —me compadecí, sin querer sonsacarle la verdad—. ¿Por qué no terminas de desnudarte tú solo? ¿Prefieres que Abbey y yo esperemos fuera mientras tú juegas en el agua?

Mi instinto me decía que cogiera al pobre niño y le diera un abrazo, pero me daba cuenta de que podía no desear contacto con extraños. Después de encontrar un par de botellas de champú vacías para que jugara con ellas, me encaminé hacia la puerta, pero Tristan empezó a gimotear, así que volví y me agaché delante de él.

—¿Qué pasa, Tris? ¿Quieres que me quede mientras te bañas?

—¡No quiero agua en la nariz!

Empezó a llorar en serio y yo dejé mis anteriores precauciones de lado y lo abracé fuerte.

—No dejaremos que te entre agua en la nariz —le aseguré—. ¿Qué te parece si ni siquiera te lavamos la cara? Puedes sentarte en el agua caliente y jugar con estas botellas. —Lo levanté por encima del borde de la bañera y, aunque se aferró con fuerza a mi brazo, me dejó que lo bajara al agua. Cogí una de las botellas, la llené con agua caliente y se la tiré por encima de las rodillas—. ¿No te gusta?

No me atrevía a imaginar lo que le había ocurrido con su madre en la hora del baño, pero Tristan pronto estaba vertiendo los restos burbujeantes del champú de una botella a otra.

—¿Quieres que eche otra bola efervescente? —le pregunté con una sonrisa.

Tristan asintió con la cabeza y Abbey, que se había mantenido de pie en silencio junto a la puerta del cuarto de baño, entró con la bola verde de intensa fragancia y se la pasó. Los ojos de Tristan se iluminaron al sopesar la bola que tenía en su manita.

—¿Puedo echarla al agua?

—Claro que sí. Vamos a ver las burbujas que hace.

Bajó la bola al agua y sonrió al verla explotar en una nube de burbujas verdes.

—Parece el mar —dijo—. Mamá me dejó nadar en el mar una vez, pero no me gustó. Estaba frío.

Me pregunté si había entendido mal el aparente temor del niño al agua. Por supuesto, viviendo en Brighton tenía que haber pasado mucho tiempo en la playa y al lado del mar.

Después de diez minutos ya tenía bastante de espuma y quería que lo ayudaran a salir. Cuando lo envolví en una toalla mullida, me fijé en que Abbey me estaba sonriendo desde la puerta del cuarto de baño.

—Bien hecho —me susurró cuando lo secaba—. Sólo espero que no se mee en mi cama.

Teniendo en cuenta el olor empalagoso del pijama que encontramos en la maleta de Tristan, decidí no arriesgarme y encontré un viejo plástico de decoración para extender sobre el colchón de Abbey, por si acaso.

Eran casi las nueve en punto cuando Tristan ya estaba metido a salvo en la cama. Abbey y yo volvimos a bajar y encontramos a Calum sentado en el sofá del salón, viendo la tele. Nos hizo sitio para que las dos nos sentáramos con él.

La película era sobre una familia disfuncional, pero ninguno de los tres reímos. Todo era demasiado punzante y cercano. Descubrí que mis pensamientos volvían a Matt y traté de apartarlo firmemente de mi cabeza. Agitada e incapaz de calmarme, dejé a Calum ante la tele y caminé por el pasillo para tratar de probar otra vez el móvil de Ingrid.

Después de marcar esperé unos momentos y estaba a punto de volver a dejar el receptor cuando el tono cesó y de repente alguien respondió la llamada.

—¿Ingrid? ¿Eres tú? —Nadie habló. Temiendo que me colgara, lo intenté otra vez, con voz más suave—: ¿Ingrid?

—Cuidarás de él, ¿eh?

Sentí una marea de alivio. Estaba dudando en su decisión de dejar a Tristan.

—Está durmiendo, Ing, pero no puede quedarse aquí.

—Prométeme que no lo darás a servicios sociales.

—Necesita a su madre. No lo abandones, Ingrid. No le hagas lo que te hizo a ti tu madre.

Confiaba en que mi petición apelaría a su instinto maternal, pero sus siguientes palabras desvanecieron cualquier esperanza que pudiera haber albergado.

—Por eso precisamente no me lo puedo llevar. Lo siento, Kaela. El avión sale esta noche y yo voy a estar a bordo.

Capítulo 38

Me sentí como si una ola de agua helada me pasara por encima al oír la determinación en la voz de Ingrid.

—No puedo quedarme a Tristan aquí, Ingrid. Ya están las cosas bastante complicadas. —Respiré hondo, manteniendo la voz baja para que Calum y Abbey no nos oyeran—. Mira, ¿podemos vernos? Hemos de hablarlo cara a cara.

Hubo un sollozo al otro lado de la línea.

—No cambiará nada.

—¿De qué se trata, Ing? ¿Adónde vas y cuánto tiempo vas a estar fuera?

—He conocido a un hombre (Lewis) que me ha prometido una nueva vida. Nos vamos al extranjero y yo voy a trabajar para él. Es rico, Kaela. Puede darme todo lo que he soñado: protección, seguridad, una vida sin penurias.

—¿Por qué no puedes llevarte a Tristan?

—A Lewis no le gustan los niños. Es... duro con Tris. Se enfada con él y no voy a someter a mi hijo a lo que yo pasé a manos de los novios de mi madre. No puedo hacerle eso a Tris, pero si nos quedamos aquí no saldremos adelante. Me lo quitarán pronto de todos modos.

—¿Qué habrías hecho si yo no hubiera vuelto?

—Lo que estaba haciendo; negarme a ir con Lewis y emborracharme hasta la muerte.

Tenía las manos húmedas mientras sostenía el auricular. No quería cargar con un niño al que apenas conocía. Ingrid estaba usando el chantaje emocional, pero, pese a que estaba tentada de colgar el teléfono y llamar a servicios sociales, me di cuenta de que lo que estaba en juego era el futuro de un niño pequeño.

—Me contaste una vez que el abandono de tu madre fue lo peor

que tuviste que afrontar, más debilitante que no haber conocido a tu verdadero padre. ¿Cómo se te ocurre hacerle lo mismo a tu hijo?

—¿Has visto los moratones de Tris?

—Si Lewis le hizo eso, deberías plantarlo. Por el amor de Dios, Ingrid, estás hablando de tu hijo.

—Lo siento, Kaela...

—¡No cuelgues! Por favor, Ing...

Pensé por un momento que la había perdido cuando su voz sonó otra vez, aguda y lastimera, cargada de sospecha y duda.

—Si te digo dónde estamos sólo traerás al niño contigo.

Por supuesto, eso era precisamente lo que pensaba hacer. Respirando hondo, tomé una decisión.

—Te prometo que no lo haré. Esta noche no. Pero si no quieres que llame a servicios sociales mañana a primera hora, has de acceder a hablar conmigo. Debemos ponernos de acuerdo en esto, Ing, o en última instancia el que sufrirá será Tristan.

Hubo un silencio seguido de un ruido de sorbido.

—Vale, pero tienes que venir aquí. Estoy en un hotelito cerca del aeropuerto. Lewis ha tenido que atender unos asuntos de última hora. No volverá hasta alrededor de medianoche.

Pensando deprisa, le pregunté el nombre y la dirección del hotel.

—Vale, Ingrid, llegaré allí lo antes posible.

Así que después de contarles mi plan a Calum y Abbey, llamé al taxi. Calum me preguntó inmediatamente por qué no me llevaba a Tristan.

—No podrá hacer gran cosa si le dejas al niño. Me refiero a que es su hijo. Estamos en nuestro derecho de llamar a la policía e insistir en que se lo quede.

—Es demasiado tarde para sacarlo de la cama y meterlo en un taxi —protesté—. Y de todos modos, le he dado mi palabra.

—Entonces yo te llevaré —repuso Calum—. Vamos, cancela el taxi y os llevaré a ti y al niño, y se lo entregaremos a su madre, que es con quien tiene que estar.

—Se lo he prometido, Calum. —Lo fulminé con una mirada acerada, recordándole que Ingrid no era la única persona a la que había dado mi palabra recientemente—. Y yo no rompo mis promesas.

Vi que Calum me había entendido y retrocedió de inmediato.

—Bueno, es cosa tuya; mientras no tenga que ocuparme del niño si Ingrid desaparece.

—Espero convencerla de que lo recupere.

—Hummm, si no recuerdo mal, Ingrid es bastante tozuda una vez que toma una decisión.

Resultó que Calum tenía razón. Cuando el taxi me dejó, Ingrid me estaba esperando en el pequeño vestíbulo. Llevaba una falda muy corta con zapatos de tacón alto y una blusa transparente. A pesar de la ropa parecía demacrada y con los ojos hinchados cuando me llevó hacia un sofá de aspecto raído, medio oculto detrás de un gran ficus. Se sentó a mi lado, poniéndose de perfil para mirarme a la cara.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo de repente—. No deberías haber venido.

Quise replicar que ella no debería haber dejado a su hijo, pero me mordí la lengua. Había ido a hacerla entrar en razón, no a enfrentarme a ella.

—No me lo puedo quedar, Ing. Acabo de mudarme con Calum y tengo que solucionar mi propia vida. No estás pensando con claridad.

Para mi sorpresa, Ingrid tomó mis dos manos entre las suyas y me miró a los ojos, implorante.

—Nunca había pensado nada con más claridad en mi vida. —Sacudió la cabeza en ademán pensativo—. Todavía no puedo creer que hayas vuelto. Eres la única amiga real que he tenido nunca y a lo largo de los años he soñado en cómo habría sido todo si no hubieras desaparecido... —Se calló cuando las lágrimas anegaron sus ojos—. ¿Dónde demonios estabas mientras mi vida se derrumbaba?

—No me culpes de esto a mí, Ing —murmuré, negando con la cabeza—. Puede que los últimos seis años y medio hayan sido malos para ti, pero yo ni siquiera he tenido ocasión de vivir los míos.

—Nadie se ha quedado nunca conmigo. —Se hundió en su asiento y continuó como si yo no hubiera hablado—: Cogían lo que querían y me dejaban como si fuese basura; los novios de mi madre, mi propia madre, el cuidador que abusó de mí en el orfanato. Soy mala, Kaela. Trato de complacer, de ser una buena persona, pero soy mala de corazón.

—No eres una mala persona —le dije—. Has hecho todo lo posible. Y eras una buena amiga para mí. —Apreté las manos que sostenían las mías—. Yo había vivido una vida resguardada antes de empezar en Wayfarers, como hija única de unos padres encantadores. Me enseñaste cómo era el mundo y era fantástico estar a tu lado. —Le dediqué una amplia sonrisa—. ¿Recuerdas el día que me encontraste llorando en el lavabo de mujeres del trabajo, porque una de las secretarias había dicho que era un patito feo? Me llevaste de compras y a la peluquería e incluso me enseñaste a perfilarme las cejas, ¿te acuerdas?

Ingrid logró esbozar una sonrisa.

—Resultaste ser un cañón, ¿verdad? —La sonrisa se desvaneció —. Pero entonces me puse celosa de ti.

—¿Quién podía culparte de que te sintieras insegura y necesitada teniendo en cuenta la infancia que viviste? —Le cogí las manos con más fuerza—. No le hagas lo mismo a Tristan, Ing. No lo hagas.

Ella apartó sus manos de las mías y se separó de mí.

—Eres la única persona en el mundo en la que confío para dejarle a mi hijo. Lewis lo mataría, y necesito a Lewis.

Nos miramos la una a la otra y me di cuenta de que se había decidido.

—Te vas, ¿verdad?

—He de hacerlo. —Se levantó—. O eso o moriré, y entonces mandarán a Tris a un orfanato de todos modos.

—Pero ¿qué voy a hacer con él?

—Cree en él, Kaela. Sólo cree en él como creíste en mí.

Me puse en pie y la miré a los ojos.

—¿Volverás?

—No lo sé; quizás algún día si las cosas cambian.

Se abrió la puerta del hotel detrás de nosotros y entró en el vestíbulo una ráfaga de aire frío que me hizo temblar. Los ojos de Ingrid se pusieron como platos.

—Es Lewis —susurró—. Tengo que irme.

—Sólo una última cosa.

—¿Sí?

—¿Vas a decirme quién es el padre de Tristan?

Ingrid entrecerró los ojos, como si le hubiera hecho una

pregunta complicada. Parecía a punto de decir algo y entonces apretó los labios.

—No voy a hacerte eso, Kaela. Necesito que seas fuerte para Tris, y por una vez en mi vida voy a ser noble.

—¡Ingrid!

Ingrid se estiró y me tocó ligeramente el brazo.

—Gracias por todo —murmuró.

Observé con el corazón encogido cómo cruzaba el vestíbulo. El misterio de quién era el padre del niño me pesaba sobre los hombros. Yo no había dicho que fuera a quedarme con Tristan, pero Ingrid había asumido que se había salido con la suya. Tras una vida entera de penurias y decepciones, quizá no estaba mal que no supiera que yo estaba lejos de haber decidido qué iba a hacer con su hijo.

Capítulo 39

Esa noche volví a soñar con Grace. Flotaba en el desván y se sentó a los pies de mi cama a contemplar cómo dormía. Sentí el leve peso de ella colocando la colcha en torno a mis pies y me convencí de que incluso podía oír su respiración somera. Quizás el hecho de que Ingrid me hubiera pedido que cuidara de su hijo fue lo que provocó que soñara que Grace me pedía que cuidara de la suya.

Me subí el edredón hasta la barbilla y me di la vuelta en la cama, dándome cuenta de que me reconfortaba pensar que algo que Abbey y yo estábamos planeando de cara al futuro estaba dando solaz a alguien del pasado. La colcha representaba la continuación de un hilo que se había hilvanado varios años antes. Ahora había que coger ese hilo y pasarlo a través del tapiz de la vida de Abbey y de la mía, y quizás incluso en la siguiente generación de descendientes de Grace.

A pesar de todo mi trauma reciente, caí en la cuenta de que estaba sonriendo, sintiéndome a salvo con el conocimiento de que, de alguna manera, en alguna parte, había un plan para nosotros y, me ocurriera lo que me ocurriese y por más difícil que la vida pudiera parecerme en ese momento, yo formaba parte de ese plan.

Cuando me desperté congelada y entumecida a la luz gris de la mañana ya no estaba tan segura de las cosas. En algún momento de la noche había tirado el edredón y el frío del desván me había calado hasta los huesos. Temblando, apoyé un pie en la moqueta raída y me puse la cazadora.

Eran las ocho de la mañana y necesitaba una taza de té caliente. Estaba a punto de bajar a la cocina cuando decidí pasar a ver a Tristan.

La habitación de Abbey estaba bañada en una luz gris mortecina

que se filtraba por debajo de las costuras de las cortinas cerradas. Tardé un segundo en darme cuenta de que Tristan no estaba allí. Crucé la habitación en dos zancadas y palpé la sábana; estaba fría y húmeda. Examiné la habitación, pero no había signo de él. Con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, bajé las escaleras y entré en la sala de estar, donde Abbey estaba acurrucada en el sofá, durmiendo con expresión relajada. Si no hubiera estado preocupada por Tristan, podría haberme quedado a estudiarla un poco más, preguntándome por la inocencia oculta bajo aquella cara que normalmente estaba pintada con maquillaje oscuro.

Zarandeé un poco a Abbey.

—¡Abbey, levanta! Tristan se ha ido.

Se sentó mirándome con ojos nublados y frotándose los ojos.

—¿Cómo que se ha ido? ¿Dónde está?

—No lo sé. Su cama está vacía. Tampoco está en el cuarto de baño.

—¿No se habrá metido en la cama de papá o algo? —sugirió al salir de debajo de la colcha—. Quizás el niño está acostumbrado a dormir con su madre.

Había pensado en llamar a la puerta de Calum, pero me lo había pensado dos veces antes de despertarlo. Sabía lo cansado que lo dejaba la radioterapia y esperaba que pudiera dormir hasta tarde.

—¿Puedes mirarlo por mí? No quiero molestarlo hasta que haya mirado aquí abajo.

Abbey asintió y se dirigió a la escalera, mientras yo me apresuraba a ir a la cocina.

Todo estaba como lo habíamos dejado la noche anterior. Las superficies limpias, ahora sin trastos y descarnadas a la tenue luz de la ventana de la cocina. Y ahí, tumbado como una sombra, agazapado bajo la mesa de la cocina en un nido hecho con su propio edredón, estaba Tristan, dormido como un tronco con una esquina de su inseparable manta húmeda contra la mejilla.

Abbey volvió a la cocina todavía en pijama, y sonrió con alivio cuando me llevé un dedo a los labios y señalé la forma durmiente.

—¿Qué está haciendo aquí abajo?

—Creo que es donde dormía en casa de Ingrid —susurré—. Había ropa de cama bajo la mesa de la cocina de su piso.

—Dios, ¿qué clase de madre era?

—Sé que parece malo, pero creo que estaba tratando de protegerlo. Sólo había una habitación en el piso y si Ingrid tenía clientes allí...

Nos quedamos en silencio, mirándonos la una a la otra con adusta comprensión.

—Papá también está durmiendo como un tronco —dijo de repente—. Incluso lo he agitado y no se ha despertado.

Sentí que mis ojos se abrían con aprensión. La imagen de la carta de la muerte cayendo de la mano de Abbey se imprimió en mi cerebro con claridad horrible y repentina. Sabía que Calum estaba bastante enfermo, pero ¿uno podía morirse mientras dormía de algo como el cáncer de próstata?

Hice una pausa en la puerta del dormitorio, tratando de calmarme y entonces llamé con poco entusiasmo. No hubo respuesta.

Llamé más fuerte y entré en la habitación oscura. Lo único que vi fue su forma delineada bajo el edredón. Acercándome, me arrodillé al borde de la cama para estar lo bastante cerca para agitarlo. Siguió sin moverse.

Maldición.

Me levanté y descorrí las pesadas cortinas. La luz gris entró en la habitación iluminando sus rasgos pálidos y yo me quedé de pie a sus pies preguntándome qué demonios tenía que hacer. Al cabo de un momento de duda le busqué el pulso en el cuello y, para mi inmenso alivio, sentí un latido tenue pero regular. Al mirar a la mesita de noche mis ojos se posaron en un frasco de píldoras. No tenía ni idea de cuántas se había tomado.

Traté una vez más de despertarlo, pero no hubo respuesta. Tuve la vaga idea de que debería colocarlo en una posición de recuperación, pero ya estaba de costado, así que lo dejé donde estaba y bajé corriendo a usar el teléfono de la sala.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —Abbey estaba de pie a mi lado mientras yo marcaba el número de los servicios de emergencias y pedía con voz temblorosa una ambulancia.

En cuanto el operador me aseguró que la ayuda estaba en camino, me volví a mirarla.

—Tu padre no está bien, Abbey. Se ha tomado unos calmantes o algo y a lo mejor ha tomado demasiados por error, no lo sé. Hay

una ambulancia en camino...

Abbey dio un grito estrangulado y las dos subimos corriendo por la escalera. La oí llamando a su padre y la encontré arrodillada en la cama, tirando con fuerza de él.

—¡Papá, papá, despierta!

Estaba a punto de ponerle una mano en el brazo para frenarla cuando me di cuenta de que no era mala idea tratar de despertarlo, y durante los siguientes diez minutos tratamos sin éxito de hacer volver a Calum a un estado de conciencia.

Cuando llegó la ambulancia, Abbey ya estaba histérica y, mientras los enfermeros sujetaban a Calum con correas en la camilla, me guardé en el bolsillo lo que quedaba en el frasco de píldoras y le devolví a Abbey su teléfono móvil.

—¡Abbey! Necesito que te calmes. Llama a Kevin y pídele que venga y que se quede contigo. Tenéis que cuidar a Tristan por mí.

Ella continuó sollozando y yo le pasé un brazo en torno a sus hombros convulsos.

—Iré con tu padre y me aseguraré de que está bien, ¿me oyes? ¿Puedes cuidar de Tristan?

Abbey asintió, mirándome con ojos ribeteados de rojo.

—No puedo perderlo, Kaela. He sido tan horrible que cree que lo odio.

—Sabe que no lo odias, Abbs. Y cuando se despierte tú también podrás decírselo. —La sacudí un poco—. ¿Me has oído?

Abbey asintió y yo le dediqué una media sonrisa, implorándole que fuera fuerte. Los enfermeros estaban empujando la camilla con la silueta pálida y horriblemente inmóvil de su padre por el descansillo, dirigiéndose a las escaleras.

—Todo irá bien. Te llamaré desde el hospital, ¿vale?

Me apresuré a bajar por la escalera detrás de ellos y cogí las monedas sueltas de la mesita del vestíbulo antes de seguir por el sendero de entrada la camilla en la que iba quien había sido mi novio. Con un millón de emociones agolpándose en mi cabeza, vi cómo los enfermeros lo subían a la ambulancia que esperaba.

Pasaron dos horas antes de que Calum recuperara la conciencia y me permitieran verlo. Estaba tumbado contra un montón de almohadas con una manta de hospital doblada cuidadosamente encima de él. Las cortinas corridas nos daban la ilusión de cierta

intimidad. Tenía un gotero de suero fisiológico conectado a una vena del brazo izquierdo, pero aparte de eso y el tono amarillo enfermizo de su tez, parecía estar firmemente de vuelta en la tierra de los vivos.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté, acercando una silla a él.

Ni lo besé ni le toqué la mano. Al mirarlo me di cuenta de que estaba furiosa.

—Lo siento, Kaela. —No me sostuvo la mirada.

—¿Sientes haberlo hecho o sientes que no funcionara?

Arrugó los labios pálidos.

—Quiero que sepas que no lo planeé. Me tomé las pastillas para que me ayudaran a dormir y por el dolor...

—Los médicos me han dicho que has tomado suficientes para matarte varias veces. Si Abbey no te hubiera encontrado cuando lo hizo, estarías muerto.

Gruñó.

—¿Abbey? ¿Fue ella quien me encontró? Nunca lo habría pensado...

—Estábamos buscando a Tristan —continué, demasiado enfadada para dejarle que tratara de explicarse—. El pobre niño se había hecho la cama debajo de la mesa de la cocina. Abbey pensó que podría haber ido a tu habitación y cuando fue a mirar no pudo despertarte... —Me interrumpí porque se me hizo un nudo en la garganta—. ¿Cómo has podido, Calum? ¿Cómo podías hacerle eso a tu hija después de todo lo que ha perdido ya?

—Te he dicho que no lo planeé. No estaba pensando con claridad. Estaba muy cansado y dolorido, y creía que volverías con el maldito instructor, y entonces no podría operarme y moriría de todos modos y pensé, qué diablos. ¿Por qué morir en una agonía tan larga? —Respiró hondo y continuó a borbotones, como si creyera que si lo decía deprisa no tendría que pensar demasiado en ello—. El tratamiento hormonal ya me está dando... problemas. Y el médico me dijo que los posibles efectos secundarios de la cirugía podían ser impotencia e incontinencia. ¿Por qué ibas a quedarte conmigo entonces? ¿Qué tendría para ofrecer a nadie?

—Debes pensar en positivo; podría no ocurrir ninguna de esas cosas y, en el peor de los casos, lo habríamos afrontado. Pero de todos modos, tendrías a tu hija, que te necesita desesperadamente

—se lo dije con frialdad—. Casi te has muerto dejando que Abbey pensara que creías que ella te odia.

Negó con la cabeza, derrotado.

—Pensaba que me odiaba. No he sido un gran padre para ella. Sé que me culpa por la muerte de su madre y me mira con desprecio. No le habría importado que muriera.

Quería decirle que estaba completamente equivocado, que nunca había tenido en cuenta el dolor de Abbey por la muerte de su madre ni había tratado de aliviar el sentimiento de culpa de la niña cuando yo había desaparecido, quería explicarle que Abbey necesitaba con desesperación su amor y afecto. Pero en ese momento las cortinas se abrieron y apareció un doctor con barba que tendría más o menos mi edad.

Tendió una mano bien cuidada.

—Buenos días, Calum, soy el doctor Omar Nadal. Tengo entendido que ha pasado una noche difícil.

—Es una forma de decirlo —respondió Calum con aprensión.

—Me gustaría charlar con usted un poco de todo. —El doctor me miró—. ¿Y usted será...?

—Michaela Anderson. —Le tendí la mano y él me la estrechó lánguidamente—. La compañera del señor Sinclair.

—Claro. Claro, ya veo, he de hablar con, eh, el señor Sinclair en privado y me preguntaba si podríamos disponer de unos minutos.

—Bien, esperaré fuera.

Descubrí que estaba irritada por el uso del apellido por parte del doctor. Al pasar por la saturada sala de urgencias, pensé que lo que necesitaba Calum no era un psicólogo, sino espabilarse y que le dijeran unas cuantas verdades.

Encontré una fila de sillas azules sin ocupar pegadas a la pared, me senté en la más cercana y apoyé la cabeza entre las manos, sintiéndome repentinamente exhausta.

«Oh, cielos —pensé con desesperación—. Si mamá tiene razón y hay un Dios, entonces ayúdame, por favor. —Cerrando los ojos con fuerza, bajé las manos y las enlacé en mi regazo en silenciosa oración—. No sé qué he hecho para merecer todo esto, pero si existes, por favor, dame fuerzas para estar con esta familia que hace sólo una semana era todo mi mundo; dame fuerzas para estar ahí por Abbey y Tristan e incluso por Calum (aunque el desgraciado

egoísta no se lo merezca) y para ayudar a Abbey con el regalo de Grace, aunque probablemente no debería creer en fantasmas; y para no pensar en Matt, pese a que lo amo y lo deseo con una intensidad que es probablemente pecaminosa en extremo. Y si no te importa —añadí, pensando que puestos a hacer peticiones al Todopoderoso no tenía sentido escatimar—, me gustaría que mi madre se mejorara porque la necesito. Amén.»

Capítulo 40

Me quedé rezando con los ojos cerrados durante varios minutos, preguntándome si cuando los abriera podría descubrir que había viajado seis años en el tiempo hasta el momento en que todo era normal y sin complicaciones. Pero el pasillo largo y vacío parecía igual que minutos antes y me di cuenta de que, después de haber tenido un atisbo de mi futuro, nada podía volver a ser igual.

Pensé en las lecturas del tarot de Abbey y me estremecí. ¿No era igualmente cierto en el caso de las cartas? ¿No era mejor dejar que el futuro se extendiera a salvo en lo desconocido por llegar?

—¡Kaela!

Despertada de mi ensueño, levanté la mirada para encontrar a Abbey caminando hacia mí, con ropa negra ajustada, piernas delgadas y actitud hostil.

—¿Dónde está papá, Kaela? ¿Adónde lo han llevado?

Había llamado desde un teléfono público del hospital para decirle a Abbey que su padre estaba fuera de peligro y ella había llorado tanto que no había podido decirle nada más. Y en ese momento estaba viniendo hacia mí con una expresión tan adusta que sólo podía significar problemas.

—Todavía está en urgencias, pero el médico me ha dicho que probablemente lo dejarán aquí el resto del día y quizás esta noche, están pendientes del informe del psiquiatra de guardia.

—Lo hizo a propósito entonces, ¿trató de suicidarse?

—Dice que no. Aparentemente no estaba planeado.

Se dejó caer en la silla de al lado de la mía.

—¿Cómo ha podido hacerlo, Kaela? —me preguntó, desechando con aire despectivo mi pequeña defensa de su padre—. Tal vez no lo planeó, pero lo hizo de todos modos. ¿Tan poco significamos para él?

—Creo que estaba confundido y abrumado —repliqué con cautela, deseando no estar tan predispuesta a coincidir con ella—. Lleva tiempo enfermo y no quería preocuparte por eso.

Ella inclinó su cabeza hacia mí y pude sentir la ansiedad que acechaba bajo la furia.

—¿Qué le pasa? ¿Por esa enfermedad no puede trabajar como antes?

—Sí, eso es. Tiene cáncer de próstata, Abbey. Necesitaba una operación, pero no quería hacérsela, porque le preocupaba que tú no pudieras afrontarlo. Creo que temía morir y dejarte sola.

—Pero eso es exactamente lo que ha tratado de hacer. No tiene sentido.

Me apreté la frente con las yemas de los dedos mientras reflexionaba. ¿Era culpa mía que hubiera tratado de hacerlo? Si no hubiera vuelto no lo habría hecho, estaba segura. Estaba confiando en que yo cuidara de su hija si algo iba mal. Igual que Ingrid. ¡Igual que Grace!

—Si lo pensó todo, supongo que esperaba que yo me ocupara de ti —dije con cautela.

Traté de contemplar las acciones de Calum desde el punto de vista de otra persona y me descubrí preguntándome cómo habría afrontado la situación la madre de Abbey.

—Pero no creo que estuviera pensando racionalmente. —Me di cuenta de que estaba pensando en voz alta—. Creo que nunca superó la muerte de tu madre. Debería haber pedido ayuda para los dos entonces, en lugar de intentar arreglárselas solo y liarse conmigo de rebote.

Abbey se quedó un momento en silencio, digiriendo lo que le había contado.

—¿Va a morir igualmente por... —pugnó por decir las palabras — el cáncer? —preguntó en voz baja.

—No lo creo. Por lo que me ha dicho, la operación debería curarlo. Creo que sólo está asustado.

—Es raro —observó—, hablar de papá como si fuera un niño. Siempre había pensado que papá era fuerte.

—Se supone que debemos pensar que nuestros padres son fuertes. —Sonreí con tristeza, pensando en mi propio padre y en que siempre había estado ahí para mí y para mamá, como un pilar

de fuerza y responsabilidad—. Luego un día crecemos y nos damos cuenta de que son personas, igual que nosotros, y que pueden cometer errores e incluso morir. —Pensé en mi madre languideciendo en un psiquiátrico. Deseé poder hablar con ella en ese momento y dejar que me acariciara hasta que mis preocupaciones desaparecieran, como si fuera una niña—. Tu padre tiene problemas, pero con suerte ahora buscará ayuda.

—¿Kaela?

—Sí.

—Me alegro de que hayas vuelto.

Miré a la chica sentada a mi lado y dejé de lado mis dudas. Suspiré.

—Yo también, Abbey, yo también.

El psiquiatra de guardia recomendó que Calum pasara la noche en el hospital y que le buscaran cama en la sala de psiquiatría. Abbey se negó a visitarlo a pesar de mis comentarios de que podría ser buena idea.

—Decidió no volver a verme en el momento en que se tomó esas pastillas —dijo con tozudez mientras caminaba hacia la puerta del hospital—. Si no hubiéramos ido a buscar al niño se habría muerto y punto final.

—La gente comete errores —le recordé—. Todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad, Abbey.

No parecía estar escuchando y, cuando la miré, vi que estaba saludando hacia un cafetería que había justo a la salida. Kevin estaba sentado a una mesa, con Tristan a su lado.

Abbey se detuvo de repente y yo casi choqué con ella cuando se volvió y clavó su mirada en mí.

—¿Vas a usar lo que papá hizo para tener tu segunda oportunidad, Kaela? ¿Vas a dejarnos?

Me escoció su perspicacia. Hacía sólo diez minutos que le había dicho a Abbey que me alegraba de haber vuelto, pero ¿era más por ella que por Calum? No estaba segura.

—Ahora mismo estoy enfadada con tu padre —dije saliendo por la tangente—. Cuando lo vea mañana, tomaremos una decisión. Los dos tenemos que querer estar juntos para que esto funcione.

—Pero esto no es cosa sólo de papá y de ti —señaló—. ¿Por qué los adultos nunca tienen en cuenta la opinión de los hijos?

—Porque los hijos crecen y se van y se hacen dueños de sus propias vidas, y si esos adultos se quedan juntos por el bien de los hijos, ¿qué quedaría cuando los hijos se marcharan? La vida es demasiado preciosa para malgastarla, Abbey.

—Deberías tratar de contárselo a papá —murmuró, dándome la espalda.

Kevin se levantó para saludarnos y yo observé que Abbey le sonreía y se detenía para alborotar el pelo de Tristan. Me di cuenta de que Abbey estaba más relajada con Kevin de lo que lo estaba con nadie.

—Estamos en deuda contigo otra vez —dije cuando Kevin apartó una silla para mí.

Lo estudié mientras me sentaba. Si me basaba en la premisa de que yo no había envejecido en los últimos seis años y que él había crecido de un adolescente desgarbado de diecinueve a un joven fornido de veinticinco, teóricamente ahora éramos de la misma edad. Así que la forma en que sentía a Kevin era un poco enigmática. Me sentía mayor, más sabia que él socialmente, pero él era más culto y tenía más mundo que yo.

—¿Te apetece una taza de té? —preguntó Kevin al tiempo que le alcanzaba a Abbey un batido de banana y secaba una salpicadura de la bebida efervescente de Tristan.

Me fijé en que él también estaba tomando un batido y sonreí. Quizá Kevin era simplemente Kevin y yo estaba tratando de sobreanalizarlo, pensé.

—Me encantaría, gracias.

Kevin volvió al cabo de un momento con un té en una taza de poliestireno, que dejó delante de mí.

—¿Calum se salvará?

Asentí.

—Lo van a mantener esta noche en observación y evaluación psiquiátrica, pero vivirá.

—Y este muchachito de aquí... —Miró hacia Tristan y con incertidumbre hacia Abbey como si temiera que sus preguntas pudieran ofenderla—. ¿Ha dicho si el chico tiene algo que ver con él?

—Dice que Tristan no es suyo.

—Y aun así después de negarlo trató de quitarse de en medio —

observó Kevin—. ¿Lo crees?

—Estoy empezando a preguntarme si es asunto mío —repliqué con cansancio.

La gente estaba pasando al lado de nuestras sillas, buscando un lugar en la cola de la barra. Era como tener una conversación personal en plena hora punta de la mañana.

—Papá cree que es de Matt —comentó Abbey al dar un sorbo a su batido.

Kevin captó mi atención mientras los dos jovencitos no estaban mirando y sentí que me ruborizaba.

—Ingrid podría habérselo inventado todo —sugirió—. Teniendo en cuenta su profesión, el niño podría ser de cualquiera.

—Iba a ir a visitar a Matt hoy. —Tomé un sorbo de té para no tener que ver la expresión de Abbey—. Calum piensa que debería ver si Matt sabe algo del niño... al menos eso es lo que insinuó anoche.

—¿Cómo vas a ir allí?

—Pensaba que podría coger el coche de Calum. Antes lo conducía y desde luego hoy no va a necesitarlo.

—Te llevaré a casa si quieres.

—Gracias. ¿Esperarás allí con Abbey y Tristan hasta que vuelva?

—Por supuesto, si es eso lo que quieres, muñeca. Tus deseos son órdenes.

Le lancé una mirada inquisitiva para ver si estaba de broma. Estaba haciendo mucho por nosotros y yo no estaba del todo segura de por qué, pero ya se había vuelto hacia Abbey, quien aparentemente se estaba reservando su opinión sobre mi idea de visitar a Matt.

—Puedes enseñarme eso con las cartas, tesoro. Al fin y al cabo me prometiste otra lectura del tarot.

Me estremecí involuntariamente ante las palabras de Kevin, recordando la carta de la muerte que había caído delante de nosotros.

—Y tú puedes contarme algo más de tu sucesión numérica, Perro Espacial. —Abbey estaba recogiendo el guante otra vez.

Le puse una mano en el antebrazo.

—Abbey, ¿estás segura de que es buena idea continuar con esas cosas?

—¿No me digas que todavía eres escéptica con las cartas? —bromeó.

—Más bien al contrario —le dije, al tiempo que la uña de mi pulgar grababa un profundo surco en el borde de mi taza de poliestireno—. Las cartas me han parecido espantosamente precisas. Y por eso estoy preocupada por esa última, ya sabes, la carta de la muerte. Me pone los pelos de punta.

Abbey arrugó el entrecejo, obviamente sorprendida por mis preocupaciones respecto a sus predicciones, pero su piel joven se suavizó y sonrió.

—Oh, eso. No has de preocuparte, Kaela. La carta muy pocas veces significa muerte; normalmente sólo significa transformación, no la muerte como la conocemos, sino un cambio radical en la vida.

«¡Vaya por Dios!», pensé cansinamente, sin saber si esa noticia era buena o peor. ¿Acaso no tenía que lidiar ya con bastantes cambios? ¿Qué más agitaciones fundamentales podía haber?

Capítulo 41

Una hora más tarde iba conduciendo alegremente en el viejo Volvo de Calum. Observé cómo iba pasando el paisaje: a ambos lados grupos de árboles engalanados con sus ropajes otoñales, cuyas hojas goteaban por la llovizna diurna y actuaban como un bálsamo para mis nervios. Me di cuenta de que era un alivio dejar atrás las preocupaciones y —con Calum a salvo en el hospital y Kevin cuidando de Abbey y Tristan— desterré mis temores a la parte de atrás de mi cerebro y me concentré en simular que no tenía ninguna cuita en el mundo.

Cuando finalmente me desvié de la carretera principal por un camino rural, las primeras dudas empezaron a reptar en mi cabeza. ¿Y si Matt no estaba allí? ¿Y si estaba allí pero no quería verme? Quizá debería haber llamado antes, decidí. Pero ¿qué iba a decirle? ¿No iba a preguntarle por teléfono si era el padre del hijo de Ingrid?

Se me empezaron a crispar los nervios y de repente mi humor relajado se evaporó y comencé a sentirme mareada. Quizá no había sido tan buena idea después de todo, decidí mientras bajaba la ventanilla y tragaba varias bocanadas de aire fresco.

Pasé de largo el desvío del camino de Matt y tuve que dar la vuelta en un sendero particular. Creía que había memorizado el camino cuando Matt y Kevin me habían llevado a ver a Calum el martes y había vuelto con ellos de la comisaría de policía, pero obviamente mi interés se había desviado hacia preguntas más absorbentes.

Sabía que tenía que estar a tiro de piedra de la casa de Matt, así que me metí en un apartadero de hierba, apagué el motor y decidí caminar por la tranquila calle residencial.

El viento húmedo resultaba agradable y estaba empezando a disfrutar del corto paseo cuando reconocí la familiar verja. Vacilé.

Tal vez debería darme la vuelta y dirigirme a casa. Pero ya había llegado hasta allí, me dije a mí misma; ¿quería verlo o no?

Erguí los hombros, respiré hondo y enfilé el camino, pero al doblar la curva me paré en seco. Matt estaba de pie en el sendero de entrada, junto a un convertible plateado con la capota negra levantada. Pero no era el coche lo que captó mi atención sino su ocupante: una mujer alta y delgada con el pelo negro hasta los hombros y largas piernas morenas. Salió del coche —que habría llegado desde el otro lado— y echó los brazos en torno al cuello de Matt.

Observé anonadada que Matt la besaba en la mejilla suave de color café con leche. Quería volverme y echar a correr, pero sentía que se me habían pegado los pies al suelo. Y entonces, con sus brazos apretados en torno a la mujer y la cara pegada a la de ella, Matt levantó la cabeza. Nuestras miradas se encontraron y vi que sus ojos grises se ensanchaban por la sorpresa, y entonces eché a correr, huyendo de alguien sobre el que no tenía ningún derecho y a quien sabía que nunca tendría.

¿En qué diablos había estado pensando?, me pregunté mientras corría por el camino de hierba. Había dejado perfectamente claro a Matt que iba a quedarme con Calum. ¿Qué esperaba? Me tragué las lágrimas. Matt tenía derecho a ver a quien quisiera.

Aun así, me dolía que no hubiera tardado nada en hallar solaz en otros brazos. Fin del amor a primera vista y de su espera de seis años de alguien que significaba algo especial para él, como había dicho. Pensé que quizás Ingrid había tenido razón al resumir el conjunto de la especie masculina. Al pensar en lo difícil que había sido para mí la decisión de volver con Calum, me resultó irritante saber que Matt simplemente había ojeado su agenda para encontrar una sustituta instantánea.

El Volvo estaba a la vista cuando oí sus pisadas resonando detrás de mí y, sintiéndome estúpida por estar huyendo, me detuve para enfrentarme a él. Matt paró a un par de pasos de mí. Lo miré; ese hombre con el cabello castaño liso y una nariz ligeramente prominente, que hacía que se me acelerara el pulso cuando lo miraba. Quería darle un bofetón y abrazarlo al mismo tiempo, así que metí las manos en los bolsillos de mis tejanos y traté de vencerlo con la mirada. Y en ese momento sentí la terrible certeza

de que estaba completa e irremisiblemente enamorada de él.

Maldición.

—Michaela... no esperaba verte. Pensaba, o sea Kevin me ha llamado esta mañana y me ha dicho que Calum estaba en el hospital. ¿Cómo es que no estás allí?

—Es obvio que no esperabas verme —repuse—. Y no estoy allí con él porque estoy increíblemente enfadada por que esté allí. Pero no dejes que te entretenga. —Cerré los puños en los bolsillos—. Ya he visto que tienes cuestiones acuciantes que atender.

Me miró inexpresivo y entonces rio de repente al caer en la cuenta de a quién estaba aludiendo.

—¿Estás celosa, Michaela?

—Desde luego que no. Lo que hagas y a quién veas no es asunto mío.

—¿Por qué estabas huyendo entonces?

—Yo no... bueno, ahora no.

La risa aún traslucía en sus ojos, pero ahora me estaba estudiando como si estuviera sumido en la reflexión. Bajó la voz a un susurro ronco:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He... he... —tartamudeé.

Descubrí que no podía terminar la frase. No quería preguntarle si había tenido un hijo con la que había sido mi mejor amiga. Pensé en la belleza morena que lo esperaba en el sendero y ya no parecía ser asunto mío.

—He cometido un error al venir. No era justo. —Me volví, pero él se estiró para cogerme de la mano.

—Michaela...

Me estaba mirando de una manera que hizo que el corazón me saltara en el pecho. Yo todavía estaba jadeando ligeramente por la carrera y él también parecía tener problemas para respirar. Sentía mi mano como pegada a la suya y de repente ya no estaba de pie al borde de un camino apacible con un cielo sobre mi cabeza y hierba a mis pies, sino envuelta en una burbuja en la que sólo cabían dos personas y esa burbuja podría haber sido el universo entero.

Infinitamente despacio, Matt me atrajo hacia sí. Mis pies parecieron moverse hacia delante por voluntad propia hasta que estuvimos tan cerca que pude sentir su respiración en mi cara, el

calor que irradiaba de su cuerpo. Sus ojos estaban fijos en los míos y descubrí que simplemente no podía apartar la mirada. Bajó la barbilla en el mismo momento en que incliné mi cabeza hacia la suya, y cuando nuestros labios se encontraron cerré los ojos y me apoyé en él. Matt me envolvió en sus brazos y me abrazó fuerte. Todavía estábamos allí abrazados cuando alguien le dio unos golpecitos en el hombro.

—Lamento interrumpir, Matthew —dijo una voz femenina llena de sarcasmo—, pero creo que no me has presentado a tu amiga.

Ambos nos volvimos al sonido de su voz y yo me encontré mirando a un par de ojos inteligentes que me devolvían la mirada como si me estuvieran sopesando.

Sentí que me ruborizaba, avergonzada de conocer a una de las novias de Matt y en cierto modo asombrada por mi falta de autocontrol. Podía imaginar a esa criatura espléndida sintiéndose perfectamente a gusto vestida con una de las camisetas que me había prestado Matt en mi primera noche y supe con repentina certeza que pertenecía a ella.

Separándome del abrazo de Matt, murmuré una disculpa y dije algo respecto a irme, pero Matt no me hizo caso. Me apretó la muñeca con más fuerza y se volvió hacia la mujer.

—Simone, ella es Michaela.

La mujer inclinó la cabeza a un lado y continuó su escrutinio.

—Vi tu foto en los periódicos hace seis años, por supuesto. No has envejecido nada, ¿verdad?

—Te lo dije —replicó Matt, sonriendo como si exhibiera un valioso ejemplar—. Está exactamente igual que cuando la vi antes de que saltara de esa avioneta. —Se volvió hacia mí—. Michaela, te presento a Simone, mi hermana mayor.

—No mucho mayor, gracias —dijo Simone, pellizcándole el brazo juguetonamente—. Un par de meses no es nada en la gran escala de las cosas.

Me quedé estupefacta. ¿Cómo esa belleza sensual de obvia ascendencia africana podía ser hermana de Matt?

—Cierra la boca, no te favorece —comentó Simone con una sonrisa—. Y antes de que preguntes, no, ninguno de los dos es adoptado. Además, por interesante que sea tener esta charla en medio de la calle, creo que deberíamos pasar a casa de Matt. Llevo

cuatro horas en el coche y necesito el baño y una taza de té en ese orden.

Simone se puso en marcha y yo descubrí que, a pesar de todas las sensaciones en sentido contrario, todavía me funcionaban los pies y podía seguir a Matt.

—No sabía que tenías una hermana —comenté de manera poco convincente, tratando de corregir mi falta de diplomacia.

—Supongo que pensabas que todas esas camisetas y cosméticos pertenecían a una larga lista de novias que habían vivido en casa —dijo riendo—. Sé que estás deseando saber más, pero dejaré que te lo explique Simone, ella es mucho más comunicativa que yo.

Matt puso la tetera al fuego mientras yo me subía a uno de los taburetes de la cocina y me inclinaba ligeramente sobre la barra central, preguntándome al hacerlo qué bien podía hacerme estar allí. Ver a Matt, estar con él otra vez, era sólo una manera de prolongar la agonía. Por más que tratara de convencerme de que había sido Calum quien había roto nuestro pacto de estar juntos, sabía que en su presente estado me necesitaba más que nunca.

Simone entró en la cocina frotándose crema en las manos delgadas. Hizo un gesto hacia el taburete de al lado del mío y yo lo aparté para que pudiera sentarse en él.

—Gracias.

Me estaba mirando otra vez con esa visión penetrante casi de rayos X. Estudió primero mi cara y mi cabello y luego bajó por mi cuerpo hasta los dedos de mis pies.

—Ya veo por qué ha estado tan perdidamente enamorado de ti durante los últimos seis años —comentó. Aceptó la taza de té que le ofreció su hermano y sonrió—. Debe de ser como un final de cuento de hadas para él que hayas aparecido por ensalmo y aterrizado en su regazo, por así decirlo.

—El problema es que no es el final que había previsto —dijo Matt al ocupar el taburete del otro lado de su hermana—. Está siendo heroica del todo e insiste en quedarse con su ex novio y la hija de él.

Simone parecía horrorizada.

—¿Por qué demonios quieres hacer eso? —me preguntó.

—Para mí no han sido seis años —traté de explicar—. Dejé a Calum el lunes para saltar en paracaídas y hoy sólo es viernes. Está

enfermo, tiene cáncer de próstata. Si no me quedo con él, no se someterá a la operación que necesita, porque no quiere que su hija Abbey pase por ello.

Hice una pausa, di un sorbo de té y decidí no contarle a ella lo que Calum había tratado de hacer la noche anterior. No quise mirar ni a Matt ni a Simone a los ojos mientras dejaba caer la siguiente bomba, así que miré fijamente las manzanas que tenía delante de mí en una frutera.

—Y ahora hay una complicación añadida.

Esperé, pensando que uno de ellos podría decir algo, pero ambos permanecieron en silencio, así que seguí adelante.

—Ingrid (es decir, mi mejor amiga o al menos yo pensaba que lo era) se ha largado y me ha dejado con su hijo pequeño, Tristan.

«Tristan Matthew Peters», pensé al recordar el nombre completo del niño en un destello cegador. ¿Cómo podía no haberme fijado antes? Parecía que Ingrid hasta le había puesto a su hijo el nombre del padre. Eso me hacía quedar como una estúpida.

Capítulo 42

Di otro sorbo de té y tragué, tratando de no atragantarme.

—Abbey y Kevin están cuidando a Tristan por mí ahora, pero he de volver y ocuparme de él.

—Ingrid siempre ha sido una caradura —comentó secamente Matt.

—¿Cuánto tiempo te lo ha dejado? —Simone se sirvió una galleta del paquete que Matt había puesto delante de nosotras.

—No estoy segura —vacilé, mirando a Matt—, pero creo que va a ser bastante permanente. Me ha dejado su partida de nacimiento y el carné de vacunaciones.

Simone dejó la taza sobre la mesa ruidosamente y puso cara de incredulidad.

—¿Has contactado con servicios sociales?

—No quiero que vaya a un orfanato. De algún modo creo que es mi responsabilidad.

Hurgué en el bolsillo de mi chaqueta y saqué las cartas que Ingrid me había dejado. Simone las leyó y se las pasó a Matt.

—¿Cómo interpretas ese trozo críptico de que tú eres lo mejor después de una madre? —preguntó Simone.

—Primero pensé que quería decir que Calum era el padre natural de Tristan —admití—. Abbey ya me había contado que Ingrid solía visitarlo después de mi desaparición y yo sumé dos y dos, pero él lo negó.

—Es normal, ¿no? —dijo ella cortante.

—Yo le creo. Calum me dijo que ella trató de seducirlo después de mi desaparición, pero la rechazó. Después de eso desapareció de su vida por completo. También señaló que cuando Ingrid escribió esa carta no sabía si yo iba a volver con Calum o si iba a quedarme aquí con Matt.

—Crees que soy yo —dijo Matt de repente cuando lo comprendió con un poco de retraso—. ¿Has venido aquí hoy para confrontarme con eso?

Sentí que me ruborizaba.

—No sabía qué creer. Todavía no lo sé. Kevin cree que Tristan podría ser de cualquiera, con el estilo de vida que ha estado llevando Ingrid, pero yo la conozco, bueno, la conocía. Siempre había querido estabilidad y alguien que cuidara de ella. Estoy segura de que no se hizo prostituta hasta después de tener a Tristan. Creo que sólo lo hizo para darle una vida mejor de la que podía ofrecerle sólo con los subsidios.

Matt bajó del taburete, pasó junto a su hermana y apoyó sus manos en mis hombros.

—No voy a decir que no estuve tentado. Ingrid era guapa y sexy e hizo lo posible por seducirme, pero yo estaba sufriendo por ti, Michaela. Ya sé que dirás que apenas te conocía, pero ya te he explicado mis sentimientos.

Pensé en la fotografía que había encontrado en el cajón de su mesilla mientras él continuaba.

—Nos vimos ocasionalmente y hablamos de ti, pensaba que te echaba de menos tanto como yo. Era reconfortante hablar de ti con una de tus amigas. Ella me hablaba de cosas que decías y hacías y me hacía sentir que te conocía de verdad, igual que ella. Pero al final me di cuenta de que no era eso lo que quería y le dije que no era buena idea que nos viéramos más. —Hizo una pausa, recordando—. Estaba enfurecida. Me llamó miserable desgraciado y me mandó al infierno...

Así que eso era lo que Ingrid quería decir cuando decía que todos los hombres eran unos desgraciados, pensé. La habían rechazado tanto Calum como Matt. Quizás había tenido un breve idilio con un completo desconocido o incluso una relación de una noche. Y eso convertía a Tristan en el problema de otro y no mío.

—Mirad, me estoy quedando entumecida sentada en este taburete. ¿Por qué no vamos a la sala y hablamos de esto más cómodamente? —dijo Simone, levantándose del taburete de al lado del mío y recogiendo su taza mientras hablaba.

Matt todavía me agarraba por los hombros, pero pareció volver en sí con las palabras de su hermana, y me soltó reticentemente

para que pudiera seguir a Simone a la luminosa y espaciosa sala de estar.

Simone se había acomodado en un ancho sillón de color crema con los pies levantados en un puf del mismo color. Parecía relajada y a gusto ahí y me pregunté dónde estaba su verdadera casa.

—Cuatro horas es un largo viaje —comenté, sentándome en el sofá—. ¿Visitas a Matt a menudo?

—Trabajo en Norfolk, aunque nuestro hogar está en Kent. Vuelvo muy a menudo porque nuestros padres viven a veinte minutos, a las afueras de Dover.

Asentí al comprender, aunque todavía estaba desconcertada por su uso de la expresión «nuestros padres». Me pregunté cómo los dos podían ser hermanos naturales.

—Los dos descendemos de los vikingos —dijo Matt riendo, como si leyera mis pensamientos. Se sentó a mi lado—. Con un poco de esto y de aquello por el camino.

Yo no sabía qué decir, pero Simone retomó la historia. Ella obviamente estaba acostumbrada a tener que explicar sus aspectos tan diferentes.

—Matthew y yo tenemos el mismo padre —dijo al sorber su té —. La familia de papá es originaria del norte de Europa. Hace varios siglos se desplazaron al sur y se asentaron en lo que se ha convertido en Normandía. Sus ancestros se toparon luego con Guillermo el Conquistador en mil sesenta y seis y se instalaron en Kent. Creemos que el apellido de la familia procede del lugar de Normandía del que eran: allí hay un pueblo llamado Treguier.

No quise mencionar que no parecía muy vikinga con su piel de color café con leche y el cabello negro, pero me fijé al mirarla en que tenía los ojos de un color grisáceo, muy parecidos a los de Matt.

—El trabajo de nuestro padre lo llevó al otro lado del canal; comercia con diamantes y pasó gran parte del principio de su carrera en Holanda y Luxemburgo. Además —dijo con una sonrisa —, pasó la mayor parte de los años setenta viajando a Suráfrica, donde hacía frecuentes visitas a las minas de la compañía de diamantes.

—Ah —dije, notando la conexión y esperando a que ella continuara.

Era un alivio tener algo en lo que pensar al margen de mis

propios problemas. Me hundí más en el sofá y empecé a relajarme, intrigada por su historia.

—Papá se enamoró de una chica africana. Supongo que era muy hermosa y se decía que también era una maravillosa cantante. Yo nací en mil novecientos setenta y siete, justo antes de que él tuviera que regresar al Reino Unido de forma permanente. Días antes de que papá se marchara, hubo algún tipo de conflicto entre tribus rebeldes en guerra. Aunque Suráfrica ahora sólo produce alrededor del quince por ciento de los diamantes del mundo, en aquellos días había un interés mayor. A mi madre... —Simone hizo una pausa y respiró hondo para calmarse— la mataron en el conflicto. Papá estaba destrozado, y después de varios meses de batallar, los servicios de inmigración me trajeron a Inglaterra.

—Entretanto —continuó Matt, retomando la historia—, mi madre, Doreen, la mujer inglesa de papá, me estaba esperando a mí. A pesar del encaprichamiento de papá con la madre de Simone, él y mi madre tenían un matrimonio feliz. Papá descubrió que Doreen estaba embarazada sólo unos meses después de que la madre de Simone le dijera que estaba esperando a su bebé. Mamá no sabía nada de su aventura, por supuesto, y no le hizo ninguna gracia que insistiera en hacer una última visita a Suráfrica cuando ella tenía que dar a luz. Ella acababa de llevarme a casa desde el hospital y estaba esperando el regreso de papá, cuando él apareció con Simone.

—Cielo santo —exclamé, volviéndome hacia Matt—, ¿qué demonios hizo tu madre?

—Después del shock inicial, finalmente lo perdonó y me adoptó —replicó Simone—. Mamá nos educó a los dos juntos, como si yo fuera su propia hija. Sólo nos llevamos unos meses, así que debió de ser como criar gemelos. Doreen es una mujer muy especial.

—¿Vuestros padres siguen juntos?

—Felizmente casados y planeando dar la vuelta al mundo en crucero cuando papá se jubile como es debido dentro de un par de años —me contó Matt. Hizo una pausa y me lanzó una mirada extraña—. Pertenezca a quien pertenezca, el pequeño Tristan merece una oportunidad en la vida. Los niños no deberían ser culpados por las maneras o las circunstancias de su llegada a este mundo.

Me estaba preguntando si Matt estaba reconociendo ser el padre de Tristan al fin y al cabo, pero continuó:

—No sé quién es el padre natural del niño, pero Ingrid obviamente quería que tú lo criaras por ella.

—Pero tener que cuidar a Tristan me da otra razón para quedarme con Calum —señalé, con un ligero pánico—. El niño ha de crecer en un entorno familiar. Creo que ya lo ha pasado mal; está cubierto de sospechosos moratones y parece que prefiere dormir debajo de la mesa de la cocina a hacerlo en una cama como es debido.

Y por mucho que me gustara Tristan, me descubrí pensando otra vez en la atadura que representaría. Todavía era joven. En el fondo sabía que quería tener unas pocas aventuras más, ver mundo y continuar con mi carrera. Quizá nada tan grande como esa aventura, me dije con una sonrisa interior, pero aventuras al fin y al cabo. ¿Acaso no había puesto ya mi vida entre paréntesis para cuidar a Abbey?

Pensé en Doreen y en lo que había hecho por Simone y me sentí culpable por estar tentada —aunque sólo fuera un poco— de poner como excusa las extrañas circunstancias en las que me hallaba para abandonar mis responsabilidades. Pero por un golpe fantástico del destino me habían dado otra oportunidad. ¿Podía renunciar a mis sueños de una carrera y a la excitación de viajar una segunda vez? ¿De verdad quería hacerlo?

—Cielo santo —comentó Simone—, pobre niño.

Se volvió a observarme y una vez más su atención directa me pareció enervante. Me sentí casi como si ella hubiera sabido en qué estaba pensando y noté que me ruborizaba bajo su escrutinio.

—Pensaba que ir a una escuela predominantemente de chicas blancas y tener que reivindicarme una y otra vez ya fue bastante duro —continuó—. A pesar de la aceptación de mis padres, descubrí que no podía cambiar las percepciones mayoritarias de alguien que fuera ligeramente diferente de ellos. Me acosaron verbalmente en la escuela, no sólo otros alumnos, sino también algunos de los profesores. La gente teme a cualquiera que no es igual que ellos y, cuanto más protestaban mis padres, más me miraban con sospecha. Al menos —dijo con un suspiro—, nunca me golpearon ni abusaron físicamente como puede haberle pasado a tu Tristan.

—Tristan desde luego necesitará mucho amor y cariño —dije, asintiendo—. Pero también Abbey y, puestos a eso, también Calum cuando salga del hospital.

—Parece que has vuelto a caer en circunstancias problemáticas —observó Simone como si tal cosa.

Casi me reí por el eufemismo.

No sabía hasta qué punto.

—¿Matt te ha contado lo que me ocurrió? —pregunté a Simone.

—Michaela, mi hermano ha estado obsesionado con tu extraña desaparición y apenas ha hablado de otra cosa durante los últimos seis años y medio —dijo secamente—. Créeme cuando te digo que las líneas telefónicas han estado zumbando desde tu retorno. Ésa es la principal razón de que esté aquí. —Sonrió a su hermano—. Además de que quería ver a mi hermanito, por supuesto.

—Simone me hace quedar como un chiflado —dijo Matt con una sonrisa irónica—, pero Kevin y yo nunca creímos que te hubieran secuestrado. Él tenía sus teorías chifladas de una abducción extraterrestre y, aunque yo no las creía, eso nos unió por nuestra fe común en que algo raro e inexplicable te había ocurrido. Además de él, la única persona que no creía que yo te había asesinado era Simone, bueno, y mis padres, por supuesto.

—Me preguntaba por qué los dos erais tan buenos amigos —confesé—. Tú y Kevin sois personas muy diferentes.

—Me salvó la vida —dijo Matt en silencio—. La prensa me estaba acosando día tras día. Cada vez que salía de casa estaban allí con sus micrófonos y sus preguntas intrusivas. Cuando finalmente les concedí una entrevista, la trocearon e inventaron cosas para hacerme quedar como una especie de monstruo. Entonces Kevin les dio la teoría de la abducción alienígena para que clavaran sus dientes en ella y apartó la atención de mí. Es un buen tipo.

—Supe por la detective Smith que lo conocías de antes de nuestro salto benéfico.

Matt asintió.

—Estaba colgado de Ingrid y no quería quedar como un tonto delante de ella. Vino a tomar unas clases y a hacer un salto de prueba la semana anterior a que llegarais el resto.

—Pensé que habría sido eso —descubrí que estaba aliviada de corazón por su fácil admisión de lo que la detective Smith había

visto como prueba de su culpa.

—La policía se aferró a eso, usó el hecho de que ya lo conocía (cuando Ingrid y tu jefe Graham juraban ciegamente que Kevin les había dicho que nunca me había visto antes) como base para retenerme en comisaría durante interminables interrogatorios. Estaban convencidos de que, antes de tu salto, Kevin y yo habíamos planeado algo horrible contigo.

—Lo siento mucho.

—No te culpes, Michaela —dijo Simone de manera cortante. Se sentó y dejó su taza vacía sobre la mesita de café—. Lo que te ocurrió no fue culpa tuya. Mi hermano y yo hemos estado tratando de probarlo desde entonces, en parte para limpiar el nombre de Matthew y en parte porque todo el escenario me resultaba fascinante.

—Entonces, ¿me crees? —le pregunté, inclinándome hacia delante para dejar mi taza vacía al lado de la suya—. ¿Crees que no tengo ni idea de dónde he estado los últimos seis años y medio?

—Absolutamente. Y Matthew me dice que te aseguró que intentaría descubrir lo que te había pasado realmente.

Asentí, sintiéndome estúpida. No me había tomado a Matt en serio.

—No sé cómo podéis ayudar ninguno de los dos.

—Bueno, ahí es donde te equivocas, Michaela —dijo Simone—. Mi hermano tiene contacto directo con una persona muy influyente en el mundo de la ciencia. Tanto él como yo creemos que es a través de la ciencia que encontraremos la respuesta al misterio de tu desaparición hace seis años y medio y de tu posterior reaparición asombrosa.

Ahora estaba sentada al borde de mi asiento.

—¿A quién? —pregunté—. ¿A quién conoce que podría averiguar la respuesta de dónde he estado?

Simone clavó en mí sus encantadores ojos, cruzó sus piernas largas y bien torneadas en una teatral floritura y sonrió, mostrando dientes blancos como perlas.

—A mí —dijo—. Me conoce a mí.

Capítulo 43

—Soy científica cuántica —me dijo Simone con alegría mientras cortaba repollo colorado y lo echaba en una sartén precalentada.

Habíamos vuelto a la cocina después de que Simone anunciara que tenía hambre. Tanto ella como Matt habían insistido en que me uniera a ellos para un almuerzo tardío y, después de saltarme el desayuno por mi carrera al hospital esa mañana, estuve encantada de aceptar. Aparentemente, Matt ya había estado asando pato en el horno antes de la llegada de su hermana y ahora estaba de pie pelando y cortando patatas antes de hervirlas en la olla.

Me senté en uno de los taburetes y escuché mientras trabajaban. Me había ofrecido a ayudar, pero al parecer no requerían mi asistencia. Para ser sincera, estaba encantada por el descanso y los dos colaboraban con la eficiente familiaridad de hermanos que han cocinado juntos en muchas ocasiones.

—Me empeñé en destacar en la escuela y, cuando empecé a sacar sobresalientes en matemáticas y ciencias, los profesores comenzaron a verme con otros ojos. —Picó dos manzanas que Matt había pelado cuidadosamente—. De repente, ya no era la mulata tímida, la outsider, sino una posible alumna estrella que podía representar a la escuela a escala internacional. Después me gradué en ciencias y más tarde hice el doctorado. Ahora trabajo para una gran organización científica que está cofinanciada por el gobierno y por varios patrocinadores privados.

—Nuestros padres estaban (todavía están) inmensamente orgullosos de ella —intervino Matt mientras probaba las patatas con un tenedor—. Yo, por mi parte, hice el tonto en la escuela y terminé gastándome la asignación de mis padres conduciendo coches rápidos, aprendiendo a tirarme en caída libre desde aviones y finalmente convirtiéndome en piloto.

Matt dejó el tenedor en la encimera, se acercó a mí y colocó suavemente sus manos en torno a mi cintura. Me pregunté si necesitaba que le confirmaran que era feliz con él tal y como era y, apartando todos mis pensamientos de Calum, crucé los brazos en torno a mi cintura, poniendo mis manos encima de las suyas. No sólo estaba satisfecha de los logros de Matt, sino que estaba genuinamente orgullosa de él. Era agradable estar unidos así, y dejé escapar un suspiro contenido, apoyando mi cabeza en su pecho.

Observamos a Simone trabajando, y me pregunté si habría algo que no hiciera bien. Era hermosa, segura de sí misma, lista y obviamente buena cocinera. Mirando a Matt por encima del hombro, me pregunté si había crecido a la sombra de su hermana y pensé con sequedad que, si alguno de los dos había tenido que luchar para superar prejuicios y una intolerancia estrecha de miras, podría haber sido él.

—La organización para la que trabajo (Subatron Industries) es sólo una de varias compañías de investigación financiadas por el gobierno cuyo único objetivo es tratar de comprender la naturaleza del universo —continuó Simone—. Tú no podías saberlo, por supuesto, porque aún estabas desaparecida en septiembre, pero el mes pasado los científicos coparon los titulares por su experimentación en un acelerador de partículas atómicas con el que trataron de recrear las condiciones que precedieron al Big Bang. Pensamos que podía llegar a crearse un minúsculo agujero negro, pero la prensa se aferró a la idea y la difundió de manera desmesurada hasta que la opinión pública sintió pánico creyendo que podría ser el fin del mundo. —Se rio con desdén al tiempo que echaba las manzanas en la misma sartén de la col—. La cantidad de energía que crearía sería minúscula, más pequeña que un mosquito e incapaz de dañar a nadie. Pero demostró a la gente de la cúpula (los que financian la investigación) lo rápidamente que el temor de la opinión pública a lo desconocido puede causar pánico en masa. —Espolvoreó azúcar moreno y canela sobre la sartén—. Y la razón que tenían en mantener en absoluto secreto los anteriores experimentos.

»Durante años se ha estado llevando a cabo un experimento sobre la existencia de algo llamado gravitón —explicó con aire despreocupado, sin hacer caso de mi expresión de incredulidad—.

En Luisiana (Estados Unidos) hay un laboratorio que existe con el único objetivo de registrar la existencia de ondas gravitacionales que viajan por el espacio. Es muy costoso, pero en términos legos —dijo mirándome para asegurarse de que la estaba siguiendo—, la organización y sus científicos están tratando de comprender cómo funcionó la gravedad al principio de los tiempos, cuáles fueron las condiciones que provocaron el Big Bang.

—Eh, ¿qué son esas cosas llamadas gravitones? —pregunté, tratando de eliminar de mi voz el escepticismo—. Si los científicos están tratando de probar su existencia seguramente significa que hasta ahora no tienen pruebas de que hayan existido. ¿Y qué tiene eso que ver con mi desaparición?

Simone me sonrió.

—Deja que te hable de este experimento reciente y entonces lo entenderás todo. —Fue al fregadero, se lavó las manos y volvió a sentarse en el taburete de al lado del mío—. Cuando protones de materia y antimateria chocan a gran velocidad, la fuerza de la gravedad se transmite mediante una partícula llamada gravitón. La única forma de saber de la existencia de un gravitón es que todas las partes implicadas en la colisión se midan en el laboratorio antes y después de la colisión. La parte que falta, y la energía que falta, es el gravitón.

—La suma de las partes antes y después de la colisión debería ser igual —intervino Matt—, pero cada vez que este gravitón escapa, simplemente desaparece en una dimensión extra que está más allá de nuestra comprensión.

—Exactamente —continuó Simone—. Conocemos nuestro mundo como tridimensional; sabemos qué es arriba y abajo, norte, sur, este y oeste, pero lo que los científicos están tratando de descubrir en estos experimentos son las dimensiones no vistas.

—Así que los gravitones pasan su tiempo en estas dimensiones adicionales —intervino de nuevo Matt—. Y tanto Subatron Industries como el laboratorio de Luisiana están tratando de probar la existencia de gravitones que se producen de manera natural en el espacio.

—Deja que te enseñe lo que causa estas ondas gravitacionales —dijo Simone, interrumpiendo a su hermano.

Cogió varias manzanas del cuenco de fruta. Extendió un trapo de

malla ancha en la encimera y colocó la fruta encima.

—Las manzanas representan estrellas de neutrones —continuó —. Estas estrellas de neutrones orbitan entre sí batiendo espacio y tiempo. —Arrastró una de la manzanas en un círculo alrededor de otra, haciendo que el trapo se arrugara—. Piensa en el espacio como en una malla gigante que se ve afectada por cualquier movimiento que se produce en él, igual que este trapo se mueve cuando hago rotar la fruta. Veamos, cuando ocurren sucesos cósmicos violentos, como el choque de átomos, se produce la aparición de ondas gravitacionales... —Movió el trapo con el dedo de modo que se arrugó y se extendió otra vez, arrastrando consigo las otras manzanas que había en él— y el espacio y el tiempo se extienden y se contraen igual que esto cuando se altera. ¿Has visto que las otras manzanas se movían en el trapo cuando lo he alterado?

Asentí con la cabeza.

—Entonces ves que el espacio y el tiempo se pueden distorsionar, llevando consigo todos los planetas que están en esa posición en concreto.

Matt debió de darse cuenta de que me estaba costando comprender lo que su hermana trataba de explicarme.

—No te preocupes, la teoría cuántica dejó perplejo incluso a Einstein —dijo con amabilidad—. Hemos de pensar de una manera no convencional y el concepto completo es tan enorme que nuestro pequeño cerebro humano sólo puede abordar la superficie.

—¿Estás diciendo que crees que fui víctima de alguna clase de experimento científico? —pregunté con precaución.

—No exactamente un experimento. —Simone apartó del fuego la sartén con la col—. Más bien el descubrimiento de un gran suceso galáctico que ocurrió en el espacio. Hace seis años y medio, el quince de abril de dos mil dos para ser exactos, el observatorio de ondas gravitacionales supersecreto de Norfolk (el observatorio hermano del que hay en Luisiana) dio una lectura que indicó por primera vez en la historia científica la presencia real de gravitones.

—El día que yo salté —murmuré.

—Y desapareciste —confirmó Matt.

Simone asintió.

—Los científicos que trabajan en el proyecto creen que ese día

un suceso violento, quizá la explosión de una estrella de neutrones, desencadenó un movimiento en el espacio y el tiempo. El problema es que no hubo prueba visual de que ocurriera nada en absoluto, porque todas las estrellas de dentro de nuestro campo limitado de observación se movieron en sincronía con nosotros. De hecho, sólo sabemos de ellos porque los ordenadores del observatorio de ondas gravitacionales registraron la presencia fugaz de gravitones. Algunos de nuestros patrocinadores insistieron en que fue un fallo de funcionamiento del equipo; otros estaban convencidos de que fue el avance más excitante de la era científica. Pero aparte de esa lectura no hubo prueba de que ocurriera nada inusual. Creo que es hora de comer —dijo al tiempo que lanzaba un par de guantes a Matt.

La conversación pareció quedar en pausa.

—Tú sirve el pato mientras yo hago el puré de patatas. Michaela, ¿puedes poner la mesa?

Comimos en un pequeño comedor que estaba al lado de la sala. El pato estaba delicioso, pero yo apenas tenía apetito. Todavía estaba pensando en el concepto de la distorsión espacio-temporal.

—El problema con el que se enfrenta Subatron Industries —comentó Simone con la boca llena— es que, a menos que prueben que su equipo funciona realmente, es probable que pierda la financiación.

—¿Y el observatorio de ondas gravitacionales de Luisiana? —pregunté mientras empujaba la col roja por mi plato—. Si las lecturas de Norfolk eran precisas, ¿no habrían registrado el mismo resultado allí?

—Ojalá, pero estaban desconectados ese día —replicó Simone, limpiándose la boca con una servilleta—. Hubo una anomalía en su ordenador y los ingenieros estaban trabajando en ello cuando el observatorio de Norfolk obtuvo la lectura de gravitón.

—¿Así que no hay prueba de que nada de esto haya ocurrido?

—Sólo esa lectura y la insistencia de nuestros científicos en que para eso precisamente montaron el laboratorio y en que deberíamos confiar en nuestro equipo. —Frunció el entrecejo y vi que la falta de pruebas le resultaba mortificante—. Si la gente al mando no va a creer las lecturas cuando de verdad ocurre algo, no veo el sentido de mantener el equipo en funcionamiento. La cuestión es que

tampoco los patrocinadores le ven el sentido.

—Oh —estaba empezando a ver qué se proponía—. Crees que, si puedo probar que desaparecí en el mismo momento de la lectura del gravitón y ahora he reaparecido milagrosamente, eso podría dar crédito a la precisión de la lectura e influir en vuestros patrocinadores para que respalden de nuevo el proyecto.

—Exactamente. —Clavó en mí su penetrante mirada—. En este momento puedes ser nuestra única esperanza de evitar el cierre de Subatron.

—Lo que no entiendo es por qué esto me ocurrió sólo a mí. O sea, en el mundo entero, ¿por qué fui la única afectada por esta onda espaciotemporal?

—De hecho, tú fuiste la única no afectada por ella —me corrigió —. Pensamos que fue porque estabas flotando libremente y no estabas fijada a la tierra en el momento de la onda gravitacional. Si hubieras estado en el suelo te habría barrido como a todos los demás. Creemos que el avión desde el que saltaste era lo suficientemente grande para ser atrapado por la onda, como el resto del planeta, lo que significa que tú fuiste la única cosa más grande que un ave o un insecto en todo el universo conocido que no se movió en el tiempo con la onda. Como eras efectivamente pequeña y no estabas ligada a nada, simplemente te colaste por el agujero en la tela.

Sentí una sensación de desazón. Entendía que los gobiernos hubieran gastado millones para financiar ese proyecto con el propósito de encontrar precisamente esa prueba, pero a mí todo me sonaba a ciencia ficción.

—En mi opinión no has perdido seis años y medio, Michaela. Somos el resto de nosotros los que hemos vivido seis años y medio en lo que para ti fue un abrir y cerrar de ojos.

Capítulo 44

Apoyé cuidadosamente mi cuchillo y mi tenedor en el plato como si realizando movimientos pequeños y metódicos pudiera mantener la normalidad a mi alcance. Estaba empezando a sentirme francamente nerviosa por las revelaciones de Simone, y eso obviamente se traslucía, porque Matt se estiró sobre la mesa y me apretó la mano.

—Sé que suena increíble —dijo—, pero la teoría de Simone está respaldada por un montón de investigadores de gran reputación y demostrada por hechos científicos. Como te hemos dicho, los observatorios de ondas gravitacionales están financiados conjuntamente por el gobierno y empresas privadas.

—Me gustaría llevarte a la central de Subatron para hablar contigo y hacerte un examen físico, si estás dispuesta —dijo Simone con dulzura—. Ya sabemos del retorno de varias aves raras y enjambres de abejas después de una ausencia de seis años, pero tú eres la única que puede describir lo que te ocurrió. ¿Vendrás conmigo y hablarás con nuestros científicos?

Supongo que continué con expresión de alarma ante la perspectiva, porque Matt me dedicó una sonrisa alentadora.

—Si decides ir con Simone, te acompañaré si quieres.

—¿Cuándo quieres que vaya?

—¿Qué te parece ahora mismo? —Los ojos de Simone se iluminaron al percibir mi capitulación.

—¡No puedo ir hoy! Ya es media tarde y he de volver con Abbey y Tristan esta noche.

Matt puso mala cara a su hermana.

—La estás asustando, Simone. No hay prisa, podemos ir el fin de semana, así Michaela tendrá tiempo para pensarlo y hacer planes para que cuiden a Abbey y a Tristan.

Sonreí agradecida a Matt. Mientras estuviera ahí para mantener a raya a su un tanto intensa hermana, no veía problema.

En parte para asegurarme de la normalidad del resto del mundo, llamé a casa después de comer para ver cómo estaba Tristan y cómo lo estaban llevando Abbey y Kevin.

—Estamos bien —me contó Abbey—. Tristan se ha puesto a llorar poco después de que te marcharas, pero Kevin y yo lo hemos llevado de tiendas y hemos comprado media juguetería. Él y Kevin han estado construyendo un caza de Lego. Creo que el que más se divierte es Kevin, pero Tris está bien. —Hizo una pausa—. ¿Cuándo vas a volver?

—No estoy segura. La hermana de Matt está aquí y me está contando toda clase de cosas fascinantes sobre mi desaparición. Puede que me quede otra media hora y luego me pondré en camino.

—¿Puedo darle un poco de merienda a Tris? ¿Crees que llegarás a casa antes de la hora de acostarlo? He sacado las sábanas de mi cama y las he lavado. Estaban un poco húmedas, y pensaba que podía dormir yo en mi cama esta noche si el niño va a acampar debajo de la mesa de todos modos.

—Bien hecho, Abbey. —Estaba impresionada—. Y sí, creo que es mejor que le des la merienda; yo tardaré un rato en volver. Con suerte estaré en casa para ayudarte a acostarlo. No creo que esté contento de pasar otra noche sin su madre.

Dejar a Matt me habría resultado más duro esta vez de no haber sido por la promesa de volver a verlo el fin de semana.

—No sé qué voy a hacer con Calum —le dije a Matt cuando hicimos una pausa ante la verja—. No puedo abandonarlo mientras esté tan enfermo y no me atrevo a contarle la verdad de mis sentimientos por ti. Y están Abbey y Tristan... Por no mencionar mis sueños sobre el espíritu de Grace, que me acecha.

Puso un dedo en mis labios y me besó en la punta de la nariz.

—Las cosas se arreglarán, ya lo verás. Si has podido sobrevivir sola mientras el universo giraba como un tiovivo, puedes sobrevivir a cualquier cosa. Sé fuerte, Michaela, y haz lo que tengas que hacer; al menos por ahora.

Nos besamos una última vez antes de darle un último apretón a la mano de Matt y enfilar el camino hacia mi coche.

El viaje de regreso pareció durar eternamente. Me pregunté si mi

corazón se había quedado detenido en la casa de Matt, del mismo modo que Simone pensaba que le había ocurrido a mi cuerpo cuando el observatorio de ondas había registrado los gravitones. La idea debería haberme hecho gracia, pero me sentía triste.

Mi cerebro bullía con toda la información científica mientras trataba de recordar exactamente de qué había sido testigo durante el salto.

Cuando aparqué fuera de la casa de Calum, me sentía física y emocionalmente exhausta. Lo único que quería era darme un baño caliente y acostarme temprano. Pero allí estaban Kevin, al que tenía que agradecer que nos regalara su día, y Abbey, con quien tenía que hablar, y había que bañar a Tristan y prepararlo para meterlo en la cama. Me preparé mientras enfilaba el sendero a la casa. La llave de la puerta de la calle estaba en el llavero, junto con las llaves del coche de Calum, y abrí la puerta sin llamar, sacándome las botas en el recibidor y gritando:

—¡Hola, he vuelto!

Me paré en seco en el umbral de la sala como si mis calcetines prestados se hubieran enganchado con velcro a la moqueta raída al ver a la persona que se hallaba sentada cómodamente en el sofá. La detective Smith estaba admirando un bonito aeroplano de Lego. Se lo devolvió a Tristan, que estaba sentado en la alfombra a sus pies. Kevin levantó la mirada del suelo, donde recogía piezas sueltas de Lego y me puso una cara que parecía decir: «Lo siento, no hemos podido impedir que entrara.» Abbey miraba a la detective con aprensión y sospecha, y me pregunté si estaría pensando en la marihuana que había escondido en algún lugar de su habitación. Contuve un estremecimiento. Quería volver por donde había venido, subirme al coche de Calum y desaparecer, pero me mantuve firme y miré a la detective a los ojos.

—¿Qué está haciendo aquí tan tarde un viernes? —pregunté.

—Tengo muy buenas noticias para ti —dijo con una sonrisa de satisfacción.

No se levantó, así que avancé con lo que esperaba que fuera una expresión despreocupada y apoyé la mano en la silla más cercana.

—¿Sí?

—Hemos hecho un salto cualitativo en lo que a tu caso se refiere. —Hizo una pausa para causar efecto mientras tragaba saliva

con nerviosismo—. Hemos detenido a un hombre que creemos que estuvo implicado en tu secuestro y cautiverio de seis años y medio.

Sentí que se me abría la boca.

—También hemos localizado el lugar donde creemos que te retuvieron contra tu voluntad.

Noté que me temblaban las piernas y me hundí en la silla; repiqueteé con los nudillos en mi boca en un gesto de incredulidad.

—Hay una pequeña caravana destartalada parcialmente oculta (primero creíamos que abandonada) en el bosque cercano al aeródromo. Por supuesto, el lugar fue registrado durante la primera investigación, pero, mientras buscábamos la ubicación de ese trozo de hierba único, nuestros equipos entraron en la caravana y esta vez levantaron el linóleo podrido del vehículo. Debajo del suelo descubrimos un gran pozo cavado en el suelo. Estaba cubierto de helechos y hierbas, y lleno de fragmentos de huesos todavía sin identificar.

—¡No! —balbucí. Hasta ahí los gravitones y las arrugas en el espacio y el tiempo...—. No lo creo. Lo habría recordado si me hubieran retenido en un sitio así.

—Sabemos que estuviste allí en algún momento bastante reciente —continuó la detective Smith, cuyas pequeñas pupilas brillaban detrás de las gafas—, porque en ese agujero, además de tu casco y tu paracaídas desaparecidos, se han encontrado muestras frescas de tu sangre, que coinciden con las muestras de ADN que te tomamos en comisaría.

Capítulo 45

—¿Quién es ese hombre al que han detenido? —Mi voz sonó ronca pese a que me había recuperado del shock inicial.

—No puedo decirte mucho sobre él en este momento, porque queremos que lo identifiques en una rueda de reconocimiento mañana por la mañana. —La detective estaba sentada al borde del sofá, ahora con las manos en las rodillas—. Puedo decirte que creemos que era un vagabundo que al parecer fue visto en la zona de manera intermitente en los últimos años. Lo interrogaron cuando desapareciste, pero entonces parecía inofensivo. No obstante, después de hurgar en los registros policiales descubrimos que tenía antecedentes que se remontaban a veinte años atrás.

—¿Qué había hecho?

—En ese momento lo acusaron de conducta lasciva y robo. El robo era de ropa interior femenina. En otra ocasión, la protectora de animales lo denunció por maltrato de un perro.

—Nada sobre secuestros, entonces. —Era una afirmación más que una pregunta, como si tratara de comprender ese inquietante suceso.

—No, pero la doctora Patel cree que en algunos casos la conducta inapropiada puede escalar a la comisión de un crimen más grave si no se controla.

—¿Y el paracaídas? —Estaba viendo que Tristan hacía volar el caza recién construido en torno a su cabeza. Estaba completamente absorto y haciendo ruidos de zumbido—. ¿Hay alguna manera de saber cuánto tiempo ha estado allí abajo?

—Están haciendo pruebas al paracaídas ahora mismo, pero creo que hemos de asumir que ha permanecido allí abajo desde que desapareciste, porque ¿dónde más podía haber estado todo este tiempo?

Sonrió triunfante.

—Si logras identificar a nuestro sospechoso mañana, podremos acusarlo y encerrarlo donde no pueda volver a hacer daño a nadie nunca más.

«Y cerrar el caso y pasar a otras cosas», pensé de un modo poco caritativo mientras mis dedos trazaban la fina silueta de la ya curada herida en mi mano. Mi mente pasó a Simone y sus gravitones y a las enormes sumas de dinero que el gobierno estaba gastando para tratar de descubrir si existían en realidad. Me pregunté en qué escenario creía.

Me pasé una mano temblorosa por la cara. Los hallazgos de la detective no podían ser pasados por alto. Sabía que finalmente tendría que confrontar este nuevo e inquietante hallazgo.

—Vale —concedí—. Iré a ver si reconozco a su sospechoso mañana. ¿A qué hora hay que hacerlo?

—Te mandaré un coche a las diez en punto. —La detective Smith se las arregló para brindarme una sonrisa de aliento—. Te sentirás mejor cuando todo esto haya terminado.

Se puso en pie y yo la acompañé a la puerta. Cuando cerré, me incliné pesadamente contra la puerta. Sentía que mis piernas eran demasiado débiles para sostener mi peso. Pensé que tenía que llamar a Matt y contarle que no podría ir a ninguna parte, al menos al día siguiente.

Kevin apareció al fondo del pasillo.

—Debería marcharme —me dijo, pidiendo perdón—. Lo siento mucho, Kaela.

Levanté mi mirada a la suya.

—¿Lo sientes? ¿Por qué?

—Por habernos equivocado tanto —dijo—. Matt y yo estábamos convencidos que era otra cosa completamente diferente; vale, no los extraterrestres, admito que eso era un poco descabellado, pero la hermana de Matt tenía una teoría fascinante. Debo confesar que a mí también me cautivó la idea.

—He conocido a Simone hoy en casa de Matt —dije con una sonrisa cansada—. Yo también quería creer en su teoría. Estoy segura de que es mejor que haber sido secuestrada por un viejo horrible con pasión por las bragas de mujer.

Kevin se echó a reír, pero se detuvo cuando Abbey apareció

junto a su hombro.

—¿Le has hablado de Susan?

—¿Qué le pasa? —pregunté, apartándome de la puerta y avanzando entre los dos mientras empezaban a sonar campanas de alarma en mi cabeza—. ¿Qué le ha ocurrido a mamá?

—El doctor Hewitt de Acorn Lodge ha llamado para decir que tu madre quería verte —me contó Abbey—. Aparentemente ha pensado en tus previas visitas y cree que de verdad estuviste allí. Le han cambiado la medicación y está mucho más lúcida.

—¿Por qué no me has llamado a casa de Matt? —Me retorcí las manos, disgustada por no haber ido a verla.

—Ha llamado hace sólo dos horas —dijo rápidamente Abbey—. Kevin ha llamado a Matt, pero él le ha dicho que ya te habías ido. Y entonces ha aparecido la detective Smith y te ha abordado antes de que tuviéramos ocasión de decírtelo.

—Vas a tener que conseguir un móvil —me aconsejó Kevin. Tenía las llaves del coche en la mano—. ¿Quieres que te lleve allí ahora?

Miré mi reloj. Eran las siete en punto, sólo faltaban un par de horas para que el personal de enfermería empezara el ritual de preparar a mamá para acostarla.

—Gracias, Kevin, pero deberías irte a casa, puedo coger el coche de Calum. Ya has hecho mucho por nosotros. —Me volví hacia Abbey—. ¿Puedes acostar tú sola a Tristan después de todo?

—Sí, no me importa. Si se pone pesado le daré una calada al canuto. —Sonrió al ver que me ponía pálida—. Sólo estaba bromeando, voy a limpiar mi habitación mañana. Con el niño aquí y la policía cotilleando, creo que ya va siendo hora.

Sonreí, a pesar de la tensión del día. Me costaba acostumbrarme a esa Abbey más mayor.

—Eso estaría muy bien (para todos nosotros, no sólo para ti). Bien hecho, Abbey.

Me senté en el suelo y volví a ponerme las botas mientras Abbey me observaba.

—¿Kaela?

—¿Sí?

—¿Qué ha dicho Matt de Tris? ¿Crees que es suyo?

Negué con la cabeza y me levanté, asombrada de descubrir que

había olvidado toda la cuestión de quién era el padre de Tristan.

—No. Dice que no.

—Bien. —Parecía satisfecha con mi respuesta—. Vale, adiós, Kaela. Y dale un beso a tu madre.

Asintiendo, seguí a Kevin a la oscuridad de la noche.

Sólo tarde diez minutos en llegar a Acorn Lodge. Caminé por el oscuro sendero hasta la puerta de la calle y llamé al timbre. El otoño ya se había asentado y una tenue niebla se cernía sobre los arriates de flores a ambos lados del camino. Inhalé el olor húmedo, pensando en el río, que no estaba demasiado lejos, y preguntándome dónde había olido antes ese olor.

La puerta la abrió el doctor Stephen Hewitt en persona.

—Ah, entonces has recibido mi mensaje. Pasa, tu madre estará encantada de verte.

—Abbey me ha dicho que ha cambiado la medicación de mi madre. —Lo seguí por la escalera hasta la habitación de mamá.

—Sí, monitorizamos muy de cerca el progreso de nuestros pacientes. Algunos centros sólo reparten pastillas y más pastillas mes tras mes, año tras año, pero nosotros ajustamos la dosis y la medicación con regularidad. A juzgar por los primeros signos, las nuevas pastillas parecen haber obrado maravillas en tu madre. Ahora está deseando creer que has vuelto y está extremadamente ansiosa por verte.

—Se puso muy agitada en mi anterior visita —murmuré al tiempo que ponía la mano en la puerta de la habitación de mamá—. ¿No le pasará nada si entro sin más?

—En las dos anteriores ocasiones en que la visitaste creía que estaba alucinando, y eso la inquietó —me tranquilizó el doctor. Me dio un golpecito en el hombro—. Estará bien, entra y lo verás por ti misma.

Mamá estaba sentada al borde de la cama, pasando fotos con las manos. Levantó la mirada cuando se abrió la puerta y centró su atención en mi cara. Observé el reconocimiento que calaba en sus facciones, llenando sus ojos de luz y esperanza.

—¿Michaela? —susurró, como si temiera levantar la voz por si acaso me desvanecía en la niebla—. ¿De verdad eres tú?

Crucé la habitación y me quedé a su lado, tendiéndole las manos.

—Soy yo, mamá, he vuelto.

Ella se levantó de la cama con un gemido y me abrazó con fuerza contra su pecho. A través de las lágrimas repitió mi nombre, alternativamente dándome golpecitos en la espalda y peinándome con los dedos, y yo noté los latidos de su corazón a través de la tela del camisón.

—Mi niña pequeña —murmuró una y otra vez—. Has vuelto, de verdad estás aquí.

Nos sentamos al borde de su cama y las dos giramos el cuello para vernos las caras, pero ella no me soltó las manos.

—Sabía que no estabas muerta —dijo con lágrimas resbalando por sus mejillas y goteando desde la punta de la barbilla—. No dejaba de decírselo a todos. Si algo terrible le hubiera pasado a mi niña pequeña lo habría sabido.

—Estoy bien, mamá. No me ha ocurrido nada terrible en absoluto. —Me planteé si debía contarle la versión de Simone de lo que me había sucedido o la de la detective Smith—. ¿Recuerdas algo de mi última visita? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Pensaba que te había visto muchas veces a lo largo de los años, pero los doctores siempre me decían que tenía que aceptar que habías muerto. Decían que no podría superarlo a menos que llorara tu pérdida. —Volvió unos ojos desesperados hacia mí—. Pero ¿cómo podía llorar cuando no podía creer lo peor? Me animaron a pintar, a expresar mi pena a través del arte, pero nunca me sentía bien, me sentía como si te estuviera traicionando.

—Siento mucho lo que has pasado —susurré, con mi voz quebrándose de emoción—. Algo extraño ocurrió durante mi salto en paracaídas y yo no pude hacer nada al respecto.

—¿Fuiste al lugar entre mundos? —preguntó con vacilación—. Te soñé allí varias veces, pero no estabas muerta, Michaela, estabas muy llena de vida, pero... esperando.

—La policía todavía cree que me secuestraron y me retuvieron contra mi voluntad —confesé—. Pero ¿recuerdas a Matt, el instructor de paracaidismo?

—¿Cómo iba a olvidarlo? Fue el último que te vio antes de que desaparecieras de nuestras vidas.

—Tiene una hermana que es científica. Piensa que mi

desaparición tiene que ver con un problema técnico en el espacio-tiempo. Cree que no he estado en ninguna parte en los últimos seis años y medio.

Mamá me soltó las manos y se limpió la cara con la manga.

—Calum pensaba que estabas muerta —dijo con voz trémula—. Venía a visitarme a menudo y su hija Abbey también venía a verme. A veces estaba lo bastante bien para saber quiénes eran. Calum estaba teniendo problemas con ella.

—Lo sé. Abbey está un poco mejor ahora que he vuelto y puede discutir con Kevin; parece que lo disfruta.

—¿Kevin? ¿El chico de granos que saltó contigo?

Asentí.

—Ha crecido un poco en los últimos años.

—La prensa se lo hizo pasar mal —dijo, al tiempo que una expresión distante aparecía en sus pupilas—. Nunca pensé que estuvieran implicados, pero tu padre pasó mucho tiempo con ellos, tratando de llegar al fondo de las cosas.

—Siento lo de papá. No puedo creer que haya muerto.

Mi madre negó con la cabeza.

—Ni yo tampoco, es como que ha habido un vacío en mi vida desde que ocurrió. Ha habido un espacio dentro de mí todo este tiempo que sólo tú podías llenar. —Las lágrimas volvieron otra vez —. Os he echado mucho de menos a los dos.

Capítulo 46

Me quedé con mamá hasta que llegó el celador para ayudarla a acostarse. Hasta que estuve en el coche de camino a casa no me di cuenta de que mi madre había dado a entender que no había sido sólo Abbey sino también Calum quien la había visitado en la residencia. ¿Por qué Calum había visitado a mi madre? ¿Qué buscaba de una mujer mentalmente enferma?

La cuestión me inquietó mientras conducía entre la niebla y más tarde, al meterme en la cama, ese misterio me molestó más que la cuestión de dónde había estado yo en los últimos años.

A la mañana siguiente me levanté temprano para ducharme y lavarme el pelo, y después de preparar el desayuno para Abbey y Tristan, asomé la cabeza por la puerta de la calle para ver qué tiempo hacía antes de decidir qué ponerme ese día.

De repente una masa de personas corrieron por el sendero y me pusieron micrófonos debajo de la nariz mientras los fotógrafos se empujaban, disparaban flashes y gritaban mi nombre.

—¡Michaela! ¡Michaela Anderson! ¿Qué puede decirnos de su desaparición en dos mil dos?

—¡Señorita Anderson! ¿Qué opina del hombre detenido por la policía?

—Michaela, ¿les contaría a nuestros lectores todo lo que recuerda de su secuestro?

Levanté una mano para protegerme los ojos de los flashes y me di cuenta de que me habían llevado por los escalones y me habían rodeado al lado del sendero como una jauría de sabuesos.

—No... no lo sé. No puedo recordar nada.

—¿El secuestrador abusó de usted de alguna manera?

—No, no, no recuerdo que me haya retenido nadie.

Fui empujada a un lado y otro mientras los miembros de la

prensa competían por acercarse más a mí.

—Señorita Anderson, ¿puede explicarme...?

El periodista no terminó la frase porque la detective Smith apareció como por ensalmo, vestida con un austero traje de chaqueta azul marino. Apartó a la prensa a codazos, me cogió del brazo y volvió a meterme en la casa. Cerró la puerta detrás de nosotros con el tacón de uno de sus zapatos azules.

—Pensaba que habíamos mantenido bien cerrada la tapa del secreto de tu reaparición hasta ahora —dijo con alegría, guiándome hacia la cocina, donde Abbey levantó la cabeza del desayuno con expresión de sorpresa.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó—. ¿Qué está pasando?

—Lo que está pasando es que alguien ha filtrado la historia de Michaela a los medios. Están ahí en masa: periodistas de diario y reporteros de la tele.

—Es verdad —murmuré, hundiéndome en una silla y sintiéndome anonadada—. El jardín está repleto.

—Has tenido suerte de haberlos eludido hasta ahora —dijo la detective Smith con una mueca—. Ahora que la prensa se ha enterado de la detención de un sospechoso, me temo que no dejarán a nadie en paz hasta que tengan su artículo.

—¿Debería hablar con ellos?

Los ojos pálidos de la detective Smith me miraron de manera desconcertante desde detrás de unas gafas sin montura.

—¿Qué les dirías?

—Bueno, yo, eh...

—Exactamente. Así que de momento los bloqueamos hasta que hayas identificado a nuestro sospechoso. Luego prepararemos una declaración para que la leas en nuestros términos, no en los suyos.

—¿Y si no puedo identificar al sospechoso? —pregunté con inquietud—. Quiero decir que yo de verdad no recuerdo que me haya retenido nadie.

—La doctora Patel cree que puedes hallarte en un estado de negación en este momento, pero confiamos en que ver a tu captor desate de golpe tus recuerdos de los últimos seis años y medio.

Miré a Abbey y supe por su expresión que tenía tantas reservas como yo. Vi que estaba tocando las cartas del tarot ansiosamente.

—Según las cartas, eso no pasará —murmuró la chica.

—Por fortuna —dijo la detective Smith de un modo bastante cortante—, la policía no trata con las paparruchas que aparecen en las cartas del tarot.

—Eso es porque los policías son fascistas estrechos de miras —respondió Abbey con rudeza.

Tristan alzó la mirada ansiosamente al oír que Abbey levantaba la voz y se acurrucó en su silla; yo pensé en el acosador Lewis.

—Abbey, estás asustando a Tristan —le advertí—. Mira, ¿te parece bien que vaya con la detective y termine con esta cuestión de la rueda de identificación?

Abbey miró a Tristan y bajó la voz. Ella pareció luchar con su deseo de ser hostil con la detective y su instinto de proteger al niño.

—Estaremos bien, ¿verdad Tris?

—Cuando llamé anoche supuse que el niño era un visitante temporal. —La detective miró a Tristan.

—Lo estoy cuidando para una amiga.

—Bueno, creo que debería haber un adulto aquí con estos dos —dijo la detective, incluyendo a Abbey en su mirada mordaz—. ¿Está aquí el señor Sinclair?

—Calum está en el hospital —dije en voz baja—, no está bien.

—No soy una cría —dijo Abbey con voz petulante—, tengo casi diecisiete.

—No me hace gracia dejarte sola con el niño, y menos con la prensa fuera. —Se volvió hacia mí—. Creo que será mejor que vengan con nosotros.

Sacó una radio del cinturón, habló por ella y al cabo de un momento aparecieron dos corpulentos agentes de policía.

—¿Hay salida por detrás? —le preguntó a Abbey.

—Podría ser —repuso Abbey, poco colaboradora.

—Antes había un panel suelto en la cerca de madera del jardín de atrás —dije, recogiendo algunos de los juguetes de Tristan y metiéndolos en la mochila que Ingrid nos había dejado—. ¿Tienes un abrigo, Abbey? Hace mucho frío fuera.

—Basta de mimos, Kaela. Ya no soy una niña, no me importa lo que piense la detective.

Después de terminar de vestirme, los agentes de policía nos escoltaron por la puerta de atrás y por el jardín y nos metieron en dos coches patrulla estacionados en el callejón de detrás de la casa.

Justo cuando los coches empezaban a alejarse, se oyó un grito en la otra calle y la gente empezó a correr hacia nosotros.

—Pisa a fondo, Bob —ordenó la detective Smith, y el coche aceleró y enfiló la calzada.

Llegamos al edificio central de la policía al cabo de veinticinco minutos y nos condujeron a una entrada posterior desde donde nos escoltaron a la comisaría. A Abbey y a Tristan los llevaron al bar para darles galletas y bebidas y a mí me metieron en una pequeña sala donde aguardé ansiosa el retorno de la detective Smith.

La habitación era pequeña y sin más muebles que dos sillas a ambos lados de un escritorio vacío, y el adusto entorno no hizo nada para mitigar mi creciente ansiedad. Colocando las manos entre las dos rodillas, me mordí el labio y di unos golpecitos nerviosos con los pies mientras una multitud de preguntas se abría paso en mi cabeza. ¿Y si no reconocía al hombre al que había detenido la detective Smith? Cielo santo, pensé presa del pánico, ¿qué ocurriría si lo reconocía?

Dios mío, pensé, si de verdad había Dios, ¿qué había hecho yo para merecer eso? Se me ocurrió que no tenía que estar allí. ¿Acaso estaba detenida? No había nada que me impidiera limitarme a salir de esa habitación horrible, recoger a los niños y volver a casa de Calum.

Estaba a punto de levantarme cuando la puerta se abrió, y la detective Smith entró con aspecto bastante complacido consigo misma.

—Recientemente hemos adoptado un nuevo tipo de proceso de identificación —me contó, extendiendo una mano para indicarme que la siguiera al pasillo—. Para salvar a los testigos del trauma de una rueda de identificación en vivo y evitar los problemas de retener a los sospechosos el tiempo suficiente para organizar una rueda de identificación, ahora se puede hacer la identificación por medio de vídeo.

—Entonces, ¿no tendré que ver a ese tipo en carne y hueso? —dije mientras caminaba tras ella.

—No. Te pedirán que mires varias imágenes similares de cabeza y hombros seleccionadas de una base de datos.

—¿No podré ver lo alto que es ni oír su voz?

—No, me temo que es el único problema con el sistema. —Abrió

una puerta a nuestra derecha y me hizo una seña para que entrara delante de ella—. Si prefieres una rueda de identificación podemos arreglarlo para otra fecha, pero siempre existe el riesgo de que nuestro sospechoso no aparezca.

—No, no —dije con prisa, mirando a mi alrededor en la habitación escasamente amueblada, donde había un agente preparado con el equipo técnico.

Por preocupante que me resultara, no quería afrontar la perspectiva de una rueda de identificación colgando sobre mí como una espada de Damocles durante días o semanas.

—Será mejor terminar ahora —dije; «para lo que va a servir...», pensé con suavidad.

Me senté a la mesa y me mostraron tomas de quince segundos de una serie de hombres mal vestidos, la mayoría sin afeitar y de aspecto desesperado. Si eran actores, estaban haciendo un buen trabajo, pensé irónicamente mientras pasaban una imagen tras otra. Traté de imaginar a cualquiera de ellos robando ropa interior femenina o haciendo daño a un perro inocente, pero lo único que podía sentir por ellos era compasión. Y ninguno de ellos me resultaba conocido en lo más mínimo.

—Lo siento. —Me volví hacia la detective Smith—. No hay nadie en la rueda al que reconozca ni remotamente.

La detective frunció los labios en una línea fina y me clavó una mirada acerada.

—¿Estás absolutamente segura, Michaela?

Asentí.

—Es una lástima, pero puede ser que no necesitemos una identificación positiva para presentar cargos, sobre todo porque hay pruebas médicas de tu trauma y amnesia. —Respiró hondo—. No sólo los tests de ADN prueban que hay rastros de tu sangre en el agujero de debajo del suelo de la caravana, sino que a primera hora de esta mañana nuestro sospechoso estaba dando puñetazos en la puerta de la celda, rogando hablar conmigo.

—¿Y? —Sentí náuseas, pero había que formular la pregunta.

—Nuestro sospechoso, Danny Hill, ha confesado ahora tu secuestro, agresión física y seis años y medio de cautiverio.

Capítulo 47

De camino a casa en el coche de policía, permanecí sentada en pasmado silencio. Abbey no paraba de mirarme de reojo y yo sabía que se moría de ganas de preguntarme qué había ocurrido. Por suerte, Tristan estaba mirando por la ventanilla del coche patrulla con aires de importancia, aparentemente encantado de dar un paseo en un coche de policía de verdad.

Al cabo de un momento, Abbey me cogió la mano y me dio un ligero apretón. Sorprendida, logré esbozar una débil sonrisa de agradecimiento y le di un golpecito en la mano antes de sucumbir una vez más al suplicio de mi corazón. Lo único que podía ver era a aquellos hombres tristes, viejos y sin afeitar de las fotos. Casi podía percibir el olor agrio, cargado de whisky, el olor a cuerpos sin lavar. La idea de que uno de ellos me hubiera retenido en un pozo apestoso bajo el suelo durante más de seis años, de que probablemente me hubiera tocado... Me estremecí y me tragué las lágrimas de repulsión y autocompasión.

Volvimos a entrar en la propiedad del mismo modo en que nos habíamos escabullido, y por fortuna la prensa y los equipos de televisión no estaban a la vista. Antes de salir de la comisaría, la detective había preguntado si quería que un agente se quedara con nosotros, pero yo había rechazado la oferta. No iba a quedarme todo el día encerrada en mi propia casa por el interés de los medios en mi desgracia.

De vuelta en la casa traté de hacer algunas faenas, pero la enormidad de lo que había averiguado en la comisaría me carcomía y hacía que las tareas más simples me parecieran imposibles. Después de veinte minutos me rendí, subí a mi habitación y me derrumbé en la cama.

¿Una persona sana podía bloquear totalmente seis años y

medio? No tenía ni el menor destello de recuerdo.

—Oh, Dios —gruñí—. ¿Por qué me ha tenido que pasar esto a mí?

Quería quedarme en el desván para siempre. La idea de retomar mi vida y continuar como si nada hubiera ocurrido me llenó de un temor repentino que lo consumía todo. ¿Era al menos capaz de cuidar de Tristan y Abbey? ¿Cómo podía vivir con la terrible sombra de aquellos años desaparecidos pendiendo sobre mí?

Al sentarme acurrucada y abatida, me puse a pensar en Grace y en las horas que habría pasado ella en ese desván. Me pregunté si habría tenido una premonición de que su vida iba a truncarse. ¿Por eso había empezado a tejer la colcha para Abbey? De repente, me di cuenta de que mis pensamientos habían vagado, los latidos de mi corazón se habían pausado y sentía las manos menos sudorosas. Al menos yo estaba viva, me recordé. Grace nunca tendría la oportunidad de vivir otra vez, de respirar el aire fresco y sentir la luz del sol en la cara, pero yo sí. Me levanté y me sacudí las telarañas invisibles de la ropa. Sería fuerte por el bien de Grace, por Abbey, por Tristan, por Calum... y por mí misma.

Mi nueva determinación fue puesta a prueba en el momento en que vi a Abbey. Estaba sentada en el sofá con Tristan, mirando la tele, y en cuanto le sugerí que ella y Tristan vinieran conmigo a visitar a su padre al hospital, su semblante adoptó de inmediato una expresión de rabia y dolor.

—No pienso verlo después de lo que intentó hacer. Dios, Kaela, tiene que odiarme para haber intentado quitarse la vida de esa manera. —Pasó a mi alrededor pisando fuerte y poniéndose hecha una furia—. ¿Tan poco significo para él?

—Está enfermo, Abbey —le expliqué otra vez—. Te dije que no lo había planeado. Creo que estaba deprimido y era de noche y las pastillas estaban justo allí... y no olvides lo asustada que estabas cuando pensaste que iba a morir.

—¡Eso no es excusa! Nunca me ha querido desde que murió mamá. Yo lo odio y no me importa si no lo vuelvo a ver.

Levanté una mano para aplacarla.

—Vale, vale. Mira, si voy yo sola, ¿te quedarás aquí con Tristan? La prensa todavía está al acecho en la puerta.

Abbey se calmó ante la mención del nombre del niño.

—Estaremos bien, ¿verdad, Tris?

El niño la miró con adoración y me di cuenta de que se había creado un fuerte vínculo entre ellos.

—Puedes jugar con nuestro Lego y yo continuaré con mi costura —le dijo.

—¿Costura? —recordé el libro de colchas y los hilos que habíamos comprado en Dorking—. ¿Has empezado con algo?

Ella me sonrió con mucho secretismo a pesar del anterior arrebato.

—He averiguado cómo va la máquina de coser de mamá. Todavía funciona.

—Bueno, vale, si estás segura. ¿Puedes preparar algo de comer para los dos?

—Estoy segura de que a Tris le gustarán los espaguetis con tostadas, así que comeremos eso.

—Os veré a los dos después. Mantén la puerta cerrada.

Para llegar al coche de Calum tuve que aguantar el acoso de los medios: periodistas y presentadores de la tele me rodearon desde el momento en que salí de la casa.

—Sin comentarios —dije una y otra vez, mientras me abría paso a través del mar de cuerpos y me situaba al volante—. La detective Smith emitirá un comunicado después.

Arranqué antes de que los periodistas pudieran hacerme más preguntas y me concentré en navegar entre el tráfico del sábado hasta que finalmente llegué al aparcamiento del hospital. Después de apagar el motor, me incliné contra el volante para reordenar mis ideas y prepararme para la inminente visita. Si había pensado que las pruebas de esa mañana habían sido duras, hablar con el hombre con el que se suponía que tenía que pasar el resto de mi vida iba a ser el doble de difícil. No sólo todavía estaba enfadada por lo que había intentado hacer, a pesar de las excusas que le había ofrecido a Abbey referidas a su enfermedad, sino que también era consciente, por primera vez desde que había vuelto, de que cualquier cimiento de amor que estuviéramos construyendo antes de mi salto probablemente no sería lo bastante fuerte para sostenernos el resto de nuestras vidas. En el momento en que había besado a Matt la mañana anterior, me había dado cuenta de que mantener la promesa de quedarme con el que había sido mi novio me iba a

resultar casi imposible.

Decidí pasar sólo un rato con Calum antes de volver a visitar a mamá. Sabía que ella estaría ansiosa por mi compañía, y pensaba que si se encontraba más o menos bien podíamos hacer algo normal, como ir de compras juntas una hora o dos y elegir algunas prendas nuevas para su armario. Quizá también podía acompañarme a ver a los abogados y decirle al obstructivo señor Archibald Brent que yo era la hija que se había perdido hacía tanto tiempo.

Calum estaba sentado en la cama, recostado en unas almohadas y comiendo un almuerzo de hospital de pescado blanco en salsa de queso con puré de patatas servido en una bandeja que tenía en el regazo.

Levantó la mirada, con el tenedor en la mano, y su expresión cambió de inmediato del aburrimiento al alivio.

—Michaela. Has vuelto.

—Sí. —Esbocé una fugaz sonrisa—. Pensé que te apetecería un poco de compañía, y tenemos que hablar.

—Lo sé. —Apoyó el tenedor en la bandeja y me tendió la mano —. Mira, no puedo decirte lo mucho que lo siento. Sé que he sido cobarde en extremo y que estás enfadada conmigo. ¿Crees que podrás perdonarme algún día?

Suspiré al colocar la silla a su lado en la cama, sin hacer caso de su mano, que dejó caer en la mesita de noche.

—No soy sólo yo quien tiene que perdonarte. Abbey está increíblemente herida y enfadada contigo.

—Siempre está enfadada conmigo —dijo con voz cansada—. Me ha culpado desde que murió su madre. Nada de lo que he hecho le parece bien.

Mis primeras intenciones de ser amable con él se desvanecieron.

—Sólo es una adolescente y tú eres el adulto. ¡Madura de una vez, Calum! Abbey está desesperada por tu amor y tú has de dar el primer paso para que os reconciliéis.

—Puede que no haya tiempo, Kaela.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que me han hecho una valoración psicológica y el doctor Nadal cree que mi depresión se origina directamente de esta operación a la que me he de someter.

—Eso ya podría habértelo dicho yo —dije con cierta frialdad.

—Dice que cuanto antes lo pase, mejor.

Lo miré y Calum apartó la bandeja con irritación.

—El doctor Nadal ha contactado con mi oncólogo y ha recomendado que me pusieran en la lista de espera de cancelaciones. Ya han venido.

—¿Y?

—Me van a operar el lunes a primera hora.

Nos miramos el uno al otro mientras yo digería las ramificaciones de esta información.

—¿Van a tenerte aquí hasta entonces?

—No, necesitan la cama. Me están preparando el alta ahora mismo. Iba a llamarte después de comer.

Se me cayó el alma a los pies. El hecho de que no estuviera inmediatamente eufórica por llevarme a Calum a casa conmigo confirmó todas mis dudas sobre lo que quedaba entre nosotros, pero me obligué a espabilarme y forcé una sonrisa.

—Eso es una buenísima noticia. Y —dije clavándole una mirada adusta— te dará un día entero con tu hija.

Pasó casi otra hora hasta que encontraron a un doctor que diera el alta a Calum y extendiera una prescripción de algunos nuevos fármacos. Dado su estado de fragilidad psicológica, sólo iban a darle suficiente para las siguientes dos noches, y yo descubrí que me sentía aliviada por esa decisión.

En el coche, de camino a casa, hablamos otra vez de Abbey.

Calum estaba recostado en el asiento del pasajero, con aspecto gris y retraído.

—No puedo conectar con ella —dijo cansado—, créeme, Kaela, lo he intentado.

—No ayudó que destruyeras todas las pruebas de la existencia de su madre. —Fruncí los labios con desaprobación, mientras sorteaba el tráfico de primera hora de la tarde—. Abbey piensa que no te importa y que nunca quisiste a Grace.

—Al verlo en retrospectiva estoy de acuerdo en que no tenía que haberlo hecho, pero ahora es demasiado tarde. —Me miró de soslayo—. ¿Qué puedo hacer?

—Todavía no es demasiado tarde —le dije con firmeza, pensando que si yo podía sobreponerme a todo lo que me había

ocurrido, también podría hacerlo él—. Ahora que tu operación es inminente, debes resolver las cosas con ella. Dile que la quieres. Dile que es importante. ¿Podrías darle algo especial? Algo que signifique mucho para ti para que ella te lo guarde hasta que salgas de la operación.

Se quedó en silencio a mi lado y me pregunté si había sido cruel por mi parte recordarle que podía morir en la mesa de operaciones.

—¿Crees que darle algo especial será suficiente?

—Pienso que contribuirá mucho a enderezar las cosas. Pero también tienes que hablar con ella, asegurarte de que sabe que la quieres.

Continuamos el viaje sin hablar, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Ya estábamos casi en casa cuando recordé mi plan de visitar a mi madre.

—Mierda.

La mirada de Calum vagó hacia mí.

—¿Qué pasa?

—Voy a tener que dejarte en casa y salir otra vez. Pensaba ir a ver a mamá. Le han cambiado la medicación y ahora ha aceptado que he vuelto de verdad y está dando enormes pasos hacia la recuperación.

—Es una buena noticia. Me alegro mucho.

La mención de mi madre pareció sacar a Calum de su inquietante silencio.

—Susan fue muy amable con Abbey y conmigo después de tu desaparición. Al principio, en las primeras semanas y meses después de tu desaparición, vino con regularidad a ayudarme con Abbey. Creo que no nos las habríamos arreglado sin ella.

Pensé en mi madre tratando de mantener alguna especie de contacto secundario conmigo al implicarse más con mi nueva familia. Tenía que reconocérselo. Aunque ella y mi padre al principio habían desaprobado mi decisión de mudarme con un hombre mayor, siempre se había preocupado por Calum y había aceptado mi decisión de vivir con él y con Abbey.

—Me alegro de que mis padres continuaran viéndoos —le dije a Calum— y que tú les dejaras tener contacto con Abbey. Creo que significó mucho para ellos.

Mientras hablábamos, había doblado sin pensarlo por la calle de

casa, pero pisé los frenos en cuanto divisé las furgonetas de la prensa todavía alineadas junto a la acera.

—Oh, no, los había olvidado —gruñí—. ¿No tienen otras casas a las que ir?

Calum se sentó más recto y estaba mirando ansiosamente a la gente que se agolpaba aferrada a micrófonos, jirafas y cámaras con enormes teleobjetivos.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Qué están haciendo en mi casa?

—No, no. Todos están bien. —Giré en tres maniobras y volví por donde había venido, tratando de coger el camino de atrás—. La policía ha detenido a alguien por mi secuestro y la prensa se ha aferrado a la noticia de mi regreso, nada más.

—¿Nada más? —balbució—. Aparca allí.

Di un volantazo y me metí en una plaza de aparcamiento del supermercado de al lado. Me senté de cara a él.

—Ahora cuéntame exactamente lo que ha estado pasando —exigió—. No puedo creer que no hayas mencionado esto, Kaela. ¿Qué quiere decir que han detenido a alguien? ¿A quién? ¿Cuándo?

Suspirando, cerré los ojos un momento para pensar qué iba a decirle exactamente. ¿Había mencionado mi visita a Matt y mi encuentro con Simone? Debería decirle solamente lo que creía la detective Smith, la hipótesis inverosímil que casi me había hecho caer al otro lado del abismo. Al final decidí contarle todo menos mis confusos sentimientos por Matt. Cuando hube terminado, se sentó a mirarme con abierta estupefacción.

—Veo que has estado muy ocupada mientras yo estaba a las puertas de la muerte.

—Sólo trataba de llegar al fondo de lo que me ha ocurrido —le dije—. Son muchas cosas y tú no me has ayudado precisamente.

Hundió los hombros y lamenté haberlo cargado con eso. El pobre hombre acababa de salir del hospital, tenía una enfermedad que amenazaba su vida y una operación grave que afrontar, por no mencionar toda una vida de errores que enmendar con su hija.

—Vamos a casa —dije con un poco más de amabilidad—. Debes de estar agotado.

—No sé qué decir. Ya ni siquiera sé qué pensar.

Estiré el brazo y puse mi mano tímidamente encima de la suya.

—Creo que deberíamos ir día a día, Calum. Mira, pospondré mi

visita a mamá. Puedo ir a verla mañana por la tarde. He decidido ir con Simone a Norfolk por la mañana. A pesar de los hallazgos de la detective Smith, he de investigar todas las posibilidades. Pero entretanto vamos a ver a los niños y a darnos un rato tranquilo para nosotros, ¿qué te parece?

—Sí. —Asintió—. Vamos a casa.

Después de acercarnos por la parte trasera, Calum me siguió en silencio a través del agujero en la cerca. Justo cuando llegamos a la puerta de atrás, me cogió por la muñeca y me hizo girar para que lo mirara.

—Lo siento, Kaela —dijo con suavidad—. Lo siento por todo.

Esbocé una sonrisa lánguida, recordando lo cerca que había estado de romper con él.

—Estarás bien, lo sabes. Todo saldrá bien.

Capítulo 48

Cuando llegamos, la casa era un caos. La música alta atronaba desde la sala. Calum y yo nos quedamos en el umbral y miramos horrorizados la fiesta que parecía en pleno apogeo.

Dos de los amigos de Abbey de la noche anterior estaban tirados en el suelo con latas de bebida en las manos, mientras que el que recordaba como Oggs había subido a un risueño Tristan a sus hombros y lo estaba llevando por la sala en una extraña danza. Abbey estaba girando con él y riendo desenfrenadamente, con la tela de la costura recortada de su falda desplegándose a su alrededor. Al volverse y ver a su padre, se paró en seco y sus brazos tatuados y arañados cayeron a los costados. Fue como ver un globo lleno de alegría y color desinflándose de repente.

Se habían acabado las horas cosiendo y haciendo Lego con Tristan, pensé horrorizada.

Calum se acercó al ordenador y lo apagó.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó a su hija.

—He invitado a unos amigos, ¿qué te parece? —replicó ella en el repentino silencio, que fue interrumpido sólo por el tenue sonido de fondo de la televisión.

Los dos que según recordaba se llamaban Cat y Rumps estaban sentados y mirando a su alrededor con sorpresa. Calum cogió las latas de sus manos y estaba a punto de explotar cuando miró más de cerca las bebidas, y se las devolvió en silencio a sus propietarios.

—¿Ves? —dijo Abbey con sarcasmo—. Bebidas energéticas, nada más. ¿Crees que iba a tomar alcohol con Tris aquí?

Todos nos quedamos petrificados en una especie de duelo de miradas y entonces una voz infantil salió del sofá, donde habían dejado a Tristan sin más ceremonias.

—Quiero más música. —Levantó los brazos flacos en dirección a

Oggs—. Súbeme otra vez, Oggy, era divertido.

Calum musitó una disculpa forzada y asintió.

—Está bien, pues. Estoy seguro de que el ruido ha estado dando a la prensa algo en que pensar, habrá desviado su atención de Kaela durante un rato.

—Sí, nos han hecho un montón de preguntas cuando hemos llegamos —dijo Oggs, servicial.

—¿Qué les has dicho? —pregunté, repentinamente nerviosa.

—Oh, sólo les conté la teoría de Abbey de que te raptaron unos satanistas y te obligaron a participar en toda clase de rituales y ritos extraños durante seis años...

—¿Qué? —Calum miró a su hija, estupefacto.

Abbey tuvo la decencia de mostrarse avergonzada, pero Oggs continuó, ajeno a la tensión de la sala:

—Les encantó cuando señalé que ella había estado desaparecida exactamente seis años, seis meses y seis días; o sea, ni siquiera se habían fijado en las connotaciones del triple seis.

—Calla, Oggs —dijo Abbey con voz apenas audible.

—Sí, calla, Oggy —repitió Tristan. Levantó las manos con más insistencia—. ¡Quiero que me lleves otra vez!

Una hora más tarde, la paz había regresado a la casa. Los amigos de Abbey se marcharon después de devorar los recién comprados contenidos de la alacena y después de llevar las latas de bebida y paquetes vacíos de patatas a la cocina a petición mía. Finalmente, nos instalamos para lo que quedaba de tarde.

—He de llamar a Matt —le dije a Calum en tono de disculpa—. Se supone que él y Simone van a recogerme mañana por la mañana. He de decirles que el viaje bien podría ser una pérdida de tiempo ahora que la policía tiene una confesión de mi secuestro.

—Adelante. —Calum hizo una señal hacia el teléfono del pasillo —. Haz lo que tengas que hacer.

Me quedé aliviada cuando Simone respondió el teléfono de Matt. Había estado nerviosa ante la perspectiva de hablar con Matt con la posibilidad de que Calum estuviera escuchando desde la otra habitación; me preocupaba que quizá mi voz o mi lenguaje corporal delataran mis profundos sentimientos. Después de referirme al vagabundo sospechoso y su confesión, Simone simplemente murmuró «Ajá, vale» y «déjamelo a mí».

—Así que todavía crees que vale la pena ir mañana —pregunté con esperanza—. No sé, si el hombre ha confesado...

—Sí. Ya veremos cómo lo planeamos.

Abbey se había perdido en el desván para coser en cuanto sus amigos se hubieron ido y se había llevado a Tristan consigo, así que Calum y yo nos sentamos amigablemente uno al lado del otro a mirar la tele en el sofá recién desocupado.

Después pedimos comida india para llevar que nos trajo un nervioso mozo que tuvo que abrirse paso a través de la congregación de medios que, aunque menguante, continuaba ante la puerta.

Abbey y Tristan se unieron a Calum y a mí para comer el tikka de pollo con arroz y verdura al curry en la mesa de la cocina. Y después, tras otro intento de Abbey y mío para bañar a Tristan, el chico se acurrucó en su colcha debajo de la mesa de la cocina y se durmió con el zumbido del programa del lavavajillas. Resultó ser una velada notoriamente relajada y ni Abbey ni Calum mencionaron nada sobre el posible intento de suicidio de éste ni sobre su desafortunado intento de controlar a los amigos de su hija; tampoco se abordó la cuestión de las teorías satánicas que Abbey le había contado a Oggs. Decidí no pensar demasiado en las ramificaciones de la cuestión del culto satánico, considerando que era mejor disfrutar de la aparente tregua entre padre e hija.

No obstante, las esperanzas que había albergado de que se produjera una charla sincera entre los dos pronto se evaporaron y, al cabo de un rato, Abbey me pidió que subiera al desván para mostrarme lo que había estado haciendo en los últimos dos días. Viendo las piernas delgadas subiendo las escaleras delante de mí, me descubrí pensando en Simone. Abbey y Simone no eran tan diferentes, pensé. Una podía ser una científica cuántica y la otra una víctima del fracaso escolar, pero ambas habían perdido a sus madres de pequeñas y habían camuflado la necesidad de reivindicarse con una gran dosis se personalidad.

Al entrar en el desván vi, puestos en fila encima de mi edredón, varios cuadrados de bella factura, cada uno hecho de formas de diamante con telas distintas y cuidadosamente cosido para formar cuadrados. Vi los negros y los malvas de diversas prendas de Abbey y, asombrada, pasé un dedo por la colcha minuciosamente cosida.

—¡Es fabuloso! Tienes un don natural, Abbey. ¿Has aprendido cómo hacerlo del libro que compramos?

—Más o menos —dijo, de repente tímida, obviamente poco acostumbrada a los elogios—. He mirado el libro, pero cuando me siento aquí noto la presencia de mi madre, que más o menos me guía, diciéndome lo que tengo que hacer.

Eso podía entenderlo, pensé. Imaginé que había sentido lo suficiente la presencia de Grace a lo largo de los últimos dos días. Sonreí para mis adentros al darme cuenta de que Abbey estaba estudiando mi expresión con atención.

—Me crees de verdad, ¿no? —me preguntó con cierto grado de asombro en su voz.

—Nunca he creído en fantasmas, pero sea lo que sea ella (un sueño en mi caso y quizás un recuerdo a medias en el tuyo) aporta una sensación de paz.

—Ojalá la hubiera conocido como es debido —murmuró con tristeza Abbey.

«Ten cuidado con lo que deseas», me había dicho mi madre. Pero en ocasiones, cuando se formulaban deseos, el universo parecía saber exactamente lo que se requería. Por medio de la colcha, Abbey estaba conociendo a su madre, aunque llevara mucho tiempo muerta. Quizá, pensé, de la aflicción y la confusión de una vida humana podían surgir cosas buenas y reconstruirse vidas hechas añicos.

La abracé.

—Creo que ya conoces a tu madre, forma parte de ti, Abbey. Su talento en la costura y su amor por ti estarán siempre en tu interior.

Durante un momento fugaz, Abbey se relajó apoyada en mí, pero luego sentí que se tensaba como si el contacto no fuera bienvenido.

—Siempre dices lo que hay que decir, ¿verdad? —Era una acusación.

Percibí en su voz el regreso de la agresividad y me retiré. Me di cuenta de que una percepción de rechazo de seis años y la consecuente rebelión no podían borrarse de un plumazo.

Me estaba mirando desafiante.

—No has dicho nada de lo que Oggs les ha contado a los periodistas.

—No tiene mucho sentido. Lo hecho, hecho está. No podrías desdecirte aunque quisieras, y si hago algún tipo de comentario a la prensa para acallar esa historia del triple seis, sólo les dará unas cuantas citas para usar contra mí y en última instancia atizar las llamas.

—¿Por qué eres siempre tan amable, tan condenadamente sensata? —Se levantó y me estaba mirando desde arriba porque yo estaba sentada en el borde de la cama. Tenía los ojos cargados de rabia y confusión.

Me puse una mano en la cabeza.

—Sólo trato de hacer lo correcto, nada más.

—¿Esta colcha era realmente de mi madre? ¿No será algún proyecto que se te ha ocurrido para mantenerme a raya?

—¡Por supuesto que no! Yo no habría sabido cómo hacerla ni he tenido tiempo, ya ves cuánto trabajo requiere.

Pareció entristecerse de repente.

—¿Por qué te caigo bien si soy una bruja? Le dije a Oggs todo eso del rito satánico porque sabía que lo vomitaría a los medios. Nunca ha sabido guardar un secreto... —Me miró con incertidumbre —. Quería causarte problemas, Kaela. Quería hacerte daño. —Hizo una pausa antes de continuar—. Pensaba que mamá estaría contenta si no te aceptaba. Pensaba que no le gustaría que estuvieras aquí, ocupando su vida... —Una lágrima rodó por la mejilla de Abbey—. Pero después de sentir su presencia no estoy tan segura. Creo que la he decepcionado, y a ti también.

Me estiré y la atraje hacia mí.

—Lo has pasado mal, Abbey. Hace falta tiempo para cambiar. No te fustigues por eso.

Me estaba mirando de reojo, como sopesándome.

—Es todo muy extraño; tú apareces de pronto después de todo este tiempo; papá de repente está enfermo y este regalo de mamá surgiendo así, cuando lo había querido desde hacía tanto. —Vaciló otra vez—. Siento que tiene que significar algo, como que hay una razón para todo. Y creo que puede que Kevin haya tenido razón desde el principio.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy empezando a pensar en esos triples seis; el número de la bestia y la representación de la diosa Isis, que creía que era tan

importante —dijo mirando las cicatrices de los antiguos símbolos en su brazo—, no significan tanto como el número especial de Kevin.

Fruncí el ceño, recordando su disputa numérica.

—¿Qué? ¿Te refieres al número cincuenta y dos?

Abbey asintió con la mirada baja.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Bueno, tiene razón, ¿no? Me refiero a que el hecho de que haya cincuenta y dos semanas en el año o cincuenta y dos cartas en la baraja son indicadores bastante importantes...

—¿Y? —la insté.

—Cuando he dicho que sentía la presencia de mamá... eh... sobre cómo trabajar con la colcha, he sentido la compulsión de contar las secciones que ya había completado. —Levantó sus ojos oscuros hacia los míos—. Pensaba que podrían ser múltiplo del número seis, o quizás algo relacionado con la sucesión de Fibonacci. Pero hay cincuenta y dos piezas en esa colcha, Kaela. Ni una más, ni una menos, exactamente cincuenta y dos.

Capítulo 49

Simone y Matt vinieron a buscarme a las cinco de la mañana siguiente, como estaba planeado. Después de preparar las cosas para mi disparatada familia, dejé a Calum, Abbey y Tristan roncando en sus respectivas zonas de sueño y me subí al asiento delantero del Mercedes descapotable plateado de Simone, que Matt me había cedido generosamente a su llegada.

Por fortuna, Matt sólo me había ofrecido un breve «Hola» y una sonrisa afable antes de acomodarse en el asiento trasero, detrás de su hermana. Incluso esa pequeña interacción me había provocado un temblor en todo el cuerpo, y había mirado con un sentimiento de culpa hacia la casa por si Calum se había levantado y nos estaba mirando desde la ventana. En su presente estado de fragilidad mental no quería darle a mi antiguo novio nada extra de lo que preocuparse en mi ausencia.

Cuando Simone aceleró por la carretera principal, giré el cuello para devolverle el saludo a Matt y casi de inmediato mis buenas intenciones fueron puestas a prueba al descubrirme deseando ir con él en el asiento de atrás. Tenía ese aspecto de recién levantado y me pregunté si habría estado durmiendo mientras su hermana conducía desde Kent. Quería pasar mis manos por su cabello despeinado y sentir su piel recién duchada contra la mía. La idea me hizo ruborizar y me reprendí interiormente por mi debilidad. Era una jornada de trabajo, me dije con firmeza, y debería sentirme sinceramente agradecida por el hecho de que Matt hubiera decidido venir con nosotros. Cuando Simone sonrió a mi lado, deseé que no hubiera leído mis pensamientos.

—Va a ser una hermosa mañana ahora que ha parado de llover —observé al cabo de un rato, cuando comenzó a amanecer y el cielo quedó teñido de rosa y plata—. ¿A qué hora crees que

llegaremos a Norfolk?

—Deberíamos estar allí alrededor de las ocho si no hay impedimentos.

—Estoy un poco nerviosa con todo esto. ¿Crees que habrá algo que pueda contar a tus colegas que no sepan ya? ¿Sobre todo con la confesión que ha hecho el detenido?

—Ya te he dicho que no te preocupes por tu vagabundo. Confío en que esta visita será un gran éxito. —Simone mantuvo la mirada fija en la carretera—. Será mejor que lo sea, porque me he perdido la práctica del coro para llevarte allí hoy.

—Ah, ¿cantas? —pregunté sorprendida.

Recordé que había dicho que su madre tenía una voz preciosa, pero no había imaginado a Simone como cantante.

—Simone tiene una voz hermosa —intervino Matt desde atrás—. Forma parte del coro de gospel de Kent. Deberías ir a escucharla alguna vez.

Si tenía problemas para imaginar a Simone dejándose el pelo lo bastante largo para cantar en un coro, ciertamente no la había imaginado glorificando los evangelios con su voz.

—¿Pero un coro de gospel no pertenece a una iglesia?

—Normalmente, aunque no siempre —respondió Simone con una risa ligera—. Pero me gusta la atmósfera en un lugar de culto. Es muy pacífico, ¿no crees?

Volví a caer en el silencio. Había tenido la impresión desviada de que las personas como Simone, que estudiaban ciencias y creían en la evolución y cosas como el Big Bang, no tenían mucho tiempo para la religión.

Mirando por la ventanilla, contemplé el amanecer y el tráfico que se incrementaba en la carretera delante y detrás de nosotros. Ahí estaba yo, a la que habían educado para creer en Dios, hallándome en constante duda sobre Su existencia después de todo lo que nos había ocurrido a mí y a quienes amaba. Y aun así, cuando estaba completamente asustada y temerosa por mi vida, me descubría rezando y rogando ayuda al Señor.

Me removí incómoda en mi asiento y traté de no pensar en las preguntas que siempre me habían molestado sobre la religión, como la existencia de guerras, hambre y enfermedad. Sabía que todas las ideas preconcebidas iban a ser profundamente puestas a prueba por

la repentina desaparición de un gran pedazo de mi vida. Incluso mi madre, en su estado depresivo, no había hablado del cielo, en el que siempre había creído, sino de lugares intermedios o situados detrás del mismo.

—Estoy muy confundida por todo —murmuré—. Ojalá conociera todas las respuestas.

—He llegado a la conclusión de que no tenemos que conocerlo todo —dijo suavemente Simone—. He pasado años experimentando, usando matemáticas y tecnología avanzada, buscando respuestas a cada pregunta que ha surgido en mi cabeza. Pienso de verdad que no hemos evolucionado lo suficiente, ni biológica ni espiritualmente, para ver la imagen mayor. El problema es el lamentable cerebro pequeño con el que nos han bendecido a los humanos.

—Habla por ti —señaló Matt desde el asiento de atrás antes de dejar escapar un gran bostezo—. Te hago saber que mi cerebro es espectacularmente grande y bien desarrollado.

—¿Sabías —preguntó Simone, sin hacer caso a su hermano— que pruebas que usan medidas electrónicas en cerebros humanos demuestran sin ningún género de dudas que hay una zona del cerebro especialmente diseñada para este tipo de conexión con nuestros yoes internos, nuestras almas, si lo prefieres? Electrodos fijados en las cabezas de los sujetos muestran que diferentes partes del cerebro se iluminan según las distintas actividades, y hay un área que sólo se enciende cuando un sujeto está rezando o en profunda meditación.

—¿Qué significa? —Hurté una mirada de soslayo a su encantador perfil, sin saber a qué se refería.

—Creo que significa que los humanos tenemos una parte de nosotros diseñada para buscar algo infinitamente más poderoso que nosotros mismos; una deidad suprema si lo prefieres. Cada religión tiene un nombre diferente para el Creador, pero te sorprendería, si estudiaras el tema con atención, lo mucho que se parecen todas.

—¿Quieres decir que cualquier Dios sirve, según dónde y quién te educó?

Sabía que mi intento de sonar despreocupada había fracasado, pero ella no pareció ofenderse por mi tono de duda. En realidad descubrí que simplemente quería oírla hablar, mantener mi cerebro

alejado de mis propios problemas y no pensar en el lugar al que me estaba llevando.

—Cualquier nombre para el Creador sirve —me corrigió Simone con alegría—. Mi investigación me ha llevado a la conclusión de que los humanos simplemente tenemos problemas en comprender lo que Él o Ella es.

Escabulléndome en mi asiento, crucé los brazos y cerré los ojos. Me había dado cuenta de que ella iba a su ritmo, y esperé a que continuara.

—En los primeros días de la existencia de la humanidad, la necesidad de culto de los seres humanos estaba destinada a las criaturas que los mantenían vivos: los animales y las aves que cazaban y comían, lo que se describe en dibujos en cuevas de todo el mundo. Después, los humanos miraron cosas que estaban un poco más lejos, pero que todavía se hallaban más allá de su comprensión, como truenos y relámpagos, el sol y la luna, las estaciones y el entorno natural que los rodeaba. Los griegos y los romanos incluso inventaron dioses para emociones como el amor y la guerra.

Típico, pensé, que Simone hubiera investigado las creencias del pasado, así como las del presente.

—Cuando evolucionamos, también lo hizo la capacidad de nuestros cerebros para ver un poco más allá. Los sucesos históricos que parecían inexplicables en ese momento (y por lo tanto se consideraron divinos) fueron adecuadamente registrados para la posteridad. La ciencia desde entonces ha demostrado que muchos hechos mencionados en la Biblia eran realmente posibles y probablemente ciertos. Por ejemplo, la separación de las aguas del Mar Rojo fue causada, con toda probabilidad, por el efecto de succión anterior a un tsunami que se produjo en la región en ese momento de la historia. Lo del arca de Noé fue un diluvio localizado del que los geólogos han encontrado pruebas de que realmente ocurrió, pero que, con los conocimientos limitados de la época, se creyó que abarcó el mundo entero.

—Así que estás diciendo que ninguno de estos sucesos fueron milagros, sino simplemente sucesos explicables geológicamente. —Abrí un ojo para mirarla.

—Oh, fueron milagros, sí, pero producidos por sucesos geológicos reales, porque la geología en sí forma parte de la imagen

mayor, la imagen del Creador, si lo prefieres. Todo fue creado con átomos, que formaron partículas de polvo que se unieron para formar planetas. Geología, astronomía, física, química, biología y matemática avanzada muestran claramente que hay una fórmula precisa de todo lo que conocemos.

—¿Qué, como fi? —pensé en las conchas en el cuadro de la pared de la sala para víctimas de violación y, por un momento, la situación en la que me hallaba volvió a acecharme.

Simone asintió con la cabeza.

—Exactamente. Son medidas precisas y modelos de todas las cosas. Fi es sólo una de ellas. También están los signos del zodiaco, distancias entre constelaciones, secuencias numéricas... Todo forma parte de un mismo diseño último.

—Es mucho en lo que pensar.

—A eso me refiero cuando digo que los humanos todavía tienen cerebros subdesarrollados. Es difícil comprender cosas del mismo modo que una pulga podría tener problemas para entender que el perro en el que está viviendo, del que se alimenta y donde se reproduce, no es un planeta entero que duerme en el lejano universo de su cesto.

Simone estaba en su salsa y yo dejé de tratar de interrumpir al ver que ella respiraba hondo antes de continuar.

—La pulga podría pensar que cuando el perro se sacude el pelaje después de bañarse es por algo que una pulga podría haber hecho para ofender a otra; o por algo que una de ellas ha hecho para ofender al perro. Nosotros los humanos podemos verlo desde lejos y darnos cuenta de que es sólo un perro en una manada de muchos otros y que sólo es una pequeña parte de una imagen mucho más amplia.

Podría haberme sentido profundamente ofendida por su analogía de no haber estado tan intrigada.

—Así que estás diciendo que existe algún poder más alto, pero que nosotros los humanos estamos tratando de encasillar a Dios dentro de nuestra limitada comprensión.

—Exactamente. Y en mi opinión, la ciencia podría algún día probar la existencia de un ser supremo. De hecho, podría ser que la ciencia fuera el mayor aliado de la religión.

—Es normal que lo digas, tú eres científica —dije, relajando la

indignación que había ido creciendo con su analogía bastante condescendiente y esbozando una sonrisa.

Me formé una imagen mental de un grupo de pulgas científicas vestidas con pequeñas batas blancas de laboratorio, tratando de persuadir al resto de la colonia de que el perro en el que estaban residiendo no era el principio y el fin del universo.

Nos quedamos en silencio y supe por un suave ronquido en la parte de atrás que Matt se había vuelto a dormir. Mirando a través del parabrisas observé que el Mercedes devoraba kilómetros en dirección norte y me mordí las uñas con nerviosismo al pensar en nuestro destino. Dejé firmemente de lado todas las ansiedades sobre lo que iba a encontrar en Subatron Industries y me concentré en tratar de comprender todo lo que Simone había dicho.

Me di cuenta de que lo que me había irritado no era tanto lo que Simone creía; de hecho, sus teorías me parecían fascinantes. Se trataba más bien de la forma en que era tan positiva en relación con todo, cuando tantos líderes religiosos y probablemente otros científicos tenían opiniones y puntos de vista muy diferentes. Me pregunté una vez más sobre lo que había dicho de que no había encajado bien en la escuela. Tal vez lo que la había alienado de sus compañeros no había sido tanto la mezcla de razas de sus padres como su aparente creencia en que siempre tenía razón.

A pesar de eso, yo necesitaba saber más. Mi mundo se había puesto patas arriba y quería respuestas, montones de ellas.

—¿Y las guerras, el hambre y la enfermedad? —dije pensando en Calum y en la enfermedad contra la que estaba batallando—. ¿Dónde encajan en esa imagen mayor?

—Lo que la gente no entiende es que, aunque el Creador hizo este mundo asombrosamente hermoso para nosotros, es un mundo vivo, que todavía se expande en el universo, que todavía se mueve, respira y resuena bajo nuestros pies. —Simone arrugó la nariz al hablar—. Como especie hemos tenido un éxito increíble, asentándonos incluso en los lugares más remotos del planeta, y en ocasiones algunos de nosotros somos víctimas de desastres naturales como los diluvios, los terremotos y erupciones cuando el perro agita la cola. Hemos de enfrentarnos a virus y enfermedades, y en ocasiones las vidas humanas se ven truncadas, pero cada vida tiene su propósito especial, su propia razón para estar aquí durante el

tiempo que se le ha concedido. —Respiró hondo antes de que yo pudiera comentar nada—. Pero donde diferimos de las pulgas es que los humanos hemos evolucionado suficiente para distinguir el bien del mal, lo correcto de lo incorrecto. Tomamos elecciones conscientes a cada minuto del día, y esas decisiones son lo que nos separa del resto de las criaturas del Todopoderoso.

—Como humanos me parece que con frecuencia tomamos decisiones equivocadas —murmuré, pensando no sólo en la escala de las guerras mundiales y la crueldad de los conflictos, sino en lo que Abbey había dicho respecto a que los adultos se concedían segundas oportunidades a costa de los hijos. Sentí que un escalofrío me recorría la columna—. ¿Crees que somos todos inherentemente malos?

—Creo que nacemos inherentemente buenos —dijo Simone con firmeza, y su seguridad me asombró de nuevo—. De niños, nuestras almas son puras y están completamente exentas de pecado. Creo que nacemos en este mundo desafiante que el Creador nos proporcionó con un cuerpo lleno de la variada genética que nos brindan nuestros antepasados para recopilar información y aprender de todo lo que experimentamos. Podríamos habitar cuerpos que tienen una tendencia a la avaricia o a la sinceridad, mal carácter o naturaleza gentil, egoísmo o dulzura. Podríamos heredar hormonas que nos hacen impredecibles, maternales o sexualmente precoces, o incluso nacer predispuestos a la enfermedad mental, pero no podemos culpar a nuestros genes de todo lo que tenemos para bien o para mal; lo que nos hace ser quienes somos es aquello que elegimos para nosotros y nuestro trato con los demás.

—Haces que la vida suene como una batalla entre nuestro yo espiritual y nuestro cuerpo físico —comenté.

—¿No es eso la verdad con la que hemos de enfrentarnos a diario en nuestras vidas? Si no hubiera luchas y conflictos y la Tierra fuera como el lugar que algunos de nosotros llamamos cielo, no habría elecciones que tomar ni crecimiento posible para nuestro ser espiritual. —Frenó cuando un camión cambió de carril delante de nosotros y, una vez que pasó el peligro, se relajó de nuevo y me miró de reojo—. Cuando canto siento que estoy glorificando todo lo que nuestro Creador significa; el universo como lo conocemos que

se extiende hacia la eternidad, el suelo que pisamos y la historia de todos los que se han ido antes que nosotros.

—Pero ¿dónde deja eso tu mecánica cuántica y la cuarta dimensión?

—Ah, pero ésa es la mejor parte. Esa parte escurridiza de la energía del gravitón cuya falta hemos registrado en el laboratorio desaparece en la dimensión adicional. Si conseguimos encontrar esos gravitones que faltan, habremos encontrado el mundo entre mundos.

Capítulo 50

—Mira —dijo de repente Simone—, hay una estación de servicio ahí. ¿Quieres parar a tomar un café?

—Vamos a tener que despertar a la bella durmiente de ahí atrás.

Traté de que la cabeza dejara de darme vueltas como consecuencia de sus opiniones altamente fundamentadas y giré el cuello para ver a Matt, que estaba tirado en el asiento de atrás con los ojos cerrados.

—De todas formas ya es hora de despertarlo. —Simone puso el intermitente y giró por la vía de servicio—. En mi opinión, mi hermano lleva demasiado tiempo dormitando. Matt necesita un buen despertador; algo o alguien que lo mantenga concentrado y le dé alguna motivación positiva para que alcance su potencial —comentó Simone, yéndose por otra tangente.

Su cerebro nunca paraba. Me clavó sus ojos oscuros y levantó ligeramente las cejas.

Yo le sostuve la mirada.

—¿Te refieres a mí?

Simone inclinó la cabeza, lo cual tomé por una afirmación, mientras maniobraba el coche y lo alineaba a la primera entre las rayas blancas del espacio de aparcamiento.

—Arriba, arriba, es hora del café y los donuts —dijo mirando a la parte de atrás al tiempo que apagaba el motor.

Matt se espabiló y miró en torno.

—¿Ya hemos llegado?

—No. Hemos parado en una estación de servicio —le dije con rapidez antes de que Simone tuviera ocasión de hablar más—. Tu hermana tenía necesidad de cafeína y azúcar.

—Ah, y lo que nuestra dulce y dogmática Simone quiere la princesa Simone siempre lo consigue. —Matt se frotó la barba del

mentón al abrir la puerta y bajar del coche.

Pensé que tenía un aspecto encantadoramente arrugado con sus pantalones beis y una camisa blanca de cuello abierto, y lamenté no tener derecho a poner mis brazos en torno a él, pero Simone ya estaba caminando hacia la cafetería.

—Vamos, vosotros dos, ¡no tenemos todo el día!

Los dos correteamos tras ella.

—¿Siempre es así?

—Eso me temo. —Matt encontró mi mano y me la apretó; mi corazón se aceleró al trotar tras su hermana—. Es el producto de ser superinteligente. El resto de nosotros sólo somos irritantes zoquetes a sus ojos.

—Me ha estado iluminando sobre el Creador y el funcionamiento del universo.

—Dios mío.

Sonreí.

—En realidad tenía mucho sentido.

—Primera lección del universo —dijo con una sonrisa irónica—: Simone casi siempre tiene razón.

Después de la parada, Matt se puso al volante mientras Simone se sentaba en el asiento trasero con los ojos cerrados. Sin levantar la voz le hablé a Matt del probable intento de suicidio de Calum y de la inminente operación.

—Es terrible, lo siento de veras, Michaela. ¿Por qué no dijiste nada el viernes? Kevin me dijo que Calum estaba en el hospital, pero supuse que era por algo relacionado con su enfermedad. Cuando dijiste que estabas enfadada, pensé que lo decías por la situación en general.

—Todavía no lo he asimilado —confesé—. Supongo que estaba impactada y realmente decepcionada con él. Abbey también está enfadada con él. Quiero decir que desde luego él no estaba pensando en nosotras cuando lo hizo, ¿no?

—Tal vez no estaba pensando racionalmente en absoluto. Todo debe de parecerle abrumador en este momento.

Nos quedamos en silencio durante un rato. Imaginé la carta de la muerte que había caído de la baraja de Abbey y me pregunté si podía significar que Calum todavía estaba en peligro. Quería hablarle a Matt de las predicciones de Abbey, pero no sabía si

Simone estaría escuchando. Sin duda alguna tendría sólidas opiniones sobre la cuestión de la adivinación y no estaba segura de querer oírlas.

Cuando Matt detuvo finalmente el coche delante del puesto de guardia de lo que parecía ser una antigua base militar, me hundí en mi asiento, nerviosa de repente y deseando no haber aceptado nunca hacer ese viaje. Nada de lo que pudiera contarles arrojaría luz alguna sobre dónde había estado, de eso estaba convencida. Y nadie se había molestado en mencionar que Subatron Industries se alojaba en una propiedad del Ministerio de Defensa. Simone bajó del coche y mostró un pase al soldado de la puerta. Habló rápidamente con él y nos hizo una señal con la mano mientras el guardia consultaba una tablilla con portapapeles. En cuanto Simone volvió al coche, el soldado subió la barrera y nos dejó pasar.

Después de pasar junto a los barracones y los edificios principales, Matt siguió las instrucciones de su hermana y metió el coche por un camino que atravesaba un bosque de coníferas. Finalmente se detuvo delante de un edificio de cristal ahumado y cromo de aspecto caro, que se alzaba apartado del camino.

—Ya hemos llegado —dijo Simone con alegría mientras Matt aparcaba—: mi lugar de trabajo.

Hurté una mirada a mi reloj y vi que eran las ocho en punto. Simone parecía tener una noción del tiempo de viaje tan juiciosa como de todo lo demás.

Observé con aprensión mientras Simone pulsaba varios botones de seguridad en un teclado electrónico antes de franquear con expresión relajada la puerta de seguridad. Subimos en ascensor al tercer y último piso y salimos detrás de Simone a un pasillo desierto con una sucesión de puertas cerradas a ambos lados. La hermana de Matt caminó por delante de nosotros y abrió la cuarta puerta de la derecha, apartándose para dejarnos pasar.

—Mi oficina.

Detecté el orgullo en su voz y no podía culparla. La oficina era muy espaciosa, enmoquetada en azul, con un sofá de cuero de aspecto mullido apoyado en una pared. Otra de las paredes estaba ocupada por un largo espejo oscuro. Me descubrí a mí misma preguntándome si no sería un espejo unidireccional y habría gente observándonos desde el otro lado.

—Sentaos, iré a buscar a mi jefe.

En cuanto Simone salió de la habitación me volví hacia Matt con nerviosismo.

—¿Habías estado aquí antes?

Negó con la cabeza.

—Por lo que me contó Simone, no les gustan mucho las visitas.

Intercambiamos miradas de aprensión, pero Simone regresó antes de que pudiéramos decir nada más. Tras ella iba un hombre de mediana edad que nos sonrió de oreja a oreja y nos tendió una mano.

—Él es el doctor Robert Jacobson, mi jefe —dijo Simone.

—Bienvenidos, bienvenidos. —Sonrió—. Como dice Simone, estoy a cargo de esta instalación. Es muy amable al concedernos unas horas de su tiempo, señorita Anderson. —Llevaba pantalones de cuadros y un polo de cuello abierto y se habría sentido como en su casa en un campo de golf. Se volvió hacia Matt—. Ah, el hermano de Simone, supongo. Me ha hablado mucho de usted.

Mostró con efusividad tres sillas de respaldo duro.

—Siéntense. Simone, ¿puedes ocuparte de traer café y galletas?

Sentí que la hermana de Matt se molestaba por sus palabras y, a pesar de las extrañas circunstancias, contuve una risa. Me pregunté cuándo habría sido la última vez que le habían pedido que preparara café como una simple asistente de oficina, y si sabría siquiera dónde se guardaba la cafetera. Salió mientras Matt y yo ocupábamos las dos sillas y el doctor Jacobson se sentaba en la silla giratoria de Simone.

—Bueno, señorita Anderson, ¿o puedo llamarla Michaela? He oído que ha experimentado cosas muy extrañas últimamente.

Asentí.

—Michaela está bien. Supongo que Simone le ha contado mi historia.

—Oh, sí, y su opinión sobre lo que cree que le ocurrió, por supuesto. Simone es una joven de extraordinario talento, pero tiene convicciones firmes.

Vi con el rabillo del ojo que Matt contenía una sonrisa.

—También debo asumir que le ha hablado de nuestro trabajo aquí en Subatron Industries y de lo crucial que podría ser su contribución. Veamos —continuó sin esperar respuesta a ninguna

de sus preguntas—, quería que me contara exactamente lo que le ocurrió desde el momento en que saltó de esa avioneta hasta el presente. Para que lo sepa, lo que diga será grabado para la posteridad.

Simone volvió a la oficina con cuatro cafés y un paquete de tartas de crema que colocó con exagerado esmero en la mesa que teníamos delante. El doctor Jacobson se sirvió uno de los cafés e hizo un satisfecho ruido de succión.

—Tendremos que añadir la preparación de cafés a su interminable lista de virtudes, doctora Treguier.

—No se acostumbre —replicó secamente al ocupar la silla de al lado de su hermano. Se volvió hacia mí—. ¿Dónde estamos?

—Estaba a punto de contarle al doctor Jacobson lo que me ocurrió.

Simone cruzó las piernas, se echó hacia atrás todo lo que la silla le permitía.

—Adelante.

Empecé a contar de nuevo mi salto desde la avioneta hasta el momento en que aterricé en el aeródromo desierto, cómo caminé al Royal Oak, desde donde llamé a Matt, y tuve mis sospechas sobre haber perdido seis años, hasta cuando se confirmó.

—¿Y el corte en la mano? —preguntó el doctor Jacobson, inclinándose hacia delante—. Tengo entendido que se enganchó el lateral de la palma de su mano en un trozo de metal al subir a la avioneta y que todavía estaba sangrando cuando Matt la recogió en el bar.

Levanté la mano, mostrándole la fina línea violeta que el lunes había sido una herida abierta.

—Hummm, es una pena que no tengamos más que una foto para ilustrar esto. —El científico me giró la mano y negó con la cabeza con aparente decepción—. Podría haber sido la prueba que necesitábamos.

—¿Una foto? —pregunté, apartando la mano—. ¿Cómo ha conseguido una foto de mi mano? Nadie salvo los que estábamos en la avioneta sabían que me había cortado.

El doctor Jacobson sacó la impresión de una fotografía en color del escritorio. La miré con incredulidad; era yo con la mano levantada para taparme la cara. Una imagen de Kevin, con su

moderno móvil, saltó en mi mente. Recordé que me había preguntado si podía grabarme. Yo había levantado la mano para impedir la foto, ¿no? Lo cual significaba que Kevin había sacado la foto de todos modos. Y si era así, ¿cómo es que estaba en poder del doctor Jacobson?

—Uno de los empleados de mayor confianza de Subatron Industries ha estado vigilándola desde su regreso, Michaela.

Miré con sospecha a Matt y entonces recordé que no había sido él quien había sido tan atento con Abbey y conmigo, apareciendo como por ensalmo en nuestro auxilio cada vez que lo necesitábamos, haciendo preguntas, vigilándonos a las dos...

Me cayó el alma a los pies al darme cuenta de que nada ni nadie era nunca lo que parecía. Bajé los hombros al murmurar su nombre en voz alta, con sincera e indisimulada decepción.

—Kevin.

Capítulo 51

La decepción pronto se convirtió en rabia y me volví hacia Matt.

—¿Sabías que Kevin estaba espiando para esta gente? ¿También te hacía informes a ti? Supongo que todos os habéis reído de lo que estaba pasando yo, por no mencionar a la pobre Abbey. Dios mío, confiaba en él, las dos lo hacíamos.

—No fue así...

—¡O sea que lo sabías! —Aparté la silla y lo miré—. No es de extrañar que Kevin fuera la primera persona a la que llamaste cuando aparecí el lunes por la tarde. Estaba trabajando desde el principio en la empresa de tu hermana.

Matt se levantó de un salto y trató de cogerme la mano, pero yo me zafé.

—Sólo he sido un objeto, ¿eh? Una rata de laboratorio a la que estudiar y vigilar por posibles reacciones adversas después de que quedara atrapada en vuestro hipotético suceso cósmico. Pensabais que podía desaparecer misteriosamente otra vez, ¿era eso? ¿Te pidieron que me vigilaras de cerca para ver cómo me comportaba?

»¿No era bastante malo lo que me había ocurrido? ¿Tienes idea de cómo fue volver después de un mísero día y encontrarme con mi relación con Calum hecha jirones, sin trabajo, con mi padre muerto sin que hubiera tenido ocasión de decirle adiós, mi madre en un psiquiátrico, Abbey crecida e Ingrid con un hijo del que ni siquiera sabía que existiera y que posteriormente abandonó en mi puerta? Y ahora descubro que me ha mentido Kevin, al que pensaba que le caíamos bien Abbey y yo y... —Tragué saliva al volver a mirar a Matt—. ¿Y tú? ¿Cómo has podido?

—Michaela. —Matt trató de cogerme la mano otra vez, pero yo me solté.

—¡Déjame sola! No hace falta que simules más que te preocupas

por mí.

—Os daremos unos minutos —dijo Simone desde detrás de su hermano.

Al levantar la cabeza vi que tenía la cara pálida y la mirada cargada de preocupación. Me pregunté de un modo poco caritativo si debíamos añadir «actriz» a sus muchos talentos cuando cogió del brazo a su jefe y tiró de él hacia el pasillo desierto, cerrando la puerta tras ellos.

Matt y yo nos quedamos mirándonos. Pugnando por tragarme las lágrimas y medio atragantándome con las palabras, repetí con furia:

—¿Cómo has podido, Matt?

—Por favor, Michaela. —Estaba negando con la cabeza—. No estaba planeado, te lo prometo.

—No, desde luego que no, qué tontería. Resulta que Kevin fue la primera persona que elegiste para hablar de mí, después de que me recogieras en el bar. Casualmente trabajaba para la empresa que había estado estudiando el fenómeno de mi desaparición, una empresa para la que casualmente también trabaja tu hermana. —Me volví contra él, enfadada—. ¿Crees que nací ayer? ¿Te parezco una completa idiota?

—Michaela, déjame explicarme.

Su voz era firme, pero había un atisbo de desesperación en ella. Me quedé de pie dando la espalda a la ventana de cristal, con los brazos cruzados sobre el pecho de un modo protector.

—Será mejor que sea una buena explicación.

Tendió la mano de nuevo y esta vez cuando no le hice caso pude ver la indignación reflejada en sus ojos.

—Ven, siéntate.

—Prefiero estar de pie.

—Como quieras. —Matt caminó hasta la ventana y se quedó de pie sin tocarme, mirando fijamente a través del cristal como si estuviera tratando de controlarse—. Michaela, te prometo que lo que ha ocurrido es sincero...

—Bah. —Lo interrumpí con un resoplido de desdén—. No estoy segura de que tenga sentido; no creo ni una palabra de lo que dices.

Matt levantó una mano en ademán de derrota y volvió a apoyarse en la esquina del escritorio de su hermana, de cara a mí.

—Escúchame, ¿vale?

Continué mirándolo.

—Todo ocurrió como te lo conté el día del salto. —Clavó su mirada en mi cara pétrea—. Era cierto que había conocido a Kevin la semana anterior, pero me había pedido que jurara que mantendría el secreto. Quería hacer bien el salto para impresionar a Ingrid...

—Conozco todo eso...

—Déjame terminar, Michaela, por favor.

Asentí y Matt continuó explicándose con esmero:

—Cuando tu empresa llegó al aeródromo a hacer el salto benéfico para mí era un día de trabajo como otro cualquiera. Sólo cuando te conocí, ocurrió algo extraño. Sé que te he hablado de amor a primera vista hace poco y quiero que sepas que era todo cierto.

Levanté una ceja, pero él continuó sin hacer caso de mi gesto:

—Había algo en ti, algo que no podía olvidar. Sabes lo que ocurrió con la policía, la posterior caza de brujas por los medios y que tuve que esconder la cazadora cuando entró mi jefe. Kevin se ofreció a llevarse la cazadora, supuso que era un pago decente por no haber delatado esa lección extra delante de los demás.

Respiró hondo antes de continuar.

—Resultó que la policía registró todas las taquillas del personal del aeródromo poco después. Si Kevin no se hubiera llevado tu cazadora al coche, la habrían encontrado en mi poder y habría sido un indicio razonable para suponer que estaba implicado en tu desaparición.

—Así que le debías una.

—Sí. Y cuando Simone empezó a entusiasmarse por el momento exacto de tu desaparición y quiso saber si había algo tuyo que la policía no se hubiera llevado ya, le hablé de tu cazadora. Ella contactó con Kevin, que entonces estaba recibiendo advertencias de Wayfarers por su absentismo. Vino a Subatron Industries en persona para darle la cazadora, pero no encontraron nada indebido en ella, así que pregunté si me la podía quedar.

Descruzando los brazos, saqué una silla giratoria de piel y me hundí en ella mientras Matt continuaba apoyado en la esquina del escritorio.

—¿Por qué querías mi cazadora? —pregunté, observando su expresión con intensidad.

—Te he dicho por qué. Sé que ahora suena extraño, pero quería algo tuyo, algo que me recordara que te había conocido.

Quería creerlo, pero no podía exculpar a Matt tan a la ligera.

—Cuéntame cómo llegó a trabajar Kevin para Subatron Industries.

—Una vez que Kevin contactó con Simone, descubrieron que podían trabajar juntos estudiando las circunstancias de tu desaparición. Por su implicación en el caso, Kevin contaba con información de primera mano de dónde estaba la policía en sus investigaciones y podía pasársela a ella. Cuando Wayfarers lo despidió, Simone le encontró empleo en el departamento de tecnologías de la información de Subatron Industries. Kevin continuó al corriente de tu desaparición organizando el sitio web de Perro Espacial e inventando teorías como la abducción extraterrestre para mantener el caso vivo.

—Y entonces aparecí y poco menos que caí en tu regazo, y tú llamaste a Kevin y él informó de nuevo a Simone.

Matt asintió.

—A Kevin le pidieron que no te quitara ojo.

Lo contemplé con minuciosidad desde el otro lado del escritorio.

—¿Tú también trabajas para Subatron Industries?

—Dios, no. Soy piloto, Michaela. Volar es lo que sé hacer mejor, es lo que hago.

—¿Y lo que teníamos juntos?

Matt se levantó y rodeó el escritorio. Esta vez cuando me tendió la mano puse mis dedos temblorosos entre los suyos y lo miré a la cara.

—Te quiero. Te he amado desde el momento en que te vi.

Me atrajo hacia sí y le permití que me envolviera en su abrazo firme. Enterré la cabeza contra su pecho y dejé que las lágrimas brotaran. Matt me retuvo pegada a su cuerpo mientras yo sollozaba por todo lo que había perdido y por lo que Matt y yo quizá no tendríamos nunca juntos. Pero en su mayor parte era un llanto de felicidad por el hecho de que me hubiera querido lo suficiente para esperarme seis largos años.

Al cabo de un rato, Matt me apartó y enjugó las lágrimas de mis

mejillas con sus pulgares.

—¿Te sientes con ánimo para hablar otra vez con el jefe de Simone? —Me besó en la punta de la nariz.

Yo sorbí, asentí y me limpié el resto de la cara con el dorso de la mano mientras Matt iba a la puerta y llamaba al doctor Jacobson y a Simone desde el pasillo.

El doctor Jacobson evitó mirarnos directamente a Matt y a mí al abrirse camino a la seguridad de la silla giratoria. Simone, en cambio, se acercó, me pasó un brazo por los hombros y me dio un breve apretón.

—Has encontrado a uno de los hombres buenos en Matt, Michaela. No lo dejes.

—Estoy empezando a darme cuenta —le dije con una sonrisa tenue.

—Bueno, al grano —anunció el doctor Jacobson con un exceso de efusividad—. ¿Qué más puede contarnos sobre lo que le ocurrió el quince de abril de dos mil dos? Cualquier detalle que pudiera parecer insignificante podría ser crucial. Y me gustaría que describiera exactamente dónde cree que estuvo durante la extraña ventolera que mencionó. ¿Había alguna pista visual sobre su paradero, olores o sonidos inusuales?

Una hora más tarde los cuatro estábamos otra vez en la oficina de Simone, después de que me hubieran hecho varias pruebas, entre ellas un escáner de cuerpo entero y un cálculo del índice de masa corporal, y me hubieran sacado muestras de ADN de la boca y sangre del brazo, que iban a analizar en busca de posibles anomalías.

De nuevo en la oficina, el doctor Jacobson planteó todavía más preguntas, tomó notas y mantuvo la grabadora en marcha delante de mí.

—¿Qué hay de la investigación policial? —preguntó al final, sentándose otra vez en el escritorio y haciendo rodar los hombros como si se le hubieran tensado mientras permanecía sentado, encorvado y atento—. ¿Qué fue exactamente lo que les decidió a investigar la zona en torno al aeródromo después de tanto tiempo?

—Creo que fue el polen —dije, extendiendo las piernas ante mí para mirarme los pies.

El científico se quedó muy quieto y noté la repentina tensión

que emanó de él y Simone.

—¿Qué polen?

—Los expertos forenses de la policía encontraron polen de una hierba en mis calcetines.

Desvié la mirada del doctor Jacobson y me fijé ansiosamente en Simone y Matt, que hasta ese momento habían estado sentados a mi lado con aspecto relajado. Simone ahora se había sentado muy recta en el borde de la silla y vi que hasta Matt se mostraba interesado.

—Dijeron que era un misterio —continué—, porque se creía que esa variedad concreta de hierba se había extinguido en dos mil cuatro.

El doctor Jacobson estaba bastante colorado al inclinarse hacia mí.

—Podría haber mencionado esto antes, Michaela. Dígame, ¿la policía tiene muestras de ese polen?

—Eso creo. No sé, me dijeron que lo habían encontrado y que la hierba era muy fresca, como si hubiera crecido sólo unos días antes de que tomaran la muestra.

El doctor Jacobson apartó la silla y se levantó lanzándome una mirada exasperada.

—Simone, hemos de tirar urgentemente de algunos hilos. Quiero esa muestra en nuestro laboratorio antes de que acabe el día, ¿lo has entendido?

—Sí, señor.

Se volvió hacia mí, tragándose su enfado.

—¿Hay alguna otra perla que quiera compartir con nosotros?

—Bueno, también está la sangre en el paracaídas.

—Cuéntenos. —Se hundió en la silla otra vez y se inclinó hacia mí, expectante.

Me ruboricé, dándome cuenta de que lo que estaba a punto de decir iba a causar una segunda sensación.

—Cuando ha mencionado el corte en mi mano antes, estaba tan enfadada con Kevin y Matt...

—Ahora eso no importa. —Simone había hecho una pausa en la puerta—. ¿Qué pasa con el corte, Michaela?

Descubrí que estaba nerviosa por dar mi respuesta y lancé una mirada ansiosa en dirección al doctor Jacobson.

—Cuando recogí el paracaídas al aterrizar para que no se volara

debió de mancharse con sangre del corte en mi mano. La detective Smith dice que han encontrado el paracaídas en un hoyo, debajo de la caravana del vagabundo. La cuestión es que, como el polen, la sangre estaba fresca, de hace sólo unos días. Por eso están convencidos de que me retuvieron allí y que sólo escapé recientemente. Por lo que a la policía respecta es el único escenario que tiene sentido, lo cual es así, si sólo piensas en una dimensión, claro.

Capítulo 52

El doctor Jacobson me miró.

—El hecho de que tanto la sangre como el polen estuvieran frescos después de todo este tiempo bien podría ser prueba suficiente para inclinar la balanza a nuestro favor. —Se enderezó, plenamente profesional ahora que tenía lo que quería—. Muy bien, Matt, quiero que lleve a Michaela a su casa y que no le quite ojo, ¿entiende?

—No creo que a su novio le haga gracia tenerme allí.

—Muy bien, contacte con Kevin y pídale que mantenga una vigilancia de veinticuatro horas. —Se volvió otra vez hacia mí—. No hable con los medios, no le cuente a nadie los detalles de esta visita. —Empezó a salir de la oficina, pero se volvió en el umbral—. Y Michaela... bien hecho.

El viaje de vuelta a Surrey pareció pasar en la mitad de tiempo que habíamos tardado en llegar a Norfolk. Matt condujo el coche de su hermana con cuidadosa precisión y yo me pregunté cómo sería ir de pasajero en un avión pilotado por él. A Simone, no me cabía duda, le habrían dado otro coche en Subatron Industries y tratamos de no pensar en lo que ella pretendía.

Matt y yo pasamos el viaje deleitándonos cada uno en la compañía del otro, como si ninguno de nosotros tuviera otra cosa que hacer en el mundo. Ambos sabíamos que esas tres horas juntos eran preciosas, así que nos concentramos en el aquí y ahora, decidiendo dejar el futuro en su sitio. Apoyé la mano en su rodilla y de cuando en cuando él ponía la suya encima de la mía y la química nos atravesaba. Hablamos sin parar, compartiendo nuestras esperanzas y sueños, nuestros amores y alegrías. En un momento dado, Matt me preguntó qué me habría gustado hacer con mi vida si la decisión hubiera sido sólo mía.

—Me habría gustado tener una familia finalmente —musité—, pero primero viajar. Siempre he querido conocer el mundo. Y vivir aventuras... como ir en canoa por el Amazonas y subir al monte Kilimanjaro, y esquiar por las Rocosas y quizá nadar junto a uno de los géiseres de Islandia.

—Esas cosas también están en lo alto de mi lista —murmuró—, ¿qué te parece hacer rafting en aguas bravas por el Gran Cañón y submarinismo en las Maldivas?

—Fantástico; ¿y qué hay de los simples placeres como sentarnos a tostar panecillos de levadura delante de una hoguera en una cabaña en Gales o caminar a lo largo del Muro de Adriano en un día cálido de primavera?

—Y hacer el amor en una playa de arena blanca mientras las olas nos lamen los pies.

Suspiré sin querer romper el hechizo, pero los dos sabíamos que esas cosas tendrían que esperar. Eran una quimera y le había hecho una promesa a Calum. Matt se hizo eco del suspiro y nos sumimos en un breve silencio amistoso, sabiendo que aunque las cosas fueran mal con Calum todavía tendría en mi vida a Abbey y a Tristan y a mi madre a los que cuidar.

—Deberíamos ser asquerosamente ricos para hacer esos viajes de todos modos —señaló Matt.

—No —dije, abrazando otra vez la fantasía—, lo haríamos a lo pobre. Yo podría trabajar de noche de bailarina exótica y tú podrías hacer turnos de vigilante nocturno y nos encontraríamos a la hora del desayuno para hacer el amor y contar nuestras ganancias antes de ir a nuestros empleos diurnos.

—En ese orden, espero.

—Desde luego. —Le sonreí con felicidad—. Y los dos tendríamos mucho más de lo que nos habríamos atrevido a soñar.

Nos desviamos de la carretera principal y paramos a comer tarde. Nos entretuvimos con los cafés y tratamos de simular que nuestros caminos no estaban a punto de bifurcarse.

Cuando volvimos al coche nos quedamos en silencio y de repente estábamos girando por la calle en la que yo vivía. La burbuja estalló y todas las responsabilidades volvieron a pesarme sobre los hombros. La prensa se volvió en nuestra dirección para ver quién estaba llegando, y la multitud empezó a dirigirse hacia

nosotros.

—Maldición, deberíamos haber entrado por detrás. ¿Puedes dar marcha atrás y entrar por el otro lado?

—Demasiado tarde —se lamentó Matt—. Cuando dé la vuelta ya habrán rodeado el coche.

—Será mejor que baje y me los lleve antes de que te reconozcan. —Abrí la puerta y salí para enfrentarme a la marea que avanzaba—. Vete, rápido... y, Matt...

—¿Sí?

Quería decirle que lo quería, pero parecía una insensatez.

—Será mejor que te vayas.

Al enfrentarme a la prensa y captar su atención, di a Matt unos segundos preciosos para escabullirse; con un poco de suerte sin que lo reconocieran. La advertencia del doctor Jacobson de no hablar con los medios resonó en mis oídos cuando destellaron las cámaras y me pusieron un micrófono debajo de la nariz.

—Sally Vale de World News —se presentó con rapidez la mujer —. ¿Puede hacer algún comentario sobre recientes informes de que estuvo retenida por adoradores de Satán, Michaela?

Negué con la cabeza y traté de pasar a su lado.

—Lo siento, no tengo nada que comentar.

—¿Su hijastra estuvo implicada en su desaparición? Según parece comentó que usted fue obligada a participar en rituales de magia negra en un foso cerca del aeródromo donde fue vista por última vez...

—Eso es absurdo —dije al acercarme al santuario de la puerta del jardín—. No ocurrió nada de eso.

—Aquí, señorita Anderson —me llamó una voz al tiempo que destellaba el flash de una cámara.

—¿Qué siente tras la noticia de que la policía ha soltado al sospechoso Danny Hill? —Sally Vale todavía estaba pegada a mis talones cuando me acercaba a la seguridad de la casa.

Me paré en seco y me volví a mirarla.

—¿Danny Hill? —Había oído ese nombre antes. Era el vagabundo al que la detective Smith había detenido por mi secuestro.

Sintiendo una historia por mi expresión de sorpresa, los periodistas se acercaron aún más.

—Tenemos noticias de que el principal sospechoso en su caso ha sido puesto en libertad sin cargos; ¿qué opinión le merece?

—Ha sido rápido —murmuré mientras abría la puerta, que se abrió con su familiar chirrido. Entré y cerré con fuerza.

Una vez dentro me quedé un momento allí de pie, con la espalda apretada contra la puerta delantera y respiré hondo varias veces.

—¡Kaela!

Levanté la mirada cuando Calum doblaba la esquina al pasillo, donde se quedó contemplándome con ansiedad.

—Me había parecido oír la puerta. ¿Cómo te ha ido? —Avanzó hacia mí por el pasillo y me cogió de la mano para arrastrarme a la sala, examinando mis ojos bajo una luz ligeramente más brillante—. Te he echado de menos.

—Ha sido un día extraño —confesé al quitarme la cazadora—. Ese lugar de Norfolk es muy secreto y da un poco de miedo. Apenas había nadie allí, porque es domingo, supongo.

—¿Has podido ayudarles de algún modo?

—Eso creo. Les hablé de ese polen que la policía encontró en mis calcetines y se entusiasmaron. Con eso y la sangre en el paracaídas...

—Espera un momento. ¿Qué sangre es ésa? Tuya no, espero.

Traté de recordar exactamente qué le había contado cuando lo había recogido del hospital y me di cuenta de que podría no haber mencionado la sangre.

—Me corté en la mano al subir a la avioneta —expliqué levantando la mano—. Cuando aterricé enrollé el paracaídas para que no se lo llevara el viento y ese viejo vagabundo debió de encontrarlo y esconderlo.

—Entonces ¿por qué estaban tan entusiasmados esos científicos?

Aunque Calum seguía interesado, me di cuenta de que estaba cansado.

—Porque las muestras de sangre —dije—, como el polen, eran frescas, como si se hubieran producido hacía sólo unos días.

—¿Lo cual seguramente indica que el vagabundo te tuvo retenida hasta hace sólo unos días?

Negué con la cabeza.

—Supongo que eso podría ser cierto en el caso de la sangre, pero desde luego no con el polen, porque ese tipo de polen en concreto

se extinguió en el dos mil cuatro.

Calum negó con la cabeza como si todo aquello lo superara.

—¿Dónde están Abbey y Tristan? —pregunté, dándome cuenta de que la casa estaba demasiado silenciosa.

—Ha pasado Kevin y se los ha llevado a comprar una pizza.

Kevin. No estaba segura de cómo me sentía respecto a él en ese momento. Había pensado que era nuestro amigo y ahora resultaba que para él era simplemente un trabajo.

—¿Cuánto tiempo llevan fuera?

Calum miró su reloj.

—Estarán a punto de llegar.

Me di cuenta de que poco más podía hacer respecto a Kevin hasta que el trío llegara.

—He de llamar a la detective Smith y ver qué está pasando en comisaría. ¿Necesitas algo antes de que haga la llamada?

Calum negó con la cabeza y cerró los ojos.

—Me quedaré descansando aquí —dijo—. Tú a lo tuyo.

Me pasaron con la detective Smith, quien me informó no demasiado satisfecha de que la habían obligado a renunciar a su domingo para tratar con la presente crisis.

—Lo teníamos, Michaela.

Percibí la rabia en su voz teñida con un ápice de disculpa.

—Estábamos a punto de presentar cargos cuando intervino nuestro jefe y nos dijo que teníamos que ceder la investigación a otro departamento. Han retirado todas las acusaciones contra nuestro sospechoso Danny Hill y ahora es libre de volver a la delincuencia y el vagabundeo.

—Eso significa que debe de haber nuevas pruebas que demuestran que es inocente —señalé—. Al fin y al cabo yo no pude identificarlo.

—Michaela —la voz de la detective Smith adoptó un tono más firme—, en mi opinión, detrás de esto probablemente hay motivos políticos ocultos o una inyección de fondos extra en algún sitio. No sé por qué los poderes fácticos están esforzándose tanto por salvar a Danny Hill, pero llevo muchos años en este trabajo y reconozco una confesión verdadera cuando la oigo. Piensa lo que debas, pero me iré a la tumba sabiendo que tuvimos al culpable a nuestro alcance.

Capítulo 53

No tuve tiempo para pensar en la posibilidad de que de alguna manera me había drogado una enorme organización, porque se abrió la puerta de la calle y entró Tristan trotando y con un globo de helio en mano, todo sonrisas y con manchas de helado de chocolate resbalándole por la cara.

Abbey y Kevin aparecieron en el umbral de la sala de estar al cabo de un momento, riendo y haciendo bromas amistosas como dos viejos amigos. Sabía que las discusiones verbales habían indicado una atracción del uno por el otro, pero Abbey era vulnerable y buscaba amor y aceptación. En Kevin había encontrado ambas cosas en abundancia. ¿Acaso no había venido corriendo cada vez que ella se lo había pedido? Esperaba y rezaba por que vigilarnos hubiera sido algo más que un trabajo para él. De lo contrario, Abbey iba a sufrir una gran decepción.

Sin hacer caso de Kevin, sonreí a Abbey y me incliné a limpiar la boca de Tristan con un pañuelo.

—Hola. ¿Lo habéis pasado bien?

Tristan asintió.

—Kevin nos ha comprado pizzas muy grandes. He comido un montón y me han regalado un juguete. —Hurgó en el bolsillo del pantalón y sacó una peonza de plástico barata—. Algún día seré rico.

Levanté los ojos hacia Kevin y él tuvo la decencia de apartar la mirada. Ya tenía que estar al corriente de que lo sabía.

Me di cuenta de que Calum también estaba mirando a su hija. Al principio pensaba que iba a protestar cuando Abbey sacó las cartas, pero no dijo nada; se limitó a sentarse y observarla en silencio. Al mirar a Tristan saltando por la habitación, bendije la decisión que había tomado de quedarme con el hijo de Ingrid a mi lado. Si había

al menos una cosa que podía alterar era esa relación —o ausencia de ella— entre Calum y su hija. Y con la operación programada para la mañana siguiente, no había mucho tiempo para cambiar las cosas.

Desesperada por conseguir que Calum enderezara las cosas con su hija, hice una seña a Calum para que viniera conmigo a tomar una taza de té en la cocina. Parecía aliviado y, como si no supiera qué hacer, se acomodó en una de las sillas de la cocina mientras yo buscaba tazas en el armario.

—¿Has pensado en hablar con Abbey? —Solté las bolsitas de té en el cazo y fui a la nevera a buscar leche.

Negó con la cabeza.

—He pensado en ello, pero creo que me está evitando. Al levantarse esta mañana se ha quedado en la habitación hasta que el niño de Ingrid ha empezado a llorar, luego ha preparado algo de comer para los dos y se lo ha llevado al desván para coser, o lo que sea que haga allí arriba. Iba a hablar con ella, pero tu amigo Kevin se ha presentado para salir con ellos y he perdido la oportunidad.

—Calum, Abbey va a sentirse fatal si vas a esa operación mañana sin haber hecho las paces con ella. —Vertí agua hirviendo en el cazo—. A menudo son las cosas que no haces las que lamentas más.

—Ya la has visto con Kevin. —Se pasó una mano por la cara—. Y tiene edad suficiente para ser su padre. Yo ya no le intereso.

—Tú eres su padre, Calum. Nadie puede sustituir eso. Y además, Kevin sólo tiene ocho años más que ella. Comparten sus extrañas creencias; es un buen amigo y ahora ella lo necesita. Pero es de ti de quien necesita aceptación y apoyo incondicional. —Puse una taza de té delante de él y me senté—. Por una vez piensa en ella, Calum, y no en ti.

—Tengo algo que quiero darle, como sugeriste —murmuró Calum, vacilante. Jugó con el asa de la taza—. Es algo que tendría que haber compartido con ella hace mucho. —Me miró con temor —. ¿Crees que es demasiado tarde?

Estiré una mano y la puse encima de la suya.

—Mientras haya un hálito de vida en tu cuerpo, nunca es demasiado tarde.

—Charlaré con ella cuando Kevin se vaya —prometió,

asintiendo—, sí, voy...

Pero no fue más allá porque Abbey dejó escapar un grito de angustia. Calum y yo nos levantamos de un salto y corrimos a la sala. Abbey estaba acurrucada en el sofá con la cara entre las manos; el suelo estaba cubierto de cartas del tarot desparramadas. Kevin estaba tratando de consolarla dándole unos golpecitos torpes en el brazo, pero ella continuó sollozando desconsoladamente.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Es la maldita carta de la muerte —explicó Kevin en voz baja —. No importa cuántas veces Abbey baraja las cartas y parte, siempre aparece.

—Será una coincidencia. —Me doblé para recoger las cartas caídas, pero Abbey gimoteó para que las dejara donde estaban.

—La primera vez que cayó del mazo pensé que indicaba los cambios que todos estábamos experimentando ahora que has vuelto y papá está enfermo y Tristan y todo. —Las lágrimas abrieron oscuras sendas en el rímel cuando levantó la mirada hacia mí con unas pupilas enormes cargadas de miedo—. Pero ahora creo que alguien va a morir, Kaela. —Sus ojos vagaron con incertidumbre hacia su padre—. Va a pasar, lo queramos o no.

Como era previsible, fue difícil acostar a Tristan esa noche. Telefoneé al psiquiátrico, pregunté por mi madre y le dije que tendría que posponer mi visita hasta la mañana porque no podía dejar a Tristan. Cuando ella me preguntó quién era Tristan me di cuenta de que no lo había mencionado con anterioridad y le prometí explicárselo todo al día siguiente.

Una vez que Tristan se durmió por fin, lo llevé a su nido debajo de la mesa de la cocina, y allí se retorció para colocarse en una posición cómoda, con su manta mordisqueada en la boca.

Mis primeras esperanzas de que la inquietud de Abbey fuera el catalizador para que Calum hablara con su hija quedaron destrozadas cuando Calum subió a su habitación después del anuncio de la carta de la muerte.

—Lo odio. —Abbey se levantó del sofá, dio una patada a las cartas caídas y salió corriendo de la casa.

Kevin titubeó tras ella, mirándome a mí con ansiedad y luego hacia la puerta de la calle, que todavía estaba reverberando por el portazo que había dado.

—No te preocupes por tu encargo de cuidarme —le dije—. Ve tras ella.

Kevin no necesitó que se lo dijeran dos veces, y eso al menos me dio esperanzas de que sus sentimientos por Abbey fueran genuinos. Al volverme me encontré a Tristan de pie en el umbral de la cocina, observando lo que estaba ocurriendo con la cara blanca por la alarma. Obviamente lo había despertado el portazo.

—Ven a ver la tele un rato —le dije a Tristan, y encendí el televisor—. Voy a subir a ver a Calum y cuando baje estarás cansado otra vez y podrás intentar volver a dormir.

Calum estaba sentado al borde de la cama con la mirada perdida cuando entré en la habitación.

—Las cartas estaban hablando de mí —dijo con voz débil.

Me acerqué y le cogí una de sus manos húmedas, que tenía entre las rodillas.

—¿Desde cuándo crees lo que predicen las cartas? —le pregunté, sorprendida por el temor que podía ver en sus ojos—. Vamos, Calum, la operación será un éxito absoluto y volverás a ser un hombre nuevo dentro de una semana o dos.

—Lo sé, es impropio de un hombre e irracional admitir estar tan asustado, Kaela, pero no quiero terminar dependiendo de una máquina, conectado a bolsas y tubos.

—Es poco probable que ocurra eso. Ahora la anestesia es muy buena y el cirujano hace esta clase de operación de manera rutinaria. Para ellos la operación de mañana es sólo otro procedimiento simple, que terminará antes de que te des cuenta.

—Espero que tengas razón. —Dirigió sus ojos a los míos—. ¿Dónde está Abbey? Está ofendida, debería estar con ella.

Negué con la cabeza.

—Se ha escapado, pero Kevin ha ido tras ella. No creo que vaya muy lejos.

—Oh, Dios —murmuró—. La he liado buena, ¿no?

Nos sentamos uno al lado del otro durante un rato y luego le sugerí que bajáramos a hacer compañía a Tristan.

—Ha pasado un tiempo bastante alarmante desde que Ingrid lo ha dejado —comenté mientras Calum se levantaba muy despacio—. El pobre niño pensará que todas las familias están locas.

—Pensaba hablar contigo de él —susurró Calum al bajar la

escalera—. Creo que no tenemos derecho a tener al niño aquí. Quiero decir que no está emparentado con ninguno de nosotros, ¿no? Creo que deberíamos contactar con servicios sociales.

—No te atrevas —le advertí, parándome en seco delante de él, de manera que casi tropezó conmigo en la escalera—. Prometí a Ingrid que cuidaría de él y lo haré.

—No hiciste nada por el estilo —señaló—. Sólo nos lo soltó y se marchó.

—Quiero darle una vida adecuada —insistí, dándome cuenta de que lo decía en serio—. El pobre niño ha empezado con mal pie.

—Abbey lo ha estado cuidando más que tú —argumentó—. Apenas has estado aquí.

—Las cosas han sido difíciles, lo sé. Ni siquiera he podido ir a ver a mamá este fin de semana. Pero todo se calmará. Y además —añadí—, cuidar a Tristan también ha sido bueno para Abbey. La hace pensar en alguien que no sea ella.

—Bueno —cedió ligeramente, reconociendo la verdad de lo que le había dicho—. Ya veremos cómo funciona.

Tristan nos dedicó una mirada de profunda tristeza cuando entramos en el salón.

—Quiero a Abbey —dijo con tristeza.

Lo subí a mi regazo y Calum se ablandó lo bastante para estirarse y darle una palmadita.

—Volverá pronto. Abbey querrá estar aquí por la mañana para verme salir. —Calum se volvió a mirarme con ojos ansiosos—. ¿Estará, verdad, Kaela?

Suspiré hondo y abracé al niño.

—Lo espero sinceramente.

Capítulo 54

Por la mañana, Abbey todavía no había vuelto. Traté de llamar a Kevin, pero no respondió, y estaba decidida a no dejar que mis temores invadieran mi mente. Me recordé por enésima vez que tenía casi diecisiete años y Kevin probablemente estaba cuidándola. Envuelta en una bata vieja de Calum, me entretuve por la cocina preparando té y las cosas del desayuno, mientras Tristan me observaba desde su cama de debajo de la mesa.

Me di cuenta de que Tristan no había preguntado por su madre desde hacía tiempo y me maravillé de la resistencia del niño.

—Vamos a llevar a Calum al hospital —le dije mientras terminaba mi taza de té—. Y luego puedes venir conmigo mientras visito a mi madre, que es una mujer muy amable que se llama Susan.

Apartando mi silla, le tendí los brazos a Tristan, quien trepó amablemente a mi regazo. Comprendí al sostener su cuerpo ligero que ya no estaba pensando en él como en una carga que me había dejado quien había sido mi amiga, sino como en alguien por quien realmente me preocupaba. Le di un abrazo, que devolvió debidamente y lo besé en la cabeza mientras se deslizaba al suelo para recuperar su inseparable manta, que se le había escapado.

—Ve a prepararte y lavarte y vestirte, Tristan —le dije—. Tenemos un día atareado por delante.

Calum estaba sentado al borde de la cama, vestido con un pantalón y un polo azul limpios cuando llamé y entré en su habitación para ver cómo se encontraba. Su pelo recién lavado todavía estaba húmedo y olía a champú y gel de ducha. De pie por encima de él, le pasé un brazo por el hombro.

—Todo irá bien.

Se volvió angustiado con los ojos hundidos y me pregunté si

había dormido algo.

—¿Ha vuelto Abbey?

Negué con la cabeza.

—Anoche no vino, pero estoy segura de que Kevin la encontrará.

—Debería haber hablado con ella. Necesito que sepa que la quiero, que es mi niña pequeña.

—Oh, Calum —dije con un suspiro.

—Tengo esto para ella. —Abrió las manos para revelar una cajita de cuero azul.

—¿Qué es?

Me pasó la cajita en silencio y yo abrí con lentitud la pequeña tapa sujeta por bisagras. Entre pliegues de satén de color crema descansaba un relicario de plata, ligeramente deslustrado por el tiempo y grabado con dos letras gemelas bellamente entrelazadas G & C. «Grace y Calum», comprendí.

—Vamos, puedes abrirlo.

Saqué el relicario y volví a cerrar la caja con dedos temblorosos. Abrí el relicario y encontré dos fotografías en blanco y negro mirándome. En una aparecía un atractivo Calum, con su mata de pelo negro, y en la otra, una chica guapa con el pelo claro y rasgos delicados.

—Grace —dije con un suspiro.

—No pude tirarlo. Iba a dárselo a Abbey cuando cumpliera dieciocho años, pero ahora...

Recordé las protestas entre lágrimas de Abbey al asegurar que su padre no había guardado nada que perteneciera a su madre.

—Es hermoso.

—¿Se lo darás por mí? Si hoy me ocurre algo y no puedo dárselo... —Su voz se fue apagando y pude sentir su cuerpo temblando a mi lado.

—Puedes dárselo tú cuando te despiertes de la operación —le dije con firmeza—. Sí, sí —le aseguré en respuesta a su expresión de súplica—. Si algo va mal, me ocuparé de dárselo.

Busqué la mano de Calum y se la apreté.

—Pero todo irá bien, Calum. Encontraré a Abbey y, cuando vuelvas a la habitación esta tarde, estaremos allí esperándote.

Mientras aguardábamos a que Calum entrara en el quirófano, hice unos pequeños vehículos de Lego con Tristan, al que había

tenido la previsión de llevar con nosotros. La sala era luminosa y brillante y se respiraba un leve olor a antiséptico y comida rancia. Había otras cinco camas, todas ocupadas por hombres de distintas edades. Calum permanecía sentado muy tieso bajo las suaves mantas, vestido con una bata hospitalaria y con su recién fijada etiqueta de plástico en torno a la muñeca, mientras las enfermeras entraban y tomaban notas en su gráfica.

Calum levantaba la mirada cada vez que se abría la puerta en la sala, y comprendí que estaba esperando que Abbey viniera a verlo. Kevin todavía no respondía al teléfono y yo estaba cada vez más inquieta pensando en lo que podría haberle pasado.

«Vamos, Abbey —pensaba una y otra vez—. ¿Dónde demonios estás?»

Cuando por fin llegaron dos camilleros para trasladar a Calum al quirófano, él se volvió hacia mí con expresión angustiada. Yo asentí de manera alentadora y le sonreí. Tendió una mano temblorosa para tomar la mía e hizo una señal a los camilleros para que esperaran un momento.

—Siento mucho todo lo que te he hecho pasar —dijo inclinándome la cabeza hacia su boca—. Eres muy importante para mí, Kaela. Y no olvides decirle a Abbey que la quiero.

Se me nublaron los ojos, pero mantuve las lágrimas a raya y traté de dedicarle otra sonrisa alentadora.

—Puedes decírselo tú. Te veré después.

Y entonces se fue, arrastrado en una camilla de ruedas chirriantes, dejándonos a Tristan y a mí recogiendo nuestras pertenencias y saliendo del hospital al sol de finales de octubre.

Acorn Lodge era un enjambre de actividad ese lunes por la mañana. Dos hombres con monos blancos estaban subidos a una escalera arreglando una lámpara delante del porche y la puerta de entrada estaba abierta, revelando a una chica vestida con un tabardo de nailon rosa, que pasaba el aspirador por la zona de recepción. Llamé a la puerta entreabierta de la consulta del doctor Hewitt y lo encontré estudiando los libros de contabilidad con su secretaria. Levantó la mirada y sonrió al verme.

—Ah, señorita Anderson. Su madre la está esperando. —Levantó una ceja y miró inquisitivamente al niño que iba a mi lado.

—Es Tristan. Lo estoy cuidando para una amiga. ¿Cómo está mi

madre esta mañana?

—Susan ha mejorado muchísimo. Ahora que ha vuelto y su depresión ha empezado a mitigarse, podremos reducir su medicación todavía más a lo largo del fin de semana. Ya tiene un par de visitas, pero está deseando pasar la mañana fuera con usted.

—¿Visitas?

—Abigail está aquí con un joven.

Me sentí aliviada. Así que era ahí donde se estaba escondiendo Abbey; debería haberlo supuesto. Recordé que a lo largo de los años ella y Calum habían tomado por costumbre pasarse a ver a mi madre cuando alguna cosa les inquietaba.

—Vamos, Tristan —dije con una sonrisa—. Ven a conocer a mi mamá, Susan. ¡Y Abbey también está aquí!

Con Tristan detrás de mí, me acerqué a la puerta de mamá, que estaba entornada. Vi a Kevin sentado en el sillón de mamá y a Abbey subida al taburete del tocador. Mamá estaba sentada en la cama, doblada, poniéndose las zapatillas deportivas.

Dos pares de ojos se toparon con los míos cuando entré en la habitación. Kevin parecía avergonzado y no le faltaba motivo, pensé. Pero los ojos de Abbey contaban otra historia. Había disculpa mezclada con miedo en sus pupilas y sabía que se estaba arrepintiendo de haber dejado que su padre se sometiera a la operación sin haber hecho las paces con él.

Mamá pareció sentir la distracción de Abbey y Kevin, y yo observé cuando sus ojos se encontraron con los míos y se iluminaron en una sonrisa de gozo. Se levantó cuando llegué a ella y extendió los brazos para atraerme hacia sí.

—Michaela —murmuró en mi pelo—, mi hermosa y querida hija.

Me apartó y me mantuvo a un brazo de distancia, estudiándome minuciosamente como si memorizara mis facciones.

—Cada vez que te veo me permito creer un poco más que has vuelto de verdad y no eres una ilusión.

—Siento no haber podido venir durante el fin de semana. —Le lancé a Kevin una mirada de acusación—. He descubierto toda clase de cosas misteriosas sobre mi desaparición; gente en la que pensaba que podía confiar ha resultado ser completamente diferente.

—Michaela —empezó Kevin—, quiero que sepas...

Pero yo no quería oírlo. Me volví hacia mi madre y señalé a Tristan, que estaba escondiéndose en el umbral.

—Éste es Tristan, el hijo de mi amiga Ingrid. Te acuerdas de Ingrid, ¿verdad?

Mi madre soltó un chillido de angustia y se llevó la mano a la boca.

—¿Cómo has podido traerlo aquí, Michaela? —dijo con voz ahogada—. ¿Cómo has podido?

Mamá se sentó en el borde de la cama, donde se meció muy despacio, con la mirada clavada en Tristan, cuyo labio inferior empezó a temblar. El niño dejó escapar un sollozo. Alarmada, hice una seña a Abbey, que se levantó de un salto, cogió a Tristan en brazos y se lo llevó de la habitación.

—¿Qué demonios pasa? —pregunté a mi madre, sentándome a su lado y poniendo una mano sobre sus hombros temblorosos—. Es sólo un niño pequeño.

—No es sólo un niño —gruñó—. Tú misma has dicho que nadie es lo que parece. No se puede confiar en nadie, Michaela, ni siquiera en los más cercanos. Ese niño es tu hermanastro.

Capítulo 55

Al principio pensé que mi madre estaba sufriendo una recaída y que simplemente estaba confundiendo a Tristan con otra persona, pero cuando continuó gimiendo y hablando de la traición de mi padre todo quedó alarmantemente claro.

—Empezó a venir a vernos. —Mi madre gruñó como si sintiera un dolor físico—. Ingrid parecía lastimera y poquita cosa, todo rizos rubios y grandes ojos azules. La acogimos y ella también hizo cosas por nosotros, como ayudarnos a organizar los carteles y a distribuirlos, y finalmente sólo le faltó venirse a vivir con nosotros.

Mi madre se volvió hacia mí y me cogió la mano, apretándola repetidamente en la suya.

—Me caía bien, pero nunca fue un reemplazo para ti, Michaela. Nadie podría ocupar tu lugar, pero mirando atrás me doy cuenta de que esa chica lo intentaba.

Recordé a Ingrid diciéndome lo mucho que había deseado lo que ella creía que yo tenía: unos padres respetables que vivían en un barrio decente.

—Leonard estaba cautivado por ella.

Parecía que de pronto el dique había reventado: mi madre no podría parar hasta que terminara de contar la historia.

—No me di cuenta hasta que fue demasiado tarde, porque él no volvió a ser el mismo después de que tú desaparecieras. No podía descansar por la noche y se apartaba de mí cuando me veía llorar en la cama. Decía que no podía soportar mi dolor.

—Lo siento, mamá.

—No fue culpa tuya, cielo. Sabía que nunca habrías hecho eso a propósito, pero en cierto modo eso lo hacía más difícil, porque teníamos que preguntarnos si te había ocurrido algo inconcebible.

—No puedo creer que papá hiciera eso.

Mi madre me dedicó una sonrisa triste.

—No era tanto lo que me hizo a mí, sino lo que eligió para él mismo. Dijo que quería recuperar cierta felicidad en su vida y que Ingrid lo hacía feliz. Yo sabía que era un hombre atractivo y que le gustaba coquetear un poco, pero confiaba en tu padre implícitamente. Nunca me pregunté dónde estaba o por qué a veces se iba tanto tiempo con Ingrid a hacer preguntas sobre tu desaparición o a repartir octavillas.

—¿Cómo lo descubriste?

—Finalmente me lo contó. Casi un año y medio después de tu desaparición, Ingrid descubrió que estaba embarazada. Creo que lo hizo a propósito para retener a Leonard, porque después él me dijo que casi habían terminado. Había empezado a entender las maquinaciones de Ingrid y quería dejar de verla. Ella tenía otras ideas. Le dijo que estaba embarazada y le dio un ultimátum; tenía que decirme que era el padre de su hijo, o me lo diría ella misma.

Mi madre había dejado de apretarme la mano y sus ojos habían adoptado una expresión distante.

—Me lo contó esa última mañana. Ingrid estaba embarazada de seis meses y aparentemente no podía esperar más. El dolor ya me había convertido en una sombra de lo que era y ésa fue la gota que colmó el vaso. Me sentí desconsolada, Michaela. Le dije que se fuera y que no volviera nunca más, pero no lo decía en serio. Lo habría perdonado, hubiera hecho lo que hubiera hecho. —Dio un sollozo pesado y enterró la cara en mi hombro—. Él creyó que me había perdido y se fue de casa con mi dolor y mi rabia zumbando en sus oídos, y esa mañana sufrió un ataque al corazón...

Apenas podía respirar porque se me había cerrado el pecho. Quería gritarle al mundo, salir corriendo y llorar, pero me quedé allí sentada, abrazando a mi madre. No había sido sólo perderme a mí lo que la había desequilibrado, ni siquiera la inconcebible traición de mi padre, sino el hecho de que no había tenido la oportunidad de decirle que, incluso después de su infidelidad, lo amaba.

—Oh, mamá —susurré al aferrarnos la una a la otra, abrazadas en nuestra pena común—. Qué terrible para ti; lo siento mucho. — Las palabras de Ingrid resonaron en mis oídos.

«Todos los hombres, Kaela, y me refiero a todos los hombres,

son unos desgraciados.»

Ni por un momento había imaginado que esa afirmación amarga y aplastante podía incluir a mi propio padre.

Mi madre se secó los ojos en un pañuelo que le tendió Kevin, que estaba de pie en la esquina. Abbey, que había vuelto a entrar en la habitación, y que presumiblemente lo había oído todo, estaba sentada con los ojos como platos, acunando a Tristan en su regazo. Confiaba en que el niño no hubiera entendido lo que se había estado diciendo. El niño, pensé asombrada: mi hermano.

—Si esto me enseñó una cosa —estaba diciendo mi madre con voz ahogada— es que nunca, nunca hay que dejar las cosas sin decir. La vida es demasiado corta y demasiado precaria para quedarse orgulloso o enfadado. Nunca tuve ocasión de decirle adiós a Leonard y jamás me lo perdonaré.

Miré a Abbey y vi que estaba lívida y al borde de las lágrimas. Había dejado que su padre entrara en el quirófano sin decirle que lo amaba.

—Quizá podrías llevar a Tristan a casa —le pedí a Abbey, mirando otra vez ansiosa a mi madre—. ¿Nos veremos después en el hospital?

Abbey sorbió por la nariz y asintió.

—¿Cuándo saldrá del quirófano?

—Me han dicho que vaya después de mediodía, cuando salga de la reanimación. Entonces ya debería estar despierto otra vez y listo para recibir un par de visitas. —Me volví hacia mamá—. ¿Te sientes animada para venir conmigo al abogado antes? —le pregunté con suavidad—. Tengo una cita con él dentro de media hora y podemos llegar si nos damos prisa.

—Sí, por supuesto. No sé en qué estaba pensando el señor Brent, haciéndote esperar así para probar tu identidad.

—Creo que era amigo de papá —murmuré—. Supongo que estaba tratando de hacerme sufrir por lo que os hice pasar a papá y a ti.

—Bueno, responderé por ti hoy y podremos reabrir tus cuentas bancarias y ordenarlo todo.

—Gracias, mamá, eso me quitaría un peso de encima.

Llamé a Abbey, que estaba llevando a Tristan a la puerta.

—Si todo va bien, estaré en el hospital a eso de las doce y

media.

Abbey asintió otra vez antes de desaparecer con Kevin y Tristan en el pasillo.

—Me gustaría acompañarte a ver a Calum. —Mi madre se estaba poniendo una chaqueta—. Vino a visitarme aquí, y teníamos largas charlas sobre todo. Se convirtió en un buen amigo y me gustaría devolverle el cumplido si puedo.

—Por supuesto, estoy seguro de que le encantará.

En realidad, era casi la una cuando mamá y yo salimos del ascensor y recorrimos el largo pasillo hasta la sala de cirugía. Habíamos parado a tomar un café y comprar unas cuantas prendas de ropa para las dos después de la breve pero productiva reunión con el señor Archibald Brent.

A pesar de las limitaciones horarias habíamos fisgoneado en la sección de ropa para mujeres como en los viejos tiempos, aunque, después de la reclusión forzada de mi madre y mis seis años de ausencia, descubrimos que la moda había cambiado y terminamos riendo como un par de escolares ante los últimos complementos y comprando vestidos similares para no arriesgarnos. Era maravilloso tener a mi madre otra vez a mi lado; siempre había sido tanto una amiga como una confidente y no me había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos sus prudentes consejos en la última semana. De camino al hospital me descubrí hablándole de Matt:

—Estoy muy enamorada de Matt, pero sé que debería estar con Calum, sobre todo porque está enfermo.

—Tu padre y yo nunca estuvimos seguros sobre la posible implicación de Matt en tu desaparición. Me alegro de que sea inocente y me doy cuenta de por qué te atrae; pero ¿estás segura de que no es con Calum con quien quieres pasar el resto de tu vida?

Me quedé pensando en eso cuando entramos en la sala de cirugía. La monja de guardia pareció tensar los hombros cuando nos acercamos al mostrador de recepción. Fue como si cayera un velo sobre su rostro cuando me reconoció.

—Señorita Anderson, ¿puede acompañarme a una sala, por favor? El doctor está esperando para verla.

—¿Qué ha ocurrido, Calum está bien?

—Por favor, el doctor responderá todas sus preguntas.

Abrió una puerta que daba a una pequeña sala enmoquetada con sillones a lo largo de las paredes. Abbey estaba sentada en una de las sillas con aspecto pálido y corrí hacia ella al tiempo que ella se levantaba a saludarme.

—Kaela, algo ha ido mal con papá, pero no querían decírmelo hasta que tú llegaras —espetó—. No me dejan verlo.

Miré con inquietud a mi madre y luego otra vez a Abbey.

—¿Dónde está Tristan?

—Kevin está en casa cuidándolo. Hemos comprado otro Lego y está haciéndole un barco pirata o algo así. —Le tendió una mano a Susan—. Me alegro de que tú también hayas venido.

Nos volvimos cuando la puerta se abrió detrás de nosotras y entró un médico. Nos miró a las tres y sus ojos se fijaron en mí.

—¿Señorita Anderson?

—Sí —respondí—. Y ellas son otros miembros de la familia. Abbey y Susan.

—Soy el doctor Gordon, el cirujano que ha hecho la operación al señor Sinclair. Siéntense, por favor.

Nos sentamos con cautela y esperamos con impaciencia a que continuara.

—¿Calum está bien? —pregunté.

—La operación para extirpar la próstata ha ido bien. Estábamos complacidos de que estuviera intacta y el cáncer no se hubiera extendido. —Se quitó el gorro y lo giró en sus manos al continuar —. Sin embargo, me temo que hubo un problema durante la operación que nadie podía haber previsto.

Susan se llevó la mano a la boca y los ojos de Abbey se abrieron desmesuradamente.

—El señor Sinclair tuvo una violenta reacción a la anestesia. Siento mucho tener que decirles que no hemos conseguido que recupere la conciencia. Ahora mismo se halla en estado de coma.

Pensé en los anteriores temores de Calum, aparentemente infundados. Eso era lo que había estado temiendo. Era posible que hubiera sabido que esa en apariencia sencilla operación iba a terminar así.

—¿Dónde está? —logré decir con voz temblorosa—. ¿Podemos verlo?

—Lo hemos trasladado a otra habitación donde está recibiendo

el mejor tratamiento posible. Ha de comprender que en ocasiones el cuerpo puede sanarse por sí mismo. Un coma es un estado impredecible que puede durar días, semanas o posiblemente meses. Su respiración es constante y el pulso, estable, así que de momento no necesita respiración asistida. Si no hay ningún cambio mañana por la mañana, el equipo médico discutirá las mejores opciones de un tratamiento continuado.

Abbey estaba llorando abiertamente y yo me acerqué a ella. Su mano temblorosa rodeó la mía. Mi madre me cogió la otra mano y así enlazadas fuimos las tres siguiendo al doctor para ver a Calum.

La habitación estaba en penumbra, con una cortina corrida sobre la única ventana. Había una cama en el centro rodeada por un monitor de presión sanguínea y un gotero de suero fisiológico. Calum tenía una máscara de oxígeno sobre la nariz y la boca, y su pecho subía y bajaba rítmicamente, como si estuviera durmiendo sin soñar.

La enfermera trajo una tercera silla y Abbey, Susan y yo nos sentamos en un círculo en torno a él sin decir palabra, deseando despertarlo. Lo único en que podía pensar era en las palabras que Calum había pronunciado cuando estábamos sentados juntos en la cama esa mañana: «Estoy asustado, Kaela, no quiero terminar dependiendo de una máquina, conectado a bolsas y tubos.»

Al parecer, el destino le había deparado la más cruel de las suertes.

Capítulo 56

Abbey se levantó y besó a su padre en la frente.

—Lo siento, papá —susurró—. Ojalá hubiera venido a verte esta mañana, ojalá hubiera estado aquí. Si pudiera rectificar, lo haría cien veces.

Recordando el relicario, me levanté con pies de plomo y fui a preguntar a la enfermera por las posesiones de Calum. Ella me entregó una bolsa de plástico, como las que les dan a las viudas afligidas en las películas con los efectos personales de sus seres queridos. La visión me hizo sentir frío por dentro.

Devolví el resto de las pertenencias de Calum a la enfermera en cuanto encontré el relicario y regresé en silencio a la antesala de la habitación de Calum. Tenía la intención de cumplir su último deseo de darle el relicario a Abbey, pero la visión de dos cabezas asintiendo juntas sobre la cama me contuvo. Mamá, siempre creyente, estaba juntando las manos con fuerza y susurrando plegarias a su Dios. Abbey tenía sus cartas del tarot en la mano y estaba barajándolas rítmicamente y moviendo los labios en un ensalmo al arcano mayor. Pensé en todo lo que había dicho Simone sobre la parte de nuestro cerebro diseñada sólo para la plegaria y la meditación y sobre nuestro verdadero Creador, que residía en una dimensión invisible. Quizás era allí donde estaba ahora la conciencia de Calum, pensé con una tenue sonrisa; volando con átomos y gravitones en un lugar que ninguno de nosotros podía ver ni entender.

Al sentarme, me sorprendió darme cuenta de que, aunque creían en cosas muy diferentes, las dos, mamá y Abbey, estaban unidas en su amor por Calum. Quizás esa unidad era lo único que se requería, pensé. Quizá la unidad era lo que todo el género humano estaba implorando.

—¿Recuerdas tu cuadro, mamá? ¿El que hiciste del mundo entre mundos? Creo que es ahí donde está ahora Calum y si tiramos juntas, nunca se sabe, a lo mejor podemos llegar a él.

Puse la boca cerca del oído de Calum.

—¿Recuerdas lo que me dijiste ese día en la playa? Mantén la cabeza sobre el agua, tienes que luchar. Por favor, no te rindas, Calum.

No hubo respuesta y supe que, a pesar de mis esfuerzos, debería prepararme para lo peor.

Así que las tres nos sentamos en torno a la cama de Calum como tres brujas preparando un hechizo, con los dedos entrelazados y las frentes arrugadas, perdidas en nuestros pensamientos más profundos.

Las enfermeras iban y venían, comprobando la presión arterial y la temperatura de Calum. La luz diurna que se había ido filtrando en la habitación, a través de finas cortinas a cuadros, se fue apagando en el atardecer, pero ninguna de nosotras se movió y noté que me caía la barbilla al pecho porque empezaba a adormecerme. Y en mi estado onírico cobré conciencia de la tenue aura de una figura neblinosa que estaba a mi lado al borde de la habitación. En lo más hondo de mi ser supe con extraña certeza que era Grace, que venía a guiar el alma de su marido que se deslizaba desde nuestro plano hacia el otro lado. Extendió manos espectrales hacia él, invocándolo, y en el ojo de mi mente vi que la fuerza vital de Calum se levantaba de su forma tendida y se cernía como indecisa en la habitación sobre nuestras cabezas.

«No vayas —supliqué soñolienta, sintiendo el picor de las lágrimas detrás de mis párpados cerrados—. Por favor, Calum, hazlo por Abbey, no te vayas todavía.»

Algo frío y pacífico pareció pasar a través de mí y temblé involuntariamente, soltando mis manos de las de Abbey y mi madre para frotarme los brazos. El movimiento rompió el hechizo y de una manera gradual mi mente amodorrada fue recuperando la conciencia.

—¿Qué está pasando? —La voz llegó desde algún lugar de la habitación, ahogada y ronca, sacudiéndome a la plena conciencia. Mis ojos se abrieron.

Tardé un momento en darme cuenta de que la voz era la de

Calum. Lo miré, tratando de contenerme para no dejar escapar un sollozo sobresaltado.

—¿Calum?

Se quitó la mascarilla de oxígeno y nos miró a las tres; parpadeando en la penumbra.

—Parece que estéis en un velatorio.

—¡Papá! —gritó Abbey, soltando la mano de mamá y lanzándose encima de su padre—. Oh, papá, has vuelto.

—¿Abbey?

—¡Estoy aquí, papá! —gritó ella.

Calum abrazó a su hija contra su pecho, con los ojos anegados de lágrimas. Si teníamos alguna duda de que hubiera recuperado plenamente la conciencia, ésta se desvaneció con sus siguientes palabras, que parecieron salir de su boca apresuradas:

—Te quiero, Abbey. Soy un completo idiota por haberte dejado pensar otra cosa; eres y siempre serás mi niña.

Saqué el relicario de su caja, y lo puse en la mano de Calum. Él me sonrió.

—Kaela, mi fiel amiga, gracias.

Observé mientras él le pasaba el relicario a su hija.

—Iba a darte esto cuando cumplieras dieciocho años, pero ahora veo que debería habértelo dado hace mucho tiempo.

Observamos cómo Abbey abría el relicario y, después de mirarlo un momento, se lanzaba otra vez hacia su padre, con las lágrimas cayendo en cascada por sus mejillas. Cuando al final Abbey lo soltó, los ojos de Calum se encontraron con los de mamá, que estaba de pie en las sombras, y su cara se arrugó en una expresión amable y brillante.

—¿Susan? ¿Eres tú?

Calum tendió la mano y observé que mi madre se acercaba a él, echaba los brazos hacia padre e hija y los abrazaba con fuerza a los dos.

—Los dos habéis sido muy buenos amigos para mí todos estos años, y quería que supierais que ahora estoy mejor, y estaré aquí por vosotros siempre que me necesitéis —murmuró entre lágrimas.

Después de dejar a mi madre en Acorn Lodge, me dirigí a casa con una silenciosa y pensativa Abbey sentada a mi lado. Llevaba el relicario de su madre colgado al cuello y de cuando en cuando

levantaba la mano para acariciarlo, para comprobar que continuaba allí: un recordatorio tangible del amor de sus padres el uno por el otro y por ella.

Kevin estaba esperando con Tristan en la cocina cuando entramos por la puerta de atrás. Mi hermano pequeño tenía un barco pirata completo en las manos y estaba haciéndolo zumbar en círculos por encima de sus hombros como si se tratara de un avión. Sonrió cuando me vio y aún más al ver a Abbey. Agachándome al lado de Tristan, simulé admirar el regalo mientras examinaba sus rasgos de cerca. Los moretones se estaban difuminando, tenía un poco más de color en las mejillas e imaginé que podía ver algo de mi padre en él. De repente las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Puede que Ingrid pensara que mi padre era un desgraciado, y quizá su relación con él había mostrado escaso juicio, pero seguía siendo mi padre y yo lo quería.

—No llores, Kaela —dijo Tristan con amabilidad—. Kevin nos ha preparado pollo y huele muy bien. Te doy un poco del mío si quieres.

Esa noche no pude dormir. Todo debería haber sido maravilloso. Antes de que Abbey, Susan y yo saliéramos del hospital, Calum me había contado que, a lo largo de los años en que yo no había estado, había crecido un profundo vínculo de amistad entre él, mi madre y Abbey. Nos habíamos sentado tomados de la mano mientras me hablaba de lo mucho que había visitado a mamá en el psiquiátrico para desahogarse.

—Al principio, Susan era lo más próximo a ti que me quedaba, mi única conexión real contigo después de que desaparecieras —me dijo—. Ella parecía que se sentía mejor después de mis visitas y yo me veía más capaz de tratar con Abbey. Incluso en los días en que ella no estaba lúcida, me ayudaba el mero hecho de verla.

—Susan actuó como la figura materna que necesitaba cuando te echaba tanto de menos —había coincidido Abbey—. Ha sido como una especie de madrastra para mí.

—Gracias por cuidar de los dos, mamá —dije después al dejar a regañadientes a mi madre en Acorn Lodge—. Pronto te sacaremos de aquí y te llevaré a algún sitio propio tan cerca de la casa de Calum y Abbey como sea posible.

Porque comprendí que eso era lo que querían todos ellos.

El desván parecía sobrenaturalmente tranquilo y vacío de la presencia de Grace esa noche. Esperaba que, ahora que el marido y la hija de Grace se habían reconciliado, ella podría aventurarse más lejos de este plano terrenal y continuar su viaje espiritual en paz. Se me ocurrió mientras daba vueltas en la cama que todo lo que habíamos pasado había sido un viaje de descubrimiento. Y aunque en su momento me había parecido aleatorio y sin timón, todas las piezas habían estado allí, esperando que las encajara como un rompecabezas gigante para formar un mapa. Incluso la obsesión de Kevin con el número cincuenta y dos había alertado a Abbey y le había permitido reconocer el mensaje de su madre, cosido en las cincuenta y dos piezas de la colcha.

Cerré los ojos con fuerza y me pregunté si mi propia jornada espiritual también estaba planificada. En el hospital me había dado cuenta de que el nombre que dábamos a nuestro Creador no era tan importante como la intención con la que rezábamos. Quizá porque Abbey, mi madre y yo habíamos deseado todas tan desinteresadamente lo mismo, nuestras plegarias por la milagrosa recuperación de Calum habían sido atendidas.

Pero aún quedaba algo que me molestaba. Había una pieza del rompecabezas que todavía faltaba. Al subirme el edredón a la barbilla, y mientras esperaba que llegara el sueño, me di cuenta de que todavía no sabía a ciencia cierta lo que me había ocurrido en los seis años, seis meses y seis días en que había estado desaparecida. Y era una verdad que necesitaba descubrir por mí misma.

Capítulo 57

Mucho antes de que amaneciera, me vestí, dejé una nota para Abbey y salí a hurtadillas de la casa, con cuidado de no despertar a Tristan, que estaba durmiendo apaciblemente en la cocina, debajo de una cama plegable que le había conseguido Kevin mientras el resto de nosotros nos habíamos quedado con Calum en el hospital. Sonreí al echar una mirada afable hacia mi hermano pequeño y me pregunté cuánto tiempo pasaría hasta que estuviera lo bastante cómodo para dormir en una cama en lugar de hacerlo debajo de ella.

Temerosa de encontrar a algún periodista pertinaz, salí por el jardín trasero, recolocando el panel de la cerca tras de mí. El Volvo estaba aparcado detrás.

Al situarme al volante del coche, me pregunté si debería haber llamado a Matt. Calum me había dicho que, igual que albergaba sentimientos de profunda amistad por mi madre, él y yo sólo podríamos ser siempre buenos amigos. Ya podía acudir a Matt, Calum lo había dejado claro. Era como si durante las largas horas en que su alma había estado en otro lugar hubiera comprendido su camino en la vida más claramente y ahora fuera una persona más fuerte, más comprensiva que antes.

Pero algo me retuvo de contactar con él, y mientras me dirigía a Kent me di cuenta de que era lo mismo que me había impedido dormir: el factor desconocido de dónde había estado y qué me había ocurrido en realidad. Me pregunté si era justo embarcarme en una relación cuando, por lo que sabía, tenía cuestiones que resolver que podrían aflorar a la superficie y crear problemas entre nosotros. Si de verdad un viejo vagabundo sucio me había mantenido cautiva todo ese tiempo, a saber qué horrores podían aflorar de repente desde mi mente inconsciente.

Lo único que quería, me dije con firmeza, era mirar ese sitio en el bosque. Quería ver, sentir y oler el pozo subterráneo que la detective Smith me había descrito y descubrir si agitaba algún recuerdo oculto. Eso me proporcionaría un cierre. Si ver el lugar no provocaba que aflorara ningún recuerdo, aceptaría la hipótesis alternativa que me habían ofrecido Simone y el doctor Jacobson sobre la teoría de ondas gravitacionales, y simplemente continuaría con mi vida.

El aeródromo estaba en estado ruinoso, igual que cuando había aterrizado al atardecer del lunes anterior, y la luz de primera hora de la mañana no contribuía a hacerlo más atractivo.

Me detuve en el pavimento resquebrajado y con hierbas que crecían entre las grietas, de espaldas al hangar. Me protegí los ojos y miré a la distancia, donde se extendía una hilera de árboles a mi izquierda, más allá de la pista de hierba alta y descuidada del antiguo aeródromo. Había aterrizado más o menos en esa zona, orientada hacia allí. Estaba segura de ello y de que aquellos árboles habían estado entonces a mi derecha. Partí a través del campo de hierba empapada de rocío, tarareando atonalmente para mis adentros a fin de que mi resolución no flaqueara.

La distancia hasta los árboles había sido engañosa y descubrí que estaba respirando pesadamente mientras caminaba, concentrándome en dónde pisaba para no torcerme un tobillo en uno de los muchos baches.

Cuando al final llegué a la altura de los árboles, seguí una alambrada rota a lo largo del perímetro del bosque durante unos ochocientos metros hasta que localicé una zona que parecía pisada y allanada.

El espacio estaba delimitado por un gran cuadrado de cinta policial y dentro de esa zona, hacia el fondo del calvero, había una pequeña caravana ajada por los elementos. Las ventanas estaban resquebrajadas y mugrientas, la chapa, cubierta de hojas de musgo verde y todo el conjunto, inclinado en un ángulo precario donde la habían alzado de su posición previa para volcarla de lado.

En el centro del lúgubre calvero atisbé la silueta de una hendidura profunda y oscura. Estaba respirando aceleradamente y traté de calmarme, de sobreponerme al incontenible impulso de darme la vuelta y salir corriendo de ese lugar de los horrores. Había

ido a ver aquello, así que debía mirar. Seguí avanzando despacio hasta que estuve al borde del agujero. Parte de las hojas musgosas cedieron bajo mis botas y se hundieron, y yo retrocedí con rapidez, pero no antes de ver que el agujero estaba toscamente excavado en el suelo. Tendría unos dos metros de profundidad y la anchura y longitud de una cama doble, casi tan grande como la propia caravana abandonada. Había una escalera maltrecha apoyada en una pared. Me recordó los escalones oxidados de una piscina, y supuse que el vagabundo la usaba para bajar hacia su tesoro oculto desde el suelo de la caravana donde vivía.

Miré con nerviosismo a mi alrededor en el calvero y contemplé la posibilidad de bajar al agujero, pero todos los instintos de mi cuerpo se resistían a ello. Todo me hablaba de que ese lugar silente era siniestro y terrorífico, y al cabo de un momento de indecisión retrocedí, con la bilis subiéndome a la garganta mientras pensaba en los cuerpos de todas las pequeñas criaturas que se habían encontrado aprisionadas en sus profundidades.

Y entonces oí un sonido arrastrado, en algún lugar cercano, y se me heló la respiración en los pulmones.

Me quedé lo más quieta posible y, al levantar los ojos hacia la caravana, desde donde había surgido el sonido y en cuyo interior había captado un levísimo movimiento, recordé con alarma que habían soltado a Danny Hill. ¿Podía ser que hubiera vuelto a la única casa que conocía? Moviendo un pie cada vez, retrocedí, alejándome del pozo y la caravana. Justo había alcanzado el borde del calvero y lo que consideraba una zona de relativa seguridad cuando una mano me agarró con fuerza del pelo desde atrás.

El instinto y la furia actuaron casi simultáneamente y lancé las dos manos para tratar de desembarazarme de su agarre. La persona que me sujetaba era ágil y no sólo evadía mis golpes, sino que me retorció con destreza y me derribó. Me retuvo boca abajo sobre la vegetación podrida, retorciéndome dolorosamente el brazo a mi espalda.

—Basta, ¡me está haciendo daño!

Percibí el olor corporal de mi captor, aunque la vegetación en descomposición me estaba aplastando la cara. Una pesada respiración acompañó sus intentos de sofocar mi débil resistencia, y noté que se me clavaban las zarzas a través de la cazadora,

pinchándome la piel del cuello y de la parte superior de ambos brazos.

—¿Has traído mis cosas valiosas? —preguntó desde arriba y detrás de mí.

Era una voz petulante y me estremecí al darme cuenta de que estaba a merced de alguien que podía no estar conectado con la realidad.

—Sólo estaba mirando. —Mi voz era ahogada por el sotobosque —. Sólo quería ver qué había en el agujero.

Me retorció otra vez el brazo y grité de dolor.

—¿Quién se ha llevado mis cosas entonces?

Cuando no le respondí me hizo girar con fuerza hasta que estuve de espaldas mirando hacia arriba.

—Quiero que me devuelvan mis tesoros.

—Yo no los tengo. —Mi voz sonó aguda y cargada de pánico.

Respiré hondo, tratando de sonar tranquilizadora y creíble, comprendiendo que si lo molestaba las cosas serían muy desagradables. Era un hombre mayor, probablemente de casi cincuenta años. Tenía la cara con muchas arrugas y picada de viruela, cuatro pelos en las mejillas y barbilla y una gorra de lana caqui calada en la frente. Me miró con ojos airados, ribeteados de rojo.

—¿Quién se las llevó?

—¿Qué clase de cosas eran?

—Cosas bonitas —su voz se suavizó mientras hablaba de sus tesoros—, cosas que vuelan y reptan, cosas que brillan, colores que palpitan y plumas suaves, piel suave.

Se me quedó la boca seca y busqué con la mirada una vía de escape, pero mantuve el mismo tono de voz mientras me retorcía con infinita lentitud hasta apoyarme en los codos.

—¿Se refiere a aves? ¿Aves y mariposas?

—Y cosas con piel suave —confirmó asintiendo. Me soltó y se puso en cuclillas para estudiarme con atención—. Todas estaban guardadas a salvo en mi sitio especial. No podían irse... salvo la cosa grande —dijo reflexivamente—. Escapó. Le dije a la policía que la cosa bonita se había escapado cuando me lo preguntaron.

—Háblame de la cosa que escapó —traté de que continuara hablando mientras me iba sentando poco a poco, y él no intentó

impedírmelo.

—Observé la cosa grande que caía del cielo en espiral, con las alas extendidas y me la quise quedar.

Me pregunté si estaba hablando de mí. ¿Las alas blancas podían ser los paneles de seda del paracaídas? La detective Smith había dicho que habían encontrado el paracaídas en el pozo, así que definitivamente lo había encontrado en algún momento y decidió guardárselo. La pregunta era si había sido hacía seis años o la semana anterior.

—Debía de ser muy bonita —dije con precaución, aunque mi corazón latía acelerado—. ¿Se la quedó mucho tiempo antes de perderla?

—Hubo un viento extraño. —Sus ojos habían adoptado una mirada distante, como si lo estuviera recordando—. La cosa bonita cayó a la hierba. Quería mirarla, pero se estaba levantando para escaparse.

—¿Qué le hizo?

—Tuve que golpearla. No quería hacerle daño, pero se estaba marchando. Cuando se quedó quieta, la arrastré a mi campamento. —Miró en torno a sí a su caravana destrozada y tragó con fuerza, como si la visión de su morada arruinada lo estuviera inquietando —. La puse en mi sitio especial y me la guardé un tiempo.

—¿Cómo era esa cosa en particular?

—De plumón pardo, piel suave.

—Pero se escapó.

Asintió con tristeza.

—Le di comida y bebida y la mantuve a salvo. Pensé que podía quedármela para siempre, que quizá no se estropearía como las otras cosas. Pero la saqué de mi sitio especial para mirarla bien y se escapó.

Me quedé petrificada de hacerle recordar demasiado, pero al mismo tiempo necesitaba desesperadamente conocer la verdad. No parecía haberme reconocido como su «cosa preciosa», pero algo de lo que había dicho cuando lo había interrogado la detective Smith aparentemente había hecho pensar a ésta que estaba hablando de mí.

—¿Esa cosa en particular tenía nombre?

Frunció los labios como si pensara en su respuesta y luego

asintió.

—Creo que se llamaba... Michaela.

Capítulo 58

—Oh, no.

Me caí de espaldas contra la tierra suave y la maleza enredada. Había sido yo. El hombre que suponía que era Danny Hill me había visto aterrizar y me había dominado y arrastrado de alguna manera a ese terrible foso debajo del suelo. Y habiendo escapado en una ocasión, había vuelto para caer en sus garras por segunda vez. ¿Qué clase de idiota era?

Me estaba mirando de un modo extraño, como si sintiera mi repentino temor y consternación.

—Eres bonita —dijo—. Puedo quedarme contigo.

—No puede quedarse gente —le dije mientras trataba de recuperar la compostura—. La policía no lo permitirá.

Empezó a parecer enfadado otra vez.

—Creo que se llevaron mis otras cosas. Me quedaré contigo.

—Pero ahora la policía conoce su sitio especial.

Esperaba que razonar con él pudiera hacerle recuperar la sensatez, pero sus siguientes palabras me aterrorizaron.

—No podrán encontrarte, estarás en trocitos como mis otras cosas bonitas. Siempre terminan en trocitos.

Me inundó un miedo frío, auténtico. Ahora estaba retorciéndome hacia atrás, tratando de poner cierta distancia entre ese hombre confundido y peligroso y yo.

Observé cómo sacaba un cuchillo de aspecto funesto de una funda de cuero que llevaba a la cintura, con los ojos clavados en los míos.

—No dejaré que te escapes.

Avanzó hacia mí con la amenaza claramente reflejada en sus ojos desquiciados. Yo continuaba en el suelo, no tenía ocasión de esquivarlo, de modo que cuando levantó el cuchillo que empuñaba,

me protegí la cara con el brazo, estremeciéndome ante el inevitable dolor inminente. Al cerrar los ojos, oí el silbido del cuchillo hendiendo el aire, pero el dolor no llegó. Se produjo el sonido ahogado de un grito estrangulado y un ruido sordo, y cuando me atreví a abrir los ojos, Danny estaba caído en el suelo a mis pies, y ante mí, con un palo en la mano, se alzaba Matt.

Durante unos pocos segundos me quedé donde estaba, demasiado atónita para moverme. El gorro de Danny había caído y vi sangre en la parte posterior de su cabeza. Matt soltó el palo y rodeó la figura postrada de mi agresor para cogerme la mano. Me levantó y me dio un abrazo de oso.

—Por un momento he pensado que iba a perderte otra vez —murmuró en mi pelo mientras yo temblaba contra su cuerpo.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —Las lágrimas me resbalaban por la cara, mientras me aferraba con fuerza a él. Me sentía seca y emocionalmente destrozada—. Si no hubieras venido, habría...

—Chsss, lo sé —dijo—. Abbey ha llamado a Kevin y le ha dicho que habías dejado una nota. Él no tenía tiempo de llegar aquí, así que me ha llamado y aquí estoy.

Danny gruñó a nuestros pies y Matt me apartó rápidamente hacia los árboles, poniendo distancia entre nosotros y mi agresor.

—He llamado a la policía —dijo jadeando mientras corríamos—. Deberían llegar enseguida. Dejaremos que ellos se ocupen de Danny. Esta vez tendrán algo sólido de lo que acusarlo. Aunque no puedan acusarlo de tu secuestro, por lo menos lo condenarán por agresión con arma mortal.

Habíamos llegado a la linde del bosque y paramos a recuperar el aliento al oír las sirenas de la policía en la distancia.

Traté de no pensar en el hombre trastornado que yacía en el calvero ni en lo que había tratado de hacerme mientras Matt no dejaba de hablarme, tratando de calmarme. Estábamos caminando muy deprisa en ese momento, ansiosos por poner tierra de por medio entre nosotros y el demente con el cuchillo.

—De verdad pensaba que Simone tenía razón con su teoría —dijo Matt, jadeando mientras trotábamos cogidos de la mano a través de la hierba alta en el borde del campo—. Esperaba por tu bien que así fuera. La alternativa parecía macabra.

—Pero yo todavía no estoy convencida de que Danny tuviera

algo que ver con mi desaparición —dije con voz entrecortada—. Creo que encontró un ave grande de alguna clase el lunes por la noche. Necesito creerlo, Matt. —Me di cuenta de que todavía estaba temblando de manera incontrolable—. Puede que estuviera herida o desorientada por la misma onda gravitacional que me atrapó. Él cogió el ave y trató de mantenerla en su pozo, pero se le escapó. Creo que cuando confesó, él y la detective Smith estaban hablando de cosas distintas...

Matt dejó de andar y yo me tomé un breve descanso, doblándome hacia delante con las manos en las rodillas y respirando con dificultad.

—Quizá nunca sepamos toda la verdad, Michaela. Quizá deberías creer la teoría con la que te sientas más a gusto.

Al hacer una pausa vimos a agentes de policía corriendo hacia nosotros desde el otro extremo del campo, pero antes de tener siquiera tiempo para registrar el alivio por su llegada, un grito salvaje a nuestra derecha nos heló la sangre. Danny Hill estaba en la linde del bosque con la mirada airada clavada en nosotros. Obviamente se había recuperado del golpe en la cabeza y nos había seguido desde cierta distancia a resguardo de los árboles que tan bien conocía. Dejé escapar un chillido de miedo y agarré el brazo de Matt, pero Danny se paró en seco y giró el cuello en dirección a los policías que corrían. No sabíamos qué horrores estaría imaginando ante la visión de los hombres uniformados que avanzaban, pero dejó escapar otro largo aullido animal de miedo y empezó a correr hacia nosotros.

El cuchillo destelló en su mano mientras avanzaba y Matt me agarró, empujándome hacia el campo. Pero no había resguardo; ningún sitio donde esconderse. Y entonces mi bota se hundió en un bache y caí de bruces en la hierba húmeda.

—¡Michaela! ¡Levántate!

Matt estaba tirando de mi mano al tiempo que intentaba protegerme con su cuerpo. Yo traté de ponerme en pie, pero él todavía estaba tirando de mí para arrastrarme y no logré levantarme. Vi a Matt mirando detrás de nosotros, con los ojos muy abiertos por el horror, y entonces de repente me soltó la mano, me empujó con fuerza para colocarme detrás de él y se volvió a enfrentarse a nuestro enemigo. Pensé en un zorro dándose cuenta

de que había perdido la carrera para dejar atrás a los sabuesos, volviéndose a enfrentarse a la aullante jauría en un acto final de desafío.

Una imagen de la carta de la muerte flotó antes mis ojos y tuve una terrible premonición.

—Por favor, Dios —susurré entre dientes—, Matt no.

—Quiero lo que es mío.

—Ella no es tuya —replicó Matt con firmeza.

El hombre lanzó un grito gutural y se abalanzó sobre Matt, que se escabulló con destreza. Danny recuperó el equilibrio, levantó otra vez el cuchillo y lo agitó ante Matt una segunda vez. Esta vez la hoja rozó el brazo de Matt, rasgando la manga de su chaqueta.

—¡No! —grité, al tiempo que me ponía en pie.

—No te saldrás con la tuya —estaba diciendo Matt, con los ojos clavados en el cuchillo—. La policía viene a por ti. Mira, son demasiados para que te enfrentes a ellos.

Danny hizo otro amago que Matt esquivó saltando hacia atrás.

—¡Policía! ¡Suelte el arma!

Me volví para ver a tres de los agentes de policía corriendo jadeantes hacia nosotros, pero se detuvieron al ver a Danny blandiendo el cuchillo a escasos centímetros del rostro de Matt.

—¡Ríndete! —lo cameló Matt mientras continuaba esquivando el filo letalmente afilado del cuchillo—. No tienes escapatoria.

Danny miró por encima del hombro. Su cuchillo pareció flotar en el aire mientras sus ojos inyectados en sangre se concentraban por fin en los agentes uniformados.

—¡Matt! —grité su nombre en el momento en que Danny se lanzaba a por él y lo derribó, de modo que los dos se enredaron en un lío de miembros en el suelo húmedo—. ¡Deténganlo!

Los policías corrieron hacia ellos, pero era demasiado tarde. Matt medio se levantó, pugnando con la mano de Danny que empuñaba el cuchillo para salvar la vida, pero Danny lanzó una patada y Matt cayó de costado y hacia atrás. Recuperada la iniciativa, Danny se arrodilló sobre él y levantó el cuchillo. Sin embargo, al ver que los policías ya casi estaban encima de él, hizo una pausa. Durante una fracción de segundo, el tiempo pareció detenerse y entonces, como en cámara lenta, Danny movió el cuchillo de derecha a izquierda, doblando el codo al hacerlo, y se

cortó profundamente la garganta en un movimiento intencionado y fluido.

Durante un largo momento pareció arrodillarse allí, sin soltar el cuchillo, mientras la sangre salía disparada hacia arriba y hacia fuera desde el corte carmesí de su garganta. Un instante después sus rodillas temblaron y cayó de lado en la hierba resbaladiza y húmeda.

—¡Matt! —Me arrodillé a su lado mientras los agentes apartaban el cuerpo de Danny de encima de él. Estaba cubierto de sangre—. ¿Estás herido?

Matt se sentó y se levantó lentamente, sujetándose a mi hombro en busca de apoyo, mientras consideraba la pregunta que acababa de hacerle con expresión de perplejidad. Cuando por fin negó con la cabeza, miré al lugar donde mi presunto captor yacía mortalmente inmóvil y contuve un grito. Del bolsillo de su chaqueta sobresalía una única pluma gris.

Apenas me atrevía a creerlo. Matt estaba vivo y aparentemente ileso. Y no afloró ningún recuerdo de esos seis años y medio desaparecidos.

—No me secuestró él. —Estaba temblando tanto como Matt—. Lo habría recordado.

Y lo único que podía ver en el ojo de mi mente era la carta de la muerte de Abbey soltándose del mazo de cartas del tarot y cayendo al suelo revoloteando como el enorme pájaro gris que Danny tenía que haber visto.

Epílogo

Un año después

Había un fantasma de pie en el rincón de la habitación. Tenía círculos oscuros donde deberían haber estado sus ojos y en la mano sostenía una lata de Budweiser. Observé, divertida, cuando Abbey, vestida de bruja con falda negra larga y sombrero de punta, cogía la Bud de la mano de Kevin y arrastraba a éste a la pista de baile, donde fantasma y bruja danzaron al son de la música.

Era Halloween y la fiesta del decimoctavo cumpleaños de Abbey. Di un codazo a Matt y señalé adonde mamá y Calum estaban de pie en la barra. Ella iba como una especie de diablesa, con un vestido ceñido rojo y negro; él como el conde Drácula, con una capa negra de cuello alto con forro morado. Pensé que los dos parecían contentos. La operación de Calum había sido un completo éxito y, sólo una semana antes de que Matt y yo partiéramos en nuestro viaje de trekking a Perú, a Calum le habían dicho que no tenía que volver al hospital a hacerse ninguna revisión durante otros seis meses.

Tristan, con aspecto de rebosar salud y energía, estaba corriendo en círculos por la pista de baile, soltando serpentinas con un par de amigos de la clase a los que había invitado. Iba vestido de brujo con un disfraz que le había hecho Abbey en su curso de moda y textil de la escuela local. Era hábil con las agujas y las máquinas de coser y no sólo había hecho su traje y el de Tristan, sino también el mío y el de Matt.

Simone y sus padres estaban sentados a una de las mesas, mordisqueando la comida temática de Halloween y tomando bebidas espumosas en vasos altos. Ella saludó cuando vio que llegábamos Matt y yo. Al llegar directamente del aeropuerto,

habíamos vaciado las mochilas en el vestíbulo y nos habíamos puesto los disfraces en el retrete. Matt estaba resplandeciente de brujo y yo llevaba un conjunto verde y negro.

—¿Cómo ha ido el viaje?

Simone se había acercado a abrazarnos y nosotros la seguimos hasta su mesa. Llevaba una malla negra ceñida con los huesos de un esqueleto pintados con pintura luminosa por delante y se la veía tan fabulosa como siempre.

—He controlado al director de tu empresa mientras habéis estado fuera.

Unas pocas semanas después de que Danny Hill se suicidara y la policía cerrara definitivamente la investigación sobre mi desaparición, Matt me había confesado que desde hacía dos años era copropietario de la compañía de transporte aéreo para la cual, como me había dicho, pilotaba aviones de carga.

—Papá quería invertir el dinero de su jubilación en algo inusual, así que apoya en parte Subatron Industries y es un accionista mayoritario en Diamond Freight, mi empresa.

Matt había tomado mi mano entre las suyas y me había explicado que no quería que conociera su buena posición económica porque quería estar seguro de que lo amaba por sí mismo. Yo le aseguré que lo habría seguido hasta el fin del mundo aunque hubiera sido pobre. Me había dado esa noticia en una cena a la luz de las velas en la que también sacó un anillo con un enorme diamante y me propuso matrimonio.

—Todavía he de cuidar de Tristan —le conté—. Ahora es mi responsabilidad.

Porque aunque habíamos encontrado una vieja foto de su madre para que la guardara y hablábamos de ella con frecuencia, Ingrid al parecer se había desvanecido en serio.

Sin embargo, mamá, después de conocer a los padres de Matt y Simone y escuchar la historia de cómo Doreen había educado a la hija ilegítima de su marido como si fuera suya, había prometido ayudar todo lo posible con la educación de Tristan. Eso, sumado a que Abbey y Calum lo cuidaban cuando Matt y yo nos íbamos a alguna de nuestras aventuras, le venía perfecto a Tristan; pensaba que todo era genial.

Tristan se volvió y nos localizó entre la multitud en la pista de

baile y corrió hacia mí con los brazos abiertos. Yo lo cogí en brazos y lo hice girar y él le echó los brazos a Matt para poder darnos un abrazo conjunto. Al bajarlo al suelo, correteó hacia sus amigos y Matt y yo nos adentramos en la masa de cuerpos, donde bailamos al son de Monster Mash hasta que nos dolieron los pies.

—Me alegro de que tu padre y los otros inversores hayan continuado apoyando a Subatron Industries —le dije a Simone, que se nos había unido en la pista de baile y estaba siendo zarandeada por un energético Oggs disfrazado de superestrella.

La investigación sobre si las lecturas del laboratorio de Norfolk y mis pruebas serían suficientes para mantener a bordo a la mayoría de los inversores se había prolongado durante casi un año entero. Al final habían decidido que las pruebas, pese a que no eran concluyentes, bastaban para mostrar que el equipo con toda probabilidad había funcionado correctamente y que merecía la pena continuar con la financiación.

Pensé en el improbable camino que me había llevado a ese punto de mi vida y decidí que si la teoría de mi desaparición de seis años y medio era lo bastante buena para los accionistas de Subatron tenía que ser buena también para mí.

—Esperamos que se produzca otro suceso galáctico violento en el futuro próximo —dijo Simone cuando Oggs la hacía girar deprisa.

Esa noche, mientras Matt y yo estábamos en la cama, hablamos de Abbey y de su estrecha amistad con Kevin. Cumplidos los dieciocho años, Abbey continuaba obnubilada por la nueva versión más delgada y mucho más en forma del hombre que había sido el chico desgarbado al que yo había conocido. A pesar de la diferencia de edad, Kevin parecía contento de esperar a que Abbey creciera, mientras continuaban discutiendo de números y patrones y seguía siendo su caballero de brillante armadura, siempre a una llamada de teléfono de distancia.

—El amor es poderoso —musité mientras estábamos en un nudo de miembros, con la cabeza apoyada en el pecho desnudo de Matt —, el amor de una madre en particular. Aparte de que perderme casi mató a mi madre, mira lo que tu madre hizo por Simone y lo que la mía está haciendo por Tristan, por no mencionar la extraña presencia de Grace y su deseo de ver a Abbey feliz, incluso desde la tumba.

—No siempre es el caso —dijo Matt con voz somnolienta—. Ingrid no fue una buena madre.

—Cuidó de Tristan hasta que surgió algo mejor —le recordé—. Confiaba en que yo lo educaría como si fuera mi hijo cuando lo dejó conmigo.

—Sabía que era tu hermano, por supuesto.

—Sí.

Y entonces Matt se puso debajo de mí y durante un rato estuvimos demasiado absortos para pensar nada más sobre todo lo que nos había caído encima. Cuando al final nos quedamos tumbados, respirando pesadamente, los dos cubiertos por una fina película de transpiración, Matt me dio un codazo juguetón.

—¿La tierra se mueve por ti? —preguntó con una sonrisa.

—Sí —dije risueña mientras me acurrucaba más cerca del hombre al que amaba con todo mi corazón—. La verdad es que creo que sí.

* * *

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Melanie Rose

Melanie Rose trabajó durante años como enfermera y terapeuta infantil en el hospital Royal Marsden de Londres.

Aunque escribe desde su adolescencia, el éxito le ha llegado recientemente. Tras el revuelo generado en Internet al autopublicarse, a través de una pequeña editorial inglesa, su primera novela, Being Lauren, la editorial Harper Collins decidió fichar a la autora y reeditar el libro con el título Could it Be Magic? Con ésta y su posterior Coming Home, ha alcanzando las listas de más vendidos tanto en Estados Unidos como en Alemania. Caída libre, su más reciente novela, es la primera obra de Melanie Rose publicada en español.

De sus libros han dicho que son escapismo puro, y ella cree que cuando las cosas se ponen difíciles, un poco de fantasía creíble y un poco de espiritualidad es lo que todos necesitamos en nuestras vidas para aligerar la carga.

Melanie Rose vive en Surrey con su esposo y sus cuatro hijos.

Caída libre

¿Y si un día te tiras en paracaídas y al llegar al suelo han pasado seis años?

Cuando Michaela Anderson decide, con unos amigos del trabajo, lanzarse en paracaídas, no sabe que tendrá algo más que vértigo. Primero aparece el pánico del último momento, y luego esa sensación, mientras está en el aire, de que algo anda mal... Pero al fin aterriza. Sin embargo, cuando cree que ya ha pasado lo peor, se da cuenta de que lo extraño está por llegar. Al volver al hangar, encuentra el helicóptero vacío, su coche ha desaparecido, ¡y ve su rostro en unos carteles que anuncian que lleva seis años y medio desaparecida!

Así las cosas, Michaela se dispone a descubrir qué ha ocurrido. ¿Ha sido secuestrada? ¿Tiene amnesia? Con la ayuda de Matt, el piloto del avión desde el que se lanzó en paracaídas, descubre el misterio en que se ha convertido su propia existencia. ¿Quién dijo que fuera fácil volver a tu antigua vida?

* * *

© Melanie Rose, 2010
Título original: Down to Earth
Traducción: Javier Guerrero
Primera edición: Avon, Octubre/2010
© Ediciones B, S.A., 2011
Primera edición: abril 2011
ISBN: 978 9 ف 4863 ف 666 ف 84 ف